

**VALERIO MASSIMO
MANFREDI**



TALOS DE ESPARTA

EL DEBOLSILO

TALOS DE ESPARTA

VALERIO MASSIMO MANFREDI

OceanofPDF.com

PRIMERA PARTE

TAIGETO

Aquello que debe ocurrir por voluntad del dios, difícil le resulta al hombre evitarlo, y la peor de las penas humanas es precisamente esta: prever muchas cosas y no ejercer sobre ellas poder alguno.

Herodoto

OceanofPDF.com

Con el corazón cargado de amargura el gran Aristarcos contemplaba desde su asiento a su hijo Cleidemo dormido plácidamente en el gran escudo paterno que le servía de cuna. No muy lejos, en una cama colgada del techo, dormía el primogénito, Brito.

El silencio que se cernía sobre la antigua casa de los Cleoménidas se vio interrumpido de pronto por el murmullo de las encinas del bosque cercano. Un prolongado y profundo suspiro del viento.

La noche envolvía a Esparta, la invencible, y solo el fuego que ardía en la acrópolis proyectaba su resplandor rojizo hacia el cielo cubierto de negros nubarrones. Aristarcos se estremeció, fue a abrir la ventana de lienzos y lanzó una mirada a los campos dormidos y en sombras.

Si los dioses ocultaban la luna y oscurecían la tierra, si en el cielo las nubes estaban henchidas de llanto, entonces había llegado el momento de cumplir con su deber.

Descolgó la capa de la pared, se la echó a los hombros y se inclinó sobre su hijo, lo levantó, lo estrechó contra el pecho y se puso en camino a paso ligero mientras, al abrigo de las mantas, la nodriza del pequeño se revolvía en sueños.

Aristarcos se detuvo un momento y en el fondo de su corazón deseó que algo le permitiera aplazar una vez más aquel terrible deber; después, al oír otra vez la pesada respiración de la mujer, se dio ánimos, salió de la estancia y cruzó el atrio iluminado apenas por una linterna de barro cocido. Cuando se asomó al patio lo embistió una ráfaga de viento frío que a punto estuvo de apagar la llama de por sí débil y, al darse la vuelta para cerrar la pesada puerta de roble que se alzaba ante él, erguida como una divinidad nocturna, vio a Ismene, su mujer; estaba pálida y tenía muy abiertos los oscuros ojos relucientes.

En el rostro llevaba plasmada una congoja mortal: la boca, contraída como una llaga dolorosa, impedía que su pena atroz escapara.

Aristarcos notó que la sangre se le helaba en las venas; las piernas, poderosas como pilares, se transformaron en juncos.

—No fue para nosotros... —murmuró con voz quebrada—. No lo engendramos para nosotros... Tenía que ser esta noche o no habría encontrado fuerzas...

Ismene tendió la mano hacia el pequeño envoltorio mientras sus ojos buscaban los del marido. El niño despertó y comenzó a llorar; Aristarcos se precipitó al exterior y huyó por los campos. Ismene se quedó erguida en el

umbral mirando unos instantes al hombre que corría y escuchando el llanto cada vez más débil de su hijo: el pequeño Cleidemo, herido por los dioses cuando se encontraba aún en su vientre, nació tullido y, según las implacables leyes espartanas, había sido condenado a muerte.

Cerró la puerta y se fue despacio hasta el centro del atrio donde se detuvo a mirar las imágenes de los dioses a los que, mientras duró la gestación, en vano había hecho ofrendas generosas y rezado durante largos meses para que infundieran vigor a aquel piececito lisiado.

Se sentó delante del hogar, en el centro de la gran estancia desnuda, se deshizo las trenzas negras, se echó el pelo sobre los hombros y el pecho, y, después de recoger las cenizas acumuladas en la base del trípode de cobre, las esparció sobre su cabeza. A la luz trémula de la linterna las estatuas de los dioses y los héroes Cleoménidas la miraban fijamente con la sonrisa inmutable esculpida en la madera de ciprés. Ismene se cubrió de cenizas los hermosos cabellos y se arañó el rostro hasta hacerlo sangrar mientras una gélida mordaza le oprimía el corazón.

Entretanto, Aristarcos corría por los campos, con los brazos apretados contra el pecho, la capa arremolinada a su alrededor, agitada por el aliento de Bóreas.

Subía la montaña con paso fatigado y se abría paso entre las zarzas y los arbustos del bosque mientras en el suelo unas siluetas espantosas cobraban vida bajo el centelleo imprevisto de los relámpagos. Los dioses de Esparta estaban lejos en ese momento de suprema amargura: debía avanzar solo entre las presencias oscuras de la noche, entre las criaturas malignas del bosque que acechan a los viandantes y, desde el vientre hueco de la tierra, traen consigo a los íncubos.

Encontró el sendero a la salida de un soto y se detuvo un instante para recuperar el aliento. El pequeño había dejado de llorar; dentro del envoltorio la presencia del niño solo era advertida cuando agitaba los pequeños miembros, como un cachorro metido en un saco a punto de acabar en el río.

El guerrero levantó la mirada al cielo cargado de nubes gigantescas, de formas desgredadas, amenazantes... Murmuró entre dientes las fórmulas de antiguos conjuros y enfiló por el sendero escarpado en tanto las primeras gotas se apagaban en el polvo con pequeños golpes amortiguados. Después de cruzar el claro, volvió a internarse en el soto. Las zarzas y las ramas le arañaban el rostro que no podía protegerse con las manos; la lluvia caía

abundante, pesada, comenzaba a penetrar entre el follaje haciendo que el suelo se tornara blando y resbaladizo. Aristarcos caía de rodillas y sobre los codos, se manchaba con el barro y las hojas putrefactas o se laceraba en las piedras afiladas que asomaban aquí y allá por el sendero cada vez más escarpado y estrecho. Con el último esfuerzo alcanzó la primera de las cimas boscosas de la montaña y se internó en un pequeño encinar que se levantaba en medio de una explanada invadida por la vegetación densa y baja de cornejos y retama.

La lluvia caía a cántaros; con el cabello pegado a la frente y las ropas empapadas, Aristarcos caminaba lento y seguro sobre el musgo blando y perfumado. Se detuvo delante de un acebo secular, con un enorme tronco hueco, se arrodilló entre las raíces y depositó el pequeño fardo que agitaba las manitas fuera de la manta y, mordiéndose el labio inferior hasta hacerlo sangrar, notó que el agua le bajaba a borbotones por la espalda, pero la boca seguía seca y la lengua, como un pedazo de cuero, se le había pegado al paladar. Ya había hecho lo que debía, los dioses se encargarían de cumplir con el destino. Había llegado la hora de regresar, el momento de acallar para siempre la voz de la sangre y el grito del corazón. Se levantó despacio, con dificultad, como si todo el dolor del mundo le pesara sobre el pecho, y regresó por donde había llegado.

La tormenta se fue aplacando mientras Aristarcos bajaba por los barrancos del Taigeto y una bruma leve se elevaba de las vísceras de la montaña para esparcirse entre los troncos seculares, sepultar los arbustos goteantes, serpear sobre senderos y claros. El viento soplaba a ratos, sus breves ráfagas desprendían rumorosamente el agua acumulada en el follaje. Al final, cuando hubo abandonado el bosque, Aristarcos apareció en el llano y se detuvo un momento para mirar hacia las cimas de la montaña. Ante él, en los campos mojados, vio brillar las aguas del Eurotas iluminado a rachas por los rayos fríos de la luna, que acababa de asomar por un resquicio entre las nubes. Cuando se disponía a enfilear por el puentecillo de madera que cruzaba el río oyó un ruido que venía de su izquierda: se volvió súbitamente y bajo la claridad vacilante de la luna vio ante él a un caballero con el rostro oculto tras la celada, erguido sobre el animal empapado y humeante. Sobre su coraza bruñida reverberó un momento la enseña de la guardia real, «Esparta... Esparta ya lo sabía...». Un golpe de talones y el corcel se empinó antes de partir al galope y perderse por los campos junto con el viento lejano.

—¡Crío, Crío! Por todos los dioses, ¿quieres detenerte? ¡Ven aquí, te lo ordeno!

El pequeño bastardo no hizo caso de la advertencia y bajó por el sendero al trote, decidido, salpicando agua de los charcos mientras el viejo pastor lo seguía con paso inseguro, sin dejar de lanzar imprecaciones. El animalito se plantó decidido al pie de un acebo colosal y se detuvo gañendo y agitando la cola.

—¡Maldito seas! —mascullaba el viejo—, nunca serás un perro pastor... ¿Qué habrás encontrado esta vez? Un puerco espín o una cría de mirlo... No, todavía no es época para las crías de mirlo. Por Zeus y por Heracles, ¿será tal vez un oseznó? ¡Ay de mí! ¡Ahora vendrá la osa y nos despedazará a los dos!

Al llegar al lugar donde el perro se había detenido, el viejo se inclinó para recogerlo y volver sobre sus pasos, pero de pronto se quedó inmóvil, doblado en dos.

—Crío, no se trata de un oseznó —farfulló mientras acariciaba al animal para calmarlo—, es un cachorro de hombre... Debe de tener un año o un poco más... Veamos —dijo separando las mantas, pero al comprobar que el pequeño apenas se movía de tan aterido que estaba, su rostro asumió una expresión grave—: Te han abandonado —concluyó—. Cierto es que tienes un defecto que te habría impedido convertirte en guerrero. ¿Qué haremos ahora, Crío? ¿Lo abandonamos nosotros también? No, no, Crío, los ilotas no abandonan a los niños. Nos lo llevaremos—decidió al tiempo que sacaba el envoltorio del tronco ahuecado—. Ya verás cómo se salva; que no haya muerto hasta ahora significa que es fuerte. Volvamos, que el rebaño está solo.

El viejo se alejó seguido del perro y poco después atravesaba el cercado de una granja mientras el animal se unía al rebaño que pastaba no muy lejos de allí. Empujó la puerta de la cabaña y entró.

—Hija, mira lo que he encontrado —anunció a una mujer que ya no era joven y estaba absorta tratando de cuajar una tinaja de leche.

Con ademán experto, la mujer levantó en un lienzo la cuajada, la colgó de un gancho que había en el techo y se acercó al viejo que, después de depositar el fardo en un banco, lo fue abriendo con circunspección.

—Mira, lo acabo de encontrar en el hueco del acebo grande. Está claro que es uno de ellos... deben de haberlo abandonado hace poco al abrigo de la noche y el mal tiempo. Seguro que tiene un defecto... quizá ese pie, ¿lo

ves? No lo mueve. Ya sabes que cuando no tienen el cuerpo perfecto los abandonan a los lobos, los muy malditos. Pero Crío lo ha encontrado y quiero quedármelo.

Sin decir palabra la mujer fue a llenar de leche un odre, lo ató por un extremo para formar una protuberancia, la perforó con un alfiler de cabeza y la acercó a los labios del pequeño que, al notar el calor del líquido, comenzó primero a chupar despacio y después con más avidez.

—¡Ya decía yo que era fuerte! —exclamó el viejo, satisfecho—. Lo convertiremos en un buen pastor y así vivirá mucho más que si se hubiera quedado con ellos. ¿Acaso en los infiernos el gran Aquiles no le dice a Odiseo que es mejor ser un humilde pastor en el mundo del sol y de la vida que rey entre las sombras de los muertos?

La mujer lo miró con los ojos grises velados por la tristeza y le contestó:

—Si es verdad lo que dices, que los dioses lo hirieron en el pie, siempre seguirá siendo un espartano, hijo y nieto de guerreros, y jamás será uno de los nuestros. Pero si quieres, le daré de comer y lo criaré.

—¡Claro que quiero, por Heracles! Somos pobres y la suerte nos ha hecho criados, pero podemos devolverle la vida que le han negado. Cuando se haga mozo nos ayudará con el trabajo. Ya estoy viejo y tú debes ocuparte de todas las tareas pesadas. Deseaste la alegría de traer hijos al mundo pero perdiste a tu marido antes de poder concebir. Este pequeño te necesita y podrá darte la felicidad que sienten las madres.

—Pero si tiene un pie tullido —dijo la mujer mientras sacudía la cabeza— tal vez nunca consiga andar y nuestros amos nos habrán dado entonces un peso más que sobrellevar. ¿Es eso lo que quieres?

—¡Por Heracles! El pequeño andará y será más fuerte y hábil que los demás muchachos. ¿Ignoras acaso que la adversidad endurece los miembros de los hombres, les agudiza la vista y agiliza sus mentes? Ya sabes lo que debes hacer, hija, ocúpate de él, que no le falte leche fresca de vaca; si puedes, róblele miel al amo sin que lo note. El viejo Cratipo chochea más que yo y su hijo no piensa ni sueña con otra cosa que no sean las nalgas de su bella esposa, a la que solo ve un día a la semana, cuando lo dejan salir del cuartel. En esa familia ya nadie se ocupa de los campos y los rebaños, ni siquiera notarán que habrá una boca más que alimentar.

La mujer buscó una cesta, le colocó dentro pieles de cordero y una manta de lana y depositó en ella al pequeño que, vencido por el cansancio y

con el estómago lleno, se durmió casi de inmediato. Después de echarle una mirada complacida, el viejo se fue a reunir con el rebaño. Su perro lo recibió alegremente y se puso a saltar a su alrededor sin dejar de ladrar.

—¡Con las ovejas! ¡Maldito seas, debes estar con las ovejas, no conmigo! Pequeño bastardo inútil... ¿Acaso soy una oveja? No, no soy una oveja, soy el viejo Critolao, un viejo loco y nada más... ¡Vete, vete, te lo ordeno! ¡Así se hace, anda, tráeme a esas ovejas de ahí que bajan por el barranco! ¡Por todos los dioses, una vieja cabra loca lo haría mejor que tú!

Sin dejar de protestar, el viejo llegó al borde del prado donde pastaba el rebaño; ante sus ojos tuvo entonces el límpido panorama del valle por el cual serpenteaba la cinta plateada del Eurotas. En el centro se veía la blanca mancha de la ciudad: una extensión de casas bajas cubiertas de pequeñas terrazas sobre las que se alzaba por un lado la mole de la acrópolis y por el otro los techos de rojas tejas del templo de Artemis Ortia; a la derecha se divisaba el camino polvoriento que a lo lejos se perdía en dirección al mar.

El viejo contemplaba pensativo el espléndido panorama mientras el aire límpido hacía relucir sus vivos colores primaverales, pero su corazón estaba en otra parte, su mente retrocedía a los viejos tiempos, cuando su pueblo, libre y poderoso, ocupaba la llanura fértil, cubierta de mieses; a los tiempos de las historias transmitidas por los ancianos, cuando todavía no habían llegado los orgullosos dominadores a subyugar a su pueblo altivo y desventurado. La brisa marina soplaba como una caricia y despeinaba los blancos cabellos del viejo; sus ojos parecían buscar imágenes lejanas: la ciudad muerta de los ilotas en la montaña de Itome, las tumbas perdidas de los reyes de su pueblo, el orgullo pisoteado... Los dioses estaban sentados en la soberbia ciudad de los dominadores. ¿Cuándo volverían los tiempos del honor y de la liberación? A sus oídos solo llegaba el balido de las ovejas, sonido de la servidumbre. Volvió a pensar en el pequeño que acababa de salvar de una muerte segura: ¿cuál sería su familia, cuál sería la madre de entrañas de bronce que lo había arrancado de su lado, cuál el padre que lo había entregado a las fieras del bosque? ¿Acaso era aquella la fuerza de los espartanos? La piedad que lo había conmovido, ¿era acaso la debilidad de los siervos, de los vencidos?

«Tal vez los dioses, como hacen con los hombres, le marquen a cada pueblo un destino y por ese sendero es preciso caminar sin volver la vista atrás. Ser hombres, pobres mortales, presa de las enfermedades, de las desventuras, como las hojas lo son del viento... Pero también conocer,

juzgar, escuchar la voz del corazón y la de la mente. Sí, el pequeño tullido se convertirá en hombre, para sufrir quizá, para morir, sin duda, pero no en los albores de la vida...»

El viejo supo entonces que había cambiado el curso de un destino marcado. El pequeño se convertiría en adulto y él le enseñaría todo lo que un hombre debe saber para dirigir sus pasos por el sendero de la vida y algo más. Le enseñaría cuanto debe saber un hombre para cambiar el curso del destino que le fue asignado. El destino de criado... Un nombre, hay que darle un nombre; sin duda, los padres le habían preparado un nombre, el de un exterminador. ¿Qué nombre podía imponerle un siervo a otro siervo? ¿Un nombre antiguo de su pueblo? ¿Un nombre que recordara la dignidad de otros tiempos? No, él no formaba parte de ese pueblo y la marca de la sangre no se borra, pero ya no era hijo de Esparta, porque la ciudad lo había repudiado. Pensó en una de las muchas historias antiguas que los niños le pedían que contase las noches de invierno: «... En tiempos muy antiguos, cuando los héroes recorrían los caminos del mundo, el dios Hefesto había construido un gigante de bronce para que custodiara el tesoro de los dioses, oculto en una profunda gruta de la isla de Lemnos. El gigante se movía y caminaba como si estuviera vivo, porque en la cavidad de su inmenso cuerpo el dios había vertido un líquido prodigioso que lo animaba. El líquido quedaba sellado con un tapón, también de bronce, colocado en la parte inferior del talón, para que nadie lo viera. Precisamente en el pie izquierdo se encontraba el punto débil del coloso llamado Talos».

El viejo entrecerró los ojos: «El nombre deberá recordarle su desventura, mantener viva en él la fuerza y la rabia. Se llamará Talos».

Se levantó apoyándose en el cayado, que las enormes manos callosas del pastor habían vuelto reluciente, y fue a reunirse con el rebaño. El sol empezaba a ponerse por el lado del mar y de las cabañas esparcidas en la montaña se elevaban débiles columnas de humo: las mujeres comenzaban a preparar las magras cenas para sus hombres que volvían del trabajo: era hora de reunir el rebaño. El viejo silbó y el perro echó a correr alrededor de las ovejas que se agruparon balando; los corderos que saltaban en el prado corrieron a refugiarse bajo el vientre de sus madres mientras el carnero se colocaba a la cabeza del rebaño para guiarlo hasta el redil. Una vez que hubo encerrado a los animales y separado machos de hembras, Critolao se puso a ordeñar y a recoger la leche humeante en una orza. De allí sacó un cuenco que llevó con él a la cabaña.

—Aquí tienes —dijo al entrar—, leche fresca para nuestro pequeño Talos.

—¿Talos? —inquirió sorprendida la mujer.

—Sí, Talos. Es el nombre que he elegido para él, así lo he decidido y así debe ser. ¿Cómo está el pequeño? Deja que lo vea... Ah, parece que estamos mucho mejor, ¿no es así?

—Ha dormido gran parte del día y acaba de despertarse, debía de estar muy cansado, pobrecillo; habrá llorado mientras le quedó aliento y ahora es incapaz de emitir sonido alguno. A menos que sea mudo.

—Pero ¡qué va a ser mudo! Los dioses jamás golpean al mismo hombre con dos palos... Por lo menos eso dicen.

En ese mismo instante, el pequeño lanzó un gemido.

—¿Lo ves? No es mudo, es más, estoy seguro de que con sus chillidos este pollito nos hará sobresaltar más de una vez cuando durmamos.

Mientras decía esto se acercó a la cesta de mimbre en la que yacía el niño, tendió la mano para acariciarlo y el pequeño aferró con firmeza el índice nudoso del pastor y lo apretó con fuerza.

—¡Por Heracles! Con las piernas no nos luciremos, pero las manos las tenemos fuertes, ¿eh? ¡Así, pequeño, así, aprieta con fuerza! No dejes que se te escape de las manos lo que te pertenece y que nadie podrá quitarte...

Por las hendiduras de la puerta penetraban los rayos del sol moribundo, se posaban en las canas del viejo arrancándole reflejos dorados, en la piel del pequeño convirtiéndola en ámbar y alabastro, y en los pobres enseres de la cabaña ennegrecidos por el humo. El viejo se sentó en un banco y depositó al pequeño sobre su regazo, cogió de la mesa un pan oscuro y un trozo de queso y comenzó a tomar su cena. Del establo llegaba el balido de los corderos; del borde del claro, el aliento profundo del bosque, el himno acongojante del ruiseñor.

Era el momento de las sombras largas, el momento en que los dioses borran las penas de los corazones de los hombres y desde las nubes purpúreas les envían el sueño que todo lo mitiga y lo calma... Pero allá abajo, en el llano, la casa soberbia de los Cleoménidas aparecía engullida por la sombra taciturna y fría de la tremenda montaña. De sus cimas boscosas bajaban al valle la aflicción y la pena. En el lecho conyugal la mujer altiva de Aristarcos miraba con ojos atónitos las vigas del techo, en su corazón endurecido como la piedra ululaban los lobos del Taigeto y en sus oídos resonaban secas las fauces de acero al cerrarse. Unos ojos

amarillos se encendían en la oscuridad. No hallaba consuelo ni en los fuertes brazos del marido, ni en su ancho pecho, ni en el llanto dulce que libera al corazón de su pena...

Talos conducía el rebaño por la orilla florecida del Eurotas cojeando sobre la pierna inestable, con el cayado firmemente asido en la mano izquierda. A su alrededor un viento ligero hacía ondear el mar de amapolas, en el aire flotaba el olor punzante del romero y el tomillo. El muchacho se detuvo, empapado de sudor, para refrescarse en el agua del río mientras, una tras otra, abrumadas por el calor estival, las ovejas iban a tumbarse debajo de un olmo, uno de los pocos árboles no agostados por el sol que daba alguna sombra. El perro fue a acurrucarse al lado del pastorcillo; movía la cola y gimió bajito para conseguir una caricia en el pelo erizado de avena y altramuces; se acercó más a su pequeño amo y se puso a lamerle despacio el pie tullido, como si se tratara de una herida abierta. El muchacho observaba al animalito con ojos profundos y serenos, y, de vez en cuando, le alborotaba los pelos del lomo, pero la mirada se le enturbiaba cuando la clavaba a lo lejos, en dirección a la ciudad Calcinada por el sol, la acrópolis se erguía apenas por encima del llano como un fantasma inquietante envuelto en el aire trémulo e incandescente, en medio del canto ensordecedor de las cigarras.

De la alforja que llevaba en bandolera Talos sacó la flauta de caña y se puso a tocar; una melodía ligera y fresca se difundió entre las amapolas del campo, se mezcló con el gorgoteo del río y el canto de las alondras, que a decenas levantaban vuelo a su alrededor para elevarse cegadas hacia el globo llameante y volver a caer como fulminadas entre los rastrojos y las hierbas amarillentas. La voz de la flauta se volvió de pronto sombría como la de la fuente que brota de la oscuridad de una gruta, en el vientre profundo de la montaña. El alma del pequeño pastor vibraba intensamente con la música de su instrumento. De vez en cuando dejaba la flauta y levantaba la vista hacia el camino polvoriento que venía desde el norte, como si esperara algo.

«Ayer vi a los pastores de las tierras altas», había dicho el viejo. «Dicen que los guerreros están a punto de regresar y con ellos muchos de los nuestros que sirven en el ejército como porteadores y mozos de mulas.» Talos quería verlos; por primera vez había bajado con el rebaño desde los montes al llano para ver a los guerreros de los que tanto había oído hablar... Con rabia, con desprecio, con admiración, con terror.

Crío levantó de repente el morro para olfatear el aire que se había vuelto casi inmóvil y luego soltó un gruñido sordo.

—¿Qué ocurre, Crío? —le preguntó el pastorcillo al tiempo que se incorporaba del borde del río con un respingo—. Tranquilo, tranquilo, no es nada —dijo tratando de calmar al animal, que se tumbó.

El muchacho aguzó el oído y al cabo de un instante tuvo la impresión de oír un sonido lejano, sonido de flautas como la suya, aunque muy diferente. El toque de las flautas iba acompañado de un ruido ritmado y sombrío como el del trueno que se apaga lejos, hacia el mar. Al cabo de un tiempo, Talos oyó claramente el ruido de muchas pisadas, como cuando habían pasado los pastores mesenios con sus manadas de bueyes; y de pronto, detrás del perfil de la colina que tenía a su izquierda, los vio aparecer: ¡eran ellos, los guerreros!

En la bruma meridiana, sus siluetas se esbozaban confusas y formidables. El toque que había oído al principio provenía de un grupo de hombres que avanzaban a la cabeza de la columna tocando la flauta acompañados por el redoble rítmico de los tambores y el repique metálico de los timbales.

Era una música extraña, siempre igual, obsesiva, compuesta de sonidos tensos y vibrantes pero que despertaba en el corazón del muchacho un desasosiego desconocido, una excitación jamás experimentada que impulsaba con fuerza los latidos del corazón. Detrás de ellos iban los hoplitas, con las piernas enfundadas en las grebas de bronce, el pecho cubierto por la coraza, el rostro oculto tras la celada, que los jefes lucían erizada de cimeras rojinegras; en el brazo izquierdo el gran escudo redondo en el que se destacaban figuras de animales fantásticos, monstruos que Talos conocía por las historias que le contaba Critolao. La columna avanzaba a paso cadencioso y levantaba del camino una espesa nube de polvo que se posaba en las cimeras y los estandartes, en los hombros torneados de los guerreros.

Cuando los primeros hombres estuvieron cerca de él, de pronto le entró miedo y quiso huir, pero una fuerza misteriosa surgida del fondo de su corazón lo clavó en el sitio donde se encontraba. Los primeros pasaron tan cerca de él que si hubiera tendido la mano habría podido tocar las lanzas en las que se apoyaban para caminar. Los miró a la cara, uno por uno, para ver, para saber, para comprender cuanto le habían dicho de ellos. Tras las grotescas máscaras de los yelmos, vio ojos muy abiertos, quemados por el

sudor, enceguecidos por la llama del sol; vio barbas polvorientas, percibió el olor acre y punzante del sudor y la sangre. Los guerreros tenían heridas en brazos y hombros, llevaban grumos ennegrecidos en las manos, en los muslos relucientes de sudor, en las puntas de las lanzas; avanzaban sin hacer caso de las moscas que se posaban ávidas en sus miembros atormentados. Como fuera de sí, boquiabierto, Talos miraba aquellas figuras que desfilaban ante él en una secuencia interminable, al ritmo de la música que se iba haciendo cada vez más lejana e irreal, como en una pesadilla nocturna.

La sensación de encontrarse ante esa presencia imprevista, pesada, formidable, lo sacudió de pronto obligándolo a volverse; vio el ancho pecho cubierto por una coraza historiada; dos brazos velludos plagados de cicatrices como los troncos de los acebos en los que los osos se afilan las garras; el rostro sombrío enmarcado por una barba negra como el azabache, en la que despuntaban las primeras canas; la mano de acero ceñida alrededor de la empuñadura de la larga lanza de fresno... un par de ojos negros como la noche en los que centelleaba el relámpago de una voluntad poderosa y atormentada.

—Sofrena a tu perro, muchacho, ¿o quieres acaso que el asta de una lanza le parta los huesos? Los guerreros están cansados e irritables. Llámalo y aléjate, este no es lugar para ti.

Talos se sacudió, atontado, como si despertara de un sueño, llamó al perro y se alejó apoyándose en el bastón para acompañar los pasos de su pie deforme. Se mordía el labio inferior; se sentía recorrido por escalofríos; como juncos le temblaban los muslos de bronce: fue un instante, el hombre se cubrió el rostro con el enorme yelmo crestado, embrazó el escudo en el que se destacaba la figura de un dragón y alcanzó la cola de la columna que desapareció en una curva del camino. La tremenda tensión que lo había embargado hasta ese instante cedió de pronto y Talos notó que del corazón le subía una oleada caliente y los ojos se le llenaron de lágrimas que se deslizaron por sus mejillas y le mojaron el pecho enjuto y huesudo. En ese momento oyó un grito trémulo y angustioso en el sendero que bajaba de la montaña: era el viejo Critolao que lo llamaba mientras iba hacia él con toda la fuerza que le permitían su edad y las débiles piernas.

—¡Talos, hijo mío! —exclamó acongojado el viejo y abrazó al muchacho—. ¿Por qué has venido hasta aquí, no sabes que este no es lugar para ti? No debes volver por aquí nunca más, prométemelo, nunca más.

Enfilaron los dos por el sendero mientras el perro reunía a las ovejas y las empujaba hacia el monte. A lo lejos, en el llano, la larga columna entraba en la ciudad; parecía una serpiente que se oculta a toda prisa en su nido.

Esa noche, tendido en su yacija, Talos estuvo mucho rato despierto: no conseguía borrar de su mente aquella mirada intensa y dolorida, aquella pena oscura y misteriosa, aquella mano contraída alrededor de la lanza como si fuera a triturlarla... ¿Quién era el guerrero con el dragón en el escudo? ¿Por qué lo había mirado de esa manera?

En su imaginación seguía tocando aquella extraña música que tantas emociones habían hecho brotar en su corazón. Vencidos por fin sus párpados, tras muchas horas de vigilia, hundidos en la oscuridad los ojos del guerrero, la música se fue haciendo lenta y dulce como el canto de una mujer, acarició su corazón oprimido por el cansancio hasta que el sueño descendió a posarse sobre la cabeza morena.

EL ARCO DE CRITOLAO

—Cuidado, muchacho —decía el viejo clavando la mirada penetrante en Talos—, sabes bien que si un pájaro se rompe un ala no puede volar más.

Talos lo escuchaba sentado en el suelo, al lado de Crío.

—Pero para un hombre es distinto, la verdad es que tú eres bastante ágil y rápido aunque cojees de un pie. Pero quiero que te hagas más fuerte y seguro, más que los otros muchachos. El cayado que ciñes en la mano deberá ser para ti como una tercera pierna, yo te enseñaré a utilizarlo. Te resultará extraño, pero para aprender lo que quiero enseñarte deberás emplear toda tu voluntad. No se trata únicamente de apoyarse en él para andar como has hecho hasta ahora. El bastón se convertirá en un perno alrededor del cual harás girar el cuerpo de muchas maneras, apoyándote con uno o ambos brazos, según sea preciso.

—¿Por qué me lo dices, Critolao? ¡Ya me muevo sin dificultades, mi paso es rápido, sé seguir a los corderos que se alejan del rebaño y en las marchas a los pastizales altos resisto más que Crío, que tiene cuatro patas!

—Es cierto, muchacho, pero noto que tu cuerpo se está doblando como un leño verde al sol. —El rostro de Talos se ensombreció—. Y no quiero que eso ocurra. Si no lo impedimos, tus movimientos se verán cada vez más impedidos y, cuando tus huesos se hayan vuelto duros y rígidos, ya no podrás confiar en tus fuerzas. —El viejo hizo una pausa y luego prosiguió—: Talos, el pie se te torció cuando la comadrona te sacó del vientre de tu madre; a Hilas, tu padre, lo atacó un oso en la montaña y murió entre mis brazos. Antes de que cerrara los ojos le prometí que haría de ti un hombre... En cierto modo puedo decir que lo he conseguido porque tienes el espíritu firme, la mente dispuesta y el corazón generoso, pero quiero que te hagas fuerte, muy fuerte, y tan ágil que nada te parezca imposible.

El viejo calló un instante, entrecerró los ojos como si buscara otras palabras en el fondo de su antiguo corazón; apoyó una mano en el hombro del muchacho y después, hablando despacio, prosiguió:

—Talos, contéstame con sinceridad... ¿Has vuelto al llano a ver a los guerreros a pesar de que yo te lo prohibiera? —El muchacho bajó la mirada

—. Comprendo —prosiguió el viejo—. Has vuelto; me lo imaginaba y también creo saber por qué.

—Si es así —lo interrumpió el muchacho, resentido—, dímelo, porque yo no lo sé.

—Has vuelto porque te fascinan su fuerza y su poder... tal vez tu corazón no sea el de un simple pastor...

—¿Te burlas de mí, Critolao? ¿Qué otra cosa podemos ser sino criados y pastores de rebaños ajenos?

—¡No es cierto! —exclamó de repente el viejo.

Por un momento, en sus ojos se reflejó una fuerza altiva y noble; su mano, como la garra de un viejo león, aferró la muñeca del muchacho, que lo miró asombrado. Critolao retiró despacio la mano, bajó la vista y la cabeza en la actitud de quien tuvo que aprender a obedecer a la fuerza.

—No es cierto —prosiguió con tono más calmado—, nuestro pueblo no siempre fue esclavo, hubo un tiempo en que dominó las montañas y los valles hasta el mar occidental y toda la llanura hasta el cabo de Ténaro, donde criaba manadas de fogosos caballos; Néstor y Antíloco, señores de Pilos y de Itome, combatieron con Agamenón bajo las murallas de Troya. Cuando los dorios invadieron estas tierras, antes de rendirse, nuestro pueblo combatió con denodado valor... Por nuestras venas fluye sangre de guerreros: de los reyes Aristómenes y Aristodemo...

—¡Están muertos! —prorrumpió el muchacho—. ¡Muertos! Y con ellos murieron los guerreros de los que hablas. Y nosotros seguiremos siendo criados toda la vida, ¿lo has comprendido? ¡Criados!

Critolao lo miró con ojos llenos de sorpresa y dolor.

—¡Criados! —repitió Talos, confundido, y en voz más baja, añadió—: Criados.

Tomó entre las suyas las manos del viejo, que callaba, confundido, y le preguntó:

—¿ Cuántos años hace que ocurrieron las cosas de las que hablas? La gloria de tus reyes ha caído en el olvido. Sé lo que piensas, sé que mis palabras te sorprenden porque siempre he escuchado tus historias con la boca abierta. Son historias muy hermosas. Pero ya no soy un niño y tus sueños dañan el corazón.

Entre ambos se hizo un silencio interrumpido solo por el balido de las ovejas encerradas en el redil. Oscurecía, el viejo se puso en pie y aguzó el oído.

—¿Qué ocurre? —preguntó Talos.

—¿Los oyes? Son los lobos. Aullaban así la noche en que... viniste al mundo. Y todavía no ha llegado la estación de los amores.

—Casi ha oscurecido —observó Talos—. Entremos.

—No, a veces los dioses envían señales. Es hora de que sepas. Ve a casa, tráeme la capa y una antorcha, y sígueme.

Critolao tomó el camino que llevaba al bosque, que se alzaba oscuro al borde del claro. Una vez allí, el viejo enfiló por un sendero tortuoso que se internaba entre los árboles, seguido del muchacho, que iba mudo y pensativo. Después de casi una hora de marcha silenciosa, los dos llegaron al pie de un saliente de roca cubierto por el tupido manto del musgo. A los pies de la roca había un montón de piedras que parecían haber caído hacía mucho de la montaña.

—Mueve esas piedras —le ordenó Critolao—. No estoy en condiciones de hacerlo yo.

Talos obedeció, curioso e impaciente por saber qué misterio se disponía a revelarles el viejo. Se puso a trabajar con ímpetu, aunque no sin dificultades. Las piedras, cubiertas por una capa verdosa de algas y musgo, se le resbalaban de las manos, pero el muchacho siguió trabajando sin sosiego hasta que, a la luz de la antorcha que el viejo sostenía en la mano, empezó a entrever una cavidad que se abría a los pies de la roca. Cuando Talos terminó de quitar las piedras apareció una galería subterránea; en el fondo se distinguían algunos escalones apenas esbozados, cubiertos de moho grisáceo.

—Entremos —dijo Critolao inclinándose hacia la entrada de la galería—. Ayúdame —añadió—, no quiero romperme las piernas en este agujero.

Talos bajó primero, tendió la mano a Critolao, que entró a su vez apoyándose en el muchacho para no resbalar. Después de bajar por los rústicos escalones cavados en la piedra, los dos se encontraron en una pequeña gruta de cuyo techo, algo más alto que un hombre, goteaba agua en varios puntos. El antro parecía vacío hasta que Critolao apartó la antorcha e iluminó un rincón donde había una enorme caja de madera, reforzada con placas de bronce, cubierta de incrustaciones. La tapa estaba sellada con pez a lo largo del plano de apertura. El viejo corrió el pestillo y con la punta del cuchillo arrancó la pez.

—Abre —le ordenó a Talos, que observaba atónito aquellas operaciones.

—¿Qué hay en la caja? —preguntó el muchacho—. ¿Acaso un tesoro que has mantenido oculto hasta ahora?

—No, Talos, ahí dentro no hay riquezas, sino cosas que para mí son más valiosas que el oro y la plata: ábrela y lo sabrás.

El joven tendió la mano y dijo:

—Dame el cuchillo.

El viejo se lo entregó; Talos se dispuso a forzar la tapa de la caja que, poco a poco, comenzó a despegarse del plano de apertura al que parecía sellada. Cuando el cuchillo consiguió pasar a lo largo de toda la hendidura, el muchacho se incorporó, miró un instante a su compañero, que le respondió con una inclinación de cabeza, levantó entonces con gran esfuerzo la tapa y la apoyó en la pared de la gruta; le quitó a Critolao la antorcha e iluminó el interior del arca.

Ante sus ojos apareció algo que lo dejó sin palabras: había un yelmo espléndido, de bronce, coronado por dientes de lobo encastrados en el metal; una pesada coraza, también de bronce, decorada con estaño y plata; había una espada encerrada en su vaina, con el arriaz de ámbar y quijotes y grebas repujados y un enorme escudo con cabeza de lobo, todo maravillosamente conservado.

—Es increíble —le dijo Talos al viejo sin atreverse a tender la mano hacia aquellos objetos—. ¿Cómo es posible? Esta caja ha estado cerrada desde tiempo inmemorial y la armadura está perfecta.

—Mírala mejor..., tócala —le dijo el viejo.

El muchacho tendió la mano para tocar las espléndidas armas.

—Sebo —murmuró—, cubiertas de sebo... ¿Has sido tú, viejo?

—Sí, yo, y otros antes que yo, durante mucho tiempo... Ese saco que ves ahí también fue untado antes de que lo cerraran por última vez... Ábrelo —le ordenó el viejo indicándole un envoltorio oscuro que Talos, deslumbrado por la fantástica armadura, no había visto.

Tendió las manos febriles para abrir el saco rígido y mugriento, las metió en su interior y sacó un arco gigantesco completamente cubierto por una espesa capa de sebo de carnero.

—Bien —dijo Critolao mientras limpiaba despacio el objeto con el dorso del cuchillo—. Bien... Sigue en perfecto estado, en manos expertas puede incluso volver a matar... —sus ojos brillaron en la estrecha hendidura que formaron los párpados—, en manos expertas —repitió mirando al muchacho con imprevista determinación en los ojos—: ¡Tus manos, Talos!

El brazo enjuto y huesudo, recorrido por venas azuladas, tendió el inmenso arco al muchacho, que lo miraba sin atreverse a tocarlo.

—Tómalo, muchacho, es tuyo.

El joven salió de su ensimismamiento y tomó entre sus manos el arma fantástica. Era de asta reluciente y pulida, únicamente la empuñadura estaba recubierta por una fina lámina de plata en la que habían repujado una cabeza de lobo. La profunda muesca en el lado derecho indicaba que el arma había lanzado muchas flechas con fuerza increíble. Talos se sintió embargado por incontenible emoción, mil pensamientos se arremolinaron en su mente, una extraña vibración parecía emanar de aquel objeto antiguo y tremendo para atravesar su cuerpo, haciéndolo temblar como una caña.

—¿De quién es este arco, Critolao? ¿De quién son estas armas? Jamás había visto algo igual, ni siquiera los guerreros del llano llevaban nada parecido. Este arco no es de madera...

—No, es de asta.

—Pero no existen animales con astas tan largas...

—Es cierto, Talos, no existen, por lo menos en nuestro país. El animal al que le han arrancado las astas corría ya por las llanuras de la lejana Asia hace más de diez generaciones. Este arco es un regalo de un señor de esas tierras.

—¿A quién perteneció?

El viejo adoptó expresión solemne al responder:

—Es el arco del rey Aristodemo, señor de Pilos y de Itome, soberano de los mesemos, heredero de Néstor, pastor de pueblos...

Inclinó un instante la blanca cabeza y después de clavar otra vez la mirada en el rostro del muchacho, que seguía ante él con los ojos como platos y los labios entreabiertos, siguió diciendo:

—Talos, muchacho, no sabes cuánto he esperado este momento...

—¿Qué momento, Critolao? ¿Qué intentas decirme? No logro entender, estoy confundido.

—El momento de entregarte el arco del rey —repuso con firmeza el viejo—. Soy el último depositario de estas armas, conservadas con celo durante generaciones. Son el símbolo y el orgullo de nuestro pueblo, el último recuerdo de nuestra libertad. Ha llegado el momento de que te ponga al corriente de este secreto terrible y precioso. Soy viejo y tengo los días contados.

El muchacho estrechaba entre las manos el arco de asta y miraba con ojos brillantes la armadura dispuesta en el arca; de pronto levantó la vista, la clavó en la cara de Critolao y le preguntó:

—¿Qué debo hacer? No sé nada, ni siquiera conozco nuestro pueblo. Las armas están hechas para combatir, ¿no es así? ¿No es así, Critolao? Estoy tullido y no soy más que un muchacho. Cierra la caja... No puedo... no sé... —Hizo una pausa tras la cual añadió con decisión—: No debiste enseñarme esas armas, es inútil... nadie podrá volver a utilizarlas.

El viejo le posó una mano en el hombro y le dijo:

—Cálmate, Talos, cálmate, hay muchas cosas que ignoras y que debes saber; hará falta tiempo, pero un día un hombre se colocará la armadura y junto a él, el rey Aristodemo regresará con su pueblo para devolverle la libertad perdida: los dioses ya saben su nombre. Toma ese arco, te enseñaré a usarlo para que puedas defenderte y vivir con el secreto incluso cuando yo haya desaparecido. Será tu compañero fiel y seguro, te protegerá de los lobos, de los osos... y de los hombres, Talos, también te protegerá de los hombres.

—¿Que peligro pueden representar los hombres, Critolao? No he hecho daño a nadie. ¿Quién puede querer la vida de un pastor tullido? —inquirió con tristeza.

—Hay cosas que todavía no puedo contarte, muchacho. Ten paciencia, algún día las sabrás. Ahora cierra esa caja, ha llegado el momento de marcharnos.

Talos dejó el arco, se acercó a la caja para bajar la tapa, volvió a echar una mirada a las armas que despedían un destello siniestro bajo la luz trémula de la antorcha a punto ya de apagarse y, de repente, tendió la mano derecha hacia la empuñadura de la espada.

—¡No, Talos! ¡No! —gritó el viejo dándole un sobresalto—. ¡No la toques!

—Me has asustado —dijo Talos, resentido—. ¿Por qué no debo tocarla? En el fondo, aunque haya pertenecido a un rey, no es más que una espada.

—Perteneció a un gran rey, Talos, pero no es eso lo importante —continuó Critolao con tono grave al tiempo que cerraba rápidamente la tapa de la caja—. ¡Se trata de un arma maldita!

—Déjate ya de estúpidas fantasías, viejo, eres peor que la lechuza, siempre dispuesta a asustar a la gente con su ulular estridente.

—No bromees, Talos —le advirtió Critolao, decidido—. No sabes nada. Con esa espada el rey Aristodemo sacrificó a su propia hija a los infiernos para conseguir la victoria sobre el enemigo y la libertad de los suyos. Aunque todo fue inútil... No hubo nadie que osara volver a empuñarla y tú tampoco debes hacerlo.

Talos se quedó helado y calló; cogió la antorcha de las manos del viejo y la pasó por el borde de la caja para volver a fundir la pez y sellarla. Concluida la operación, los dos salieron de la galería y taparon la entrada con piedras. Talos camufló con musgo las piedras removidas y siguió a Critolao, que avanzaba por el sendero llevando la antorcha, que se había convertido en un resto humeante. Caminaron en silencio un buen trecho y llegaron al borde del claro; a lo lejos se divisaba la cabaña iluminada apenas por una luna pálida, a punto de ponerse. El ladrido de Crío anunció que su llegada no había pasado inadvertida. Critolao tiró el resto de la antorcha y se detuvo. Se dirigió a Talos y le dijo:

—Un día alguien volverá a empuñar esa espada, está escrito que deberá ser fuerte e inocente y que lo impulsará un amor tan grande por los suyos que acallará la llamada de su propia sangre...

—¿Dónde están escritas esas palabras y quién las pronunció? ¿Y tú cómo las sabes? ¿Quién eres en realidad? —le preguntó Talos buscando los ojos del viejo en la penumbra.

—Algún día sabrás también eso..., entonces habrá llegado el último día de Critolao... Anda, vámonos, casi es noche cerrada y mañana nos espera el trabajo.

Con paso decidido fue hacia la cabaña, seguido de Talos, que ceñía entre sus manos el enorme arco de asta: el arco de Aristodemo, el rey.

En la oscuridad, Talos yacía en su jergón de paja con los ojos muy abiertos: mil pensamientos se agolpaban en su mente, el corazón le latía como el día en que había estado en el llano y el guerrero misterioso le había dirigido la palabra. Se sentó en el jergón, tendió la mano hacia la pared y descolgó el arco que Critolao le había entregado. Lo apretó con fuerza entre ambas manos: lo notó reluciente y gélido como la idea de la muerte. Cerró los ojos, escuchó los furiosos latidos del corazón, el martilleo de las sienes en llamas, y volvió a acostarse despacio. Y sus ojos cerrados vieron:... una ciudad rodeada de baluartes, erizada de torres, una ciudad construida con gigantescos peñascos grises sobre la cima de una montaña desolada, envuelta en nubes de polvo... De pronto comenzaba a soplar un viento

impetuoso que disipaba la espesa bruma que cubría los campos áridos y aparecían los guerreros, los mismos que había visto en el llano. Eran miles, iban encerrados en las armaduras ardientes, con los rostros ocultos tras las celadas salían de todas partes y subían en círculo, en dirección a la ciudad, que parecía desierta. Surgían entre las piedras, de los arbustos, de las hondonadas, como fantasmas, atraídos por un redoble de tambor que venía de la nada. A medida que avanzaban, sus filas se hacían cada vez más nutridas y compactas, su paso se uniformaba, los escudos, borde contra borde, se convertían en una muralla de bronce, en una tenaza monstruosa que se cerraba alrededor de la ciudad solitaria y desierta. Mientras el tremendo círculo se iba estrechando, Talos notaba que a él se le cerraba la garganta y se le cortaba la respiración, pero por más esfuerzos que hiciera no conseguía abrir los ojos ni separar las manos del arco de asta. Un grito espantoso y desesperado estalló como un trueno en el interior de la ciudad e, imprevistamente, las escarpas se llenaron con multitud de guerreros, distintos de los primeros: llevaban extrañas armaduras e inmensos escudos de piel de buey. Sus yelmos, también de cuero, dejaban al descubierto los rostros. Rostros de hombres, de muchachos, de viejos con barbas canas. Desde abajo, centenares de escaleras se apoyaban en las murallas; por todos los rincones, miles de enemigos comenzaban a escalar empuñando las armas, en silencio... Cuando estaban a punto de alcanzar las escarpas, en la torre más alta, la multitud se separó para dar paso a un guerrero gigantesco, con el cuerpo totalmente cubierto por una llameante armadura de bronce. Del costado le colgaba una espada con el arriaz de ámbar. Talos notó que se le nublaba la vista y que el corazón le latía cada vez más despacio, como el redoble de los tambores. Volvió a contemplar la escena, que parecía escapársele por momentos. El guerrero llevaba en brazos el cuerpo exánime de una joven mujer cubierto por un lienzo negro... Un lienzo negro, una flor de sangre en el pecho, la cabellera como una nube. Cómo le habría gustado acariciar aquellos labios delicados y exangües... Talos, el tullido... El redoble del tambor y el latido del corazón cobraron cada vez más fuerza, los guerreros de bronce se volcaron sobre las escarpas cual río crecido que rebosa sus márgenes, sus espadas destrozaron los enormes escudos de piel bovina; inexorables, traspasaban las corazas de cuero. Avanzaban a centenares hacia el hombre cada vez más erguido en la torre más alta... El hombre depositaba el cuerpo frágil de la muchacha y se abalanzaba sobre el enemigo revoleando la espada del arriaz de ámbar. Atacado por los cuatro

flancos, desaparecía y reaparecía como un toro en medio de una manada de lobos... Silencio... Los pasos resonaban lentos entre las ruinas humeantes y las casas destruidas. Muertos, todos muertos. Sobre los cuerpos mutilados, las murallas dismanteladas, las torres que caían en pedazos, un viento sofocante y caliente fue depositando una capa de polvo lenta y pesada... Se apreciaba la silueta inmóvil de alguien que permanecía sentado sobre un bloque de piedra ennegrecido: un viejo encorvado, con el rostro oculto entre las manos, manos bañadas por las lágrimas... La cabeza blanca se levantaba, con el rostro carcomido por la pena... ¡El rostro de Critolao!

Critolao, con el rostro iluminado por un rayo del sol naciente, lo miraba desde su altura; el viejo le decía algo, pero Talos no lo oía, como si su mente y sus sentidos siguieran prisioneros en otro mundo. Después se encontró de golpe sentado en el jergón de paja y a su lado estaba Critolao, que le decía:

—Ya es hora, Talos, ha salido el sol, debemos llevar a pastar al rebaño... ¿Qué te ocurre? Estás raro... Tal vez hayas tenido un sueño agitado y no hayas podido descansar lo suficiente. Ven, el aire fresco te hará bien y el agua de la fuente te despertará. Tu madre ya te ha servido leche en el cuenco; vístete y después ven —le dijo, y salió.

Talos se estiró y, por un momento, se quedó como atontado, con la cabeza entre las manos; miró a su alrededor despacio en busca del arco que Critolao le había entregado: nada. El arco había desaparecido. Buscó debajo del jergón de paja, entre las pieles de cabra amontonadas en un rincón, en el suelo. «¿No lo habré soñado? —pensó—, pero no, es imposible... Entonces...» Se quedó boquiabierto, luego apartó la estera que separaba su yacija del resto de la estancia y fue a sentarse delante del tazón de leche que su madre le había preparado.

—Madre, ¿dónde está mi abuelo? No lo veo.

—Ha salido —respondió la mujer—. Me ha dicho que te espera con las ovejas en la fuente de arriba.

Talos se tomó la leche deprisa, metió un pan en la alforja, cogió el cayado y salió con paso veloz hacia el lugar que le había indicado su madre. La fuente de arriba era un pequeño manantial que brotaba del monte a poca distancia de la cabaña de Talos.

Los pastores del Taigeto la llamaban así para distinguirla de la otra, la más grande, que manaba en el claro, al borde del bosque, y en la que tenían por costumbre abreviar sus animales al caer la tarde, de regreso a los rediles.

Talos cruzó el claro en pocos instantes y, una vez que se hubo internado en el bosque, enfiló por el sendero que subía; recorrió unos centenares de pasos, y a lo lejos, ante él, vio a Critolao, que conducía el rebaño con la valiosa ayuda del buen Crío. Lo alcanzó jadeante.

—¡Abuelo! Escucha, yo...

No tuvo tiempo de concluir la frase.

—Ya lo sé, no encuentras el arco —dijo el viejo sonriendo; después, se abrió la capa y agregó—: Aquí lo tienes, muchacho; como ves, el arco está en manos dignas de confianza.

—Por Zeus, abuelo, esta mañana cuando no lo encontré, creí que me moría. ¿Por qué te lo has llevado y por qué no me has esperado como todas las mañanas?

—No quería que me hicieras preguntas delante de tu madre.

—No debe enterarse...

—No, anoche tu madre sabía muy bien adonde te llevaba y lo que viste, pero no sabe ni debe saber nada más. El corazón de una mujer es presa fácil del miedo. Sígueme—le ordenó, y volvió a ponerse en marcha y a ocultar el arco bajo la capa.

Anduvieron un trecho el uno al lado del otro hasta que Talos volvió a romper el silencio.

—¿Por qué has cogido el arco, abuelo, y por qué lo mantienes oculto?

—La primera pregunta es apropiada —repuso el viejo—, la segunda es una estupidez.

—Está bien, los ilotas no llevan armas porque no les está permitido, y esta es un arma...

—¡Muy insólita y especial!

—De acuerdo, pero ¿me podrás contestar la primera pregunta que te he formulado?

—Justo es que lo haga, Talos... Tienes derecho a una respuesta —dijo Critolao mientras se detenía en medio del sendero.

Crío se había dado cuenta de que se encontraban en mitad del camino y empujaba al rebaño con decisión hacia el punto en el que el sendero desembocaba en el pequeño claro cubierto de hierba que había delante de la fuente de arriba.

—Quiero que aprendas a utilizar esta arma con la misma destreza que el gran Odiseo.

—Pero ¿cómo lo vamos a conseguir, abuelo?, tú eres muy viejo y yo...

—Limítate a creer en ti mismo —lo interrumpió Critolao—. En cuanto a mí... ¡Créeme, no he llegado a tan viejo en vano!

Se encontraban ya en el pequeño claro cubierto de hierba donde el rebaño se había puesto a pastar tranquilamente mientras Crío lo vigilaba con atención, tumbado debajo de un arbusto. Critolao miró a su alrededor y levantó la vista hacia las cimas de los montes que los rodeaban para asegurarse de que el paraje estuviera completamente solitario. Tiró la capa sobre la hierba y le tendió el arco a Talos.

—De manera que soy demasiado viejo, ¿eh? —le preguntó con ironía—. Escúchame bien, cachorro —continuó, guiñando un ojo rodeado de arrugas—. ¿Quién enseñó al gran Aquiles a usar las armas?

—El viejo Quirón, si no me equivoco.

—No, no te equivocas. ¿Y quién enseñó a usar el arco al gran Odiseo?

—El padre de su padre, en los bosques de Epiro.

—Muy bien —rió satisfecho el viejo—. Temía que al crecer te la barba te fuera a mermar la inteligencia. Como ves, es la experiencia de los ancianos lo que permite a los jóvenes ignorantes y presuntuosos como tú convertirse en hombres dignos de llamarse hombres.

Talos se restregó la barbilla con la impresión de que era exagerado llamar barba a la pelusa que le asomaba en el rostro; después aferró con firmeza el arco con ambas manos y se puso repentinamente serio.

—Así no, por Heracles, que no es el cayado con el que azuzas a las cabras en el redil... Pon atención... Así, ¿lo ves? Esta parte, cubierta de plata, es el cuerpo, es decir, la empuñadura que debes sostener firmemente con la mano izquierda. —El muchacho asintió mientras atendía a cuanto le enseñaban.

»Muy bien —prosiguió el viejo—. Con la derecha debes tensar la cuerda que es la que impulsa la flecha.

—Pero no lleva ninguna cuerda —dijo Talos, asombrado.

—Claro que no, porque si la llevara, habría que tirar el arco. La cuerda se coloca en el preciso instante de utilizarlo y luego hay que volver a quitarla. De lo contrario, tomaría mala forma, perdería la elasticidad y, con ella, la fuerza. Pero no te preocupes, aquí tienes la cuerda —dijo mientras hurgaba en la alforja—. Es de nervio de buey, yo mismo la he preparado hace varias semanas sin que tú te enteraras; ahora se trata de montarla en el arco. Presta atención, apoya una de las puntas del arma en el suelo y mantenla en posición vertical con la mano izquierda. Así... Encaja la cuerda

en la escotadura de abajo y luego pasa el otro extremo por la escotadura opuesta.

—¡Pero no llega!

—¡Solo faltaba que llegase! Si así fuera, el arco no tendría fuerza y no te alcanzaría el largo de los brazos para tensarlo. Para que la cuerda llegue al otro extremo debes doblar el arco apoyándote con toda la fuerza y el peso del cuerpo en la punta superior mientras la sujetas con la mano izquierda; al mismo tiempo, con la derecha, tira hacia arriba el extremo de la cuerda hasta encajar la lazada en la escotadura... Fácil, ¿no?

—Fácil es decirlo, viejo —dijo el muchacho con un bufido mientras intentaba seguir las instrucciones que acababa de darle su abuelo—. Es duro de doblar, no hay manera, además —añadió Talos al tiempo que desistía de su empeño con gran desconsuelo—, además, si es preciso tanto esfuerzo solo para colocar la cuerda... Caramba, abuelo, si tuviera que defenderme de un enemigo, como tú dices, le daría tiempo a destrozarme con toda tranquilidad mientras yo seguía colgado de este trasto que se niega a doblarse... Me temo que te has equivocado al depositar en mí tu confianza. Es posible que seas como Quirón o como el padre de Laertes, pero yo no soy ni el gran Aquiles ni el valiente Odiseo..., soy Talos, el tullido.

—Cuando hayas terminado de compadecerte —le espetó Critolao, irritado—, y de lloriquear como una niña, te enseñaré algunas cosas más que debes aprender. En primer lugar, deja de creer que todo se aprende fácilmente, al primer intento. Las cosas difíciles, y utilizar este arco no es empresa fácil, exigen sobre todo fuerza de ánimo. Te repito que lo que te falta no son músculos sino fe en ti mismo. ¡Y ahora, por Heracles, basta de chachara, coge el arco y haz lo que te he dicho!

El tono de su voz fue tan perentorio que a Talos ni siquiera se le pasó por la cabeza formular ninguna objeción; tragó saliva para deshacer el nudo que notaba en la garganta, aferró con la izquierda la punta superior del arco y con la derecha la cuerda. Apretó los dientes mientras intentaba reunir todas sus fuerzas. Con la rodilla izquierda empujó el arco, tensó los músculos hasta notar un dolor agudo y empezó a tirar con fuerza constante.

—¡Así se hace, muchacho, tira con fuerza!

Fue un instante: Critolao oyó que sus propias palabras hacían eco en su mente, vio una manita que le apretaba el índice tendido hacia una cuna rústica... La luz lejana de un crepúsculo que entraba por las hendiduras de una puerta... Las sombras alargadas... La imagen se difuminó de pronto y

Critolao vio ante él el rostro empapado de sudor de Talos y la expresión de triunfo en los ojos enrojecidos; en la izquierda empuñaba el enorme arco domado y con la derecha probaba la cuerda que vibraba con un zumbido sombrío.

—¿Es esto lo que querías, viejo? —inquirió sonriendo.

Critolao le lanzó una mirada llena de emoción y estupor.

—Has tensado el arco de Aristodemo —dijo con voz trémula. El muchacho contempló el arma reluciente, levantó los ojos serenos para encontrar los del viejo, que se llenaban de lágrimas.

»El arco de Critolao... —murmuró.

Habían pasado varios meses desde que Critolao comenzara a enseñarle a Talos a utilizar el arco y el viejo no había dejado pasar un solo día sin someter al muchacho a un duro aprendizaje. En varias ocasiones Talos se había abandonado a la decepción, pero la increíble constancia de su maestro terminó por imponerse, de manera que hacia finales del otoño, cuando en la montaña comenzaba a apretar el frío, el muchacho había adquirido una gran soltura de movimientos. Los brazos, tensos por el ejercicio constante, se habían vuelto musculosos y robustos; todo el cuerpo de Talos se había desarrollado y tenía más aspecto de hombre que de muchacho, aunque acabara de cumplir los dieciséis años de vida.

Por el contrario, Critolao daba la impresión de deteriorarse cada vez más deprisa, como si la energía que florecía en los miembros de su alumno proviniera de la médula de sus huesos cansados. En realidad, el esfuerzo que exigía la aplicación continuada había debilitado rápidamente el espíritu del viejo. A medida que iban pasando los días se lo veía cada vez más inquieto, agobiado por la prisa de cumplir con un deber para el que tenía el tiempo contado, y, en medio de semejante desasosiego, parecía encontrar siempre energías nuevas cuando, a salvo de miradas indiscretas, en algún valle oculto o en un claro solitario dirigía y guiaba los ejercicios cada vez más difíciles de Talos. El muchacho había aprendido a hacerse las flechas, a balancearlas de forma perfecta y a dar en el blanco con precisión y potencia supremas. El arma, al principio rígida por la larga inactividad, estuvo a punto de partirse en varias ocasiones, pero después, poco a poco, recuperaba la elasticidad; Talos la había untado mil veces con sebo de carnero y calentado al calor de las llamas.

Se acercaba el día de la prueba definitiva, la prueba que para él casi asumía el significado de una iniciación, la conquista de la virilidad plena.

Comprobar su habilidad creciente lo excitaba y lo entusiasmaba pero con frecuencia, por las noches, tumbado en su yacija, se quedaba largo rato pensativo. No conseguía comprender qué perseguía el viejo con la ejercitación continuada y, a menudo, agobiante. No solo le había enseñado a usar el arco sino también el cayado. En sus manos, la vara de cornejo se había convertido en un instrumento dócil y a la vez tremendo. La defensa del rebaño de los ladrones y las fieras podía ser un motivo válido, pero no lo explicaba todo. Talos seguía cavilando pero no lograba solucionar el problema; al mismo tiempo le preocupaba la progresiva decadencia de Critolao. El viejo estaba cada vez más encorvado y las piernas apenas lo sostenían; en algunos momentos, su mirada cansada parecía a punto de apagarse.

OceanofPDF.com

EL CAMPEÓN

Un día terso y límpido pero muy ventoso fue el que Critolao eligió para la prueba definitiva.

Se levantaron muy temprano y subieron a buen paso hacia la fuente de arriba; Talos tiró la capa, se lavó con el agua fría del manantial y luego, obedeciendo una señal de Critolao, empuñó el arco, se puso la aljaba de piel de cordero en bandolera y se alejó unos treinta pasos. El viejo se colocó al lado de una planta tierna de cornejo, delgada y recta, aferrada a la parte más alta, curvándola hasta que la punta tocó casi el suelo. Luego se dirigió a Talos:

—¡Presta atención! —le gritó—. Cuando suelte el extremo cuenta hasta tres y luego dispara; ¿lo has entendido bien?

—Muy bien —respondió Talos mientras metía la mano en la aljaba.

La prueba reunía todas las dificultades posibles: se trataba de darle a un blanco pequeño y en rápido movimiento, y además calcular con precisión la fuerza y la dirección del viento. Talos observó el follaje de las copas de los árboles, después miró el blanco que le pareció increíblemente pequeño, poco más que una pajita a esa distancia. Eligió una flecha larga y bastante pesada y después, bien despacio, se colocó en posición de tiro.

—¡Listo! —gritó Critolao soltando el extremo de la planta y haciéndose a un lado.

La planta silbó como un látigo y continuó oscilando rápidamente. Talos contuvo la respiración, siguió un instante con el brazo izquierdo tenso en la empuñadura los movimientos del blanco y disparó. El pesado dardo, perfectamente equilibrado, salió proyectado con un zumbido sordo, despedazó la corteza de la planta y se clavó en el prado, a poca distancia.

—¡He fallado, maldita sea! —exclamó Talos con rabia al tiempo que corría Hacia el blanco, que seguía moviéndose.

—Le has dado, por Heracles, muchacho, le has dado —decía a media voz el viejo mientras observaba la planta—. Oh, gran Zeus, a treinta pasos, en movimiento y con viento... —Levantó la cabeza para mirar al muchacho, que llegaba a su lado jadeante—: Le has dado, ¿lo comprendes? Pero ¿qué

pretendías, traspasarlo justo por el centro? Talos, ¿sabes lo que significa? En pocos meses, lo has conseguido en pocos meses...

La emoción agitaba al viejo pastor; se notaba claramente con cuánta inquietud había esperado ese momento, le temblaban las piernas.

—Espera, ayúdame a sentarme, muchacho. Se me doblan las rodillas, las piernas no me sostienen... Ven aquí, siéntate a mi lado... Así. Y ahora escúchame, muchacho, te convertirás en un gran arquero, grande como Áyax Oileo, como Odiseo...

Talos rió de todo corazón.

—Eh, no corras tanto, viejo. ¿No crees que abres demasiado esa boca desdentada? ¡No ha sido más que un golpe de suerte!

—¡Pequeño bastardo impertinente! —exclamó Critolao torciendo los ojos en medio de la maraña de arrugas de su cara—. ¡Te romperé el cayado en la espalda, a ver si así aprendes a respetar a los ancianos!

Talos rodó de lado para evitar el azote que el viejo le asestaba en broma, se puso en pie de un salto, salió corriendo hacia el bosque y llamó al perro.

—¡Ven aquí, Crío, corre, atontado, alcánzame!

El animal se lanzó tras su joven amo ladrando y agitando la cola; repetía así un viejo juego que había jugado mil veces, pero apenas lo hubo alcanzado, Talos se detuvo de sopetón: detrás de un nutrido grupo de tocones de haya había un hombre inmóvil, envuelto en su pesada capa de lana oscura, con el rostro semioculto tras la capucha. Miró fijamente al muchacho un instante, luego recogió un haz de ramas y se alejó a paso rápido por el sendero. Entretanto, Critolao llegaba jadeante junto al muchacho. Turbado, lo aferró del brazo.

—¿Qué ocurre, abuelo, nunca habías visto un viandante?

Critolao miró en silencio la silueta encapuchada que se alejaba y tendiéndole el arco al joven, le dijo con tono gélido:

—Mátalo.

—Te has vuelto loco, ¿por qué iba a matarlo? Ni siquiera sé quién es, no me ha hecho nada malo.

—Te ha visto utilizar el arco y no es uno de los nuestros, es un espartano, tienes que matarlo, adelante, hazlo mientras estés a tiempo. —El viejo estaba turbado, su voz delataba temor.

—No, no puedo —repuso Talos con serenidad—. Si me atacaran, tal vez sería capaz de matar, pero no así, a un hombre desarmado y por la

espalda.

El resto del día Critolao se mostró taciturno a pesar de los esfuerzos que hizo Talos para tranquilizarlo. Se lo veía terriblemente abatido, como si todas sus esperanzas, las razones de su vida misma se hubieran derrumbado en un solo instante. En los días que siguieron, su inquietud fue en aumento. Cuando salía a pastorear con el rebaño empleaba mil precauciones y casi no se atrevía a llevar a su joven alumno a ejercitarse con el arco y, si lo hacía, buscaba lugares alejados y a trasmano, y se comportaba como si se sintiera observado, espiado. Se sobresaltaba al menor ruido, los ojos se le llenaban de terror, tanto que Talos estaba muy preocupado.

Pasaron los días y los meses; la primavera estaba avanzada y no había ocurrido nada sospechoso. Critolao comenzaba a tranquilizarse, pero su salud iba empeorando cada vez más, hasta el punto de que algunas veces no llevaba a pastar a las ovejas y se quedaba muchas horas sentado en su escabel. Los hombres de las granjas vecinas que iban a trabajar o a pastorear los rebaños se detenían para saludarlo o conversar; todos parecían extrañamente preocupados, como si intuyeran que se acercaba su fin. Por las noches, Talos regresaba con el rebaño y el perro, y al terminar los trabajos, se sentaba a los pies del abuelo y hablaban largo rato. Le contaba de los continuos progresos que hacía en el manejo del arco que había vuelto a llevar consigo. A veces se ausentaba varios días seguidos, cuando iba a las zonas de pastoreo más alejadas, y entonces dormía en un refugio hecho con ramas y hojas.

Un día, hacia finales de la primavera, se hallaba en las laderas del monte Taigeto, no muy lejos de casa. La noche anterior, Critolao se había sentido mal y no había querido alejarse demasiado. En caso de necesidad, la madre habría podido encontrarlo fácilmente o enviar a alguien en su busca. Era casi mediodía y hacía calor: se sentó debajo de un árbol y miró hacia el llano donde brillaban los olivos de plata. A sus espaldas alcanzaba a ver un largo trecho del camino que venía del norte y que estaba desierto. Había oído comentar a sus compañeros, que servían en la ciudad, que se preparaban grandes acontecimientos. Los marineros de Githion, que por las noches llevaban el pescado al mercado, habían hablado de una flota inmensa que venía de oriente: cientos y cientos de naves con largos espolones de bronce que surcaban las olas. Un gran rey los enviaba desde su imperio de ultramar a guerrear contra los atenienses.

Talos tenía una idea muy vaga de lo que ocurría fuera de su montaña. Había oído hablar a Critolao de los demás pueblos de Grecia, pero nunca había visto a nadie más, aparte de la gente del Taigeto y los guerreros de la ciudad. Se preguntaba por qué quería ese gran rey guerrear con una ciudad pequeña como Atenas y por qué iba con todos esos barcos, si era cierto lo que decían los pescadores de Githion. Pensó también que le habría gustado ver un barco. Se decía que había algunos tan grandes que en su interior cabían todos los habitantes de una aldea, pero seguro que eran fantasías. De todas maneras, hacía tiempo que ocurrían cosas extrañas: casi todos los días salían cuadrillas de guerreros tanto por el camino del norte como por el que llevaba al mar. Muchos pastores y campesinos de la montaña temían que estuviera a punto de estallar una gran guerra y que ellos también se vieran obligados a partir con los guerreros para servirlos o transportar las armas.

Mientras estaba absorto en estos pensamientos, con la mirada perdida en el llano, le pareció notar que algo se movía a lo lejos, por el camino que venía del norte; era poco más que un punto negro en el polvo. Miró mejor y comprobó que alguien se acercaba por el camino de Argos, alguien que corría solo bajo el sol, en dirección a Esparta.

Lleno de curiosidad, Talos se levantó para ver mejor y, al mismo tiempo, empezó a descender por la ladera del monte hacia una pequeña fuente que brotaba allá abajo, al costado del camino. Llegó poco después y se sentó en el borde de la taza de piedra que recogía el agua de la fuente.

El punto negro que había divisado antes a gran distancia adquiría contornos más nítidos: se trataba de un hombre que corría por el borde del camino. Llevaba un hatillo atado a los hombros y un puñal en la cintura; la corta túnica que le llegaba apenas a la ingle indicaba que se trataba de un guerrero. Se había acercado y Talos ya podía verlo bien. Al llegar a la fuente, el hombre, cubierto de polvo y sudor, se detuvo. Respiraba de forma rara, soplaba ruidosamente por la boca e hinchaba rítmicamente el enorme tórax. Recogió agua de la lavó la cara, los brazos y las piernas y después de quitarse la túnica, se lavó poco a poco el resto del cuerpo, dando uno que otro brinco al contacto con el agua helada que bajaba de la montaña.

—Fría, ¿eh? —dijo Talos con una sonrisa.

—Ya lo creo que está fría, muchacho, pero hace bien, refuerza los músculos y el cuerpo y despierta la energía en los miembros cansados.

Aquel hombre semidesnudo tenía un cuerpo formidable: los brazos robustos, el pecho ancho, las piernas largas y fibrosas. Talos lo observaba

atentamente, no podía ser más que un guerrero, pero no lograba distinguir de qué país. Hablaba de un modo curioso, con una especie de cantilena, y su modo de comportarse inspiraba confianza. Talos se asombró al ver la espontaneidad con la que le había dirigido la palabra a pesar de haber intuido que se trataba de un guerrero. El desconocido volvió a vestirse.

—¿Está lejos Esparta? —preguntó.

—No mucho; si sigues corriendo como hasta ahora, llegarás dentro de poco; mira, la ciudad aparecerá tras esa curva del camino, imposible que te equivoques. ¿Qué vas a hacer a Esparta? Tú no eres espartano. Debes de venir de lejos. —Y luego añadió—: Nunca había oído a nadie hablar como tú, ni siquiera a los pastores mesenios ni a los pescadores que vienen al mercado desde Githion.

—Veo que me has observado. ¿Me espiabas acaso?

—Oh, no, me encontraba allá arriba con mis ovejas y por casualidad te vi correr por el camino. Nunca había visto a nadie correr un trecho tan largo. Entonces, ¿no quieres decirme quién eres ni de dónde vienes?

—Claro que sí, muchacho, soy Filípides de Atenas, vencedor de la última Olimpiada. ¿Y tú quién eres?

—Soy Talos —respondió el muchacho mirando al extranjero a los ojos.

—¿Talos y nada más?

—Talos, el tullido.

El extranjero se quedó en silencio un momento, asombrado.

—¿Qué le pasó a tu pie, te has caído de la montaña?

—No —respondió el muchacho con tranquilidad—. Mi abuelo Critolao dice que la comadrona me lo torció al sacarme del vientre de mi madre... Pero te hago perder tiempo, tal vez tengas que marchar.

—Sí, Talos, debería irme, pero si no descanso un poco, me estallará el corazón; partí de mi ciudad anteayer al amanecer.

Talos lo miró con expresión atónita:

—No es posible, sé que Atenas está al otro lado del mar, no puedes haber llegado hasta aquí a pie.

—Pues así he llegado, Fidípides no miente, muchacho. Ayer, antes de la puesta del sol, me encontraba en Argos.

—Te creo, pero mi abuelo Critolao me dijo que se tarda casi una semana en llegar desde Atenas hasta aquí.

—Tu abuelo Critolao debe de saber muchas cosas... Tal vez también sepa quién es Fidípides —dijo el atleta con una sonrisa.

—Mi abuelo Critolao lo sabe todo, estoy seguro de que conoce tu nombre. Un día me habló de la Olimpiada y también me habló del valle en el que compiten los atletas. El río que lo cruza nace no muy lejos de aquí, en nuestros montes. De manera que has llegado hasta aquí apenas en dos días... Debes de tener mucha prisa y cosas muy importantes que transmitir.

—Sí, muy importantes, pero no solo para mí, sino para todos los griegos.

De pronto se puso serio y una sombra veló sus ojos claros.

—Creo que sé de qué se trata —dijo Talos—. Los pescadores de Githion dijeron que el rey de las tierras donde nace el sol ha enviado centenares de barcos cargados de soldados para saquear las islas.

—No solo las islas —dijo el atleta, sombrío—. Han desembarcado en el continente. Son numerosos como las langostas y han acampado en la playa, a poco más de doscientos estadios de Atenas, en un lugar llamado Maratón. Todos nuestros guerreros están allí, pero no son suficientes para rechazar a esa multitud. Por la noche, sus fogatas son tan numerosas como las estrellas en el cielo. Las proas de sus barcos son altas como torres, tienen miles de caballos, carros, sirvientes...

—Has venido a pedir ayuda a los espartanos, ¿no es cierto? No irán; mi abuelo Critolao dice que los espartanos son guerreros terribles, los mejores, pero son obtusos y no ven más allá de sus narices. Además, ya sabrás que su ciudad carece de murallas y se muestran siempre muy renuentes a abandonarla o dejarla demasiado desguarnecida. Otra estupidez más, porque si la rodearan de murallas bastarían unos pocos hombres para vigilarla y el grueso de los guerreros podría ir lejos para hacer frente al peligro sin esperar a que llegara hasta las orillas del Eurotas.

—Para ser tan joven, eres muy sabio, Talos; tu mente está despierta, pero espero que no te sepa mal si alguna vez tu abuelo se equivoca; me refiero a la estulticia de los espartanos. Deben escucharme; si dejan que nos destruyan, mañana les tocará a ellos y Atenas ya no existirá para ayudarlos.

—Lo sé, pero por desgracia no es a mí a quien debes convencer, sino a ellos; por mí, si pudiera... En fin, que me batiría con gusto a vuestro lado. No sé por qué, pero me parece que hablas bien. ¿Son como tú todos los atenienses?

El atleta sonrió.

—Oh, los hay mejores que yo, la verdad sea dicha.

—Lo dudo —dijo Talos meneando la cabeza—. Tú has ganado las Olimpiadas.

—Es cierto, muchacho, pero en mi ciudad no solo cuentan los músculos; es más, la mente es lo que de verdad cuenta y para el gobierno de la ciudad los ciudadanos tratan de elegir siempre a los hombres más sabios, no a los más fuertes.

—¿Quieres decir que en tu tierra la gente es la que elige a los que deben gobernar? ¿No tenéis reyes?

—No, Talos, hace mucho los tuvimos, pero ahora ya no.

—¿Qué rara debe de ser tu tierra!

—Sí, tal vez, pero creo que allí te encontrarías a gusto.

—No lo sé... ¿Crees que es un lugar donde un siervo podría encontrarse a gusto?

El atleta se levantó y le lanzó al muchacho una mirada triste.

—Debo irme —dijo e hizo ademán de emprender la marcha; se volvió hacia el muchacho, se quitó el brazalete de cuero ornamentado con tachuelas de cobre y se lo ofreció.

—Para ti, Talos, lo llevé en la Olimpiada, pero creo que ya no lo necesito, algún día te acordarás de Fidípides...

Se ciñó el cinturón y se lanzó a la carrera en dirección a Esparta. Talos se quedó un instante anonadado y después arrancó a correr tras el atleta, que ya estaba lejos:

—¡Campeón! ¡Campeón!

Fidípides se detuvo un momento y miró hacia atrás.

—¡Buena suerte!

El atleta levantó el brazo derecho y lo saludó con un amplio ademán; después reinició la carrera bajo el brillo enceguedor del sol.

El ateniense estaba sentado, envuelto en el candido palio, frente al noble Aristarcos, que lo escuchaba con atención.

—Te agradezco la hospitalidad que me ofreces, Aristarcos; la nobleza y el valor de los Cleoménidas son bien conocidos en Atenas y es para mí un gran honor estar sentado a tu mesa.

—El honor es mío, Fidípides. Esta casa se enorgullece de recibir al campeón de Olimpia. Venciste a nuestros mejores jóvenes y los espartanos saben reconocer el valor de un adversario de tu fuerza. Por desgracia, mi mesa es muy modesta y no he podido ofrecerte manjares refinados. Sé que

los atenienses hacéis bromas sobre nuestra cocina y que nuestro caldo negro, en especial, es objeto de muchas burlas. Como verás, no te he obligado a probarlo.

—Has hecho mal, noble Aristarcos, porque sentía mucha curiosidad por saber cómo era.

—Me temo que para ti habría sido una experiencia poco agradable. Recuerdo bien la cara que puso Aristágoras de Mileto cuando lo probó en una comida que ofreció nuestro gobierno con motivo de su misión en Esparta, hace de esto ocho años, misión que, como bien sabrás, tuvo escaso éxito.

—Lo sé, no le disteis ninguna ayuda, contrariamente a lo que hicimos nosotros, los atenienses, que ahora pagamos caro nuestro gesto de entonces. Por otra parte, la asamblea considera su deber enviar toda la ayuda posible a las ciudades helénicas que se habían rebelado contra el Gran Rey. ¿No crees tú también que ha sido una decisión acertada?

—¿Debo considerar que juzgas negativamente el rechazo de nuestro gobierno de entonces a las peticiones de Aristágoras?

—No exactamente, Aristarcos —respondió el ateniense al tiempo que se daba cuenta de que había herido la susceptibilidad de su anfitrión—. Me doy cuenta de que entonces a los espartanos no os era fácil tomar una decisión tan grave.

—No es esa la cuestión, Fidípides. Al principio, nos pareció que a Aristágoras lo impulsaban nobles ideales; nos explicó en qué condiciones se hallaban las ciudades griegas de Asia, obligadas a soportar el yugo del Gran Rey, y daba la impresión de que su único objetivo era liberarlas. En un discurso que pronunció ante la Asamblea de los Iguales, fue tal su vehemencia que los guerreros quedaron fascinados. Por otra parte, sabes que los espartanos no estamos acostumbrados a la elocuencia, que somos gente sencilla, de pocas palabras, pero no somos necios. Los Éforos, a quienes compete gobernar nuestra ciudad junto con los reyes, sabían bien que Aristágoras había tratado de sojuzgar la isla de Naxos, poblada por los griegos, utilizando tropas persas para hacer mérito a los ojos del Gran Rey, que, por entonces, se encontraba en Tracia combatiendo a los escitas, más allá del río Istro. Los habitantes de Naxos rechazaron el ataque y los oficiales persas declararon que la culpa de aquel fracaso la tenía sin duda Aristágoras. Aterrorizado por la idea de sufrir la cólera del Gran Rey, aprovechó un incidente entre oficiales persas y griegos de la flota para

proclamar la revuelta. Los griegos de Asia lo siguieron, lo que demuestra que deseaban liberarse del dominio de los persas, pero por lo que respecta a Aristágoras, sabíamos que solo había actuado por interés personal. Si tanto le importaba la libertad de los griegos, ¿por qué intentó sojuzgar la isla de Naxos? En pocas palabras, teníamos motivos fundados para considerar que desencadenó la revuelta contra los persas para salvarse de la cólera del rey Darío cuando regresara de la guerra contra los escitas.

Sirvió entonces vino en la copa de su huésped, que lo escuchaba sin perderse palabra, y luego prosiguió:

—Admitirás que no es fácil fiarse de un hombre que se encuentra en una situación sin salida y que desea hacer creer que solo lo anima el fuego de la libertad. Pero te estoy diciendo cosas que tal vez sepas mejor que yo.

—Es cierto, en parte estoy al corriente —respondió Fidípides—, pero sigue, te lo ruego, porque me interesa saber qué piensas sobre esos hechos.

—Muy bien —continuó Aristarcos—, habría sido posible convencer a los Iguales reunidos en asamblea, pero es evidente que la decisión última la tomarían los Éforos y los reyes, y tanto los unos como los otros habían tenido una pésima impresión de Aristágoras, aparte de lo que ya sabían de él. Recuerdo un episodio que te hará sonreír; un día, me encontraba por casualidad en casa del rey Cleomenes, que había hospedado a Aristágoras. El huésped acababa de levantarse de la cama y estaba sentado con las manos bajo la capa (en casa del rey solo se encendía el fuego después del crepúsculo) mientras uno de sus sirvientes le ataba el calzado. La hija del rey, que por entonces tenía seis años, señaló con el dedito a Aristágoras y exclamó: «¡Mira, padre, el huésped extranjero no tiene manos!». Te juro que incluso yo tuve que volverme y taparme la boca para no reírme a carcajadas. En fin, que aquel hombre que se presentaba como jefe de una revuelta no sabía siquiera atarse el calzado sin ayuda.

—De modo que los atenienses fuimos demasiado crédulos con Aristágoras —dijo Fidípides con una sonrisa agria.

—Oh, no, amigo mío, no era ese el sentido de mis palabras; no critico las acciones de Atenas, que por aquella época fueron muy generosas. El envío de barcos y tropas en auxilio de los rebeldes de Jonia no fue deliberado porque Aristágoras os había engañado. En el fondo un vínculo de estirpe y de sangre os unía a los jonios, vuestros colonos de Asia, y es comprensible que quisierais ayudarlos. La verdad es que nuestra negativa de entonces fue fruto de nuestra desconfianza natural: nos pareció que ese

hombre quería implicar a Esparta en una empresa desesperada de la que únicamente su ambición era responsable.

—Comprendo lo que quieres decir, pero en definitiva ahora los persas están en Grecia y pelagra la libertad de todos los helenos.

El espartano se quedó un instante pensativo mientras con la mano izquierda se mesaba la barba, y luego añadió:

—Sé bien que es inútil lamentarme por lo que ocurrió entonces. Los espartanos podríamos decir que si Atenas no hubiera intervenido en Asia ahora no tendríamos a los persas en Grecia; y los atenienses podríais decir que si Esparta hubiese intervenido en Jonia, quizá la expedición habría salido victoriosa.

—Estoy de acuerdo contigo, Aristarcos, pero la situación es desesperada. Es imprescindible que Esparta intervenga a nuestro lado. Unidos venceremos, separados seremos derrotados. El peligro se cierne hoy sobre Atenas y las ciudades del Ática, pero mañana le tocará el turno a Corinto, a Megara, a la misma Esparta. El rey de los persas posee centenares de barcos que pueden desembarcar decenas de miles de guerreros en cualquier punto de la Hélade.

—El discurso que has pronunciado hoy en la asamblea es un discurso indudablemente convincente.

—¿Te parece?

—Sin duda; si conozco a mi gente, creo que tus palabras han conseguido el efecto adecuado. Tu gobierno eligió muy bien al no enviar a Esparta a un político, sino al campeón de Olimpia. Los espartanos son más propensos a creer en el valor que en las palabras elegantes.

—¿De modo que piensas que mañana podré llevar a Atenas la promesa de la intervención inmediata de vuestro ejército?

—Es probable que consigas el pacto de alianza. En cuanto a la intervención inmediata...

—¿Y bien? —inquirió ansiosamente Fidípides.

—Me temo que habrá que esperar al plenilunio. Solo entonces se reunirá la Asamblea de los Iguales para aprobar la decisión de los Éforos.

—¡Pero es absurdo! —exclamó el ateniense. Al comprobar que su interlocutor adoptaba una súbita expresión sombría, añadió—: Discúlpame, pero esperar al plenilunio equivale a una negativa. Los persas pueden atacar de un momento a otro.

Aristarcos parecía preocupado; se pasó una mano por la frente.

—Podríais encerraros tras las murallas y resistir hasta que lleguemos.

—¿Y abandonar los campos al saqueo y la destrucción? Hay decenas de aldeas que carecen de fortificaciones y aunque las tuvieran no tendrían ninguna esperanza de resistir. ¿No sabes lo que hicieron en Eretria? Eubea entera fue sometida a hierro y fuego, y al final hasta la ciudad tuvo que capitular. Toda la población fue tomada como esclava. No, Aristarcos, no hay salida, es preciso detenerlos en la playa, pero solos no lo conseguiremos... No lo creo —dijo Fidípides con desconsuelo, y se quedó en silencio, con la cabeza entre las manos.

—Me hago cargo —respondió el espartano al tiempo que se ponía en pie y se paseaba nerviosamente por la sala—, pero por otra parte estas son nuestras leyes y no veo la manera de...

—Entonces no hay ninguna esperanza...

—Escúchame, Fidípides, mañana hablaré en favor de tu petición; me refiero al envío inmediato del ejército, no puedo hacer más. En el peor de los casos, se trata de ganar tiempo. No falta mucho para el plenilunio y dentro de algo más de una semana nos encontraremos codo con codo en Maratón. Créeme cuando te digo que es lo que mi corazón desea sinceramente.

—Te creo —dijo el campeón estrechando calurosamente la mano del guerrero de Esparta—, y es para mí un gran consuelo. Ojalá que tus palabras sean atendidas; estoy seguro de que juntos podremos vencer al enemigo, entonces me corresponderá a mí retribuir la hospitalidad que con tanta generosidad me has ofrecido. Ahora te ruego que me disculpes, estoy muy cansado y querría retirarme. Que la noche te traiga consejo, noble Aristarcos, a ti y a tus conciudadanos, en cuyas manos está no solo el destino de mi patria sino el de toda la Hélade.

—Así lo quieran los dioses —dijo Aristarcos al tiempo que se incorporaba y acompañaba al huésped hasta sus aposentos.

—¡Brito, Brito! ¡Corre, se ven los nuestros que regresan, ahora mismo asoman las vanguardias por el camino de Argos!

—¡Ya voy, Aguías, espérame!

Los dos muchachos corrían por el camino que cruzaba el centro de la ciudad en dirección a la puerta septentrional. Pasaron entre una multitud de mujeres, ancianos y muchachos que llegaban de todas partes e iban apiñándose en la calle principal donde buscaban un buen lugar de

observación. Advertidos por un mensajero, los cinco Éforos se encontraban ya en la puerta para esperar la llegada del ejército.

—Mira, Aguías —dijo Brito a su compañero—, aquí llega la cabeza del ejército y ahí está el rey.

A lomos de un purasangre negro, rodeado de su escolta, avanzaba el rey Cleomenes, con los hombros ligeramente cargados y la barba entrecana que delataba que ya no era joven.

—Qué extraño —dijo Brito a su compañero—, no veo a mi padre; como pariente del rey debería ir a su lado.

—No te preocupes —lo tranquilizó Aguías—, no hubo batalla, por lo que no hay caídos; así se lo han dicho los heraldos a los Éforos. Se comenta que los nuestros llegaron cuando los atenienses ya habían vencido. El campo de Maratón seguía cubierto de cadáveres persas. Dentro de poco sabremos más; mira, el rey va al encuentro de los Éforos; por la tarde, el heraldo debería anunciar en el agora cómo ha ido todo.

Los muchachos se acercaron a la columna de guerreros que entraban en la ciudad rompiendo filas a medida que se encontraban con sus familias y parientes que habían acudido a recibirlos.

—Aquí viene mi hermano Adeimantos, vamos a preguntarle qué ha ocurrido. Él nos dará noticias de tu padre —dijo Aguías y le indicó a su amigo a un hoplita de la retaguardia—. Mira, han llegado también tu madre y tu nodriza; estarán preocupadas.

Los dos muchachos abandonaron su puesto de observación y corrieron hacia Adeimantos, que en ese momento se separaba de las filas y se quitaba el pesado yelmo que Aguías le arrancó de las manos.

—Deja que te llevemos las armas, Adeimantos, estarás cansado.

—Sí, te las llevamos nosotros hasta casa —dijo Brito como un eco al tiempo que le quitaba el escudo del brazo izquierdo.

El grupo se dirigió hacia el barrio oriental de la ciudad, donde se encontraba la casa de Adeimantos. A los guerreros se les había permitido regresar con sus familias en lugar de a sus respectivos cuarteles, como ocurría con frecuencia.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó enseguida Brito—. ¿Cómo es que no ha regresado con vosotros? Las mujeres de mi casa están preocupadas.

—No te preocupes —repuso Adeimantos—. Uno de los guardias de la escolta del rey avisará de inmediato a tu madre. Tu padre ha tenido que

participar en las exequias de un guerrero ateniense abatido en la batalla.

Entretanto, habían llegado a casa. El guerrero entró y fue recibido festivamente por su familia; se desató la coraza y se sentó, mientras una de las mujeres le preparaba el baño.

—¿Sabes quién era? —preguntó Brito, lleno de curiosidad.

El rostro de Adeimantos se ensombreció.

—¿Te acuerdas del campeón ateniense que vino a Esparta a solicitar nuestra intervención?

—Sí —repuso Brito—. Fue nuestro huésped durante su estancia en la ciudad.

—¿El campeón de Olimpia? —preguntó Agúas a modo de aclaración.

—El mismo —respondió el hermano—. Al terminar la batalla, los persas derrotados alcanzaron la flota para intentar un golpe de mano contra el puerto de Falero, pues lo creían desguarnecido, pero el comandante ateniense envió a Fidípides, el campeón, a anunciar la victoria y a dar la alarma a los defensores de la ciudad. Recorrió sin parar doscientos cincuenta estadios desde Maratón a Atenas, después de combatir toda la mañana en primera línea; un esfuerzo espantoso que le costó la vida. Consiguió transmitir su mensaje y después se desplomó, muerto de fatiga.

Los dos muchachos se quedaron en silencio, fascinados por aquellas palabras.

—Era un hombre justo y generoso, murió como un campeón y un guerrero; los griegos lo recordarán.

—Debo marcharme —dijo Brito mientras se ponía en pie—, mi madre está sola y me espera. Nos veremos mañana en la palestra —añadió dirigiéndose a su amigo.

Después de saludar a Adeimantos, salió a la calle y con paso veloz fue hacia la puerta septentrional, de la que acababa de venir. Al llegar a ella, desvió a la derecha, hacia el Taigeto, para ir a su casa, que se erguía casi al pie del monte. Al costado del camino vio una pequeña multitud de viejos, mujeres y niños. Eran las familias de los ilotas que habían seguido al ejército espartano en calidad de sirvientes y porteadores. La alegría de esa pobre gente era enorme. Muchos de ellos habían visto partir a sus seres queridos con enorme temor e inquietud. Eran terribles las cosas que se decían del ejército persa y, a pesar de que los ilotas no participaban en el combate, había motivos para preocuparse.

Si vencía el enemigo, en el mejor de los casos los habrían convertido en esclavos y se los habrían llevado lejos. Para los pobres desgraciados no existía la esperanza del rescate o las negociaciones, puesto que sus familias apenas tenían lo justo para sobrevivir. La noticia de las espantosas matanzas que el ejército persa había llevado a cabo en las islas contribuyó a aumentar el terror. Se decía que en comarcas lejanas habían deportado poblaciones enteras y que no había esperanza alguna de que regresaran. El joven Brito los observaba sin poder contener un sentimiento de desprecio: aquella gente que no pensaba más que en salvar su escuálida existencia ni siquiera le parecía digna de ser considerada parte del género humano. Al mismo tiempo, notaba que sobre él y sobre toda la casta de los guerreros a la que pertenecía pesaba la incomodidad de la empresa no cumplida en Maratón. La impensable y estrepitosa victoria de los atenienses empañaba el prestigio del que siempre habían gozado las armas espartanas; tuvo la impresión de que aunque no osaban manifestarlo, aquellos desgraciados ilotas se complacían del fracaso de sus orgullosos amos.

A su paso, el murmullo se apagó, todas las miradas se clavaron en el suelo, menos una: la de un muchacho algo más joven que él, que lo miró a los ojos con una extraña expresión y que, poco después, se alejó rápidamente hacia el Taigeto con un curioso paso ondulante.

EL ESCUDO

El resto de ese año tumultuoso pasó sin más sobresaltos para los pueblos de la montaña, que reemprendieron su existencia de siempre, marcada solo por las estaciones y los trabajos del campo.

A Talos, que se había convertido en un joven corpulento, se lo veía con frecuencia en compañía de sus amigos pues gozaba de mayor libertad de movimientos. Durante casi toda su infancia, la granja donde vivía aislado en la zona de la fuente de arriba lo había mantenido alejado de los demás muchachos y, por otra parte, los ilotas vivían desperdigados en los campos y pastizales porque los espartanos les habían impedido siempre que se reunieran en las aldeas. Solo los viejos hablaban de los tiempos pasados en los que el pueblo también tenía sus ciudades, rodeadas de murallas y torres, y les describían la ciudad muerta, abandonada en el monte Itome, en el corazón de Mesenia. Bajo las ruinas cubiertas de musgo dormían los antiguos reyes. Las torres derruidas por el tiempo servían de nido a los cuervos y gaviñanes, y, entre las casas derrumbadas, crecían las higueras y los olivos silvestres. Los pastores que pasaban por allí con sus rebaños trashumantes contaban que la noche del primer plenilunio de primavera un enorme lobo gris merodeaba aullando entre los escombros y si la luna se ocultaba detrás de las nubes se oía un lamento que surgía de la tierra, del vientre de la montaña, el llanto de los reyes, prisioneros de Tánato...

Talos escuchaba boquiabierto esas historias maravillosas pero las consideraba fantasías, porque también los hombres tienen fábulas que contarse. Pensaba en el trabajo que tenía por delante y en las tareas cotidianas; era él quien debía ocuparse de entregar los productos a la familia del viejo Cratipo y sabía bien que en la granja la vida sería bastante tranquila mientras no faltara nada en casa del amo espartano, que vivía en el valle. Precisamente en estos desplazamientos entre la montaña y la llanura había conocido a un campesino ilota que cultivaba otras tierras que Cratipo poseía junto al Eurotas.

Al anciano Pelias, viudo y con una sola hija, le resultaba difícil continuar con los trabajos del campo, de manera que Talos iba algunas veces con el rebaño hasta el llano y después de confiárselo a la muchacha

realizaba las tareas más gravosas y pesadas, y, en ocasiones, se quedaba varios días seguidos en la granja.

—Me parece que te has olvidado de tu casa —le decía en broma Critolao—. Te vemos muy poco por aquí. ¿No será la pequeña Antinea la que te infunde tanto entusiasmo por los trabajos del campo? Por Zeus, quería convertirte en pastor y he aquí que me encuentro con un campesino.

—Basta ya, abuelo —respondía Talos, tajante—, no tengo ningún interés en esa muchacha. Lo que ocurre es que el pobre Pelias ya no puede seguir adelante. Si yo no fuera a ayudarlo con los trabajos más pesados, no sabría cómo arreglárselas.

—Ya sé —le contestaba Critolao—, ya sé que tienes buen corazón, aparte de buenos brazos. Solo lo comentaba porque dicen que la pequeña Antinea está convirtiéndose en una graciosa muchacha.

Así era, la hija de Pelias era realmente hermosa. Tenía largos cabellos rubios y ojos verdes como la hierba húmeda de rocío. A pesar de haber tenido que adaptarse a los trabajos del campo, su cuerpo seguía siendo delgado y agraciado y en más de una ocasión Talos se había distraído de sus tareas al verla pasar con su andar rápido, llevando sobre la cabeza el ánfora de terracota llena de agua de la fuente. No era eso todo. Algunas veces se entretenía tratando de adivinar la forma de sus pechos y la curva de sus caderas debajo de la corta túnica que llevaba ceñida a la cintura con una cuerdecilla. Todo esto sembraba de inquietud su espíritu normalmente sereno, de tal manera que su comportamiento con la muchacha era brusco, casi huraño. Tenía la impresión de que ella leía en su rostro lo que pensaba y por eso hacía lo increíble para que no se le notara. Sin embargo, le era imposible dejar de mirarla y si ella se inclinaba a recoger un manojo de hierba para los animales y sus muslos quedaban al descubierto, notaba que enrojecía, que la sangre se le subía a la cabeza y que le palpitaban las sienes. Pero lo que más lo confundía era pensar que Critolao no tuviera necesidad de adivinar nada y que podía ver dentro de él hasta el más leve pensamiento... Le resultaba insoportable que lo considerasen como un carnero en época de celo. En esos momentos prefería quedarse solo y escuchar el canto de las alondras y los mirlos o vagar por los bosques y colocar trampas para zorros. ¿Acaso hacerse hombre era eso? Sin duda era eso y algo más; escuchar dentro de sí sonidos misteriosos, temblores imprevistos, tener ganas de correr, de trepar a las cimas más altas para lanzar un grito y que los picos lejanos le devolvieran el eco, tener ganas de

llorar cuando el sol se pone incendiando las nubes, cuando miles de corderos con los vellones en llamas pastan en el azul para disolverse luego en la oscuridad. Sentir en el pecho un ruiseñor con su melodía o el gavilán con sus roncós chillidos, desear alas, grandes alas blancas para volar lejos, sobre los montes y los valles centelleantes por la plata de los olivos, sobre los ríos, entre sauces y álamos, en las noches silenciosas y perfumadas, bajo la luz pálida de la luna...

Estas y otras eran las cosas que sentía dentro de su corazón Talos, el tullido.

Bajaba un día Talos con sus ovejas de la montaña para ir a casa de Pelias a ayudarle. Faltaba poco para la gran fiesta de Artemis Ortia, durante la cual tenía lugar la iniciación de los jóvenes espartanos que debían convertirse en los nuevos guerreros. Debían poner en orden la casa de Cratipo y adornarla, preparar la leña para el hogar, matar el cordero para el banquete. Había partido con las primeras luces del alba por el sendero que llevaba a la llanura y salía del bosque cuando el sol acababa de asomar por el horizonte. De repente oyó gritos que venían de un claro no muy alejado.

—¡Vamos, Brito, cógela! ¡No, por ahí! ¡Vamos, no la dejes escapar, holgazán!

—Eh, echadme una mano, esta salvaje corre como una liebre y araña como una gata.

Al intuir lo que estaba pasando, Talos salió a la carrera del bosque e irrumpió en el prado donde unos caballos pastaban a orillas de un arroyo. Sus dueños, todos jóvenes espartanos, tenían rodeada a Antinea, que se encontraba en el centro del círculo, aterrorizada, con las ropas hechas jirones y el cabello desgredado. Incitado por sus compañeros, el joven llamado Brito se acercaba a la muchacha, que retrocedía apretando contra el pecho las ropas destrozadas.

—Eh, Brito, demuéstanos que eres capaz de domar a esta potranca —gritaba descaradamente un muchacho pelirrojo, de cara pecosa.

—¡Dejadla en paz! —gritó Talos y se lanzó al centro del círculo donde se puso al lado de la muchacha que, temblorosa, se apretó contra él.

—Pero ¿qué haces, Talos? —le dijo la muchacha sollozando—, te matarán.

—¡Amigos! —gritó Brito en cuanto se recuperó de la sorpresa que le produjo la súbita aparición—. La diosa Artemis nos ha demostrado su favor al mandarnos esta cervatilla y además este cabrón.

Talos enrojeció, apretó el cayado de cornejo con las dos manos y se plantó firmemente sobre las piernas.

—Vaya, si es peligroso —dijo otro, burlón—, ¡lleva un bastón, cuidaos de que no nos haga daño o no podremos participar en la iniciación!

—¿Quién va por él? —preguntó un tercero.

—Yo —gritó el muchacho pelirrojo y se acercó por la espalda a Talos, que se dio la vuelta a toda velocidad para enfrentarse a él.

—¡Pero si es tullido! —gritó otro—. ¡Así no tiene gracia, Aguías, es demasiado fácil!

—Pues bien —dijo el muchacho pelirrojo sin dejar de acercarse a Talos—. Lo atraparé con mis propias manos.

Lanzó al suelo la jabalina que empuñaba en la diestra y se abalanzó hacia delante. Talos lo esquivó con un movimiento fulminante, se apoyó en el cayado que previamente había plantado en el suelo, agitó las piernas hacia su adversario, le encajó un rígido golpe de talón en la nuca y lo dejó tumbado en el suelo sin sentido. En un abrir y cerrar de ojos volvió a estar en guardia con el cayado apretado entre las manos.

Un silencio repentino descendió sobre los jóvenes y el que llamaban Brito y parecía el jefe se volvió hacia los otros, lívido de cólera.

—Ya basta —gritó—. El duelo debe hacerse entre guerreros, aplastemos a este piojo y vámonos, se me han pasado las ganas de divertirme.

Se abalanzaron sobre él todos a la vez tratando de esquivar los golpes del cayado que Talos revoleaba por el aire con mortífera precisión. Dos de ellos cayeron golpeados por la punta del cayado en el esternón y allí quedaron retorciéndose y vomitando. Los demás se lanzaron sobre él golpeándolo salvajemente con las astas de las jabalinas. Talos se batía enfurecido gritando como una bestia herida y tratando de librarse de los adversarios que lo destrozaban a fuerza de patadas y puñetazos en el vientre y la espalda. Al final lo inmovilizaron boca arriba mientras uno de ellos le clavaba la rodilla en el esternón.

—Apártate —dijo Brito a su compañero, que se levantó jadeante.

Blandió la jabalina para asestarle el golpe mortal mientras Talos, sacudido por un estremecimiento en todo el cuerpo, lo miraba con los ojos llenos de lágrimas y sangre. Brito vaciló un instante y Antinea, que durante la lucha había quedado paralizada por el miedo, se lanzó con un grito sobre el cuerpo de Talos para cubrirlo por entero. Enfurecido de rabia, Brito

siguió sin moverse mientras apretaba espasmódicamente las mandíbulas y miraba como atontado la espalda de la muchacha sacudida por los sollozos; después, bajó despacio la jabalina y mientras señalaba a sus compañeros que yacían en el suelo malheridos, le ordenó al resto:

—Recoged a esos idiotas y vámonos.

Llegaron a los caballos y se alejaron en dirección a Esparta. Brito pensaba en la mirada que lo había hecho vacilar; no era la primera vez que aquellos ojos lo habían mirado, pero no sabía ni cuándo ni dónde. Los recordaba sin saber por qué...

Tuvo la impresión de despertar de un sueño profundo; punzadas lacerantes atormentaban sus miembros entumecidos. Un contacto dulce y tibio: el cuerpo de Antinea hacía brotar la vida en su piel recorrida por los escalofríos, empapada de sudor helado. Abrió despacio los ojos hinchados y vio el rostro de la muchacha manchado con su sangre, surcado de lágrimas. Antinea lo acariciaba y lloraba quedamente, le pasaba las pequeñas manos ásperas por el cabello enredado.

—Talos, estás vivo... —murmuró como si no creyera lo que decía.

—Creo que sí —consiguió contestar el muchacho—pero aún no sé por cuánto tiempo, esos perros me han destrozado.

Antinea corrió al arroyo, empapó un trozo de su túnica en el agua fresca y se acurrucó junto a Talos para limpiarle el rostro desfigurado, la boca tumefacta y los ojos hinchados.

—¿Puedes levantarte? —le preguntó—. ¿O quieres que vaya a llamar a mi padre?

—No, deja —repuso Talos—. Estoy muy magullado pero creo que sigo entero. Ayúdame, así, eso es. Dame el cayado.

La muchacha se lo tendió y Talos se apoyó en él, pasó el brazo izquierdo por encima de los hombros de Antinea, se incorporó y estiró los miembros doloridos. Echaron a andar poco a poco, deteniéndose de vez en cuando a descansar, y llegaron al caserío de Pelias cuando el sol ya estaba alto. Cuando oyó ladrar a los perros el padre de Antinea salió a la era y, abrumado por la escena que tenía ante los ojos, corrió al encuentro de los dos jóvenes.

—En nombre de los dioses, ¿qué os ha sucedido? —preguntó, acongojado—. ¿Qué os han hecho?

—Ayúdame, padre, deprisa —dijo la muchacha llorando—. Talos acudió a defenderme de unos jóvenes espartanos y se ha salvado de

milagro.

Lo tendieron en una cama y lo taparon con una manta de lana. Temblaba convulsivamente por el esfuerzo que acababa de realizar y la fiebre que lo abrasaba a causa de los feroces golpes recibidos.

—Os ruego que no digáis nada a los míos —les pidió con un hilo de voz—, se morirían de pena.

—Tranquilízate, hijo —le dijo Pelias—, enviaré a alguien a avisarles de que te quedarás unos días conmigo para ayudarme con los preparativos de la fiesta y la cosecha del heno. En cuanto te hayas recuperado podrás volver e inventarte alguna excusa. Diles que te has caído en una quebrada.

—Sí, de acuerdo —murmuró Talos cerrando los párpados.

Pelias lo miró con ojos relucientes, luego miró a Antinea, que seguía con el rostro desencajado de miedo, y le dijo:

—Ve a ponerte otro vestido. Del que llevas ha quedado bien poco. Vuelve luego y no te apartes de su lado un solo momento. Tengo que ir a la ciudad, a ver al amo. Dentro de dos días será la fiesta y todavía me queda mucho por hacer.

Cerró la puerta y desapareció; la casa quedó sumida en la oscuridad.

Exhausto por el esfuerzo y la fiebre, Talos había caído en un sueño profundo. Cuando se movía en la yacija se quejaba débilmente y cada uno de sus gemidos sobresaltaba a Antinea; se levantaba y se acercaba a él para espiar en la penumbra la expresión de su cara, luego volvía a sentarse en un escabel, con las manos entrelazadas en el regazo. Pelias regresó cuando estaba a punto de oscurecer.

—¿Cómo sigue? —preguntó a media voz en cuanto hubo entrado.

—Me parece que mejor; duerme tranquilamente y creo que la fiebre le ha bajado, pero sigue hinchado —respondió la muchacha.

Pelias entreabrió la ventana para que un poco de claridad del crepúsculo entrara en la estancia; su rostro se contrajo de dolor al ver la cara tumefacta de Talos, su pecho plagado de cardenales, los brazos cubiertos de arañazos y sangre reseca. Apretó los puños.

—Malditos —murmuró entre dientes—, malditos. Son los vástagos de las familias más nobles de la ciudad... Brito, hijo de Aristarcos; Aguías, hijo de Antímaco; Filarcos, hijo de Leucipo.

—¿Cómo has sabido sus nombres? —inquirió Antinea, estupefacta.

—Por nuestros amigos que sirven en sus familias. Algunos de esos malditos regresaron muy maltrechos y se supo la verdad, aunque han hecho

correr la voz de que ha sido un accidente durante los ejercicios militares. A pesar de que iba solo, el muchacho los ha golpeado con dureza. Me extraña, jamás lo habría imaginado. Es fuerte, qué duda cabe, pero ¿cómo habrá hecho para derribar a tres jóvenes guerreros que en todo el día no hacen más que adiestrarse en lucha y esgrima?

—No lo sé, padre, yo también me quedé sorprendida. Tendrías que haber visto cómo usaba el cayado —dijo la muchacha al tiempo que señalaba la vara de cornejo apoyada contra la pared en un rincón—. Lo maniobraba con una velocidad increíble y una fuerza tremenda. Si no lo hubiesen atacado todos juntos no habrían podido reducirlo.

Pelias se quedó un instante sumido en sus pensamientos, con la vista clavada en la brillante asta de cornejo; luego la sopesó con las dos manos y murmuró:

—El viejo Critolao... solo él...

—¿Qué has dicho? —preguntó la muchacha.

—Nada, nada, hija, pensaba en voz alta. —Dejó la vara en su sitio y se sentó luego junto al lecho en el que dormía Talos—. El muchacho corre ahora peligro. Podrían matarlo en cualquier momento.

—¡No! —exclamó la muchacha y notó que el corazón le daba un vuelco.

—¿Te das cuenta de lo que ha hecho? No solo se ha rebelado sino que ha atacado a unos espartanos. Hace falta mucho menos que eso para matar a un ilota. Por suerte, todavía no lo han reconocido, pero no tardarán en saber quién es. Han notado que está tullido.

Antinea se restregaba las manos y miraba angustiada el rostro de Talos.

—Es preciso que lo ayudemos a huir de inmediato, que lo ocultemos en alguna parte.

—¿Dónde, hija mía? Un ilota fugitivo no puede llegar muy lejos; además, ¿quién quieres que lo esconda? La familia que le diera cobijo sería exterminada en cuanto fuese descubierta.

—Entonces, ¿no hay esperanzas?

—Cálmate, hija, encontraremos una solución. Por ahora está a salvo, nadie os ha visto llegar, al menos eso espero... y además, existe una mínima esperanza...

—¿Cuál? —inquirió Antinea con impaciencia.

—Me has dicho que a Talos lo inmovilizaron y que uno de los jóvenes levantó la jabalina para traspasarlo, ¿no es así?

—Sí, así es.

—Pero no lo hizo.

—Es cierto, pero porque yo me lancé sobre él para cubrirlo con mi cuerpo y los espartanos no matan a las mujeres...

—No creo que haya sido solo por eso. Si ese muchacho vaciló es porque tal vez exista un motivo... Un motivo que por ahora desconocemos, pero se trata de algo que sirvió para detener su mano. De todas maneras, si hubiese querido, habría hecho que sus amigos te quitaran de en medio y lo habría matado. Por tanto, no lo hizo por voluntad propia y si no lo hizo en ese momento, cuando la cólera hervía en su interior, es improbable que lo haga después, a sangre fría.

—¿Y los otros?

—Por la descripción que me has dado, debe de tratarse de Brito, el hijo del noble Aristarcos, último vástago de los Cleoménidas. Si él no quiere, los demás no harán nada. De todos modos, por ahora tenemos tiempo. La ciudad se prepara para la ceremonia de la iniciación de los nuevos guerreros que se celebrará pasado mañana en el templo de Artemis Ortia.

Pelias se aproximó para ver de cerca la cara de Talos y le pasó una mano por el cabello.

—Pobre muchacho —murmuró—, valiente como un león... No merece morir, ¡aún no tiene veinte años! —Se volvió hacia Antinea y le ordenó—: Vete a preparar la comida, así podrá tomar algo si despierta.

Antinea se levantó, recordó que llevaba todo el día sin probar bocado y fue a preparar la cena para ella y los dos hombres; luego llamó a su padre y fue a sentarse para tomar su ración de mala gana. Se acostaron temprano, cansados por la tremenda jornada.

En su lecho, Talos seguía sumido en un sueño plagado de pesadillas. En rápida sucesión veía el rostro de Brito encendido por la cólera, el brillo siniestro de la punta metálica suspendida como una sentencia de muerte sobre su cabeza, veía los rostros de los otros que daban vueltas a su alrededor. Sus carcajadas burlonas le retumbaban en la cabeza cada vez con más fuerza: «¡Así no tiene gracia, Aguías, es un tullido! ¡Un tullido! ¡Un tullido!», repetía la voz estridente, diez, cien veces, cada vez con más y más fuerza...

Talos despertó en plena noche con un grito de angustia, la frente empapada de sudor, el corazón desbocado le galopaba en el pecho. Ante él, iluminada apenas por un rayo de luna, vio la silueta delicada de Antinea.

Sus cabellos parecían de plata, leves como una nube ligera alrededor del rostro terso y ovalado, la corta túnica de jovencita apenas le llegaba a la rodilla. Apoyó la linterna en un escabel y se sentó en el borde de la cama mientras Talos no conseguía despertar del todo, a medio camino entre el sueño y la vigilia. En silencio, Antinea tendió la mano y comenzó a secarle el sudor de la frente con una punta de la manta.

Talos la miraba con el corazón alborotado, pero aquella mano fresca que se había apoyado en ese momento sobre su pecho parecía sacarlo de la pesadilla. El rostro de Antinea se fue haciendo cada vez más visible en la penumbra, sus ojos llenos de inquietud e infinita dulzura acariciaban el alma dolorida y la mente agitada de Talos. Vio que aquel rostro se inclinaba sobre él despacio, notó los cabellos sobre el pecho como una ola tibia, los labios como flores delicadas se apoyaron leves sobre su boca torturada por el dolor y la sed. Se calmó el latido del corazón, se detuvo el temblor de brazos y piernas, desapareció el olor ácido de la sangre y Talos, el tullido, notó el perfume del heno, del trigo maduro, de las flores del campo y, por primera vez, soñó con la piel dorada de Antinea, con el perfume de su pecho...

Antinea salió del establo cargando a duras penas con un cubo de leche recién ordeñada mientras en los campos se propagaba el canto de los gallos. Pelias, su padre, se había marchado a la ciudad para llevar en dos sacos, a lomos de su asno, los primeros frutos que alegrarían la mesa de Cratipo en ese día de fiesta. La muchacha abrió la puerta de su casa y apoyó la espalda en la pared; luego entró y dejó en el suelo el cubo para ir a buscar un cuenco que llenó de leche humeante. Era el momento de despertar a Talos para que comiera: entró despacio en la estancia donde dormía y el rayo de luz que iluminó el interior dejó ver la yacija vacía manchada de sangre. Antinea se sintió desfallecer y se apoyó en la jamba de la puerta. Pensó entonces que no podía haber llegado lejos y salió corriendo. Primero fue hacia el bosque, siguiendo el arroyo, pero no encontró rastros de Talos; se desvió entonces en dirección a la montaña pero no tardó en abandonar la búsqueda; Talos no podía haber subido porque no había motivos para que volviera con los suyos sin avisarles. Solo cabía una explicación: Talos debía de haber marchado a Esparta, el único lugar al que tanto Pelias, su padre, como ella le habrían impedido ir.

Regresó desalentada al caserío y se sentó a llorar delante de la puerta mientras un ternero nacido unos días antes la miraba con sus enormes ojos

húmedos. Pasado el primer momento de desconsuelo, Antinea se levantó, entró en la casa, buscó una capa con la que se cubrió hasta la cabeza y, a paso veloz, fue hacia la ciudad cuyas calles y plazas comenzaban a llenarse de gente.

La intuición no le había fallado: hacía rato que, encapuchado para que no lo reconociesen, Talos vagaba con paso inseguro entre la gente que se agolpaba en las calles y se dirigía al templo de Artemis Ortia, donde iba a comenzar la gran ceremonia del sacrificio y de la iniciación de los nuevos guerreros.

De los campos aledaños habían llegado infinidad de periecos con sus familias y se podían ver también no pocos ilotas. Muchos de ellos llegaban sin duda de las granjas para llevar los primeros frutos de la tierra a sus amos; otros, atraídos por la curiosidad, para asistir a la fiesta y al rito cruel de la iniciación. De pronto, desde el fondo de la plaza que había delante del templo se oyó un redoble de tambores y el toque de las flautas, el que Talos recordaba bien de la primera vez que había bajado de la montaña hasta orillas del Eurotas para ver a los guerreros. La multitud se apartó y apareció el cortejo: en primer lugar iban los sacerdotes envueltos en sus blanquísimas túnicas, la cabeza cubierta por largas vendas de lana que descendían hasta sus hombros; seguían los heraldos y los sirvientes del templo. Un poco más alejados desfilaban grupos de los Iguales, los guerreros, ataviados con las túnicas y las capas rojas, cubiertos por armaduras brillantes, los yelmos rematados por altas cimeras de crin de caballo.

Semioculto tras una columna, al verlos desfilar en perfecto orden, a paso acompasado, Talos notó que un escalofrío le recorría la espalda: volvió a verse cuando era niño, al costado del camino polvoriento, delante de un guerrero que lo miraba con los ojos llenos de dolor. Los Iguales comenzaron a hacer una conversión y poco a poco se fueron disponiendo en cuatro filas alrededor de la plaza para detenerse después, inmóviles como estatuas, escudo contra escudo, con las manos apretadas en las empuñaduras de las largas lanzas centelleantes. A la cola de la columna iba la guardia real con las cimeras escarlatas ondeando al viento, los grandes escudos decorados con las enseñas de las familias más ilustres de la ciudad. En uno de esos escudos, Talos vio campear el dragón con relucientes escamas de cobre; dio un brinco y en vano intentó buscar con la mirada en la máscara de la celada que cubría casi por completo el rostro del guerrero.

Tras ellos avanzaban el rey Cleomenes, a lomos de su caballo negro, y el rey Leotíquidas, montado en un alazán de Corinto, con la armadura historiada y grandes capas azules, que bajaban hasta cubrir las grupas de los corceles. Al final aparecieron los maestros de gimnasia, supervisores de los cuarteles, y tras ellos los jóvenes aspirantes a convertirse en iranes, hombres y soldados, defensores de la potencia y el honor de su ciudad.

Después de ocupar sus sitios, los dos reyes indicaron a los heraldos que tocaran las trompetas y así comenzó el sacrificio. La sangre humeante de las víctimas degolladas sobre el altar cayó sobre el empedrado y un olor acre inundó la plaza cuando las vísceras de los animales fueron arrojadas al fuego del ara. Había llegado el gran momento: se abrieron de par en par las puertas del templo y salieron los cinco Éforos, que fueron a ocupar su sitio entre los Ancianos. El primero de ellos levantó la mano derecha y los heraldos comenzaron a llamar por su nombre a los jóvenes aspirantes: Crilas vísceras ésilas, hijo de Eulas vísceras menes; Cleandridas, hijo de Eupites; Brito, hijo de Aristarcos...

A Talos le dio un vuelco el corazón; aunque estaba exhausto, notó que un extraño vigor le recorría los miembros; se dio cuenta de que había ido precisamente por eso. Aquel muchacho que no había visto en su vida había estado a punto de matarlo y tal vez aún podía acabar con él: tenía que saber de alguna manera si así iba a ocurrir.

Pronunciadas las fórmulas rituales, los sacerdotes se apartaron, los sirvientes despojaron a los jóvenes de sus túnicas y luego, de dos en dos, los aferraron firmemente por los brazos. Al toque de las flautas comenzó la flagelación y la gente enmudeció de pronto. Con los primeros latigazos los jóvenes se pusieron rígidos y contrajeron los músculos del cuerpo en un espasmo tremendo; después, exhaustos por el esfuerzo, se aflojaron abandonándose dolorosamente a cada golpe.

Talos avanzó entre la multitud con los dientes apretados por el dolor que le causaban los empujones que recibía del gentío y consiguió situarse en la primera fila de los espectadores del espantoso rito. Sus ojos se clavaron implacables en el cuerpo torturado de Brito, que seguía en pie mientras los dos compañeros a los que habían llamado con él para someterse a la prueba comenzaban a doblar las rodillas. La música extraña y gélida de las flautas continuaba al ritmo de los trallazos que se abatían sobre las espaldas desnudas. Crésilas fue el primero en caer al suelo; los sirvientes acudieron prestamente a auxiliarlo y lo sacaron del recinto

sagrado; le tocó luego el turno a Cleandridas. Aunque todos habían superado la prueba intentaban aguantar hasta el final para demostrar su superioridad, su resistencia al dolor... Cuando se quedó solo, Brito apretó los dientes; tenía los cabellos pegados a la frente, el pecho cubierto de sudor, las piernas surcadas de sangre, la mirada vidriosa. Pero continuaba en pie.

Talos apartó con disgusto los ojos y los clavó en el suelo y, cuando volvió a levantarlos, vio que Brito caía de rodillas y luego sobre las manos, mientras la cabeza se bamboleaba sobre sus hombros. Experimentó una alegría agria que le inundó el alma, envenenada por el deseo de venganza. Los sirvientes se acercaron a Brito para incorporarlo, pero él los rechazó; levantó despacio la cabeza y el tórax y miró a la multitud que tenía ante él. Talos se quitó la capucha y dejó al descubierto la cara surcada de cardenales. Brito parpadeó varias veces para deshacerse de las lágrimas y el sudor que inundaban sus ojos y lo reconoció. Se miraron un largo instante con ojos llenos de ira, de venganza, de desafío... y admiración.

El rito continuó hasta que todos los jóvenes superaron la prueba de la iniciación. Una vez que las espaldas de los iranes estuvieron cubiertas otra vez por las capas rojas, los nuevos guerreros recibieron los escudos en los que campeaba una gran lambda, la inicial de Lacedemonia, antiguo nombre de Esparta.

«¿A cuál de esos jóvenes le sería entregado un día el escudo del dragón?», se preguntaba Talos. Uno por uno, los padres de los iranes depositaron en el suelo sus armas, abandonaron las filas alrededor de la plaza y, una vez recibido el escudo de manos de los sacerdotes, cada uno lo entregaba a su propio hijo. En un momento dado, Talos vio al guerrero del dragón que depositaba sus armas en el suelo, salía de las filas de la guardia del rey Cleomenes, recibía de los sacerdotes el escudo con la lambda y se lo entregaba a Brito. En ese instante, Talos notó que era presa de una profunda turbación, como si la emoción lejana de su niñez volviera a surgir en su alma y chocara con el odio, el resentimiento, el orgullo herido, el miedo que Brito le inspiraba.

—Loco, ¿quieres que te maten a toda costa? —le murmuró al oído una voz como un soplo.

Era Pelias que, puesto sobre aviso por Antinea, había ido a buscarlo y lo había descubierto entre la muchedumbre que seguía el rito de iniciación.

—No temas, Pelias —respondió Talos con tranquilidad—. Me han reconocido ya pero no ha ocurrido nada. No sé por qué, pero no ha ocurrido nada.

—¿Por qué te expones tontamente a un peligro mortal? —le reprochó Pelias.

—No me lo preguntes, no sabría decírtelo. Solo sé que tenía que hacer lo que hice; de todos modos, dudo que se pueda huir del propio destino: es mejor ir a su encuentro.

Antinea lo cogió dulcemente de la mano y le dijo:

—las vísceras Vámonos, Talos, vámonos ya, todavía estás débil y cansado.

Talos se cubrió la cabeza con la capucha y siguió a Pelias y a Antinea. El grupito abandonó de inmediato la calle principal y enfiló por una de las tantas callejuelas que formaban el retículo compacto e intrincado de la vieja ciudad. Desembocaron en la plaza donde se erguía el otro gran templo, el de Atenea, de la Casa de Bronce. Doblaron detrás de la maciza construcción y siguieron internándose entre las casas blancas y encaladas para salir al camino de Amicles, que abandonaron poco después para llegar hasta la granja de Pelias.

CRIPTEIA

Ese día, la casa del noble Aristarcos estaba de fiesta; su hijo Brito, convertido en irane, pasaba la última semana en compañía de su familia antes de entrar en el cuartel como miembro de la duodécima sisitia , cuyos quince componentes habían sido inscritos en el tercero de los cuatro grandes batallones en que se dividía en aquel momento el ejército de Esparta. Durante diez largos años iba a ser su familia, allí iba a comer y dormir, y regresaría a su casa solo en ocasiones especiales. Hacía tiempo que Ismene, su madre, se preparaba para aquella separación y, como todas las madres espartanas, sabía bien que había parido a ese hijo para su ciudad más que para ella y su compañero. Por otra parte, Brito había pasado por las distintas etapas de su iniciación y había vivido fuera de casa durante largos períodos junto con sus compañeros, a las órdenes de los maestros de gimnasia, que los habían preparado con durísimos entrenamientos para resistir la fatiga, el frío, el hambre, para soportar el dolor sin lanzar un gemido. Brito había inspirado la admiración de la muchedumbre presente en la fiesta de Artemis Ortia al resistir en la prueba de la flagelación más allá de los límites esperados y todos estaban seguros de que el joven se convertiría en uno de los guerreros más fuertes y valerosos de Esparta. No obstante, Ismene no conseguía compartir el sereno orgullo de su marido; la pérdida del otro hijo había dejado en ella una marca indeleble.

Aunque desde pequeña la habían educado para aceptar con entereza la pérdida de un hijo por el honor y la salvación de su país, el saber que Brito era el único hijo que le quedaba le producía una especie de aprensión de la que no lograba liberarse, sobre todo porque el carácter fogoso del joven lo impulsaría a estar siempre entre los primeros en caso de riesgo y, por desgracia, para su ciudad, la guerra era mucho más probable que la paz. Lo contemplaba mientras preparaba su bagaje ayudado por la nodriza y un sirviente; en apenas seis días se había recuperado de la dura prueba por la que había pasado y aunque no estaba del todo restablecido se movía ágilmente. Ella misma le había preparado el ungüento y le había curado los cardenales y las heridas que la flagelación le dejara en la espalda.

Había llegado el momento: unos instantes más y Aristarcos iba a darle el regalo que, según la costumbre, correspondía hacer en esas ocasiones. Oyó que llamaba al hijo desde el patio exterior.

—Brito, ¿no quieres ver el regalo de tu padre?

El joven dejó inmediatamente sus tareas y salió al patio.

—Aquí tienes mi regalo —le dijo Aristarcos.

Hizo entonces una señal y de un rincón de la casa salió un sirviente que a duras penas lograba dominar la trailla a la que iba atado un magnífico ejemplar de dogo de Laconia. Radiante, Brito estrechó con efusión la mano de su padre.

—Solo el noble Aristarcos podía hacer un regalo tan bello y precioso; gracias, padre, es realmente espléndido. Creo que nunca he visto un animal tan hermoso.

—Además está adiestrado; hace tres años que el mejor criador se ocupa de él en nuestra granja de Tegea.

—Una grave imprudencia, padre —sonrió Brito—. ¿Y si no hubiera superado la prueba?

—En ese caso, me lo habría quedado yo; como ves, no lo habríamos desperdiciado. Pero permite que te diga que estaba seguro de que el hijo de Aristarcos sería el mejor y no me equivoqué. El rey me felicitó personalmente por tu soberbia prueba, pero no deberías haberte exigido tanto. Tu madre sufrió mucho en esa plaza: es una mujer altiva pero no deja de ser mujer—dijo Aristarcos bajando la mirada.

—Oh, padre, sabes bien que un guerrero no puede tener en cuenta estas cosas.

—Lo sé, hijo, es lo que comúnmente se dice, pero recuerda que un verdadero guerrero es un verdadero hombre y un verdadero hombre tiene los miembros firmes, la mente alerta y un corazón: sin alguno de estos elementos, la armadura que te cubre no es más que un cascarón vacío.

Brito se quedó en silencio mirando a su padre con cara de asombro.

—Hijo mío —continuó diciendo Aristarcos—, ¿no coges tu regalo? Mira, aquí tienes —le dijo al tiempo que le quitaba la trailla de las manos al criado—. Se llama Melas; le he puesto ese nombre por el color de la pelambre. Es raro ver un ejemplar de un negro tan intenso y brillante.

El gigantesco dogo, negro como la noche, se acercó a su nuevo amo y le olisqueó la mano.

—¿Lo ves? —dijo Aristarcos sonriendo—. Parece que ha comprendido que eres su dueño. Creo que os haréis buenos amigos; pero ahora ve con tu madre, dedícale un poco de tiempo también a ella. Mañana entrarás en la sisitia y en los próximos dos años no tendrás muchas ocasiones para hablarle.

Al día siguiente, con las primeras luces del alba, Brito despertó, tomó un desayuno frugal junto con sus padres, se puso la armadura y después de saludarlos se marchó. Cruzó el amplio atrio y saludó con una inclinación de la cabeza las imágenes de los héroes Cleoménidas, tiró del pestillo y abrió la puerta que daba al patio exterior donde lo esperaba el sirviente ilota con su bagaje. En ese momento oyó que lo llamaban.

—¡Brito!

Era su madre que estaba de pie junto al hogar. El joven volvió sobre sus pasos.

—¿Qué deseas, madre?

—Tengo que hacerte una pregunta, si me permites —repuso Ismene.

—Pregunta sin rodeos —repuso el muchacho.

—¿Te acuerdas del día de tu prueba?

—Sí, claro.

—Después que caíste al suelo, de rodillas.

—¿Y bien?

—Los sirvientes quisieron ayudarte pero tú los alejaste con un ademán; te quedaste en esa posición unos instantes y miraste fijamente a alguien que tenías delante...

Brito frunció el entrecejo.

—¿Quién era?

—Un ilota.

—¿Un ilota?

—Un ilota... tullido.

Se dio media vuelta, cruzó el atrio en el que se propagó el eco de sus sandalias claveteadas y salió dejando abierta la pesada puerta de roble. Ismene se quedó con los grandes ojos oscuros nublados de lágrimas clavados en la ceniza del hogar.

Preocupado porque una ausencia demasiado prolongada pudiera inquietar a su familia, Talos intentó adelantar la partida y vencer la insistencia de su anfitrión, que quería retenerlo más tiempo.

—Debo marcharme, Pelias, mi madre empezará a sospechar y mi abuelo Critolao se pondrá insoportable. Ese viejo es un zorro, me hará mil preguntas y terminará por hacerme caer en la trampa. Créeme, hasta para ti es mejor que me vaya. Si no me ocurre nada me verás volver dentro de poco tiempo.

—Sí, tal vez sea mejor que te marches, hijo, pero no dejes de estar alerta y cuídate. ¿Estás seguro de que te encuentras bien? El camino es largo y el sendero que lleva a la montaña es muy escarpado. ¿Quieres que te acompañe?

—No, Pelias, si me acompañaras levantaríamos más sospechas y mi abuelo Critolao...

—Lo sé, tu abuelo Critolao es astuto como un zorro. Adiós pues, Talos. No olvidaré lo que has hecho por Antinea.

Si te hiciera falta, puedes contar conmigo, mi puerta estará abierta en todo momento y a tu disposición está lo poco que poseo...

—Oh, Pelias —lo interrumpió Talos con una sonrisa—, no digas eso, en el fondo lo único que hice fue recibir una paliza.

Después de saludar con una larga mirada a Antinea, se dirigió hacia el sendero que llevaba al Taigeto.

—Te acompaño hasta el bosque —le dijo la muchacha.

—No, es mejor que te quedes; es más, en los próximos días sería prudente que por ningún motivo te alejaras demasiado de casa.

Le pasó una mano por el cabello y le dijo:

—Quédate tranquila, Antinea, no temas por mí, en la montaña nada puede ocurrirme.

Emprendió la marcha y al cabo de unos instantes desapareció entre los olivos diseminados al pie del Taigeto.

Talos apuró el paso, embargado por una inquietud que no conseguía explicarse del todo. Hacía varios días que faltaba de su casa y a pesar de que Pelias le había asegurado que habían avisado a su familia, sentía gran desasosiego por el hecho de tener que ocultarle a Critolao un gran secreto. Además, temía por lo que podía ocurrirle y se sentía solo al pensar que no podría sacar provecho del consejo y la experiencia del abuelo, que para él era el hombre más sabio de la tierra. ¿Qué ocurriría en los días, los meses o los años por venir? Había oído hablar de hombres a quienes los espartanos habían jurado matar, que habían vivido mucho tiempo y que luego, de repente, habían sido sorprendidos por su destino. Recordó al hombre

encapuchado que encontró en la fuente de arriba el día en que Critolao lo sometió a la prueba del arco. Con toda probabilidad, en Esparta se habrían enterado. Pero ¿entonces por qué no había ocurrido nada? ¿Qué era lo que esperaban? Había ido a la ciudad, se había dejado ver en la plaza, sin duda el espartano lo había reconocido y nada pasó. Recordó en ese momento lo que había oído decir sobre la terrible Cripteia, la organización secreta del ejército. Entre los ilotas de la montaña se decía que sus hombres vigilaban a cuantos consideraban peligrosos para eliminarlos sin piedad, con frecuencia de forma repentina, en plena noche o en los bosques. La de veces que había oído pronunciar aquel nombre cargado de espanto cada vez que aparecía el cuerpo sin vida de un ilota en pleno bosque o en su cabaña. En cierta ocasión Critolao le había contado la historia de un campesino del llano que, buscado por la Cripteia, había huido a Mesenia con el auxilio de los pastores de la montaña, y que, cuatro años más tarde, en Metona, en una taberna del puerto, fue alcanzado por la venganza implacable de Esparta. De pronto, el bosque en el que siempre se había sentido protegido y seguro, en el que tantas veces se había encontrado frente a frente con el lobo o el oso sin que le temblasen las piernas, se tornó hostil y lleno de peligros. Se sintió perseguido. Para desechar estos pensamientos apuró el paso e intentó tranquilizarse; cómo le habría gustado no estar solo en esos momentos: la compañía del viejo Crío habría aliviado el peso que Antinea gravaba sobre su corazón. Era extraño, no conseguía entender qué le había ocurrido. Había sido como una magia y su rostro y sus ojos lo acompañaban siempre, soñaba con sus manos pequeñas y ásperas de campesina, con sus pies desnudos, con sus cabellos dorados. Pero con eso no bastaba. Pensaba en los campesinos desgraciados del llano, en los pastores de la montaña, encadenados al trabajo, siempre aplastados por la responsabilidad de una familia perennemente expuesta a la crueldad de los amos. Pensaba en Pelias, que habría tenido que soportar el ultraje de su hija sin reaccionar para que no cayeran sobre él desgracias peores. Pensó en su lucha contra los jóvenes espartanos y se enorgulleció. No, no se doblegaría: haría que sus amos mordieran el polvo, tal vez no hubiera nacido para esclavo. Pensó en el enorme arco de asta y en la espada maldita que yacía bajo tierra: ¿qué esperaba Critolao de él? ¿Qué quería? Había llegado el momento de saberlo: se lo preguntaría.

Después de tanto pensar, Talos llegó ya al final de su viaje, abandonó el bosque y salió al gran claro de la montaña.

Se detuvo a mirar su tierra, su casa, que se veía a lo lejos, con el techo de paja y el redil de las ovejas. Crío no tardaría en salir a su encuentro y lo recibiría con alegres gañidos. Se internó en el prado y no tardó en ver que en la era había un pequeño grupo de personas: le parecieron pastores de la montaña, pero a Crío no se lo veía. ¿Qué habría ocurrido? Apuró el paso y entró en la era; el perro se le acercó meneando la cola y lo buscó con los ojos velados por las cataratas. Uno de los hombres lo aferró por un brazo.

—Talos, tu abuelo Critolao...

El muchacho se quedó petrificado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, inquieto.

—Está enfermo.

—¿Quieres decir que se muere? —El hombre inclinó la cabeza.

Talos abrió la puerta y entró: cruzó la habitación del hogar y apartó la estera que la separaba del cuarto donde Critolao estaba tumbado en su yacija. Sentada en un escabel, su madre lo miraba en silencio con los ojos rebosantes de lágrimas. Un rayo de sol iluminó la humilde yacija, las manos enjutas del viejo, su rostro delgado, los ojos serenos que parecían buscar imágenes lejanas. Talos se arrodilló al lado de la cama y estrechó entre las suyas aquella mano fría. El viejo volvió la cabeza hacia él.

—Sabía que llegarías —dijo con un hilo de voz—. Te esperaba, me habría sido imposible cerrar los ojos sin volver a verte.

—Pero ¿qué dices? —lo interrumpió Talos con voz temblorosa—. No es la primera vez que enfermas, pronto volverás a estar en pie e iremos a la fuente.

—No, Talos. Esta noche noté que Tánato se posaba en el techo de esta casa, ha llegado mi hora.

Talos le pasó la mano por el cabello blanco.

—Tonterías, abuelo, me subiré al tejado y echaré a Tánato a golpes de cayado... No dejaré que te vayas. Todavía te queda mucho por enseñarme. —Notó que se le hacía un nudo en la garganta—. Critolao, ¿acaso quieres dejar solo a este pichón de mirlo?

El viejo lo miró con los ojos velados y con una voz apenas audible le contestó:

—Critolao está cansado, irá a reunirse con sus antepasados... El pichón de mirlo... —hizo una pausa para esbozar una pálida sonrisa y añadió—: No, lo que yo veo ahora es un joven lobo.

Talos notó que la mano del viejo estrechaba débilmente la suya.

—Lo sé todo —dijo—. Sabía que algún día ocurriría.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó Talos y se acercó para no perderse ni un suspiro del viejo moribundo.

—Tu... pelea... en el llano. —El viejo miró fijamente las señales bien visibles de los golpes en el rostro y los brazos de Talos.

»Talos... escúchame; vendrán, ya sabes que vendrán, tienes que estar preparado... el arco... el arco del rey no debe caer en sus manos.

—Sí... el arco del rey está en lugar seguro, no hables más, no debes fatigarte.

—Es inútil, Talos, este es el último día de Critolao, ¿lo recuerdas?

Talos volvió a ver la oscura estancia subterránea, las armas brillantes a la luz de la antorcha...

—Talos, hijo mío, no veré la luz de mañana... Me iré con el último sol... Tú eres ahora el guardián de las armas del rey Aristodemo... De la espada sagrada... y maldita.

Talos notó que un escalofrío le recorría la espalda, y con los ojos anegados en lágrimas y el corazón acongojado, estrechó con más fuerza la mano huesuda de Critolao.

—Este viejo —prosiguió Critolao con voz cada vez más débil—, este viejo es el último jefe de este pueblo... Talos, Talos... un día, tu pueblo se librará del yugo y la ciudad... la ciudad muerta de Mesenia surgirá de sus ruinas. Ese será el día de la prueba... de la última prueba.

El viejo hablaba con gran esfuerzo, el pecho huesudo se elevaba con los estertores de la muerte.

—Escúchame, Talos... escucha, ese día llegará a verte un hombre ciego de un ojo; él será quien acabe con la maldición de la espada del rey...

El viejo buscaba con la mirada la luz del sol que entraba por los postigos entrecerrados; con la luz les llegaba también, como una música lejana, el canto de las cigarras. Talos notó que se le habían helado las manos; apoyó la cabeza contra su pecho y le suplicó con voz ronca:

—No te vayas, Critolao... No me dejes. ¿Cómo podrá Talos, el tullido...?

—No —lo interrumpió el anciano—, no... Talos, el lobo... la espada... del rey...

Talos notó que el corazón de Critolao se detenía, lo vio abandonarse en el lecho, con la cabeza cana vuelta hacia un lado, los ojos claros fijos en el vacío. Le pasó la mano por la frente, le cerró los párpados y se quedó

mirándolo, allí de pie, en medio de la estancia silenciosa. En el aire inmóvil el canto de las cigarras se había apagado; solo se oía el zumbido monótono de las moscas; las moscas, compañeras de Tánato. Apartó despacio la estera y salió: vio a su madre que lloraba quedamente en un rincón. Se volvió a los pastores, a los hombres de la montaña y les dijo:

—Critolao ha muerto. Rendidle honores.

Las frentes sombrías de aquellos hombres se inclinaron en silencio; luego, un gigante barbudo se acercó a él, le puso una mano en el hombro y le dijo:

—Honrado sea Critolao. —Se dirigió a los demás y añadió—: ¡Honrado sea Talos, el lobo!

En ese momento la mirada de Talos se topó con la de su madre: los ojos grises y secos, llenos de doloroso estupor.

—¡Debe morir! —gritó Aguías fuera de sí—. Es intolerable lo que ha hecho ese bastardo. No entiendo por qué te obstinas en encubrirlo. Si no fuera por ti, ya lo habríamos hecho.

—Aguías tiene razón —intervino Filarcos—, es preciso que lo quitemos de en medio de prisa. Además, podría volverse peligroso.

Brito permanecía en silencio mientras sus compañeros lo asediaban. De pronto se puso de pie y preguntó, irónico:

—¿Peligroso? ¿Un ilota tullido? Guerreros de Esparta, ¿estáis seguros de no haber perdido la razón? Agitáis las alas como una bandada de gansos asustados solo porque un pastor cojo os ha espantado a palos echando a perder la diversión con una campesina que apestaba a establo y a estiércol de vaca.

—No bromees —lo interrumpió Filarcos, pálido de rabia—, sabes muy bien lo que establecen nuestras leyes. Si permitiéramos que estos bastardos se rebelaran contra nosotros, en poco tiempo tendríamos que enfrentarnos a una revuelta. Los ilotas son un peligro constante para Esparta y lo sabes muy bien. ¿No viste cómo usaba el cayado? Alguien debe de haberle enseñado una técnica de tipo militar. En todo esto hay algo que no queda claro.

—Fantasías, Filarcos —se apresuró a comentar Brito—. Todos los pastores saben usar el bastón, tienen que defender los rebaños de los lobos o echar a los zorros del gallinero. Pero si lo que dices es cierto, que ese tullido ha sido adiestrado por alguien, razón de más para no matarlo; escúchame bien —añadió apoyando una mano en el hombro de su colérico compañero

—, y tú también, Aguías, y vosotros, amigos, usad la cabeza, si podéis. Si fuera cierto que hay algo sospechoso en la forma en que el pastor empleaba el cayado, una especie de adiestramiento militar, si he entendido bien lo que comentáis, está claro que matándolo no resolveremos el misterio. Como todos bien saben, los muertos no hablan, ¿no es así?

»El día de nuestra iniciación —prosiguió, volviendo a sentarse en el círculo formado por sus amigos—, demostramos ser los jóvenes más fuertes de Esparta. Ahora somos también miembros de la Cripteia, lo cual significa que nuestros superiores nos consideran en condiciones de utilizar la cabeza, además de los puños. Es una historia que pienso resolver a mi manera. ¿Acaso podéis decir que me habéis visto temblar o echarme atrás en alguna empresa? En el tiempo que ha durado nuestra preparación me habéis visto cumplir hazañas de mayor fuste que inmovilizar en el suelo a un ilota tullido y miserable, armado únicamente con un bastón. Por otra parte, si ponemos sobre aviso a nuestros superiores y les informamos de nuestra intención de eliminar a ese pastor, tendremos que dar alguna explicación, incluso porque quizá esté al servicio de alguna familia de la ciudad. ¿Creéis acaso, lobos de Esparta, que será para vosotros motivo de orgullo que se sepa que un ilota tullido os hizo morder el polvo a fuerza de palos?

Los muchachos bajaron la mirada al suelo.

—Sin contar —prosiguió Brito, implacable—, que si lo matamos ya no tendríais ocasión de saber si habríais sido capaces de vencer a un pastor, un pastor cojo, no lo olvidéis, luchando con las mismas armas.

—Brito tiene razón —dijo uno de los presentes, y luego dirigiéndose a él, añadió—: De acuerdo, Brito, pero ¿cuál es tu propuesta?

—Bravo, Eurito, ayúdame a convencer a estos obcecados. Se quedó un momento pensativo y luego, con tono menos duro, dijo:

—Escuchadme, amigos, esta historia la resolveré con la ayuda de dos o tres de vosotros, no más. Le haremos' entender que no deberá volver a pensar siquiera en rebelarse y le quitaremos de una vez para siempre el afán de heroísmo.

Aguías se puso en pie y dijo:

—Como quieras, Brito, los motivos por los que quieres salvarle la vida a ese bastardo son para mí suficientes, pero estoy seguro de que existe otro que solo tú conoces y que no quieres revelarnos.

Se echó la capa sobre los hombros, salió y cerró de un portazo.

«Sí, tal vez exista otro motivo —murmuró Brito para sus adentros—, pero te equivocas, Aguías, si crees que lo sé...»

Pasaron dos meses desde aquella noche, dos meses terribles en los que Talos, abatido por la muerte de Critolao, el dolor mudo de su madre, la grave idea de la herencia que le había tocado, vivía aquellos días y, a veces las noches, sumido en negros pensamientos. Estaba seguro de haber recibido una investidura con todas las de la ley; lo comprendía por la forma en que lo trataba la gente de la montaña. Día tras día se iba encontrando con personas nuevas, sentía crecer a su alrededor una extraña esperanza, una especie de fe. Los hombres del Taigeto le hablaban como a uno más, le dejaban comprender sus sufrimientos, su rabia impotente, su miedo. Pero ¿qué esperaban de él? ¿Qué sabían en realidad de lo que Critolao le había revelado? Además, lo perseguía la idea de lo ocurrido en el llano, de su enfrentamiento con los muchachos espartanos y no se hacía ilusiones de que el asunto estuviera zanjado. Temía por su madre, por Pelias, por Antinea, a la que había visto fugazmente en una visita nocturna que hiciera a la granja en el camino a Amicles. Muchas veces añoraba los días en los que su vida de pastor transcurría sin sobresaltos ni emociones, añoraba las largas noches de invierno en las que escuchaba los magníficos cuentos del abuelo, los tiempos en que el paso lento e igual de las estaciones marcaba su vida serena. Tiempos que le parecían increíblemente lejanos.

Un día, hacia el crepúsculo, un campesino del llano llegó a la cabaña ; lo enviaba Pelias. Le advirtió que estuviese en guardia porque había notado extraños movimientos en las lindes del bosque y que esa noche no habría luna. Talos agradeció a su informante, pero no dio mayor importancia a la advertencia; sabía que Pelias solía preocuparse a veces por nada. Los movimientos normales de alguna sección sometida a adiestramiento o los ejercicios de algún grupo de jóvenes podrían haberle causado alarma. Se engañaba.

Eran cuatro; llegaron al claro en plena noche, envueltos en sus capas oscuras, armados solo con jabalinas y puñales, el rostro cubierto por los yelmos corintios.

Los furiosos ladridos de Crío despertaron bruscamente a Talos; se apresuró a abrir la ventana de lienzo y apenas le dio tiempo para oír un aullido desesperado y un estertor de muerte. Un pálido rayo de luna se filtró un instante entre los densos nubarrones y le permitió distinguir unas sombras en los bordes de la era. Cerca del redil un dogo gigantesco

destrozaba el cuerpo sin vida del pequeño Crío. Salió precipitadamente de la habitación del hogar donde su madre, despeinada y temblando de miedo, intentaba encender una linterna. En ese preciso instante abrieron la puerta de una patada y cuatro siluetas con el rostro cubierto irrumpieron en la cabaña y le apuntaron al pecho con las jabalinas. Talos se sintió perdido.

—No le hagáis daño —dijo señalando a su madre—, dejaré que me prendáis.

Lo sacaron a rastras arrancándolo de los brazos de la mujer que se había aferrado a su cintura llorando. Mientras dos lo sujetaban por los brazos, un tercero lo golpeaba ferozmente con el asta de la jabalina en las rodillas, el pecho y el abdomen. El cuarto abrió el redil de las ovejas, que empezaron a correr a su alrededor bando asustadas.

—¡Mira! —gritó una voz que retumbó sombría en el interior del yelmo de bronce y luego se dirigió al perro que esperaba a poca distancia—: ¡A ellas, Melas!

El monstruo negro se abalanzó sobre el redil como una furia; destrozó a los animales aterrorizados y desgarró a los corderos con sus espantosas mandíbulas. Cuando el suelo quedó cubierto con los cadáveres de las pobres bestias, el misterioso personaje volvió a llamar a la fiera cubierta de sangre.

—¡Ven aquí, Melas! ¡Basta ya, vámonos!

Hizo una señal a uno de sus compañeros; el muchacho empuñó la jabalina y con el asta le encajó a Talos un golpe en el esternón con una violencia que dejó al pastor doblado en dos y gimiendo de dolor. Los gritos de su madre impidieron que perdiera el sentido durante unos instantes; notó que uno de los presentes lo aplastaba con el pie y decía:

—Esperemos que con esto sea suficiente, si sobrevive. Vámonos, Brito.

Vio sobre él al dogo, sintió su aliento humeante y después los ojos se le velaron de rojo y su mente se hundió despacio en un gélido silencio.

Una punzada lancinante en el vientre lo despertó obligándolo a abrir los ojos en la oscuridad de la noche. Sintió que unos brazos robustos lo levantaban y lo depositaban poco después en su yacija. Bajo la luz difusa de la linterna distinguió un rostro ancho y barbudo inclinado sobre él: era el hercúleo pastor que, dos meses antes, lo había saludado al salir de la habitación de Critolao. Intentó decir algo pero apenas consiguió articular un quejido.

—Me llamo Caras —le dijo el gigante barbudo—. Por desgracia llegué tarde, pero no volverá a ocurrir. A partir de ahora estaré siempre dispuesto a protegerte. No debe volver a ocurrir nada más.

Le destapó el vientre hinchado y dolorido.

—Faltó poco para que te perforaran como un odre de cabra... Malditos perros rabiosos, pero ya les llegará el día a ellos también...

Talos volvió la mirada a su madre, que estaba agazapada en un rincón con las manos en el regazo y los ojos enrojecidos.

—La encerraron —murmuró Caras—, para que no molestara. Cuando te traje hasta aquí te creía muerto.

El coloso cerraba los puños callosos como si buscara un objetivo sobre el cual utilizarlos, temblaba de rabia y apretaba los dientes blancos como colmillos de lobo. Se volvió a la mujer y le ordenó:

—Prepárale algo que lo haga dormir. Es lo único que le hace falta... Se recuperará, no temas.

Al día siguiente, la luz del sol que penetraba por el lienzo entreabierto de la ventana despertó a Talos. Entró su madre con una pócima humeante en un cuenco de madera.

—Bebe, hijo —le dijo—, antes de que se te vuelva a despertar el dolor del vientre —y mientras bebía lo miraba amorosamente.

—¿Dónde está Caras? —le preguntó secándose la boca.

—Llegará enseguida —repuso la mujer y entrecerró los párpados para ocultar las lágrimas que comenzaban a brotar—. Está en el redil recogiendo los cuerpos de los animales degollados.

En ese momento entró Caras con el delantal sucio de sangre ceñido a la cintura y en la mano un cuchillo de carnicero.

—He despellejado a los animales muertos... Serán por lo menos una docena, hay otros que no tardarán en morir por las heridas, pero no temas, correré la voz entre los pastores de la montaña y tu rebaño volverá a ser el de antes. No pasaréis hambre para resarcir al amo.

—Pero yo no quiero —protestó Talos—. Los demás también tienen que luchar contra la miseria y el hambre.

—Es cierto, Talos, pero esta vez la desgracia te ha golpeado con más dureza que al resto. Es justo que nos ayudemos en la desgracia, así lo mandan nuestras leyes. ¿No lo sabías acaso? Y ahora cuéntame, ¿cómo mataron a todos esos animales? Muchos están destrozados.

—Fue un perro enorme, con mandíbulas inmensas, negro como la muerte —respondió Talos.

—Se trata de un dogo de Laconia, una bestia terrible, dicen que tres de ellos pueden abatir a un león.

Talos se estremeció; en ese momento resonó en su mente el gáñido desesperado de Crío.

—Mi perro —dijo y lanzó al hombre una mirada interrogante—, ha muerto, ¿verdad?

—Sí —repuso el pastor—. Le despedazó la garganta a mordiscos.

El pequeño Crío, el compañero de sus juegos infantiles, ya no volvería a acompañarlo a pastorear, y por las noches ya no saldría a recibirlo meneando el rabo. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Entiérralo al lado de Critolao, te lo ruego —le pidió a Caras y ocultó la cara entre las manos.

PERIALLA

En los días que Talos pasó encerrado en su casa para recuperarse de la paliza recibida tuvo tiempo de meditar a fondo. En pocos meses su vida había experimentado un cambio violento. Al morir Critolao había heredado su autoridad moral sobre las gentes del Taigeto y, tal vez, no solo sobre ellos, como dejaban entrever las palabras de Caras, su nuevo e inseparable compañero, del cual lo ignoraba casi todo, menos que había llegado de Mesenia con su rebaño para establecerse en una cabaña , cerca de la fuente de arriba.

Pensó mucho en la incursión que la Cripteia había efectuado contra su familia; tenía la certeza de que los hombres que habían participado eran los mismos a los que se había enfrentado en el llano para defender a Antinea. Por otra parte, estaba casi seguro de haber oído a uno de los presentes pronunciar el nombre de Brito. Ese joven era su principal enemigo y sobre eso no cabían dudas, pero sabía también que él no lo consideraba tan peligroso como para eliminarlo, de lo contrario habría podido hacerlo mil veces a pesar de que Caras dijese lo contrario.

Trató de poner orden en la infinidad de impresiones y sentimientos opuestos que pululaban en su mente. En el llano, algo había frenado la mano de Brito, lo mismo que había impedido que lo mandara exterminar por sus compañeros o por la bestia sanguinaria que llevaba consigo. Por más que reflexionara no conseguía encontrar el motivo. Pensó en la admiración instintiva que los espartanos sentían por todo aquel que demostrara valentía, pero seguía sin explicarse el hecho de que a un ilota rebelde, que había osado defenderse y atacar, se le perdonara la vida. Había en la ciudad de los espartanos algo que lo atraía, lo mismo que lo había empujado al llano, cuando era niño; de vez en cuando repasaba mentalmente la imagen del guerrero del dragón; sabía sin lugar a dudas que se trataba del padre de su enemigo mortal. Sentía también que amaba a Antinea y en los momentos en que estaba más solo y angustiado ese sentimiento le entibiaba el corazón. Abrigaba la esperanza de que fuera a verlo, aunque se daba cuenta de que para ella podía ser peligroso. Sin embargo, en su mente empezaban a quedar claras algunas cosas: no podía

huir, ya fuera porque tenía una misión que cumplir ante su gente, ya fuera porque se lo había prometido a Critolao en su lecho de muerte. Quería también permanecer cerca de Antinea y se daba cuenta de que habría sido mil veces mejor quedarse y arriesgarse a morir que huir lejos para ser perseguido como una bestia sin tener a nadie con quien hablar, en quien apoyarse, a quien confesar sus temores.

Antinea llegó una mañana y entró en silencio en su habitación.

—Talos, mi pobre Talos —dijo, y corrió hacia él para estrecharlo entre sus brazos.

Talos notó que una llamarada le subía a la cabeza y que el corazón le palpitaba tumultuoso. La estrechó contra su cuerpo y después se separó de ella.

—No deberías haber venido —mintió—Sabes que el bosque y la llanura están llenos de peligros.

—Oh, no temas, ya nadie piensa en mí; además, me ha acompañado mi padre; supimos lo que te ocurrió y hemos venido a ayudaros. Me quedaré con vosotros y me encargaré de sacar el rebaño a pastar hasta que te hayas curado del todo. En este momento mi padre no me necesita demasiado. Dentro de un mes, cuando te hayas restablecido, podrás venir a echarnos una mano con la cosecha, ¿estás de acuerdo?

—Estoy de acuerdo —respondió Talos, incómodo y emocionado a la vez—, iré a ayudaros... —vaciló un instante, como si tratara de buscar las palabras y añadió—: Antinea... esperaré con impaciencia la época de la cosecha... para volver a estar a tu lado.

Se quedó mirándola, profundamente conmovido al comprobar que se le iluminaban los ojos. Le apretó la mano.

—Antinea... ¿por qué somos esclavos? ¿Por qué no puedo pensar en ti sin temer lo que pueda ser de nosotros?

La muchacha le tapó la boca con la mano.

—No hables así, Talos; para mí tú no eres un esclavo y para ti yo no soy una esclava... ¿No es así? Para mí tú eres un gran guerrero, el más valiente, el más generoso de los hombres; no eres un esclavo, Talos.

—Sé lo que quieres decir, Antinea, pero también sé lo que es el miedo que me asalta, lo que son las pesadillas de las que despierto en plena noche. Mi vida está marcada, pero no sé adonde me conduce porque está en manos ajenas. Si uno tu vida a la mía no sé adonde irás a parar ni cómo... ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Lo comprendo, Talos —respondió la muchacha bajando la vista.

—Por eso a veces deseo no haberte conocido.

Antinea posó en su rostro los ojos brillantes y le dijo:

—Talos, no soy más que la hija de Pelias, el campesino, y sé bien que muchos de los nuestros te miran como aquel al que Critolao ha preparado.

Talos se sentó en el lecho y repuso:

—Sí, me preparó, Antinea. Critolao me preparó, me enseñó todo lo que podía y me dejó una herencia misteriosa y difícil. Pero no sé por qué... un día tal vez...

—Sí, Talos, un día. No debemos forzar el destino. Si los dioses tienen reservado algo para ti, para nuestra gente, un día, cuando llegue el momento, lo sabrás. Ahora debemos vivir sin preguntarnos nada más.

Antinea se inclinó sobre él lentamente, le acarició la frente, lo besó con delicadeza y después de apoyarle la cabeza rubia sobre el pecho, se quedó escuchando los latidos de su corazón, por momentos lentos, por momentos poderosos, como el tambor de los guerreros.

Atrás quedaron el verano y el otoño sin que, extrañamente, ocurriera nada; Talos volvió al trabajo y algo más. Cada vez que iba a la fuente de arriba llevaba consigo el arco oculto bajo la capa. En los bosques y en los claros más alejados de las miradas indiscretas había retomado las prácticas, esta vez bajo la guía de Caras, su enigmático amigo. Salían juntos a cazar y las flechas infalibles de Talos abatían ciervos y jabalíes que después eran despellejados y troceados en secreto en la cabaña de Caras. Si llegaban a enterarse de que semejante arma estaba en manos de un ilota habría sido el fin de ambos. Talos tenía la impresión de que en cierto modo su compañero tenía algo que ver con Critolao; por sus palabras intuía que debía de saber muchas cosas a pesar de que nunca se pronunciaba claramente sobre nada. Bajo su guía aprendió a mejorar la técnica con el cayado y se enzarzaba con él en extenuantes duelos; aprendió la lucha y en más de una ocasión regresaba a casa con los miembros cubiertos de cardenales y los huesos molidos por culpa de los apretones de aquellos brazos vigorosos. Cuando su madre y Antinea le preguntaban preocupadas el motivo de los cardenales y los golpes, contestaba con una sonrisa que se trataba de un juego que les servía para pasar las largas tardes en los pastizales altos. Las tremendas aventuras del año anterior palidecían como si hubiesen ocurrido hacía mucho tiempo y Talos empezaba a hacerse a la idea de que su vida podía transcurrir al abrigo del afecto tímido y humilde de su madre, reparada por

la presencia imponente y tranquilizadora de Caras y encendida por la pasión de Antinea.

Antinea lo amaba de tal manera que se olvidaba de todo; apenas unos meses antes, en la granja donde trabajaba su padre, Talos era el muchacho tullido que bajaba de las montañas con sus ovejas, el muchacho huraño al que le habría gustado causar pequeños disgustos. Ahora no tenía ojos más que para él. Si fruncía el entrecejo un instante se sentía invadida por la tristeza; si lo veía sonreír, se le iluminaban el rostro y el alma. Recordaba con infinita dulzura cómo la había amado por primera vez, despacio, para no hacerle daño; recordaba la fuerza desconocida y maravillosa que había guiado su cuerpo, la oleada de llamas que le había encendido el vientre y el corazón cuando Talos le había puesto las manos en las caderas. Creía que poseía lo más hermoso del mundo y tenía la certeza de que lo que estaba viviendo no terminaría jamás. Cuando estaba en compañía de su padre esperaba impaciente que Talos la fuera a ver y, antes del alba del día esperado, en la oscuridad de su lecho lo veía atarse las sandalias, recoger el bastón y salir a la claridad de las estrellas matutinas para abrir el redil y soltar el rebaño... Después, lo veía bajar por la pendiente, cruzar el bosque, partir bajo la luz de la aurora con el cabello brillante de rocío; escoltado por el enorme carnero de los cuernos retorcidos, avanzaba entonces por el llano, bajo los olivos, como un joven dios; cuando salía al patio y se lavaba en la fuente, miraba el vacío, segura de que de un momento a otro oiría a lo lejos el balido de los corderos y después lo vería aparecer sonriente, con los ojos profundos y buenos cargados de amor por ella. Corría a recibirlo descalza llamándolo a gritos y se le colgaba del cuello, enroscándose a su cuerpo, y reía y le alborotaba el pelo en un juego siempre nuevo.

Antinea sabía que, llegado el momento, los jóvenes eligen una compañera y que Talos solo iba a quererla a ella; en el fondo, no hacía caso de sus miedos, de sus preocupaciones. Llegaría el momento en que dormiría a su lado todas las noches, le prepararía la comida y el agua para lavarse a su regreso de los pastizales, le tejería las ropas en las noches de invierno a la luz del fuego y si despertaba sobresaltado, agitado por un mal sueño, ella le secaría el sudor de la frente y le acariciaría el pelo hasta que volviera a dormirse.

Con estos pensamientos pasó el verano y el otoño trabajando al lado de Talos en los campos o siguiéndolo hasta los pastizales altos hasta que Bóreas hizo caer las hojas del bosque. Del mismo modo que la naturaleza

seguía inmutable su curso, Antinea pensaba que así sería su vida al lado de su amado. Pero los dioses les reservaban otros designios.

Una noche, hacia finales del invierno, mientras estaba sentado delante de su cabaña contemplando cómo se ponía el sol sobre el bosque deshojado, Talos vio pasar su destino por el sendero que cruzaba el claro: era una vieja extraña que caminaba encorvada bajo un hatillo de trapos y se apoyaba en un largo bastón. Llevaba los cabellos grises recogidos en un moño detrás de la nuca y envueltos por una venda de lana blanca de la que colgaban pequeños discos metálicos. En un momento dado, la mujer se percató de su presencia, abandonó el sendero y fue hacia él. Talos la observó con cierta aprensión, casi con temor; tenía el rostro enjuto y arrugado pero su paso decidido, casi apresurado, permitía adivinar la energía insospechada de su cuerpo.

Talos se estremeció; en ese momento no pudo evitar pensar en una de las tantas historias que le había contado Critolao cuando era niño para que se fuera a dormir sin protestar ni llorar como tenía por costumbre: la arpía Celeno, que vaga por la noche bajo la apariencia de una vieja, para llevarse a los niños a su pútrido nido de una isla lejana. «Tonterías», pensó para sus adentros mientras se acercaba la mujer. Sin embargo, no conseguía entender cómo podía una vieja vagar sola por esos montes al caer la noche.

Entretanto, se había detenido delante de él y, desde el fondo de las negras ojeras, lo miraba con sus ojos grises en los que centelleaba una luz siniestra.

—Pastor —le dijo con voz ronca—, en esta tierra vive un hombre llamado Caras; tengo que verlo ahora. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

Talos dio un brinco; lo último que esperaba era que esa extraña mujer le hiciera semejante pregunta.

—¿Cómo sabes su nombre? —preguntó, asombrado.

—No me preguntes nada —repuso la mujer con tono apremiante—, y responde a mi pregunta, si puedes.

Talos le indicó el sendero que acababa de abandonar la mujer y le dijo:

—Vuelve al camino que abandonaste y sigue en dirección a la montaña hasta que llegues a una bifurcación, dobla a la izquierda, intérnate en el bosque y sigue adelante hasta que encuentres un claro. Allí verás una fuente y junto a ella una cabaña : llama a la puerta tres veces y Caras saldrá a recibirte. ¿Estás segura de que quieres ir ahora? —le preguntó—. Oscurece

ya y de noche el bosque está lleno de peligros. Los lobos están famélicos y atacan con frecuencia a los rebaños.

—Los lobos no me dan miedo —dijo la vieja con una extraña sonrisa. Después le clavó sus fríos ojos y añadió—: Tú tampoco tienes miedo. ¿Acaso no serás tú también un joven lobo?

Se dio media vuelta y enfiló por el sendero sin decir palabra. En la oscuridad, Talos oyó durante largo tiempo el tintineo de los sistros que colgaban del bastón en el que la vieja se apoyaba para andar. Regresó a su cabaña para calentarse al fuego pero los escalofríos que notaba en la espalda no se debían únicamente al frío.

—¿Quién estaba ahí fuera contigo? —le preguntó su madre cuando le sirvió un cuenco de sopa.

—Una vieja que no había visto nunca por aquí. Me preguntó por Caras.

—¿Por Caras? ¿Y ahora dónde está?

—Se ha ido a su cabaña, a la fuente de arriba.

—No debiste indicarle el camino, tal vez Caras no quiera que los desconocidos den con él.

—Oh, madre, ¿qué daño crees que podría hacerle una pobre vieja? Era rara, para qué ocultarlo, pero me pareció más loca que peligrosa. Mira que internarse sola en el bosque a estas horas...

Se puso a comer en silencio mientras rumiaba para sus adentros. Le había quedado grabada la extraña expresión empleada por la vieja: «¿Acaso no serás tú también un joven lobo?». Así lo había llamado Critolao poco antes de morir y así lo había saludado Caras. Se apresuró a terminar de comer, recogió la capa y fue hacia la puerta.

—¿Adonde vas? —le preguntó su madre, preocupada—. Ya ha oscurecido y ni siquiera hay luna. Tú mismo has dicho que no hay motivos para preocuparse por Caras.

—No es él quien me preocupa, esa pobre mujer puede acabar devorada por los lobos.

—Pero a esta hora ya habrá llegado y si la hubiesen atacado los lobos ya nada podrías hacer.

—Entonces quiero saber quién es, madre, y quiero saberlo ahora mismo. No te preocupes si no vuelvo, voy armado y sé defenderme. Por otra parte, estaré allí arriba en un abrir y cerrar de ojos. Anda, vete a la cama, que estás cansada.

Salió y no tardó en desaparecer en las tinieblas; su madre se quedó en la puerta escuchando el ruido de sus pasos hasta que el sonido fue engullido por el silencio de la noche.

La imponente silueta de Caras quedó enmarcada por el vano de la puerta; a sus espaldas, el interior de la cabaña aparecía alumbrado por el resplandor rojizo de las llamas que ardían en el hogar. Abrió bien los ojos en la oscuridad, como si no creyera lo que estaba viendo.

—¡Perialla! —exclamó—. ¿Tú aquí?

—Déjame entrar, deprisa —le pidió la vieja—, estoy aterida de frío.

Caras se apartó para dar paso a la mujer, que se dejó caer en un escabel al tiempo que tendía las manos hacia las llamas. Caras se sentó a su lado y le preguntó:

—¿Tienes hambre?

—Sí, tengo hambre, he andado desde las primeras luces del alba y no he encontrado más que un mendrugo de pan y un trozo de queso. ¿Tienes un poco de vino? —inquirió la mujer—. Tengo la boca seca.

Caras sacó la bota de un cofre y le sirvió un poco de vino tinto en un cuenco de madera.

Dejó que bebiera unos cuantos sorbos y después de asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada volvió a sentarse.

—Y bien, ¿puedes decirme qué ha ocurrido? No entiendo cómo es posible que estés aquí ni cómo has hecho para encontrarme —dijo mirándola con suspicacia.

—¿Cómo te he encontrado? Oh, Caras —dijo con risa burlona—, ¿qué es lo que puede permanecer oculto a Perialla, la profetisa, la voz del dios de Delfos?

Caras apartó la mirada.

—No —prosiguió la mujer—, quédate tranquilo, nadie me ha seguido...

—Pero...

—Pero creo que de todos modos tendremos visitas.

Caras se sobresaltó y tendió la mano hacia la pesada clava apoyada en la pared, a sus espaldas.

—Tranquilízate —prosiguió la mujer—, no hay peligro. Si mi espíritu no me engaña, un joven lobo ha comenzado a seguir mi rastro.

—¿Qué quieres decir?

—No se trata de un animal, es un joven pastor a quien le pregunté en un claro de allá abajo dónde estaba tu cabaña .

Perialla frunció las cejas grises como si intentara recordar algo.

—Lo miré bien —añadió pronunciando lentamente las palabras—, tiene corazón de lobo... Por eso no teme cruzar el bosque de noche. Leí en sus ojos que sospechaba de mí...; vendrá.

Caras la observó ceñudo.

—¿Sabes quién es?

—No —respondió la mujer—, pero no es un pastor.

Caras volvió a servirle de beber.

—¿Por qué has abandonado el templo?

—Fue preciso —suspiró la mujer—. Presté mi boca al engaño y vendí mi alma... aunque a un precio alto.

Apuré de un trago el vino y acto seguido soltó una risotada descarada:

—¿Sabías por qué, en la ciudad de los espartanos, Leotíquidas ocupa el trono que fue de Demarato mientras este hace años que vive en el exilio?

Caras no lograba entender. La mujer aferró un mechón de su pelo entre las manos nudosas y le sacudió la cabeza.

—Te lo diré —prosiguió—, a pesar de que tienes una mente obtusa. Porque yo, Perialla, la pitonisa de Delfos, la voz de Febo, lo vendí. —Soltó otra carcajada histérica.

—Sé que lo destituyeron antes de que los atenienses combatieran en Maratón porque se había descubierto que no era hijo de su padre.

—Tonto —dijo la mujer entre dientes—, fui yo quien lo convirtió en bastardo, persuadida por el rey Cleomenes, que lo odiaba a muerte, y por el oro de Cobon. —Caras abrió los ojos como platos—. Tanto oro como el que no verás tú en toda tu vida... Te habría tocado una parte —añadió sacudiendo la cabeza—. Nunca he olvidado que Caras, el pastor, me recogió cuando estaba muerta de hambre después de huir de quien me había hecho su esclava.

—No deberías haberlo hecho —murmuró Caras, confundido.

—Pero lo hice y parecía que todo iba a quedar en secreto... Pasaron casi cuatro años...

—Cobon.. . —murmuró entre dientes Caras—. Me acuerdo de él... ¿No es el escriba del templo?

—Sí, lo recuerdas bien. Estoy casi segura de que a Cobon le pagaron los atenienses. Nunca perdonaron al rey Demarato por haberse opuesto a

Cleomenes cuando quiso castigar a los eginetas, que se habían sometido a los persas en tiempos de Maratón.

—Entonces, si he entendido bien, ¡los atenienses y Cleomenes se pusieron de acuerdo para destruir a Demarato!

La vieja lo miró con una extraña mueca y repuso:

—Es posible, Caras, pero no creo que a estas alturas nos importe demasiado. La Asamblea de Anficiones me juzgó y he quedado maldita para siempre.

Levantó la cabeza e hizo tintinear los discos metálicos de su venda.

—Me desterraron, sí, pero no se atrevieron a matarme. —Sus ojos brillaron bajo la luz lánguida de las llamas del hogar—. Tuvieron miedo de Perialla.

—Puedes quedarte si quieres —le ofreció Caras—, tengo el rebaño...

—¡Calla! —lo interrumpió la mujer al tiempo que aguzaba el oído—. Hay alguien ahí fuera.

Caras empuñó la clava y salió a grandes zancadas.

—¡Detente, Caras, soy yo!

Era Talos, que se disponía a entrar en ese momento.

—Deprisa, sigamos a ese hombre —le dijo y le aferró el brazo que blandía la clava para después indicarle una figura encapuchada que se alejó corriendo hasta el final del claro.

Se lanzaron a la carrera y Caras estuvo a punto de darle alcance pero el encapuchado dio un salto, se internó en una zona tupida del bosque y perdieron su rastro. Talos llegó poco después y jadeante le dijo:

—Maldita sea mi pierna, habría podido cogerlo pero tropecé. Justo entonces saliste tú y estuviste a punto de partirme la cabeza con ese tronco que llevas en la mano.

—Perdóname, Talos, pero estaba tan oscuro que... ¿Quién era ese hombre?

—No lo sé, un espartano, creo. Iba a tu casa porque una vieja extraña...

—Lo sé —lo interrumpió Caras.

—Bien, en mitad del sendero vi que ese hombre salía del bosque y lo seguí sin que me viera. Por desgracia, tuve que mantenerme a distancia porque el sendero está cubierto de hojas secas y ramas que hacen ruido. El hombre llegó hasta aquí y después se puso a escuchar por la ventana. En ese momento me acerqué despacio hasta estar casi a su lado y me abalancé sobre él, pero tropecé con una rama seca que no vi en la oscuridad.

Consiguió soltarse cuando yo estaba en el suelo y huyó. Lo que no entiendo es por qué tu perro no lo atacó.

—Esta noche también consiguió huir el muy bastardo. Es la época de celo y a estas horas estará gimiendo alrededor de algún redil donde haya una perra alzada.

Entraron por la puerta que seguía abierta de par en par y Talos se detuvo un instante en el umbral al ver sentada junto al fuego a la vieja que le había dirigido la palabra en el claro.

—El joven lobo —dijo la vieja sin volverse—. Sabía que vendría.

—Sí—dijo Caras—, pero antes que él vino una víbora espartana que nos espiaba.

—Me había percatado de algo extraño —dijo la mujer—, pero en estos tiempos tengo la mente nublada y ya no veo con claridad.

—Pasa, Talos —le dijo Caras al joven que seguía de pie, cerca de la puerta, como temeroso—. Esta mujer no es enemiga tuya. Puede hacer mucho bien o mucho mal, según los dictados de su corazón, pero no debes tenerle miedo. Algún día sabrás quién es en realidad. Ahora se quedará conmigo porque no tiene adonde ir y ha sido terriblemente golpeada por la desgracia.

—Pasa —lo invitó la mujer sin volverse.

Talos se acercó al extremo opuesto del hogar y se sentó en el suelo, sobre una estera. El rostro de la mujer, apenas iluminado por el reflejo de las brasas, tenía un aire espectral: los ojos grises lo miraban fijamente entre las hendiduras de los párpados.

—Hay en él algo terrible —dijo de repente la vieja dirigiéndose a Caras—, pero no consigo entender qué es.

Talos se sobresaltó; no comprendía cómo podía aquella mujer hablar de ese modo. ¿Quién era? Nunca había visto a nadie igual. La vieja cerró los ojos, sacó algo de una alforja y lo lanzó a las brasas, que soltaron una humareda densa y aromática.

—¡No, Perialla! —exclamó Caras.

La mujer ni siquiera lo miró, se inclinó sobre el hogar y aspiró profundamente los humos que de él salían. Su rostro se contrajo.

Empuñó el bastón que tenía al lado y comenzó a golpearlo rítmicamente haciendo tintinear los sistros. Talos sintió una especie de ebriedad, como si se le hubiera subido a la cabeza un vino fuerte. Perialla jadeaba recorrida por un estremecimiento; los miembros se le volvieron

rígidos y la frente se le perló de sudor. De pronto lanzó tal gemido que pareció que le hubieran hundido un cuchillo en el pecho.

—¡Dioses poderosos! —gritó—. Dioses poderosos, permitid que Perialla vea.

Se abandonó inclinando la cabeza hacia delante... sollozaba. Acto seguido, se apoyó en el bastón, se puso en pie y abrió los ojos. Los tenía fijos, inmóviles, vidriosos. Se oyó un ulular lejano que venía del bosque; la mujer se sobresaltó.

—Tu señal... Oh, Febo, señor de los lobos, Perialla te escucha... Perialla ve...

Siguió agitando los sistros al tiempo que entonaba una extraña nenia mientras los dos hombres la miraban en silencio, como encantados, incapaces de mover un dedo. En la nenia confusa comenzaron de pronto a aflorar palabras como las copas de los árboles en un mar de niebla; después las palabras se fueron uniendo una tras otra:

*El dragón y el lobo con odio
implacable se atacan
pero cuando, domado por el dardo
que el medo de larga cabellera
lanza con tremenda fuerza,
el león de Esparta yace traspasado,
empuña la espada aquel que ha temblado,
empuña el arco curvado el guardián
de rebaños, y con gloria inmortal corre...*

Perialla calló un instante, entrecerró los ojos y después reanudó el rítmico golpear de los sistros que colgaban del bastón. De su boca volvió a salir la nenia extraña e igual, un canto al principio dulce y quedo que, a medida que avanzaba, se hizo duro, casi estridente. La profetisa daba la impresión de buscar algo en su voz; en el fulgor de los ojos se adivinaban pensamientos terribles que le surcaban la frente fruncida como en dolorosas contracciones. Sus ojos clavados en el vacío se posaron de pronto en el rostro de Talos. De su voz monótona volvieron a surgir las palabras:

La fulgente gloria como el sol se pone.

*Al pueblo de bronce él vuelve la espalda
cuando Enosigeo de P e lope el suelo agita.
Al grito de la sangre él hace oídos sordos
cuando poderosa, en la ciudad de los muertos,
la voz del corazón lo llama...*

Exhausta, la vieja se desplomó con un gemido apagado.

A partir de aquel día el destino empezó a cumplirse. Perialla desapareció como había llegado y durante mucho tiempo los pastores de la montaña describieron en sus relatos la figura de la vieja profetisa errante. El rey Cleomenes fue depuesto al descubrirse el engaño por él urdido para enviar a Demarato al exilio. Se marchó un día, al caer la tarde, envuelto en la capa, a la grupa de su purasangre negro. Algunos amigos se le unieron; entre ellos estaba Cratipo, amo de Talos y Pelias. El campesino se vio obligado a abandonar su granja y, acompañado de la hija, tuvo que seguir a su señor a tierras lejanas. Una noche de estío, Talos se quedó solo en la era desde donde contempló a Antinea alejarse con su padre, a lomos de un asno. La saludó durante largo rato, con los dos brazos levantados, hasta que su imagen se desdibujó tras un velo de lágrimas ardientes. Notó que el corazón se le cerraba como un puerco espín herido: a sus ojos ninguna mujer iba a ser tan hermosa y deseable como ella. Regresó a la montaña mientras la ciudad honraba al nuevo rey Leónidas, hijo de Anaxándrides, de la estirpe de Heracles.

EL GRAN REY

Demarato estaba sentado en un rincón, en la antecámara de la apadana, con la mirada sombría fija en la puerta esmaltada donde había apostados dos gigantescos soldados de la guardia de los Inmortales. Detrás de la puerta se encontraba la sala del trono en la que el Gran Rey Jerjes, hijo de Darío el Grande, no tardaría en recibirlo. Al cabo de poco vio salir al embajador cartaginés envuelto en una magnífica capa purpúrea con caireles de oro, seguido de dos dignatarios tocados con mitras cuajadas de piedras preciosas. Hablaban velozmente en su lengua incomprensible y se los veía satisfechos. Con una sonrisa amarga echó un vistazo a sus sandalias desgastadas, se acomodó la espada al costado, se colocó la capa de lana gris sobre los hombros apañándola lo mejor que pudo, cogió bajo el brazo el yelmo crestado, única enseña que le quedaba de su pasada realeza, y se puso en pie: había llegado el momento. Se abrió la puerta y acudieron a su encuentro el chambelán y el intérprete, un griego de Halicarnaso.

—Oh, Demarato, el Gran Rey te espera —le dijo.

El espartano lo siguió y traspuso la puerta que los dos guardias abrieron a su paso; una vez en la sala, el esplendor de los mármoles, los esmaltes polícromos, los oros, las piedras preciosas y los tapices lo deslumbraron. Jamás habría imaginado que en el mundo podía existir una estancia que albergara tanta riqueza. En el fondo de la sala, bajo un amplio baldaquín, Jerjes, de larga barba ensortijada, tocado con mitra de oro, empuñaba en la mano derecha el cetro de marfil con incrustaciones de gemas. A sus espaldas dos sirvientes agitaban despacio sendos flabelos de plumas de avestruz. Un leopardo, que estaba tumbado a los pies de la escalinata y se alisaba con indolencia la pelambre, levantó de pronto la cabeza para observar al grupo que se acercaba. Se detuvieron al pie de la escalinata: el intérprete griego y el chambelán se postraron tocando el suelo con la frente mientras Demarato seguía de pie y saludaba con un movimiento de cabeza. El rey lo fulminó con una mirada de irritación mientras el chambelán, que seguía con la frente en el suelo, mascullaba algo al intérprete de griego, que torció la cabeza hacia arriba y murmuró muy nervioso:

—Debes postrarte, vamos, arrodíllate y toca el suelo con la frente.
Impasible, Demarato siguió mirando al Gran Rey con decisión.

—No hagas locuras —gemía el intérprete mientras el chambelán seguía mascullándole órdenes apremiantes en lengua persa.

Demarato los miró un instante con sonrisa burlona, se volvió al soberano visiblemente colérico pero siempre inmóvil, como una estatua en la solemnidad de las pesadas vestiduras regias.

—Soy Demarato, hijo de Aristón, rey de los espartanos —dijo—. Vengo, acogido por tu benevolencia y acuciado por la necesidad y la desgracia, pero no por eso voy a postrarme a tus pies. Es costumbre de todos los espartanos, hombres libres, no postrarnos ante nadie.

Calló y miró, impasible, al Rey de Reyes.

A una señal del maestro de ceremonias, que estaba erguido al pie de la escalinata, el intérprete griego se levantó al mismo tiempo que el chambelán y se apresuró a traducir con voz temblorosa. En su larga carrera de siervo dócil y diligente era la primera vez que le tocaba traducir una negativa para los oídos de su amo. Siguió un largo momento de incomodidad.

Los flabelos de plumas de avestruz también detuvieron un instante su movimiento lento y continuo. Jerjes y Demarato se miraron unos instantes interminables durante los cuales el pobre chambelán, pálido como un harapo, sintió que en el vientre flácido se le aflojaban las tripas.

El Rey de Reyes habló:

—Oh, Demarato, nadie habría sido autorizado a desafiar nuestra majestad como has hecho tú, pero es nuestra voluntad hacerte saber que nosotros te consideramos rey de los espartanos y, como tal, cercano a nosotros. También por tu actitud comprendemos que eres rey, pues ni siquiera en la desgracia has inclinado la cabeza.

El intérprete y, cuando este hubo traducido, el chambelán lanzaron un suspiro de alivio, como si no logran dar crédito a sus propios oídos. Demarato inclinó la cabeza en señal de agradecimiento. El Gran Rey prosiguió:

—Dinos, oh, Demarato, quiénes son estos espartanos porque nosotros apenas conocemos su nombre.

A Demarato le dio un vuelco el corazón; le parecía imposible que la nación más poderosa de la Hélade le resultara prácticamente desconocida al monarca persa, pero contestó:

—Oh, señor, los espartanos son los griegos más fuertes y valientes, en la guerra no hay nadie que esté a su altura y nada puede domarlos. No tienen más amo que la ley, ante la cual todos son iguales, incluso los reyes.

Jerjes enarcó ligeramente la ceja derecha y antes de oír la traducción, el chambelán se dio cuenta de que lo que había dicho el extranjero debía de haber causado gran asombro al soberano, que comprendía bastante bien el griego, a pesar de servirse de un intérprete por razones de etiqueta y para estar seguro de entenderlo todo a la perfección. Jerjes hizo una seña, el maestro de ceremonias llevó un escabel con un cojín purpúreo e hizo sentar a Demarato.

—Nosotros no conocemos a los espartanos de los que hablas —dijo el rey— más que por tus palabras, y queremos creerte aunque nos resulta difícil. Pero conocemos a los atenienses, que son los hombres más crueles y osaron prestar ayuda a nuestros súbditos jonios cuando se rebelaron. Decidimos castigarlos de manera que su ruina sirviese de ejemplo para que nadie se atreva nunca más a desafiar nuestro poder. Todos los griegos del continente y de las islas deberán reconocer nuestra autoridad de modo tal que ninguno ose jamás pensar en la rebelión. Tú conoces esos pueblos mejor que nadie y podrás sernos de gran ayuda. Así es como pensamos y queremos que lo sepas.

El rey calló y el maestro de ceremonias, una vez que el intérprete hubo traducido, le hizo una señal al chambelán, que invitó a Demarato a retirarse. La audiencia había terminado; el espartano saludó al soberano con una inclinación de la cabeza y después se dio la vuelta para ir hacia la puerta acompañado de los dos dignatarios. En los corredores de la antecámara resonaron los pasos de las sandalias claveteadas del rey de Esparta.

En los años que siguieron, los correos del Gran Rey recorrieron al galope todas las provincias del inmenso imperio para llevar la orden de enrolamiento de las tropas. Los rajás de la lejana India, los sátrapas de Bactriana, Sogdiana, Aracosia, Media, Arabia, Lidia, Capadocia y Egipto comenzaron a hacer acopio de guerreros; en los astilleros de los puertos de Jonia y Fenicia se construyeron cientos de naves; se talaron bosques enteros en Líbano y el Tauro para conseguir madera suficiente mientras los estrategas de Jerjes ponían a punto el gran plan de invasión de Europa. Los reyes de Tracia y Macedonia, que se encontraban en la línea principal de la invasión, se vieron obligados a someterse y a prestar su colaboración. Los arquitectos de Jonia prepararon el proyecto de un gran puente sobre barcos

para permitir el paso del inmenso ejército por el estrecho de Helesponto y cruzar el istmo de la península calcídica y evitar así que la flota tuviese que doblar el cabo del monte Athos plagado de escollos. Asia entera se preparaba para volcar sobre Grecia una marea de infantes y caballeros que la convirtieran en una nueva provincia obediente y sometida al dinastes de Susa o en un desierto cubierto de ruinas humeantes.

Las primeras noticias de estos preparativos comenzaron a llegar a Grecia con la avanzadilla de naves que el buen tiempo condujo a los puertos de Atenas, Egina y Githion, pero no fueron creídas de inmediato. Por otra parte, los dramáticos acontecimientos de Esparta habían tenido ocupada durante mucho tiempo la mente de los gobernantes y ciudadanos. Se había difundido la noticia de que el rey Cleomenes, menospreciado por haber sido depuesto y expulsado de la ciudad, estrechaba alianzas en Arcadia y Mesenia y pensaba marchar contra su propia patria. Alarmados, los Éforos decidieron volver a acogerlo para poder controlarlo mejor y le ofrecieron recuperar la dignidad regia. Aristarcos y su hijo Brito, junto con unos cuantos amigos, lo recibieron cuando entró en la ciudad una tarde de verano, cubierto de polvo, marcado por los años y la rabia tanto tiempo contenida. El viejo rey desmontó del caballo, se quitó el yelmo crestado, miró a su alrededor para contar a los pocos fieles y pareció darse cuenta de que para él todo había terminado; el viejo león había ido a caer en la trampa pero tal vez estaba demasiado cansado para seguir luchando. Estrechó la mano que Aristarcos le tendía y este le besó la mejilla hirsuta.

—Todos nosotros nos alegramos de tu regreso, oh, rey, y te ofrecemos la fuerza de nuestro brazo y la fidelidad de nuestro corazón.

El rey clavó la vista en el suelo y murmuró:

—Grande es tu valor, Aristarcos, pues no has temido mostrarte como amigo de quien está en desgracia, pero cuida de ti y tu familia. Corren tiempos de engaños y maldades. El coraje y el valor parecen haber desaparecido de esta ciudad.

Enfiló por el camino que llevaba a su casa, abandonada hacía tiempo. A su paso se cerraban las puertas y la gente se metía en sus viviendas. Cuando llegó ante su hogar encontró a los Éforos que lo esperaban. El más viejo se inclinó apenas y le entregó el cetro diciéndole:

—Salve, oh, Cleomenes, hijo de Anaxándrides, te entregamos el cetro que fuera de tu padre.

El rey lo saludó apenas con una inclinación de la cabeza y entró por la puerta descolgada de los goznes. Se despojó de la clámide empolvada, la lanzó sobre un escabel y se sentó con las manos apoyadas en las rodillas. Oyó pasos a sus espaldas pero no se volvió; pensó que de un momento a otro un puñal se le clavaría entre los hombros, pero no fue así, sino que oyó una voz desconocida que le decía:

—Rindo honores a mi rey y saludo a mi hermano.

—¿Tú, Leónidas?

—Sí, yo. ¿Acaso te sorprende verme?

—No, no me sorprende, pero habría preferido verte hace un momento, bajo la luz del sol, acompañado de los amigos que han ido a recibirme. De tus manos me habría gustado recibir el cetro de nuestros antepasados, y no de esa serpiente venenosa que está ahí fuera.

—No deberías haber vuelto, todos saben que has convencido a la pitonisa de Delfos para que vaticinara contra Demarato. Los Éforos te han pedido que regresaras por miedo, a menos que...

—Lo sé, a menos que se trate de una trampa para eliminarme de una vez por todas. Me di cuenta en cuanto llegué. Casi nadie fue a recibirme, salvo Aristarcos, su hijo Brito y pocos amigos más... Ni siquiera tú, aunque te comprendo, porque eras rey y mi regreso significa que...

—No significa nada de lo que piensas —le interrumpió Leónidas—. Nunca aspiré a la sucesión, incluso porque me habría precedido mi desafortunado hermano Dorieo, que ahora yace en la lejana tierra de Sicilia, enterrado entre pueblos bárbaros. Cuando te fuiste, mi ánimo estaba triste y no tuve el valor de hablarte, temía que por tu mente pasara lo que ahora me parece ver...

Cleomenes lo escuchaba absorto mientras trazaba extraños signos en las cenizas del hogar. Levantó la cabeza y en la oscuridad miró fijamente el rostro de Leónidas, enmarcado por la corta barba cobriza.

—Agradezco tus palabras, Leónidas: este es para mí un momento de suprema amargura y mi destino se anuncia negro a mis ojos. En momentos como este la palabra de los amigos es el único remedio para la desgracia. Escúchame, escúchame bien: todo ha acabado para Cleomenes, lo sé, si bien antes de llegar aquí abrigaba alguna esperanza. Algo se está gestando para mí y tal vez es justo que así sea; ¿acaso no soy quien osó profanar la santidad del templo e insultar al dios de Delfos? Si ha caído sobre mí la maldición, no intentaré sustraerme al destino. Pero no debes volver a

verme; dentro de poco, el cetro de Anaxándrides, nuestro padre, estará de nuevo en tus manos, que no deben volver a estrechar la mía, mano de sacrílego a quien los dioses han expulsado de su presencia.

Leónidas hizo ademán de interrumpirlo.

—No, escúchame —continuó Cleomenes—, debes hacer lo que te digo, y Aristarcos también. Dile que no olvido su amistad y su valor, pero tiene un hijo, un guerrero valiente digno de la gloria del padre. No quiero que su futuro quede manchado por haberme prestado su ayuda ni por haber sido mi amigo. De ahora en adelante, Cleomenes debe quedarse solo y afrontar su destino. Es el único camino que me queda.

Se puso en pie y dijo:

—Adiós, Leónidas, y algún día recuerda que no me detuvo la idea de perderme por el bien de mi ciudad y de todos los griegos. Por eso no dudé en recurrir al engaño con tal de eliminar a Demarato. Él defendía a los amigos de los persas, unos bárbaros, y ahora, lo sé con certeza, se encuentra junto al Gran Rey. Pero nada de esto cuenta ya. Estaba escrito que Cleomenes debía morir difamado en su propia ciudad.

Leónidas clavó la mirada en los ojos cansados del viejo guerrero: ¿qué quedaba del terrible exterminador, de la mente fría y lúcida, capaz de concebir los planes de batalla más intrépidos y ponerlos en ejecución sin previo aviso? Sintió una profunda pena por aquel hombre que su padre había engendrado con otra mujer y al que siempre había admirado, aunque nunca había llegado a querer como a un verdadero hermano.

—Quizá tengas razón —dijo—. Son pocos los hombres que han tenido el valor de desafiar a los dioses y tú eres uno de ellos, oh, Cleomenes. Haré lo que dices para que en el cuerpo de Esparta no se abran más heridas. A la ciudad le esperan momentos difíciles. Adiós, oh, rey, sé que no harás nada que pueda manchar tu fama de guerrero. Por tus venas fluye la sangre de Heracles.

Antes de salir se detuvo un instante en el vano de la puerta, bajo la blanca luz enceguedora que venía de fuera, y luego se perdió en la calle desierta.

El final de Cleomenes fue horrible.

Se dijo que se había entregado a la bebida, a la manera de los bárbaros de septentrión, mucho vino solo, y que había perdido la razón. Se dijo que le había tomado odio a todos y que golpeaba con el cetro a cuantos se cruzaban con él por la calle. Los Éforos declararon que ya no se podía

tolerar semejante vergüenza; mandaron prenderlo y lo ataron a un tocón en una plaza de la ciudad. Desde allí, el rey, arrodillado, con las muñecas cortadas por las cadenas, las ropas hechas jirones, la barba larga, centro de las burlas de sus adversarios, miraba como atontado a los viandantes e imploraba la muerte. Una mañana, poco antes del alba, consiguió sorprender al ilota que, a manera de injuria, le habían colocado como guardia, lo dejó sin sentido con un golpe de las cadenas aprovechando un instante en que se había dejado vencer por el sueño. Le quitó el puñal y comenzó a lacerarse horriblemente las piernas, los muslos, las caderas. Hubo quien dijo que lo oyó lanzar gritos espantosos en el silencio de la mañana; otros dijeron que el eco de una carcajada enloquecida y espantosa se dejó oír en las casas de alrededor y que cuando el ilota volvió a abrir los ojos vio al rey derrumbado en un charco de sangre desde donde lo miraba con ojos llameantes, rechinando los dientes en una mueca atroz. El rey volvió a usar el puñal y se abrió el vientre.

Así murió Cleomenes, hijo de Anaxándrides, lanzando a la cara de su ciudad su propia sangre y su carne desgarrada.

Cuando Talos supo que Cleomenes había regresado, abrigó la esperanza de poder ver otra vez a Antinea, pero no tardó en dejar de hacerse ilusiones. Se enteró de que Cratipo no se había atrevido a volver de inmediato a Esparta y se había dirigido a sus propiedades de Mesenia llevando consigo a Pelias y a la hija de este. Por más empeño que puso no consiguió averiguar más; en cierta ocasión, unos pastores mesemos le contaron que el viejo Pelias sobrevivía a duras penas con el cultivo de un mísero campo y que la muchacha se afanaba de la mañana a la noche para aliviar a su padre de tantas fatigas. Le mandaba decir que no lo olvidaba y que su corazón jamás sería de otro. Eso mismo le contó Caras, que lo había oído referir a los pastores y le dijo que no desesperara, que tal vez un día los dos regresarían a su granja del llano. Pero Talos prefería no seguir alimentando la esperanza para no atormentarse más.

En ausencia de Cratipo él seguía entregando cada año la cosecha a su superintendente y siempre que podía iba de caza con Caras y cuidaba de su madre. Los acontecimientos tumultuosos de su primera juventud se alejaban cada vez más y con el paso de los días se iba confundiendo con los otros pastores de la montaña. El secreto del que era único depositario yacía en el fondo de su alma, sepultado bajo una especie de olvido, como un objeto inútil abandonado en una cabaña vacía.

Los rumores sobre los preparativos del Gran Rey en Asia comenzaron a llegar hasta aquellas tierras, donde él seguía con su existencia de siempre, provocando la curiosidad y, con el tiempo, la preocupación de su gente. Se preguntaban si la guerra llegaría hasta allí, si de verdad el rey de los persas llevaría sus tropas a ese lado del mar. Las mujeres se inquietaban al oír aquellas murmuraciones, pensaban en el día en que sus hombres partirían con los guerreros dejando atrás sus casas, las tareas del campo y los rebaños, para enfrentarse a las fatigas, el hambre, la sed y a terribles penurias sin ventaja alguna, sin esperanza alguna. La guerra para aquella gente, obligada a llevar una dura carga cotidiana, se convertía en una pesadilla. La última guerra en la que el rey Cleomenes se había enfrentado a los argivos había costado muchas desventuras y no pocas vidas, pero se había desarrollado a corta distancia de sus casas. Si era cierto que el Gran Rey llegaría a Grecia, nadie podía prever dónde se desplegaría ni cuánto duraría el conflicto. Se daba escasa importancia al hecho de que vencieran unos u otros, porque nada iba a cambiar para los desdichados ilotas, a quienes los nuevos vencedores no liberarían del pesado yugo que debían soportar.

Y así pasaron tres años, hasta que un día se difundió la noticia de que el ejército del rey, increíblemente numeroso, comenzaba a concentrarse en las inmediaciones de Sardes para marchar hacia el Helesponto. De todos los puntos de Grecia llegaron mensajeros a Esparta y de ella partieron otros en todas las direcciones. Eran la movilización y el estado de alarma que precedían siempre a la guerra. El rey Leónidas y el rey Leotíquidas salieron una mañana de otoño con su séquito rumbo a Corinto. Una vez allí, en el istmo, cerca del templo de Poseidón, se reunirían con los representantes de decenas y decenas de ciudades para idear un plan de defensa común. Los dos soberanos sabían bien cuál era el parecer de los Éforos, los Ancianos y la Asamblea de los Guerreros: insistir para que la línea de defensa se dispusiera exactamente en el istmo e impedir así la entrada al Peloponeso del ejército invasor, aunque sabían bien que los atenienses, los plateenses y los focios pedirían que las tropas confederadas se desplegaran en las Termópilas, desde donde se podría defender también la Grecia central.

En la gran sala del consejo de Corinto estaban sentados los representantes de treinta y un estados griegos que habían decidido oponer resistencia al Gran Rey. Cuando entraron los reyes de Esparta los dos guardias se pusieron firmes y presentaron armas. El rey Leónidas y el rey

Leotíquidas ocuparon los escaños que les habían reservado. La sala estaba llena y el representante corintio se puso en pie para iniciar la asamblea. Leyó el tratado que debían firmar: en él se decía que mientras durara la guerra contra los bárbaros debía reinar entre ellos la concordia más absoluta. Anunció que se mandaría llamar a todos los exiliados políticos y que se procedería a constituir el ejército confederado. El rey Leónidas y el rey Leotíquidas guiarían el ejército de tierra y el navarca Euribíades tendría el mando supremo de la armada, formada en su mayor parte con los barcos aportados por Atenas. El magistrado corintio declaró que los corcirenses también se habían unido a la alianza y que mandarían su flota; Siracusa, en cambio, se había negado porque el tirano Gelón pretendía para sí el mando supremo o al menos el mando de la flota, lo cual no podía concedérsele en absoluto.

Habían enviado ya soldados de reconocimiento a Asia y a Sardes para tener noticias más exactas sobre el ejército del rey, pues su consistencia era objeto de muchas discusiones. Había quienes consideraban absurdos los datos obtenidos. Hasta ese momento todo iba bien; los ánimos no estaban distendidos, pero quedaba claro que a todos los delegados los impulsaba una voluntad común: resistir. Las dificultades surgieron cuando debieron tomar las decisiones operativas. El rey Leotíquidas se mostró porfiado: la línea principal de defensa debía estar en el istmo donde, desde hacía tiempo, había comenzado la construcción de una triple fortificación. Incluso en caso de que el resto de Grecia se viera obligado a capitular, desde el Peloponeso habrían podido lanzar la contraofensiva. Sus argumentos se basaban sobre todo en el hecho de que al norte del istmo no había otras posiciones tan fácilmente defendibles.

No era así y el delegado ateniense, Temístocles, hijo de Neocles, lo demostró después de ponerse en pie y pedir la palabra. Estaba claro que se trataba de un hombre distinto de todos. Su verbo era incisivo, brusco, tajante a veces, su mente clarísima y aguda, sus argumentos apremiantes. Mientras hablaba, el rey Leónidas lo escuchaba con suma atención sin perderse una sola palabra de lo que decía; se daba cuenta de que los griegos necesitaban tanto de la genialidad ateniense como de la fuerza espartana.

Temístocles, hijo de Neocles, concluyó:

—Por ello, oh, señores, es indispensable que la línea de defensa se despliegue en las Termópilas. El paso no es la puerta del Ática, como he oído decir en esta sala, sino la puerta de Grecia entera; si defendemos las

Termópilas defenderemos también el Peloponeso. Sin contar —añadió— que si Atenas fuera arrasada por los bárbaros o bien obligada a ceder —Leónidas se acomodó en el sitio e intercambió con su colega una mirada cargada de significados—, ¿quien defendería vuestras costas de un desembarco persa? ¿De qué sirven las fortificaciones que se construyen febrilmente a lo largo del istmo si no hay una flota que les defienda las espaldas? El enemigo podrá desembarcar un ejército en cualquier punto de Laconia, Argólida, Mesenia o desembarcar varios contingentes en distintos puntos y obligaros a desperdigar vuestros ejércitos, para después lanzar el ataque final con el grueso de las fuerzas. Por más valientes que sean, ni siquiera los espartanos —prosiguió el orador con ardiente pasión dirigiéndose directamente a los reyes lacedemonios sentados ante él— podrían abrigar la esperanza de rechazar el ataque de Asia entera sin el apoyo de una flota.

Los reyes de Esparta no pudieron sustraerse al compromiso de enviar tropas a las Termópilas, pero no estuvieron en condiciones de asegurar la intervención de todo el ejército peloponense. De hecho, sabían bien que los Éforos y los Ancianos nunca aprobarían el envío de todos los guerreros espartanos fuera del Peloponeso. Cuando los oradores terminaron de hablar se abrieron las puertas de la gran sala y entraron los sacerdotes para la ceremonia del juramento. Los confederados juraron por el dios de Delfos que no se retirarían de la guerra hasta que en tierras griegas no hubiera caído el último bárbaro y juraron castigar a todos aquellos que, aunque fuesen griegos, ayudasen a los persas traicionando a los de su sangre. Al caer la tarde los delegados salieron y cada uno regresó a su casa. El rey Leónidas y el rey Leotíquidas se quedaron en Corinto a pasar la noche pues tenían que llegar a acuerdos con los magistrados de la ciudad para coordinar las operaciones de guerra, el enrolamiento de las tropas, la preparación de los barcos de guerra que formarían parte de la flota confederada. Después de una cena frugal, el rey Leónidas se retiró a la casa que había sido puesta a su disposición por el gobierno de la ciudad; fue entonces cuando el guardia que vigilaba la entrada le anunció que alguien quería hablarle: era Temístocles, el almirante ateniense.

—Pasa —le dijo el soberano recibéndolo en la entrada—, eres bienvenido a esta casa.

El ateniense se sentó y se acomodó el blanquísimo palio sobre los brazos.

—¿Cuál es el motivo de tu visita? —inquirió el soberano.

—Oh, rey, he venido para ponerte al corriente de hechos muy graves que están ocurriendo y que pueden dañar seriamente nuestra causa.

El rey lo miró alarmado.

—¿De qué se trata?

—Sé de buena fuente que las naciones del centro y de septentrión se preparan para someterse al Gran Rey o para colaborar con él. No es eso todo; el oráculo de Delfos está de su parte. ¿Sabes qué respuesta les ha dado a los delegados de mi ciudad que fueron a consultarlo?

—Oí decir que se trataba de un vaticinio claramente desalentador, pero desconozco su contenido exacto.

—Decir desalentador es decir poco —continuó el ateniense—. El oráculo profetizaba a la ciudad espantosas desgracias, destrucciones y lutos sin fin si los atenienses osaban resistirse a los medos. Los delegados se descorazonaron de tal manera que no se atrevían a regresar a la ciudad. Decidieron entonces volver a presentarse como suplicantes para solicitar otra respuesta. Fue entonces cuando el oráculo me ofreció, sin que yo lo supiera, la forma de salvar a la ciudad del desaliento y el pánico. Las palabras que la pitonisa profirió después no fueron menos tremendas que las primeras; sin embargo, al final decía que la ciudad podría defenderse erigiendo un dique de madera. Un absurdo carente de todo significado que yo interpreté en el sentido de que nuestra única salvación podía ser una gran flota de barcos de guerra.

Leónidas lo miró con cara de sorpresa.

—Eres más astuto que Odiseo —le dijo—, pero lo que dices es muy grave. ¿De veras crees que el oráculo obra de mala fe?

Temístocles calló, perplejo; le parecía un exceso recordar cómo había convencido al rey Cleomenes a la pitonisa Perialla para que negara el nacimiento legítimo de Demarato. Comprendió que no hacía falta cuando el rey Leónidas, confundido, inclinó la cabeza.

—Estoy absolutamente seguro —repuso entonces el almirante ateniense—. Por una parte, las naciones de septentrión controlan la anficiónía de Delfos con la mayoría absoluta de votos. La única manera que tenemos de oponernos a esta política o de neutralizarla es dar a saber claramente a nuestros aliados que no tenemos nada contra el santuario y hacer hincapié en la parte de nuestro juramento que dice que los traidores serán castigados y obligados a pagar el diezmo al templo de Apolo. ¡Ay de

nosotros si fuésemos tachados de adversarios del dios o de indiferentes a los oráculos! Hasta ahora he logrado sortear el obstáculo, pero no ha sido fácil. De todas maneras, es preciso hacer cuentas con los tesalienses, beocios, perreos y eneas, sin olvidar a los macedonios. El rey Amintas es amigo nuestro, pero su posición es insostenible. No podría resistir ni un solo día. El Gran Rey puede acampar sus tropas en Grecia central y desde allí atacarnos tranquilamente confiando en la sumisión y la colaboración de los traidores. Incluso por este solo hecho resulta indispensable que tu gobierno se convenza de que debe desplegar todas las tropas disponibles en las Termópilas .

Después de escuchar con atención, el rey de Esparta respondió:

—Estoy de acuerdo con lo que dices, oh, Temístocles, y puedes estar seguro de que haré cuanto esté en mi mano para convencer a los Éforos y a los Ancianos, aunque sabes bien que mi autoridad tiene sus límites. Pero en cualquier caso, deseo que sepas que yo estaré presente en las Termópilas .

—Ya es mucho, oh, rey —dijo Temístocles—, vuelvo contento a mi ciudad sabiendo que el rey Leónidas no solo es un valiente guerrero, sino también un hombre sabio y generoso. Esta promesa tuya tiene para mí gran valor, tanto que siento la necesidad de corresponder a ella como se hace con los regalos que impone la hospitalidad. Es mi deseo que sepas que cuando el rey Leónidas esté con sus tropas en las Termópilas , allí estará también el barco de Temístocles para guardarle las espaldas desde el mar y que preferirá pagar con su vida antes que faltar a su promesa. Y ahora —dijo poniéndose en pie—, todos tenemos necesidad de descansar: que la noche te sea propicia, oh, rey Leónidas.

—Y propicia te sea a ti también, huésped ateniense —dijo el soberano al tiempo que se incorporaba para acompañar a Temístocles a la puerta.

En ese preciso momento se oyó galopar un caballo sobre el empedrado de la calle. Iba hacia allí; un instante después, les llegaron un relincho y voces apremiantes ante la puerta. Llamaron y entró un guardia:

—Oh, rey, un mensajero pide verte ahora mismo.

—Hazlo pasar —ordenó el rey.

Un hombre cubierto de polvo y extenuado por el cansancio entró y le tendió a Leónidas un rollo de cuero, lo saludó militarmente y se retiró. El rey abrió el rollo y releyó rápidamente el mensaje. Temístocles lo vio palidecer.

—¿Ocurre algo grave?

—Los Ancianos mandaron consultar el oráculo en relación con la guerra que estamos a punto de iniciar y les llegó la respuesta.

Y leyó despacio:

*A vosotros, habitantes de Esparta, la de los anchos caminos,
o la gran fortaleza ilustre por los hombres perseidas es devastada
o a un rey de la estirpe de Heracles,
si ello no ocurre, muerto llorar deberéis.*

Temístocles se acercó y aferró al rey del brazo.

—No le prestes atención, Leónidas, el oráculo está abiertamente de parte de los persas, no puedes otorgarle ningún valor a esas palabras.

Leónidas lo miró con expresión absorta.

—Quizá sea cierto lo que dices, huésped ateniense, pero a veces el dios hace oír su verdad incluso a través de la boca de los malvados.

Abrió la puerta que daba a la calle.

—A principios de primavera estaré en las Termópilas —dijo con voz firme.

El ateniense asintió con una inclinación de cabeza y después de estrecharle la mano se marchó arrebujado en su blanca capa. En la calle, ráfagas de viento frío arremolinaban las hojas secas de los plátanos.

EL LEÓN DE ESPARTA

Entretanto, en las orillas lejanas del Helesponto, bajo la guía de los arquitectos del Gran Rey, miles y miles de hombres trabajaban febrilmente en el inmenso puente. La gigantesca obra debía estar terminada antes de que comenzara el mal tiempo. Los dos cabos de anclaje de veinte estadios de largo, de lino uno, tejido por los fenicios, de papiro el otro, tejido por los egipcios, fijados en la costa asiática, habían sido remolcados hasta la orilla europea por dos barcos de guerra. Una vez allí, después de ser introducidos en las muescas de dos inmensas poleas, fueron tensados. Para elevarlos a la altura necesaria por encima del agua se emplearon sesenta yuntas de bueyes y veinte yuntas de caballos. Entre ambos cabos se dispusieron luego los barcos que debían sostener el plano del puente, una capa de ramas recubierta de tierra apisonada. Al final, los arquitectos del Gran Rey admiraron satisfechos la increíble obra, pero su júbilo fue breve: al cambiar la estación, un viento impetuoso de Bóreas levantó una fuerte marejada contra el puente y así se dieron cuenta del error cometido. La construcción se encontraba perpendicular a la dirección del viento y de la corriente y el cabo de lino, más pesado que el de papiro, desequilibró enormemente toda la estructura al empaparse de lluvia; las anclas que lo sostenían fueron arrancadas de cuajo y los golpes de mar desbarataron en pocas horas la magnífica obra. Enfurecido, el Gran Rey mandó que se flagelara al mar con los látigos y, mientras se cumplía su orden, quiso que se pronunciaran estas palabras:

«Oh, agua amarga, el Gran Rey te inflige este castigo por la ofensa que le causaste sin que de Él hubiera partido hacia ti injuria alguna; justo es que nadie te ofrezca sacrificios, despreciable corriente turbia y salobre».

Los arquitectos fueron detenidos y decapitados para que quienes los sustituyeran prestaran más atención en el cumplimiento de su deber. Y así fue. En primavera se reconstruyó el puente; los cabos de papiro y de lino fueron cuatro y se colocaron de forma alternada para que el peso quedara perfectamente repartido. Se varió la posición de los anclajes en el suelo para que el puente estuviera paralelo a la dirección de la corriente y los cabos quedaran permanentemente tensados. Se cambió el largo de las maromas

que sostenían las anclas en el fondo del mar en función de la fuerza de los vientos que soplaban de septentrión y de los que en primavera venían de occidente.

Trescientos sesenta trirremes y pentecónteros fueron fondeados entre los dos cabos y sobre ellos se apoyaron troncos de árbol cortados a medida para sostener el plano de la calle en tierra batida. A los costados se levantaron cañizos de caña y mimbre a manera de parapetos para que los caballos no se asustaran al ver las olas del mar.

Cuando las cigüeñas comenzaron a aparecer en los cielos de Tróade y Bitinia, la empresa había concluido y el inmenso ejército de Jerjes comenzó a ponerse en marcha. Pasaron los medos, los citeos, los hircanios y luego los asirios, con sus yelmos cónicos y las pesadas mazas herradas; pasaron los escitas, a lomos de pequeños caballos hirsutos de la estepa; los bactrianos con el rostro quemado por el sol de los montes Paropamisos; los indios con las lanzas de caña y la piel tatuada. Pasaron los partos y los corasmios con sus largas cimitarras; los caspios con sus pesadas capas de piel de cabra; los sogdianos del desierto meridional; los etíopes de cabello ensortijado, vestidos con pieles de leopardo y león, armados con largas azagayas; los árabes, envueltos en amplias capas a la grupa de dromedarios; y después los libios, los capadocios, los frigios, los misios, los tracios, los mosinecios, los egipcios, los paflagones, los coicos. Desfilaron durante días y días hasta que por último pasaron los Inmortales, la guardia de Jerjes. Eran diez mil, vestían largas túnicas caireladas, lucían brazaletes de oro y plata, con los largos arcos y los espléndidos carcajes en bandolera. Eran la flor y nata del ejército del rey, altos, valientes, fieles a su soberano hasta el último sacrificio. En un trono de ébano, el Gran Rey los vio desfilar, y ni él mismo tuvo consciencia de cuántos pueblos y cuántas gentes vivían dentro de las fronteras de su inmensísimo imperio.

En la costa europea, una multitud de pastores y campesinos que habitaban en las aldeas de la zona se había congregado en la playa para contemplar un espectáculo inimaginable. Entretanto, de los puertos de Jonia y Fenicia zarpaban las diversas escuadras que servirían de apoyo y suministro al ejército durante su larga marcha por tierra.

Las poblaciones de la costa vieron desfilar los barcos de Tiro, Sidón, Biblos, Arados, Joppa, Ascalón, las largas naves rostradas de Halicarnaso, Cnido, Esmirna, Samos, Quíos, Chipre, Focea, que avanzaban majestuosas

con las velas desplegadas y los estandartes y las enseñas de los navarcas zumbando al viento en las astas de popa.

Las noticias no tardaron en llegar al cuartel general del rey Leónidas y el rey Leotíquidas, quienes de inmediato pusieron al ejército peloponense en estado de alerta y comenzaron a concentrar una parte en las inmediaciones del istmo de Corinto. Entretanto, desde los puertos de Pireo, Egina y la misma Corinto comenzaron a reclutarse las naves de guerra que tendrían la misión de impedir el paso a la flota del Gran Rey.

Desde el castillo de popa de la nave almiranta, Temístocles vio a su soberbia escuadra recién formada llevar anclas entre una confusión de gritos, órdenes cortantes, redobles de tambores que marcaban el ritmo de la boga a los centenares de marineros sentados a los remos, bajo cubierta. Uno por uno salieron de la boca del puerto los espléndidos trirremes, maravilla de la técnica naval ateniense. Bajos, casi a ras del agua, para no ser blanco de los tiros de las balistas y las catapultas enemigas, largos y estilizados para aprovechar al máximo la fuerza del viento y los remos, con el espolón aguzado empernado en la viga maestra de la quilla para hundir cualquier obra muerta sin provocar daño alguno a la estructura de proa. Sus ingenieros habían ideado y construido máquinas formidables que no sería fácil derrotar o aniquilar.

En los espejos de agua que había delante de la ciudad, durante todo el verano anterior y el otoño, hasta que el tiempo lo permitió, las tripulaciones se habían adiestrado en las maniobras más osadas y peligrosas, los remeros se habían dejado las manos en carne viva y se habían partido la espalda con el esfuerzo, pero miles de manos se movían en ese momento, en absoluta armonía, obedeciendo dócilmente las órdenes de los jefes de la chusma. En Esparta, los Éforos y los Ancianos se reunieron con los dos reyes para decidir qué harían. Todos opinaban que no había que arriesgarse a sacar del Peloponeso al ejército espartano. A las Termópilas enviarían un contingente de peloponenses: no se permitió al rey Leónidas llevar consigo más que a trescientos espartanos. A pesar de que discutió con todas sus fuerzas, el soberano no consiguió un solo hombre más, incluso porque le faltó el apoyo del personaje más cercano por sus ideas a la postura de los Éforos y los Ancianos. Estos eligieron uno por uno a los trescientos espartanos que irían a las Termópilas. Entre ellos figuraban casi todos los componentes de la duodécima división del tercer batallón que, a partir de aquel momento, quedaron al servicio de la guardia real. Aguías, Brito, Cleándridas, Crésilas

y los demás compañeros recibieron con entusiasmo la llamada que les daba la posibilidad de ser los primeros en entrar en contacto directo con el enemigo. Ni siquiera se les pasaba por la cabeza la idea de que para ellos eran escasas las posibilidades de sobrevivir contra un ejército tan poderoso como se decía que era el del Gran Rey.

Por su valor y su experiencia, Aristarcos fue nombrado ayudante de campo del rey y así padre e hijo volvieron a encontrarse en el mismo contingente con rumbo a septentrión.

Hasta las montañas llegó la noticia del enrolamiento inminente y todos se dieron cuenta de que no se trataba de murmuraciones sino de que la guerra había comenzado de verdad. Era preciso disponerse a partir. Un día, un heraldo subió al Taigeto y proclamó el enrolamiento de todos los ilotas en condiciones de cumplir con su deber. Talos también tuvo que despedirse de su madre y bajar al llano junto con muchos de sus compañeros.

Una vez en la ciudad, los guerreros espartanos los elegirían, uno a uno, como ordenanzas y porteadores. Talos estaba convencido de que no partiría, de que lo rechazarían por su defecto físico: ningún guerrero iba a querer en su séquito a un ilota tullido.

Fueron conducidos a la plaza de la Casa de Bronce y formados en tres filas. Los guerreros, desplegados frente a ellos, salieron de sus hileras y, por turnos y edades, fueron pasando entre las filas para elegir un sirviente y un escudero. Al final les tocó elegir a los guerreros más jóvenes. Talos se quedó de piedra cuando vio que Brito abandonaba su hilera y cruzaba la plaza. Comenzó a dar vueltas entre las filas hasta que llegó ante él; lo reconoció y lo miró con una expresión burlona que le heló la sangre y después, dirigiéndose al oficial de reclutamiento, dijo:

—Quiero a este.

—Pero Brito —le dijo el oficial acercándose—, ¿estás seguro? ¿No ves que está cojo? Deja que lo usen en los servicios de impedimenta donde puede ser útil. El ordenanza personal debe ser un hombre apto.

—No te preocupes —repuso Brito—, este es muy apto, lo conozco bien.

Y así, Talos volvió a encontrarse en medio del torbellino después de haber vivido años tranquilo, aunque no feliz. De camino al campamento situado en las afueras de la ciudad, pensó con gran pesar y melancolía en Antinea, a quien no veía desde hacía años, y a quien tal vez no volvería a ver más; pensó en su madre, que esperaba verlo regresar a la cabaña del

Taigeto; en su abuelo Critolao, que yacía en su tumba cubierta de hojas de encina, en las lindes del bosque, y en el pobre Crío. Todo había acabado.

Apartado de su casa, de su gente, de su madre, estaba solo por completo y prácticamente en manos de un enemigo despiadado. Intentó darse ánimos y no abatirse. Lo importante era salvarse y su nuevo amo tendría mucho que hacer si lo que había oído comentar era cierto. Y llegó el momento de partir sin que hubiera ocurrido nada especial. Vio a Brito apenas un par de veces, cuando fue a la sisitia a retirar su equipo y al campo a darle las instrucciones para el viaje. Talos estaba con centrado en la colocación de correas nuevas en el interior del escudo. Brito entró, se desató la coraza, la apoyó en un rincón y luego se sentó en un escabel.

—¿Está todo dispuesto? —le preguntó sin mirarlo.

—Sí, señor, todo está dispuesto; he cambiado las correas del escudo porque estaban flojas. El arma debe adherirse bien al brazo.

Brito le lanzó una mirada indagadora.

—Para ser un pastor que no se ha movido nunca de la montaña sabes muchas cosas.

—Los ancianos de mi pueblo me enseñaron cuanto hay que saber para este trabajo.

—Los ancianos de tu pueblo deben de haberte enseñado también otras cosas —continuó Brito sin dejar de mirarlo fijamente—, y sabes bien a qué me refiero. No lo he olvidado aunque han pasado unos cuantos años, y tú tampoco, creo.

—No, señor —respondió Talos secamente mientras seguía con su trabajo—, no lo he olvidado.

—Pero eres sabio, la lección que se te dio te ha quitado de la cabeza ciertas ideas, por lo menos eso parece. Aunque de todas maneras no tengo la plena certeza —prosiguió mientras se desataba las grebas—, hay algo en ti que no me convence del todo y cuando te vi en la plaza junto a los demás ilotas sentí ganas de descubrir de qué se trata.

—No hay nada que descubrir —murmuró Talos sin apartar la vista de su trabajo—. No soy más que un pobre pastor.

—Ya lo veremos —dijo Brito gélidamente—. En esa montaña ocurrieron cosas extrañas en los últimos años. Hace apenas un mes encontraron un ciervo que fue a morir a orillas del Eurotas, después de haber sido herido con una flecha de un tipo raro, jamás utilizado por nosotros. Tengo la impresión de que tú puedes saber algo.

—Te equivocas, señor, yo no sé nada, de lo único que me he ocupado siempre es de cuidar mi rebaño.

—¿Cómo te llamas ?

—Talos.

—¿Sabes quién soy?

—Eres Brito, hijo de Aristarcos, Cleoménida.

Brito se levantó, comenzó a pasearse por su tienda y de pronto se detuvo dándole la espalda.

—¿Qué fue de tu amada, de aquella campesina?

—La familia de Pelias siguió al noble Cratipo a Tegea y después a Mesenia, creo.

Talos se levantó y cuando Brito se dio la vuelta se lo encontró de pie, ante él. Tenía las mandíbulas contraídas y lo observaba con mirada firme.

—Sigue trabajando, pastor, quedan muchas cosas por preparar y mañana partimos.

Se echó sobre los hombros la corta clámide militar y salió.

Al día siguiente el ejército formó en perfecto orden; al frente iban los trescientos espartanos formados de cuatro en cuatro con una profundidad de ocho hombres por compañía, seguían los aliados peloponenses y por último los siervos ilotas con los carros y los bagajes.

Rodeado de sus oficiales, el rey llegó cuando todavía no había amanecido; tras él apareció el cortejo de madres de los nuevos guerreros. Ellas debían officiar la antigua ceremonia de la entrega del escudo. Vestidas de blanco y con la cabeza cubierta se colocaron delante de las formaciones de hoplitas. A un toque de trompeta los jóvenes abandonaron las filas y se detuvieron unos pasos más adelante; a un segundo toque, apoyaron en el suelo los escudos con la lambda roja que habían recibido de sus padres el día de la iniciación. A una señal del rey, la primera mujer se acercó a su hijo, recogió el escudo y se lo colocó en el brazo al tiempo que recitaba con voz firme la fórmula tradicional:

Volverás con él o encima de él

que significaba «vencerás y regresarás con tu escudo o morirás y sobre él te traerán de vuelta». Le tocó el turno a Ismene: la ciudad le había concedido un terrible honor al infringir la regla habitual de no formar nunca en el campo a todos los hombres de una misma familia para que ese nombre no corriera el riesgo de perderse, y le había llevado al marido y al hijo. Ismene se arrodilló, recogió el escudo y se levantó delante de Brito. La luz

gris del alba iluminaba el perfil oscuro del muchacho endureciéndole los rasgos; por un instante Ismene tuvo la impresión de ver los rostros de los héroes Cleoménidas esculpidos en el ciprés. Por eso al pronunciar la fórmula sintió un escalofrío y le tembló la voz. El sol asomaba detrás de las montañas cuando la última mujer regresó a su sitio y la masa oscura e inmóvil de los guerreros se encendió con destellos siniestros bajo los ojos de las madres de Esparta. Contemplaban a sus hijos con los ojos secos, conscientes de haberlos parido mortales, y desde entonces habían guardado en la oscuridad de sus vientres el llanto y el dolor.

El rey se colocó el yelmo de tres cimeras y dio la señal de partida. El redoble de tambores y el toque de las flautas se ahogó en el polvo del camino que llevaba a septentrión.

Leónidas llegó al desfiladero de las Termópilas unas dos semanas después de la partida y de inmediato mandó reparar el viejo muro fortificado que cerraba el desfiladero. Envío luego un grupo de setecientos hoplitas a guarnecer el sendero de Anopea, que podía permitir al enemigo doblar el desfiladero, y se dedicó entonces a organizar los turnos de guardia y aprovisionamiento. Al saber que la flota persa había doblado la Calcídica y se dirigía hacia el sur, Temístocles se apostó en el cabo de Artemision para proteger las espaldas a Leónidas desde el mar. Por las noches, desde la popa de la almiranta, mandaba enviar señales con una antorcha y un espejo para mantener informado a Leónidas de lo que ocurría.

Finalmente, un día en que inspeccionaban la fortificación, el rey vio llegar a galope tendido a uno de los hombres que normalmente patrullaban el camino del desfiladero. El hombre descabalgó de un salto y se presentó jadeante ante el rey para darle el parte.

—Oh, rey —dijo con un hilo de voz—, ya llegan, son centenares de miles, los ríos se secan a su paso; por las noches sus fuegos iluminan el horizonte; nadie había visto jamás un ejército de tales proporciones.

El rey impartió de inmediato una serie de órdenes cortantes: las secciones con equipo de guerra tomaron posición tras el muro mientras algunos de los espartanos se demoraban en la vanguardia para vigilar mejor la situación. Entretanto, hacían ejercicios gimnásticos para calentar los músculos y prepararse para la batalla.

En un momento dado, en la cima de una colina, apareció un caballero persa. Se lo distinguía fácilmente por los anchos pantalones bordados y el yelmo cónico que le adornaba la cabeza. Los jóvenes espartanos apenas se

dignaron mirarlo y siguieron con sus ejercicios como si nada hubiera ocurrido. Después de observar la escena, el persa espoleó a su caballo y se lanzó al galope colina abajo.

—Dentro de poco los tendremos encima —le dijo Aristarcos a Leónidas.

—Yo también lo creo —respondió el rey—. No tienen motivos para entretenerse.

Sin embargo, casi una hora más tarde, apareció en el camino un pelotón de caballeros que portaban un estandarte.

—Van desarmados —observó Aristarcos—, debe de tratarse de una embajada.

En efecto, así era. Los caballeros se pusieron al paso y avanzaron lentamente detrás del estandarte hasta detenerse a los pies del muro. Se adelantó un intérprete que hablaba griego.

—Esta es una embajada de Jerjes, Rey de Reyes, señor de los cuatro rincones de la tierra. Queremos hablar con vuestro comandante.

Aristarcos salió de detrás de la muralla y fue al encuentro del intérprete anunciando:

—Nuestro comandante, Leónidas, hijo de Anaxándrides, rey de los espartanos.

Se hizo a un lado y dejó pasar al rey, que se mostró ante los recién llegados: en el yelmo, las tres cimbras rojas de crin de caballo ondearon al viento que soplaba desde el mar.

Envuelto en una capa de finísimo lino azul, el embajador persa llevaba en la cintura el sable de los Inmortales con la empuñadura de oro finamente cincelada. Con tono grave pronunció un largo discurso, después del cual hizo una inclinación de cabeza para indicar que había terminado. El intérprete, con su pronunciación jónica, un tanto cadenciosa, tradujo:

—Jerjes, Rey de Reyes, señor de los cuatro rincones de la tierra, amo nuestro, te manda decir: «Abandonad este desfiladero, oh, hombres de Grecia, para no desafiar inútilmente nuestra ira; todos los pueblos y naciones se han sometido a la vista de nuestros soldados, más numerosos que los granos de arena en la playa del mar. Deseamos ser clementes: estamos dispuestos a concederos la vida si os rendís y deponéis las armas». —Hizo una pausa tras la cual preguntó—: ¿Qué debo responder?

El rey Leónidas, que había permanecido inmóvil con la vista clavada en los ojos del persa sin dignarse echar una mirada siquiera al intérprete

griego, contestó en su duro dialecto laconio:

—Que venga a buscarlas.

El intérprete palideció, luego se volvió al embajador y le tradujo la respuesta. El persa miró asombrado al hombre que tenía ante él y, con un gesto de fastidio, dio una señal a su séquito, hizo dar la vuelta a su cabalgadura y se alejó envuelto en una nube de polvo.

Poco después, arrodillado con la frente pegada al suelo, le refería a su rey la respuesta. Demarato, que se encontraba en el pabellón regio, avanzó hacia el trono y dijo:

—Te lo había advertido, aunque todos se sometieran, los espartanos combatirían.

El Gran Rey, lívido de rabia, convocó de inmediato a sus generales y les ordenó que lanzaran el ataque; quería que los llevaran a su presencia, vivos y encadenados. En el campo no tardaron en oírse gritos y órdenes inflamadas, las trompetas tocaron a reunión y la inmensa horda se puso en movimiento para doblar el desfiladero.

El rey Leónidas condujo a sus tropas fuera del muro y él mismo se colocó en primera fila, sobre el ala derecha, mientras que Aristarcos formó en la izquierda. En un momento dado se oyó el redoble lejano y siniestro de los tambores, mezclado con el relincho de los caballos y el ruido de las ruedas de hierro de los carros de guerra. En el fondo del sendero apareció entonces el gigantesco ejército.

Los guerreros espartanos, desplegados a la derecha, cerraron filas acercándose entre sí para crear un muro impenetrable de escudos erizado de lanzas relucientes. Con un grito espantoso, los persas se lanzaron imprevistamente al ataque y cayeron sobre la primera línea de los griegos.

La contienda fue terrible: encajonados en poco espacio y habituados a una guerra de movimiento con armas ligeras y caballería, los persas cayeron por centenares atravesados por las pesadas picas completamente cubiertas de bronce de los hoplitas. El combate se hizo salvaje y los griegos, abandonadas las lanzas inutilizadas, desenvainaron las espadas y entraron en el cuerpo a cuerpo.

En la densa polvareda que se había levantado se divisaban las cimeras rojas del yelmo de Leónidas, que, seguido de sus hombres, avanzaba a la carga con ímpetu irrefrenable. Los trescientos consiguieron abrir una brecha en las líneas enemigas caminando sobre los montones de cadáveres, en un terreno resbaladizo por la sangre de los caídos.

Al ver el peligro de que rodearan su centro, el comandante persa dio la orden de retirada. Entre los gritos de los heridos, los relinchos de los caballos enloquecidos de terror, la masa comenzó a recular lentamente para no descomponer demasiado las filas. En ese momento Leónidas dio también la orden de retirada a sus hombres, que, después de echarse los escudos a la espalda, huyeron veloces hacia el muro.

Ante aquella vista, el comandante persa creyó que el enemigo estaba exhausto y deseaba retirarse tras el muro. Por esa razón mandó que tocaran la orden de ataque. Alentados, sus hombres se lanzaron al ataque al tiempo que gritaban y descomponían el frente de la formación. Era precisamente lo que Leónidas quería: al llegar al muro, los espartanos dieron una veloz media vuelta y volvieron a plantar cara al enemigo en formación compacta. Los persas llegaron a la carrera en grupos, en oleadas, desordenados, y fueron despedazados. Presas del terror, comenzaron a retirarse, pero sus oficiales, situados a sus espaldas, los obligaban a volver al frente a latigazos, profiriendo sus órdenes en mil lenguas diferentes. La confusión fue total y en aquel infierno de gritos, polvo y sangre, la masa compacta al mando de Leónidas avanzó arrollando cuanto encontraba a su paso. Las trompetas tocaron al final la retirada y, heridos y exhaustos, los soldados del Gran Rey abandonaron el desfiladero.

El rey Leónidas se volvió hacia sus tropas, se quitó el yelmo magullado y cubierto de sangre y lanzó el grito de victoria, que, unido al de sus hombres, se propagó en un eco repetido por las gargantas rocosas del Oeta.

Detrás del muro Talos había seguido la escena completa a pesar de que todos sus compañeros se turnaban para recoger las armas despuntadas, las lanzas partidas y llevar las nuevas a los guerreros situados en la línea de combate. Cuando vio que el frente se replegaba corriendo hacia el muro se asomó de un salto por las escarpas y estuvo a punto de empuñar la primera arma que tuvo a mano y lanzarse de cabeza a la lucha.

Jamás pensó que podía sorprenderlo semejante impulso. En varias ocasiones, durante el curso de la batalla, sintió la sangre hervirle en las venas y el deseo irrefrenable de participar en la batalla, invadido por un entusiasmo inexplicable ante aquella resistencia desesperada, ante aquel valor sobrehumano que veía relucir en las magníficas filas que, compactas, seguían las cimeras ondulantes del rey Leónidas. Grande fue la rabia que sintió por no poder formar parte de aquel ardor formidable, de aquella

llamarada poderosa que encendía a los combatientes desplegados en defensa de la libertad de tantas naciones. Vio regresar tras el muro a los guerreros de Esparta, de Traquis, de Tegea, empapados de sudor, cubiertos de sangre y polvo, heridos, cojeando; vio a los infantes de Mantinea y Orcomenes con las barbas blancas por el polvo, las lanzas partidas, los escudos rasgados. Vio a Brito con la espléndida coraza de bronce con guarniciones de cobre y a su padre, Aristarcos, con el rostro oculto tras la celada corintia, el gran escudo con el dragón abollado, y deseó ser uno de ellos.

El supervisor llegó jadeando e inmediatamente se puso a impartir órdenes para que prepararan el agua y la comida con las que los combatientes se lavarían y repondrían fuerzas. Los heridos fueron conducidos a una tienda donde eran curados y vendados. Los ilotas salieron al otro lado del muro a recoger a los caídos y a prepararlos para unas rápidas exequias.

El rey Leónidas recorría infatigable el campo dando órdenes y organizando los turnos de guardia en el muro. Mientras descansaba un momento sin que le hubiera dado tiempo a quitarse la armadura, llegó un heraldo con un despacho para el rey. La flota había hecho frente al enemigo por primera vez y había conseguido contenerlo. Temístocles mantuvo su palabra y vigilaba por mar para cuidarle las espaldas al pequeño ejército que defendía el desfiladero. No llegaba ninguna señal de la senda de Anopea, donde los focenses guarnecían el único camino por tierra que conducía a la retaguardia del contingente griego. El rey mandó a su vez un despacho a Esparta para pedir refuerzos y hacer saber que el paso se podía defender si contaba con tropas de recambio. No sabía que su suerte estaba echada y que por ningún motivo su gobierno quitaría hombres del istmo de Corinto.

Jerjes no dio crédito a sus ojos cuando vio a sus tropas regresar en semejante estado; cayó en la cuenta de que su ejército no tenía manera de desplegar su aplastante superioridad en ese estrecho paso que un puñado de hombres decididos a todo guarnecía con tanto valor. Demarato tenía razón; había sido un gran error infravalorar a los griegos y en particular a los espartanos. Dio orden inmediata de atacar a lo mejor de sus tropas: los Inmortales. En el campo desde el que se elevaban los gemidos y las lamentaciones redobló el tambor y, al cabo de poco tiempo, diez mil guerreros persas, magníficamente pertrechados, formaron fila para lanzarse

sobre el desfiladero y arrollar de una vez por todas la obstinada resistencia de los defensores. La noticia no tardó en llegar al campo griego; un centinela apostado en la entrada del paso se encargó de darla:

—Oh, rey, llega un segundo ataque, pero estos son diferentes, marchan en silencio, compactos, parecen un cuerpo disciplinado y temible.

Leónidas tuvo un momento de abatimiento: ¿cómo pedirle a aquellos hombres exhaustos que volviesen a empuñar las armas que acababan de deponer? ¿Cuántas tropas frescas podría desplegar el rey contra sus hombres extenuados? Mandó que tocaran a reunión; en silencio, los hombres formaron delante del muro. Quienes habían combatido en primera línea pasaron a la tercera y quienes habían ocupado la retaguardia se colocaron en línea de combate. Los persas comenzaron a avanzar a paso sostenido y en formación cerrada.

—Se han desplegado en falange —le dijo Leónidas a Aristarcos—, pero llevan lanzas más cortas que las nuestras. Ordena que cierren al máximo los espacios entre hombre y hombre, solo deben asomar las picas.

Aristarcos gritó la orden y el frente del ejército se cerró con un retumbo metálico: del muro de bronce de los escudos solo asomaban las pesadas lanzas de fresno que formaban un cercado impenetrable. El rey hizo una señal hacia el muro y un grupo de ilotas tocó las flautas y comenzó a redoblar los tambores. La falange se dirigió hacia el desfiladero levantando una nube de polvo del camino, que seguía obstruido. Los soldados dejaron atrás el trecho cubierto de cadáveres para alcanzar la zona descubierta y luego, a una orden del rey, que seguía en el flanco derecho, iniciaron la carga. Las dos formaciones chocaron con un clamor temible: por un instante, el frente de los dos ejércitos onduló incierto, porque ninguno de los dos conseguía hacer retroceder al otro; de tanto en tanto se oía el sonido tenso, casi desesperado, de las flautas y el redoble de los tambores, hasta que el rey Leónidas se lanzó a la carga con un rugido, seguido de los trescientos iranes. Atravesó de parte a parte al oficial persa que tenía enfrente, cortó en dos a otro que le impedía el paso y avanzó como una furia desencadenada mientras, con el inmenso escudo, Aristarcos lo protegía de los ataques laterales.

Jerjes, que había mandado colocar su trono en una pequeña loma no muy alejada para contemplar la victoria de sus tropas, se levantó de un salto al intuir lo que ocurría. El rey Leónidas lo había visto e intentaba abrir una brecha en la formación persa para llegar a él. Palideció: la poderosa cabeza

con las tres cimbras bermejas penetraba cada vez más en el cuerpo de su ejército, que comenzaba a abrirse pavorosamente. Unos instantes más y se habría abierto una brecha por la que todo el ejército griego se habría lanzado para dar muerte al Gran Rey y decapitar a la horda de invasores.

Aterrado, Jerjes mandó que tocasen a retirada y las diezmadas filas de los Inmortales se replegaron precipitadamente hacia la colina, donde volvieron a formar la falange, para continuar retrocediendo poco a poco de modo que la retirada no se convirtiera en desbandada.

El enemigo no volvió a dar señales de vida en los cinco días que siguieron y Leónidas empezó a abrigar la esperanza de recibir refuerzos. Una noche sin luna sus centinelas vieron una señal luminosa lanzada desde la superficie del mar: poco después, una barca atracaba en la playa. El hombre que bajó de ella pidió hablar de inmediato con el rey. Leónidas estaba en su tienda discutiendo con Aristarcos. El heraldo entró y con una reverencia dijo:

—Oh, rey, debo referirte cosas destinadas solo a tus oídos.

—Habla libremente —repuso el rey—, este hombre es el guerrero más valiente de Esparta y muy fiel a mí.

—Temístocles, mi comandante —dijo el heraldo—, te envía sus saludos y quiere que sepas que jamás ha faltado a su palabra. Sin embargo, en estos momentos sobre la flota entera pende la amenaza de que el enemigo la rodee y es preciso que se retire. Además, ha sabido que de Esparta no os enviarán refuerzos porque los Éforos y los Ancianos no quieren restar hombres a las tropas del istmo. Tu valentía ha sido grande y tu muerte no sería ninguna ventaja para los griegos, de manera que reúne a tus hombres en la playa y esta misma noche sus naves llegarán para embarcarlos y ponerlos a salvo en el istmo de Corinto.

El rey Leónidas palideció ante la certeza de que lo habían abandonado por completo. A pesar de ello, sin traicionar sus emociones, respondió con tono mesurado:

—Le referirás a tu comandante que el rey Leónidas te manda decirle cuanto sigue: «¡Salve! Tu mensaje ha sido un gran consuelo para nosotros pues la palabra de un amigo siempre es un bien precioso incluso en los momentos supremos, pero no aceptaré tu invitación. No nos está permitido desobedecer las órdenes recibidas. Por tanto, combatiremos hasta que nos queden fuerzas y después caeremos con honor, como corresponde a los grandes guerreros». Vete ahora y que los dioses te ayuden.

El heraldo se despidió, confundido ante aquella firmeza sobrehumana, se internó en la noche y llegó hasta su embarcación. Poco después, lo izaban a bordo de la trirreme almiranta y refería la respuesta obtenida a su general, que velaba en el castillo de popa a la luz de una linterna.

—¡Espartano obcecado! —estalló Temístocles dando un puñetazo en el parapeto en cuanto hubo oído el mensaje—. Se dejará inmolar como un toro ante el altar. No quiere comprender que lo han sacrificado para poder reprocharnos el derramamiento de su sangre cuando llegue el momento de defender el istmo de Corinto con nuestra flota.

Después de despedir al heraldo comenzó a pasearse nerviosamente por el estrecho espacio del puente de popa. Salió al alcázar y miró hacia tierra. A su derecha vio el fulgor de miles de fogatas que llegaba del campamento persa; a su izquierda se divisaban los vivaques casi apagados del pequeño ejército griego condenado al exterminio. Se mordió el labio y, como hablando consigo mismo, le dijo al oficial que se le había acercado:

—No podemos esperar más, dad la orden de partir.

De los escalamos de la borda los remos recubiertos de sebo se hundieron silenciosamente y la enorme trirreme se deslizó ligera sobre las aguas del canal del Euripo. Amanecía.

Antes de acostarse, el rey Leónidas impartió las órdenes para el día siguiente e hizo transportar hasta la aldea cercana de Alpeni al joven Crésilas, que padecía una infección en los ojos. Medio ciego como estaba, le habría sido imposible luchar. Después de despedirse de Aristarcos se había echado en su yacija para descansar un poco. Llevaba pocas horas durmiendo cuando el centinela lo despertó bruscamente.

—Señor, estamos perdidos, nos ha llegado la noticia de que un traidor ha conducido a un ejército persa hasta la senda de Anopea. Los focenses que lo guarnecían se han retirado hacia la cima del monte para resistir mejor, pero el enemigo no los ha tocado siquiera y se ha lanzado por el sendero hacia el otro lado de la montaña. Los tendremos encima cuando el sol esté alto.

Leónidas salió de la tienda sin armarse siquiera y después de haberse echado sobre los hombros una clámide mandó reunir la tropa.

—Guerreros de Grecia —dijo—, grande y digno de admiración ha sido vuestro valor, pero poco puede el valor contra la traición. Alguien le ha indicado al enemigo el sendero de Anopea y dentro de poco nos veremos rodeados. Es inútil que miles de valientes guerreros mueran en vano. Sus

lanzas podrán volver a golpear al bárbaro en las batallas que se sucederán sin duda en toda Grecia. Que se retiren, pues, los aliados y que cada grupo regrese a su ciudad para exhortar a todos a tener valor y a no someterse al enemigo. Los espartanos se quedarán aquí para proteger su retirada. No temáis ser viles, ya habéis demostrado vuestro coraje y nadie puede acusaros de haber tenido miedo. De hecho obedecéis una orden de vuestro comandante. Marchaos ahora, porque es poco el tiempo del que disponéis.

Un pesado silencio recibió las palabras del rey; poco a poco, los guerreros abandonaron en grupo la asamblea para aprestarse a partir. El rey Leónidas regresó a su tienda y se dejó caer extenuado sobre una banqueta. Al poco tiempo entró Aristarcos.

—Oh, rey —dijo con voz firme—, hasta el último de nosotros luchará a tu lado. Nuestros guerreros no temen la muerte.

—Te lo agradezco —dijo el rey—. Nunca he dudado de tu valor ni del coraje de nuestros guerreros, pero ahora vete, debemos prepararnos para la última hora.

Se sentó, de una caja sacó un rollo de cuero de los que utilizaba para escribir los mensajes y después mandó llamar al guardia y le impartió una orden. Pasaron pocos instantes y se presentaron en la tienda Brito y su amigo Aguías; los dos iban armados. Saludaron en posición de firmes y a una señal de Leónidas se sentaron.

—El paso está perdido y nos quedan pocas horas de vida —dijo el rey—. Pero quiero que los Ancianos, los Éforos y el rey Leotíquidas reciban este mensaje. —Señaló el rollo de cuero apoyado sobre su mesa—. Es muy importante y no podía confiárselo más que a dos guerreros valientes como vosotros, pero también a dos hombres hábiles y astutos, capaces de evitar las asechanzas de un largo camino de aquí a Esparta. Habéis formado parte de la Cripteia y sois los hombres adecuados para esta misión. Recordadlo bien, el mensaje debe llegar directamente a manos de los Éforos y en presencia del rey Leotíquidas.

Brito palideció.

—Pero señor, ¿cómo puedes ordenarnos que te abandonemos en este momento y, permíteme que te lo pregunte, no sabrán de todos modos en Esparta que las Termópilas se han perdido en cuanto nuestros aliados lleguen a sus casas ? Te hemos seguido para no abandonarte jamás —vaciló un instante, confundido—, ¿o será tal vez que... que mi padre, Aristarcos, cegado por el amor que me profesa...?

El rey Leónidas lo interrumpió poniéndose en pie de un salto y con el rostro encendido le gritó:

—¿Cómo te atreves a hacer semejantes insinuaciones sobre el honor de tu padre? Él ignora que te he llamado; no le he dicho nada porque estoy seguro de que se habría opuesto. ¡Basta ya, habéis recibido una orden clara de vuestro rey; cumplidla!

Se sentó y con gesto nervioso se cubrió las rodillas con la capa.

—Oh, rey, si existe una sola posibilidad de que mudes de parecer — Brito encontró la fuerza para insistir—, te suplico que mandes a otro con Aguías, mi padre morirá como todos vosotros y querría estar a su lado en el momento supremo.

Con el rostro tenso por la ira, el rey se acercó al joven guerrero y le puso una mano en el hombro.

—¿Crees de veras que tu rey no ha pensado en todo esto? Brito, nuestra patria solo puede vivir si sus hijos siguen cumpliendo con su deber sin anteponer sus razones al interés de todos. Nuestro deber es quedarnos y morir si así lo quieren los dioses, el vuestro es salvaros para llevar este mensaje. Llévate contigo a tu ilota. Fue precisamente tu padre quien me hizo notar lo hábil y fuerte que es a pesar de ser tullido. Te hará falta durante el viaje. Y ahora marchaos porque el tiempo que nos queda es exiguo.

Los dos muchachos saludaron al rey y salieron de la tienda. Poco después, cuando Talos hubo conseguido un mulo y dos caballos, estuvieron listos para partir. Al intuir lo que ocurría, Aristarcos acudió al centro del campamento donde ordenaba las tropas espartanas a las que se habían agregado todos los tespienses que se negaron a partir.

—El rey quiere que vayamos a Esparta a entregar un mensaje —le dijo Brito—. Nada he podido hacer para disuadirlo. Te dejo con la muerte en el corazón, padre.

Aristarcos lo miró con ojos brillantes.

—Si el rey te ha dado esta orden, significa que debes obedecerla. No pienses en mí, hijo, es la muerte que todo guerrero desea para sí. —Le tembló ligeramente la voz al añadir—: Dile a tu madre que el corazón de Aristarcos luchó por ella hasta el último momento con ardor inalterable.

Miró a Talos, que esperaba a un lado, montado en su mulo, lo miró con una pena intensa y desesperada, como aquel día en el llano, luego se encasquetó el yelmo crestado y se alejó para ocupar su sitio en las filas.

El sol ya estaba alto cuando el rey Leónidas salió de su tienda, se recogió los largos cabellos cobrizos en lo alto de la cabeza, se puso el yelmo, tomó la lanza y el escudo que le tendía el ilota y ocupó su puesto en primera línea del ala derecha. Aristarcos ya había impartido órdenes a las secciones. Iban a lanzarse de inmediato al descubierto para infligir al enemigo las mayores pérdidas posibles.

Poco después, los persas aparecieron en la boca del desfiladero. El rey Leónidas hizo una señal y las flautas comenzaron a tocar. La música uniforme y obsesiva se difundió por el valle en el que solo se oía el eco del paso pesado del ejército persa. El rey Leónidas levantó la pica y la pequeña sección se puso en marcha para la última batalla. Cuando estuvieron casi en contacto con el enemigo bajaron las lanzas y cargaron. Como una fuerza desencadenada de la naturaleza, el rey mató a todo aquel que se cruzó en su camino. El escudo del dragón se levantaba a sus costados como un escollo de bronce cada vez que los persas intentaban golpearlo de lado; detrás de él, Aristarcos, que se destacaba en medio de multitud de enemigos, repartía altibajos a diestra y siniestra con su espada haciendo el vacío a su alrededor. Cada vez que los persas se encontraban a punto de rodearlos, los griegos retrocedían a la carrera hacia el estrechamiento del desfiladero y, una vez allí, daban media vuelta de repente y atacaban de nuevo con salvajismo como si en sus cuerpos ardiera una energía inagotable. Desde su trono, Jerjes observaba pálido la escena mientras Demarato, con las mandíbulas apretadas, mantenía la vista clavada en el suelo.

La increíble maniobra se repitió varias veces sin que los persas consiguieran controlar los movimientos rápidos e imprevistos del pequeño contingente; después, en un momento dado, las energías de los espartanos comenzaron a mermar y los guerreros se replegaron poco a poco, ahogados casi por la horda que los perseguía. Una flecha fue a clavarse en el brazo derecho de Aristarcos, que dejó caer la espada. Un compañero ocupó de inmediato su puesto, pero en ese instante, un sable persa se hundió en el costado descubierto de Leónidas. El rostro del rey se convirtió en una máscara de dolor, pero hasta que tuvo fuerzas, su brazo siguió sembrando la muerte. Extenuado y cubierto de sangre, Leónidas se desplomó y de inmediato una nube de enemigos se abalanzó sobre él para rematarlo y apoderarse de su cuerpo. En ese momento, Aristarcos, que se había arrancado la flecha del brazo, empuñó el escudo con ambas manos, se abalanzó con todas sus fuerzas sobre la multitud de enemigos, los derribó y

liberó así el cuerpo de Leónidas. Sus compañeros formaron un muro y, alrededor del rey caído, se inició una lucha encarnizada. Entretanto, a espaldas de los guerreros espartanos, se oyó el eco de un grito salvaje: era el contingente persa que descendía por el sendero de Anopea.

Aristarcos gritó una orden y todos comenzaron a replegarse hacia la cima de una loma, a la izquierda del sendero, donde formaron en cuadro para presentar la última resistencia. Los persas se lanzaron al ataque desde todos los flancos, mientras los espartanos, agotadas sus fuerzas, continuaban batiéndose enfurecidamente con las espadas, con dientes y uñas los que habían quedado desarmados, hasta que los oficiales del Gran Rey, para no perder inútilmente más hombres, mandaron replegar a la infantería e hicieron avanzar a los arqueros. Extenuados y cubiertos de heridas, los sobrevivientes levantaron los escudos para proteger la agonía de su rey hasta que, uno tras otro, fueron cayendo sobre la tierra bañada con su sangre.

AQUEL QUE HA TEMBLADO

Brito y Aguías cabalgaron sin parar día y noche; apenas se detuvieron para recuperar fuerzas y dormir, a menudo por turnos. Talos, que iba a la grupa de su mulo, los seguía en silencio a unos treinta pasos. Por doquier encontraron escenas de pánico; los habitantes de Grecia central abandonaban aterrorizados sus casas y se refugiaban en las montañas con sus enseres. Los que no podían moverse se quedaban y se preparaban para lo peor. El primer día pasaron por Orcómeno y Coronea, y, al caer la tarde, llegaron a Tespias. En la pequeña ciudad que había perdido en las Termópilas setecientos guerreros se oía el llanto desesperado de las mujeres y los niños, que ya habían recibido la noticia de la muerte de sus maridos y padres. Los viejos vagaban sin rumbo por las calles polvorientas, como atontados por la espantosa desgracia. Otros, sentados a la puerta de los templos, invocaban a la muerte. Un viejo encorvado y casi ciego salió a recibir a los caballeros a las puertas de la ciudad. Tenía la barba descuidada y los largos cabellos sucios y revueltos. Posó los ojos enrojecidos por el llanto en el rostro de Brito y le preguntó con voz trémula:

—¿Quiénes sois?

—Somos focenses —repuso prestamente Brito—, venimos del sendero de Anopea, ¿y tú quién eres, viejo, qué quieres de nosotros?

—Me llamo Diadromos y soy el padre de Demófilo, jefe de nuestros guerreros que estaban a las órdenes de Leónidas. Os lo ruego, decidme si es cierto que no se ha salvado nadie, que han muerto todos.

—Por desgracia, lo que dices es cierto —respondió Brito—, no quisieron abandonar sus puestos... murieron como héroes.

—Pero vosotros... —prosiguió el viejo con voz temblorosa—, vosotros no sois focenses, conozco vuestro acento... sois laconios, espartanos...

Brito se estremeció.

—Sois espartanos —continuó el viejo—, ¿por qué estáis aquí? Habéis huido, habéis abandonado a vuestros compañeros...

Brito le hizo una señal a Aguías y a Talos y se lanzó al galope por las calles de la ciudad casi desierta. El viejo cayó de rodillas en el polvo y entre sollozos repitió:

—Los habéis abandonado, los habéis abandonado...

Cabalgaron al paso, sin hablar, en la oscuridad apenas iluminada por la luna en cuarto creciente que asomaba en ese momento entre los olivos. Aguías miraba a su compañero y seguía mudo, con la cabeza inclinada. En un momento dado, oprimido por la prolongada angustia, le gritó:

—Basta, basta ya, Brito, la tarea que nos han encomendado es ingrata, pero era necesario que alguien cargara con ella. Estamos cumpliendo con un deber mucho más gravoso que el de nuestros compañeros, que murieron con gloria al lado del rey Leónidas. Sus nombres serán cantados por los poetas, mientras que los nuestros caerán en las sombras, cuando no en la deshonra. Pero ¿acaso podíamos negarnos?

—¿Has oído lo que dijo ese viejo? —respondió Brito con dureza—. ¿Lo has oído, Aguías? Lloraba a su hijo, que cayó con los nuestros, y nos ha tomado por unos cobardes que huyeron por miedo... Y como cobardes debemos mentir y escondernos...

—Escucha —prosiguió Aguías—, ese mensaje debe ser de la máxima importancia y debe contener algo más que la simple noticia de la pérdida del paso. Si el rey Leónidas nos ha confiado una tarea tan odiosa significa que tenía que notificar algo realmente terrible a Esparta, a los Éforos y al rey Leotíquidas en particular. De lo contrario, no tiene explicación. Como tú bien le dijiste, nuestros aliados peloponenses le habrían dado la noticia de la pérdida de las Termópilas antes que nosotros.

—Tienes razón —dijo Brito—, es verdad. Los aliados de Tegea pueden llegar a Esparta en pocas horas y tienen cierta ventaja sobre nosotros. Pero entonces, ¿por qué quiso el rey Leónidas exponernos a la deshonra?

Siguieron cabalgando en silencio durante largo trecho. En determinado momento, después de subir una colina, vieron brillar las olas del golfo de Corinto y decidieron detenerse para tomar algún alimento y descansar unas horas. Estaban en ayunas y se sentían exhaustos por las fatigas inhumanas que habían soportado en los últimos tiempos. Además, los dos estaban afiebrados por las heridas sufridas en los combates recientes.

Talos ató a los caballos y al mulo, encendió un fuego al reparo de un saliente de piedra y preparó una pequeña polenta de cebada. No lograba alegrarse ante la idea de volver a ver a su madre y su gente; sentía como si una capa de plomo le oprimiera el corazón. Tragó de mala gana la comida, agazapado en un rincón, y luego fue a sentarse en una piedra que dominaba

el mar. En el espejo tranquilo de las aguas la luna volcaba sus rayos de plata y una ligera brisa agitaba apenas las hojas de los olivos y los almendros haciéndole llegar el perfume intenso del mastranzo. Se volvió para mirar las figuras sombrías sentadas a poca distancia alrededor del vivaque; no sentía ni odio ni resentimiento. Como en un sueño vio el campo de batalla que acababan de dejar, los guerreros caídos que se quedarían sin exequias y sin el llanto de las mujeres. Notó como si sus sombras aletearan sobre el campamento. Pensó en el guerrero del dragón, en su escudo, que estaría abollado y sucio de sangre y polvo entre los montones de cadáveres, en la tragedia que, inminente, se abatiría sobre pueblos enteros. En su corazón resonaron los gritos desesperados de las mujeres tespienses, vio los ojos enrojecidos y cargados de lágrimas de aquel viejo.

Su corazón estaba henchido de pena y rabia porque un destino cruel lo había arrancado de su gente y de sus seres queridos y, al mismo tiempo, impedía que formara parte de ese otro pueblo al que había odiado y, al mismo tiempo, admirado profundamente; al principio de forma inconsciente, como cuando de niño había visto a los guerreros en el llano; y después, de muchacho, a los jóvenes espartanos que soportaban sin un solo gemido la flagelación delante del templo de Artemis Ortia, y el valor increíble y la fuerza formidable demostrada por los trescientos en las Termópilas .

Un ruido de pasos lo sacó de sus pensamientos, se dio la vuelta y bajo los rayos de la luna vio brillar la coraza de Brito. Se quedaron largo rato en silencio; el guerrero espartano de pie, inmóvil como una estatua; el ilota, sentado en una piedra. Fue Brito quien habló primero.

—La suerte es caprichosa —dijo con tono casi ausente—. Cuántas veces, al observar a tu gente, pensé que habría sido preferible morir a llevar una existencia escuálida, igual día tras día, sin emociones.

Talos se puso de pie.

—Sin embargo, ahora te envidio, ilota. Volverás a tus montañas y salvarás la vida, que es lo único que te importa; en cambio, yo... regreso a una ciudad dispuesta a juzgarme, dejo a mi padre insepulto, a merced de los perros y el ultraje de los bárbaros. Dejo a mis amigos destrozados, sus cuerpos expuestos al escarnio y las mutilaciones. Me esperan la oscuridad, la deshonra tal vez, el desprecio...

Calló, embargado por la rabia, la desesperación, la vergüenza. Aguías dormía envuelto en su capa roja hecha jirones y a él una desdicha

insoportable lo había impulsado a hablar con un siervo. Talos le lanzó una mirada entristecida.

—¿En verdad tienes la certeza de que la vida es lo único que me importa? ¿Qué sabes de mi vida y de la vida de mi gente? ¿Sabes lo que significa servir siempre y callar, llevar todos los días el yugo como un animal, sin que haya esperanzas ni salidas? No fueron los dioses quienes nos convirtieron en siervos sino los hombres, hombres como tú... y como yo. Mañana, tal vez a esta misma hora, pueblos enteros, prósperos y libres, serán esclavizados por la fuerza imparable del invasor. Hombres nobles, altivos, valerosos como tu padre, como tú, tal vez. Es verdad que quien nace encadenado no sabe qué es la libertad, pero sí sabe lo que es el coraje. Un coraje que tú ni siquiera imaginas. El coraje de llevar día tras día una pesada carga sin doblar la espalda, el coraje de seguir viviendo por uno mismo, por los seres amados.

Brito vio otra vez a un joven pastor, rodeado de muchachos armados, batirse furiosamente con la ayuda de un cayado; vio también a una muchacha rubia que lo escudaba con su propio cuerpo.

—Ahora tú también sabrás si eres hombre o esclavo —continuó Talos, despiadado—, vive, si puedes, como te han ordenado, sobrevive a lo que consideras una ignominia. Los asnos también soportan los latigazos sin gemir.

Brito notó que se le encendía el rostro.

—Los animales también saben patear y herirse salvajemente hasta morir...

—Basta —gritó Brito echando mano de su espada—. No desafíes mi cólera.

—Pero solo los hombres son capaces de sobrevivir, de silenciar los gritos del corazón, de ahogar la pena, la rebelión, la rabia, de llevar la vergüenza sobre los hombros como una carga repugnante. Estás cubierto de bronce, Brito, pero la piel que te cubre los huesos solo sabe vibrar como la del tambor que convoca a la batalla. ¿Alguna vez has llorado, Brito? ¿Acaso alguna vez se han llenado de lágrimas tus ojos? La gloria te ha sido arrebatada y eres como una copa llena de arena. —Le puso un dedo en el pecho y continuó diciendo—: ¿Qué hay detrás de esa coraza, Brito, qué?

Calló, se mordió los labios y apretó los puños hasta clavarle las uñas.

—Y ahora, desenvaina tu espada, guerrero —dijo con voz fría—, y comprueba cuánto le importa a un esclavo la vida.

Brito inclinó la cabeza sin responder.

Una nube negra surgida al atardecer de las cimas del Helicón ocultó en plena noche el disco de la luna sumiendo el pequeño campo en una oscuridad imprevista que apagó los reflejos del mar y, por un instante, el canto de los grillos entre la hierba; solo las ascuas del vivaque siguieron despidiendo un pálido halo. Aguías montaba guardia y en ese momento el sueño y el cansancio lo vencieron. De la nada surgió una sombra que se deslizó furtiva entre los ralos arbustos, acaso fuera uno de los espíritus que la tierra oculta en su vientre y por las noches vagan en busca de la vida perdida antes de tiempo, así de silencioso era su paso... La sombra se detuvo al lado de Brito, a espaldas de Aguías y se cernió como un espectro cruel. Por momentos parecía agazaparse, como si buscara algo, para volver a elevarse e irse... o desaparecer. Así le pareció a Talos haberlo soñado... Cuando la luna volvió a brillar, los tres muchachos habían sido domados por el sueño; solo Aguías se estremeció, recorrido por un escalofrío, cuando la brisa húmeda comenzó a soplar desde el mar.

Poco antes del amanecer emprendieron viaje y solo se detuvieron unos instantes en un arroyo para abreviar a los animales; llegaron al mar cuando hacia el horizonte comenzaba a clarear. Alcanzaron el istmo cuando el sol estaba en mitad del cielo y se detuvieron, sudados y cubiertos de polvo, en un caserío abandonado para comer un puñado de aceitunas que Talos sacó de la alforja con un mendrugo de pan.

Poco después se encontraban a los pies del muro que las tropas peloponenses habían erigido para impedir el paso hacia el sur. Un oficial espartano se asomó al bastión.

—¿Quiénes sois? —gritó—. ¿Qué queréis?

—Soy Brito, hijo de Aristarcos, espartano —fue la respuesta—. Venimos de las Termópilas .

Se oyó a alguien gritar órdenes apresuradas y, poco después, en la base del muro, se abrió una portezuela de hierro.

—Pasad, daos prisa —dijo el oficial haciéndose a un lado—. Decidme —se apresuró a añadir—, ¿cómo habéis conseguido salvaros? Los aliados llegaron hace apenas unas horas y dijeron que habían muerto todos.

—Así es —dijo Brito con la voz quebrada—, se quedaron para cubrir su retirada. Nosotros estamos aquí porque el rey Leónidas nos confió un mensaje para los Éforos; tenemos órdenes de entregarlo directamente en sus manos.

—¿El rey? —preguntó el oficial.

—A esta hora estará muerto —respondió Aguías—, imposible que se haya salvado nadie, ya sabréis que alguien le enseñó al enemigo el sendero de Anopea; nosotros partimos justo a tiempo para no quedar atrapados. Pero ahora déjanos marchar, debemos seguir camino y cumplir con nuestra misión.

Un puñado de soldados se había arremolinado alrededor del grupito.

—¿Quiénes son? —preguntó alguien.

—Son de los nuestros, vienen de las Termópilas .

—¿De las Termópilas ? ¡Pero si dijeron que no se había salvado nadie!

—Estos lo consiguieron.

—Al parecer, traen un mensaje del rey Leónidas.

Brito espolé a su caballo y se abrió paso entre el gentío de soldados, que se apartaron. Más tarde, una vez que hubieron cruzado las líneas y los campos atrincherados, bajaron el declive que conducía al llano de la Argólida. Rodearon Argos, la infiel, que acaso ya estaba en contacto con los persas, y se dirigieron hacia Mantinea, adonde llegaron hacia el crepúsculo. Al día siguiente se encontraban a las puertas de Esparta. La ciudad aparecía blanca bajo el sol que caía en picado; de una columna pendía inerte un largo trapo negro.

Cruzaron la ciudad en el momento en que estaba más atestada; la gente se apartaba a su paso y los observaba con una actitud entre curiosa y desconfiada. Las cabalgaduras brillantes de sudor arrastraban con esfuerzo los cascos por el polvo del camino, con las orejas gachas y la cola caída; los dos guerreros que las conducían iban con las armaduras abolladas, las ropas rotas y sucias, los miembros plagados de cardenales y heridas purulentas; y las cabezas, cubiertas de sudor, se bamboleaban sobre los hombros. Llegaron a la gran plaza de la Casa de Bronce y se acercaron hasta el edificio donde el Consejo de Ancianos se reunía con los Éforos para tomar las decisiones sobre cuanto había ocurrido. Con las primeras luces del alba habían recibido la noticia de la caída de las Termópilas a través de un caballero tegeo.

Un centinela condujo a Brito y Aguías a la sala del consejo; su entrada fue recibida por un murmullo de estupor. Estaban casi irreconocibles, enjutos, lastimados, sucios, con los ojos enrojecidos en el fondo de las órbitas negras y hundidas. Parecían espectros evocados por los infiernos. Fue Brito quien habló.

—Venerables padres, la traición trunció nuestra resistencia en el paso. Alguien le indicó al enemigo la senda de Anopea y por ello el rey Leónidas despidió a los aliados para no sacrificarlos inútilmente y se quedó con nuestros guerreros para proteger su retirada. Somos los únicos que lograron huir porque el rey nos ordenó traer este mensaje.

Tendió el rollo de cuero a un guardia que se lo entregó al más viejo de los Éforos.

—Ordenó que se leyera inmediatamente en presencia de los Ancianos, los Éforos y el rey Leotíquidas.

Sin abrir el rollo, el Éforo dijo:

—Nos han hablado del gran valor de nuestros guerreros en las Termópilas ; han derramado su sangre por la libertad de todos los helenos y la ciudad les rinde homenaje con solemnes ritos fúnebres. Y también os rinde homenaje a vosotros por haber luchado hasta agotar vuestras fuerzas y haber obedecido las órdenes de vuestro rey. El mensaje será leído en cuanto se presente el rey Leotíquidas, a quien ya hemos dado aviso de presentarse ante esta asamblea. Marchaos, tenéis permiso para regresar a vuestras casas sin presentaros antes en la sisitia .

—Nuestra sisitia ya no existe —murmuró Brito con voz apagada.

Los dos guerreros salieron apoyándose el uno en el otro a la gran plaza inundada por un sol ardiente y despiadado. Cerraron los párpados para proteger los ojos doloridos y Brito se apretó las sienes que parecían a punto de estallarle. En cuanto logró distinguir algo, vio que la plaza era un hervidero de gente que los miraba; en un rincón, Talos a duras penas sofrenaba por el cabestro a los caballos nerviosos y atormentados por los tábanos.

—Vienen del infierno —dijo un niño, con los ojos desmesuradamente abiertos, medio oculto tras las piernas de su padre.

Brito y Aguías bajaron con paso vacilante la escalinata de la casa del consejo y la multitud se abrió en dos para dejarlos pasar.

—Es el hijo de Aristarcos —dijo alguien asomándose para mirarlo a la cara.

—¿Por qué se han salvado? ¿Por qué solo ellos? —gritó una mujer.

El murmullo de la plaza se hizo más audible, la multitud dio señales de querer abalanzarse sobre los dos desgraciados. En ese momento, todas las cabezas se volvieron hacia un lado; por la puerta de la Sala del Consejo

salió uno de los Ancianos. Hizo señas de que iba a hablar; la multitud se calmó.

—Espartanos —dijo el viejo—. Los dos guerreros que pasan entre vosotros son dos valientes. Han traído un mensaje del rey Leónidas, que les ordenó abandonar las Termópilas .

La multitud volvió a abrirles paso y los dos guerreros se arrastraron hasta el borde de la plaza, delante de la Casa de Bronce. Junto al tocón que había sido testigo del dolor atroz del rey Cleomenes, mortalmente pálida, se erguía Ismene.

—Madre... —dijo Brito con voz ronca. El escudo se le deslizó de la mano y cayó con estrépito sobre el empedrado—. Madre... volverás con él... o encima de él... dijiste.

Cayó de rodillas mientras a sus espaldas Aguías vacilaba sobre los pies, como una marioneta que pendiera de un clavo. Brito levantó la cabeza hacia su madre, se pasó la lengua por los labios resecos y cortados.

—Madre... él te amó hasta el último instante.

Ismene se arrodilló a su lado.

—¡Madre, no quería dejarlo... no quería dejarlo! —gritó con voz quebrada.

Se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar.

Uno de los Éforos le hizo una seña al guardia, que salió de la sala y cerró la puerta de hierro; después avanzó hasta el centro.

—Señores —dijo—, el rey Leónidas y nuestros guerreros murieron como valientes para defender Grecia; ahora los atenienses no pueden negarse a desplegar su flota a las órdenes de nuestro navarca Euribíades para defender el Peloponeso. Nos corresponde ahora la tarea de dotar al istmo de mayores refuerzos. Entretanto, se rendirán honores a los caídos y, si es posible, se intentará recuperar sus cuerpos para que no queden insepultos. Nuestros aliados focenses se esmerarán con este fin. Después debemos proceder al nombramiento de un regente porque el hijo de Leónidas, el joven Pleistarcos, no tiene edad suficiente para ocupar el trono. Para el cargo, este consejo ya propuso el nombre de Cleómbroto, hermano del difunto rey, que sin duda aceptará la gravosa carga de la regencia en un momento tan lleno de peligro. Hemos sido informados de quién guió al ejército del Gran Rey hasta el paso de Anopea y causó el final de nuestro contingente de las Termópilas .

Un viejo de larga barba blanca se levantó de su sitio en el senado.

—El rey Leónidas habría muerto de todos modos, sabemos que su suerte estaba echada desde el momento en que este consejo decidió no sustraer un solo hombre de la defensa del istmo.

El primer orador palideció.

—O tal vez —prosiguió impertérrito el viejo—, nobles Ancianos y Éforos, ¿deseamos negar el verdadero motivo por el que el rey Leónidas fue enviado a morir a las Termópilas ? Alguien, honorables padres, pensó que era el precio mínimo que debíamos pagar para obligar a los atenienses a desplegar su flota en defensa del istmo y nadie se opuso, ni siquiera yo, pero os invito a respetar la memoria de los hombres valientes a quienes nosotros sacrificamos de forma voluntaria y consciente, y a los que no tenemos derecho a zaherir con nuestra hipocresía. Es cierto que el traidor condujo a los soldados del Gran Rey para que estos rodeasen a nuestros combatientes, pero si así no hubiese sido, oh, padres honorables, ¿qué habríamos logrado sino prolongar más el sufrimiento del rey Leónidas y sus hombres?

El viejo se sentó, se cubrió la cabeza con la capa y se sumió en un desdeñoso silencio. Después de una larga e incómoda pausa, el Éforo retomó la palabra.

—Indudablemente, el noble Arquelao ha hablado impulsado por la emoción de este momento. Pero todos sabemos que es nuestro deber castigar al traidor; se llama Efialtes, es hijo de Euridemo, hombre de Málida. A partir de ahora no se le dará tregua hasta que pague la culpa de su infamia. Y ahora —prosiguió el orador—, justo es que leamos el mensaje que el rey Leónidas quiso enviarnos antes de morir.

Rompió el sello que cerraba el rollo de cuero, lo desenrolló despacio mientras en la sala se hacía un profundo silencio.

—Está en blanco... —murmuró al tiempo que palidecía—, no lleva nada escrito...

Cuando se hizo público el motivo por el que habían regresado incólumes a su patria, Brito y Aguías abrigaron la esperanza de que los acogieran otra vez en la ciudad, pero la sombra de la sospecha no hizo más que agrandarse. En la asamblea siempre quedaban vacíos los lugares junto a ellos, los amigos de antes ya no les dirigían la palabra. Aguías dejó de salir de día para no encontrarse con nadie, pasaba los días tendido en su cama, con la vista clavada en las vigas del techo. Salía por las noches y vagaba por las calles desiertas y sumidas en la oscuridad. Con el paso de los días

fue perdiendo la cabeza. De nada le servía el afecto de sus padres, que jamás perdieron la confianza que su hijo les inspiraba. Excluido por la ciudad a la que siempre había servido con dedicación, oprimido por la vergüenza con la que su pueblo lo cubría, había perdido todo apego por la vida.

Una noche regresó borracho y afiebrado; soplaban un viento caliente y sofocante que formaba remolinos de polvo por las calles silenciosas de la ciudad dormida. Abrió la puerta de su casa y una ráfaga más fuerte apagó el fuego que ardía ante las imágenes de los dioses. Aterrado por el siniestro augurio, volvió sobre sus pasos y estuvo a punto de internarse otra vez en las calles cuando, siguiendo una extraña inspiración, se dirigió a la casa de un viejo amigo que habitaba a poca distancia con la intención de pedirle fuego y volver a encender la llama doméstica para que, al despertar, sus padres no la encontrasen apagada. Llamó varias veces a la puerta y el perro que estaba encadenado se puso a ladrar. Su amigo salió envuelto en una sábana.

—Aguías... —dijo—, ¿qué haces aquí a estas horas?, ¿qué quieres...?

—Volvía a mi casa —repuso Aguías, confundido—, y el viento apagó el fuego; te ruego que me dejes encender una antorcha en el tuyo.

El amigo lo miró con compasión y desprecio.

—No, Aguías, lo siento, pero no te daré fuego... Mi hermano también murió en las Termópilas, ¿lo recuerdas?

Volvió a cerrar la puerta mientras la intensidad del viento aumentaba llevándose lejos el ladrido insistente del perro. Aguías se apartó del umbral con paso vacilante, se apoyó en la tapia y lloró quedamente durante largo rato. A la mañana siguiente lo encontraron colgado de una viga del techo, estrangulado con su destrozada capa roja.

La noticia de la espantosa muerte de Aguías voló por la ciudad y no tardó en llegar a la casa de Brito. Fue su madre quien se la llevó.

—Brito —le dijo acercándosele mientras alimentaba a su dogo—, Brito, debo darte una noticia horrible... Aguías... ha muerto.

—¿Ha muerto? —preguntó el muchacho volviéndose bruscamente hacia su madre.

—Sí, hijo, se ha colgado en su casa, esta noche.

Brito se quedó un instante como obnubilado, sin poder contener el temblor que lo recorría de pies a cabeza; después salió del patio y fue a la casa de su amigo. Ante la puerta, un pequeño grupo de mujeres vestidas de

negro se lamentaba débilmente. Entró en la alcoba sumida en la oscuridad: en el centro estaba el cuerpo de su amigo, tendido en el lecho fúnebre, vestido con las armas que sus padres debían de haber limpiado para devolverles al menos una parte del antiguo decoro. La madre llevaba la cabeza cubierta y estaba sentada al lado del muerto con los ojos secos. El padre lo recibió con un abrazo.

—Brito —le dijo con la voz quebrada—, Brito, no habrá funeral para tu amigo, ni tampoco lo escoltarán sus compañeros de armas. El comandante de vuestro batallón me ha dicho que no habrá honores para aquellos que han temblado.

—Para aquellos que han temblado... —murmuró Brito, fuera de sí—. Aquellos que han temblado. —Estrechó en sus brazos al viejo, destruido por la pena, y con voz firme le dijo—: Aguías tendrá escolta en el rito fúnebre, como corresponde a un Igual.

Regresó a su casa mientras cuatro ilotas preparaban las andas para conducir el cuerpo hasta el lugar de la cremación, donde habían dispuesto una modesta pira de sarmientos. Bajo la mirada atónita de su madre, sacó de un arca la armadura de gala de los Cleoménidas, la misma que su padre lucía cuando, en los días de fiesta, aparecía ante la Casa de Bronce al lado del rey Cleomenes. Se lavó con cuidado, se peinó los largos cabellos negros y se los recogió después de perfumárselos. Se ajustó a las piernas las grebas repujadas, se colocó la coraza de bronce historiada con guarniciones de cobre y estaño, se puso el cinturón de cuero labrado a fuego del que colgó la pesada espada con empuñadura de marfil, se colocó sobre los hombros una larga capa negra y la abrochó con una hebilla en cuyo centro llevaba engarzada una gota de ámbar; embrazó el escudo del dragón y empuñó la lanza.

—Hijo, ¿por qué haces esto?, ¿adonde quieres ir? —le preguntó Ismene, angustiada.

—El comandante de nuestro batallón se ha negado a proporcionar una escolta para el funeral de Aguías... Ha dicho que no habrá honores para aquellos que han temblado. Por tanto, es justo que el cobarde sea escoltado hasta su última morada por el cobarde... Yo seré la guardia de honor de Aguías.

Se colocó el yelmo con las tres crestas negras de crin de caballo y fue hasta la casa de Aguías entre las miradas de estupor y desconcierto de los

viandantes. Toda la noche veló el cuerpo de su amigo, de pie como la estatua del dios de la guerra.

Poco antes del amanecer, cuando la ciudad seguía desierta, el pequeño cortejo se puso en marcha por las calles silenciosas: delante iban los cuatro ilotas con las andas; detrás, los padres con la cabeza cubierta precedían a un exiguo grupo de familiares. Por último iba Brito con su soberbia armadura de gala que de vez en cuando soltaba algún destello bajo la luz lívida del alba. Cruzaron el centro de la ciudad; delante de la Casa de Bronce los trípodes casi apagados apenas humeaban, y fueron hacia la puerta sur; en el profundo silencio solo se oía el gañido de los perros de los caseríos lejanos y de vez en cuando el canto de un gallo que, de inmediato, se perdía en el aire inmóvil y estancado. Mientras salían al campo por el camino que llevaba a Amicles, Brito divisó una silueta envuelta en una sucia capa gris: era Talos. Le hizo señas para que se acercara.

—Solo faltabas tú —le dijo con voz ronca—, en el funeral de aquel que ha temblado.

Talos se acercó al cortejo que avanzaba por el sendero polvoriento. Caminó un trecho sin apartar la vista de las andas en las que el muerto oscilaba al paso desigual de los cuatro porteadores y después sacó su flauta de caña de la alforja y comenzó a tocar. La música salió del instrumento, tensa y vibrante, y Brito dio un respingo pero siguió con paso solemne al cortejo fúnebre: era el himno de guerra de las Termópilas.

En el lugar fijado, el cuerpo fue depositado sobre la hoguera y las llamas no tardaron en quemar los pobres miembros adelgazados por el ayuno y la locura.

Estas fueron las honras fúnebres que se le rindieron a Aguías, hijo de Antímaco, Igual de la duodécima sisitia del tercer batallón, espartano.

EL HOPLITA SOLITARIO

Los episodios que acompañaron el final de Aguías fueron para Brito el golpe de gracia. En los días siguientes se encerró por completo en sí mismo, dejó de hablar y se negó incluso a comer. Una noche sin luna abandonó su casa, decidido a quitarse la vida. Quería ahorrarle a su madre el horrible espectáculo que los padres de Aguías se vieron obligados a contemplar; por ese motivo fue hasta el Taigeto. Esperó a que se hiciera noche cerrada y a que todos durmieran, cruzó descalzo el atrio y salió al patio. Melas, el dogo, se le acercó gañendo, y lo hizo callar con una caricia.

—Quieto, Melas, quieto —le dijo en voz baja, y lo mandó sentarse.

Le pasó la mano por el lomo brillante y pensó con amargura en el día en que su padre se lo había regalado; se levantó y se internó en el campo por el sendero que llevaba al bosque y que, de muchacho, recorriera mil veces con sus compañeros. Vagó durante largo rato por el bosque, asaltado por el temor que le inspiraba aquella muerte oscura, sin honor ni consuelo, una muerte para la que nadie lo había preparado. Buscó un sitio donde nadie pudiera encontrarlo, pero al mismo tiempo se estremeció al pensar en su cuerpo abandonado e insepulto, presa de los animales, y en su alma que vagaría sin sosiego en el umbral del infierno. Pensó también en su ciudad, que había exigido la sangre del rey Leónidas y la de su padre, inmolados como víctimas en el altar, tal vez inútilmente; en su ciudad, sobre la que caía el horrendo escarnio del rey Cleomenes, del pobre Aguías, y que se vería manchada, sin siquiera saberlo, por el suyo. Salió al claro, en lo alto de una colina, cerca de un frondoso acebo con el tronco cavado envuelto por tupidas matas de zarzas. Había llegado el momento de acallar todas las voces y hacer lo que debía; sacó el puñal, se apoyó la punta en el corazón y, con la mano derecha abierta, se dispuso a hundirlo con la palma. En ese momento, un enorme puño hirsuto cayó sobre su cabeza como una maza dejándolo tendido y exánime.

—Por Zeus, Caras, te dije que lo aturdieras, no que lo destrozaras —dijo una voz.

—La cuestión es —gruñó el coloso— que estos jóvenes ya no están hechos de la misma madera que antes.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho —respondió la voz entre la espesa barba—, tendrías que haber visto cómo se luchaba hace veinte años contra los tracios en el Helesponto. Había un mercenario espartano que perdió la lanza y hundía los escudos enemigos a puñetazos.

—Nunca me dijiste que hubieras combatido con los tracios.

—He combatido con todos —gruñó Caras cargando sobre los hombros el cuerpo de Brito—Pero vámonos antes de que se haga de día.

Se dirigieron a la fuente de arriba y entraron en la cabaña de Caras cuando comenzaba a amanecer.

—Por fin —bufó Caras descargando su fardo sobre la yacija de pieles de cabra—. Empezaba a pesar.

Talos se quitó la capucha y la capa con la que se cubría por completo y se sentó.

—¿Por qué no sacas algo para comer? —le preguntó—. Este paseo nocturno me ha abierto el apetito.

—De acuerdo —repuso Caras—, pero no creo que haya mucho; últimamente no he tenido demasiado tiempo para ocuparme de esta casa.

De una alforja salió un mendrugo de pan y de una caja un panal de miel.

—Por suerte tengo esto —dijo depositándolo todo en un escabel—, lo encontré ayer en el agujero de la encina en la cima de Amicles. Y ahora, ¿me dirás qué quieres hacer con ese? —le preguntó señalando a Brito, que yacía a poca distancia, en el suelo.

—Quiero que se salve, es todo.

—Ah —masculló el gigante barbudo—, pues yo digo que hay que estar loco. Si hubiéramos dejado que las cosas siguieran el rumbo que debían, a esta hora habría un espartano menos, pero no ha sido así —protestó con la boca llena—Me has obligado a darme todo ese paseo para traernos a este loco, he tenido que cargar con él como un saco de harina desde el acebo grande hasta aquí. «Algo tendrá en mente», pienso yo, «querrá vengarse de alguna ofensa o pedir rescate o entregarlo a los persas en cuanto lleguen por aquí», ¡pero no, no señor, lo quiere salvar y nada más!

—Escúchame bien, cabeza dura —le dijo Talos—. Hay algo de ese hombre y de su familia que quiero descubrir a toda costa, por eso no quiero que muera, ¿has entendido?

—He entendido, he entendido —gruñó Caras y tragó el bocado—, no discuto más.

—Muy bien, y ahora es preciso hacer que duerma, porque si despierta se pondrá a gritar y a desvariar.

Caras levantó el puño ciclópeo.

—¡Por Zeus, así no, que lo matarás!

—Escúchame, muchacho, no querrás que lo tome en brazos y le cante una nana, está demasiado crecido y no tengo ninguna gana.

—Vamos, Caras, no es momento para bromas. Quería decir que podríamos darle algún fármaco para dormirlo. Sé muy bien que los tienes porque me hiciste beber algo cuando estaba magullado y dolorido después de la incursión de la Cripteia, algo que hizo que durmiera y se me calmara el dolor.

—Ya no me queda —refunfuñó el pastor al tiempo que sacaba un polvo de una bolsita de piel y lo mezclaba con miel y vino.

Talos sonrió. Poco después le hizo tragar unos sorbos del preparado a Brito, que seguía medio inconsciente.

—Y ahora escúchame bien —prosiguió Talos—, porque tengo que pedirte otro gran favor.

—¿De qué se trata esta vez? ¿Quieres que te traiga al rey Leotíquidas metido en un saco y tal vez a los cinco Éforos?

—No, Caras, quiero una armadura.

Caras se puso serio y lo miró fijamente a los ojos.

—Ya tienes una armadura... si de veras la quieres.

—No, Caras, todavía no ha llegado el momento.

—Entonces, ¿de qué armadura se trata? No entiendo.

—Verás, Caras, no tienes que preocuparte por entender, solo debes hacer lo que te pido. Si te crees capaz.

—Se trata entonces de robarla, si no me equivoco.

—No te equivocas... ¿Qué me dices?

—Que no tengo miedo a nada, ¿qué tipo de armadura te hace falta?

—No una cualquiera... se trata de la armadura del noble Aristarcos... se encuentra en un arca en la casa de los Cleoménidas.

Caras tragó saliva.

—¿En la casa de los Cleoménidas? Por Pólux, ¿no podías encontrar otro lugar?

—Ya lo sé, Caras; aunque claro, si no te atreves...

—¡Por todas las furias del averno! Si la quieres, te la traeré; lo que ocurre es que no me será fácil deshacerme de esa maldita bestia que se pasea por el patio, preferiría enfrentarme a Cerbero antes que a ese monstruo negro.

—Puedes contar con la ayuda del sirviente, es de los nuestros.

—Está bien —dijo Caras—; tendrás esa armadura dentro de dos días a lo sumo.

Intentó incorporarse y sentarse pero una punzada en la cabeza volvió a clavarlo al lecho; no lograba darse cuenta de dónde se encontraba; después, poco a poco, las imágenes se fueron definiendo a medida que se le aclaraba la vista.

—Por fin despiertas —dijo Talos sentado al lado del fuego—, ¿sabes cuánto llevas dormido?

—¿Tú? —preguntó Brito, asombrado—. ¿Dónde estoy? ¿Quién...?

—Te lo explicaré todo, pero tienes que escucharme... No —dijo Talos al ver que la mano de Brito iba al cinturón—. No, has sido despojado de tu puñal. Has demostrado no saber hacer un buen uso de él.

Brito intentó levantarse otra vez, enfurecido al darse cuenta por fin de lo que había ocurrido, pero otra punzada en la cabeza volvió a tenderlo en el lecho de pieles.

—Caras tiene la mano pesada —le explicó Talos—; me temo que el dolor de cabeza te durará unos cuantos días. Sin contar que te hemos hecho beber una poción para que durmieras. Ahora te daré algo de comer, necesitas reponer fuerzas.

—No comeré —respondió Brito, cortante—, y así moriré de todos modos. He tomado una decisión y no pienso echarme atrás solo porque tú y ese tal Caras del que hablas me hayáis cogido a traición. ¿Crees acaso que quería matarme en un instante de abatimiento...? Un guerrero espartano jamás se desalienta, jamás, ilota. Debo morir porque no puedo vivir deshonorado, como tampoco pudo vivir Aguías.

—Deja ya de hablar como si fueras el gran Zeus en persona. En este momento no eres más que un hombre, como yo. Sé bien lo que piensas, como sé bien lo que se piensa de ti en tu ciudad. Te llaman «aquel que ha temblado».

Brito le lanzó una mirada cargada de odio.

—Es tu momento, ilota, ¿no es cierto? De acuerdo, disfruta de él mientras puedas, porque si no consigo quitarte la vida, te mataré con mis

propias manos.

Talos sonrió burlón.

—Un gesto de veras glorioso, matar a un ilota tullido. Sé muy bien que este tipo de empresas no te resultan nuevas, aunque de costumbre te rodeas de una nutrida compañía para estar seguro de no fallar.

—Maldito tullido —rugió Brito—, aquel día debí matarte como a un perro.

Talos extrajo el puñal de Brito del saco de Caras y se lo ofreció.

—Si eso es lo que deseas, aún estás a tiempo —le dijo, con tono gélido.

Brito clavó los ojos en el filo, como hipnotizado, y después inclinó la cabeza.

—¿Por qué has impedido que me matara?

Talos inspiró hondo y después de guardar el arma, contestó:

—Si quieres que te diga la verdad, ni siquiera yo mismo lo sé, puesto que mantenerte con vida no me trae ningún beneficio. Pero digamos que tengo un motivo que solo a mí me interesa y que por ahora no te puedo decir. Aunque puedo desvelarte una razón por la que deberías desear seguir con vida.

—Si existiera, ya la habría encontrado —repuso Brito con una amarga sonrisa—, ¿acaso crees que es agradable clavarse un puñal entre las costillas?

—Escúchame bien —le dijo Talos—, no entiendo del todo vuestro código de honor, pero creo que matándote no habrías hecho más que confirmar la acusación que te hizo la gente de salvarte de la matanza de las Termópilas junto con tu amigo Aguías. Además, habrías dejado sola a tu madre, que ya perdió a su marido.

—Las espartanas están acostumbradas a vivir solas —lo interrumpió Brito—, y están hechas a la idea de que sus maridos puedan morir en defensa de la patria.

—Justo es lo que dices —continuó Talos—; ¿te parece acaso que anoche ibas a morir en defensa de la patria? En cuanto a vuestras mujeres, es verdad, no lloran a gritos como hacen las de otras ciudades y soportan las desgracias con fortaleza, pero ¿por ventura crees que no sienten dolor? No es esa la cuestión. Si eres un hombre debes vivir y demostrar que no has temblado, demostrar que la infamia con la que te han cubierto es injusta,

debes recuperar el nombre de tu familia, una de las más ilustres de la ciudad.

Brito se quedó largo rato absorto, con los ojos entrecerrados, y luego rompió el silencio.

—¿Cómo hacer lo que tú dices? No existen testigos de lo ocurrido en las Termópilas ... o tal vez Crésilas... sí, Crésilas fue llevado a Alpeni con una infección en los ojos, tal vez...

—Crésilas murió —lo interrumpió Talos secamente—. Cuando supo que los trescientos estaban rodeados, se hizo llevar de la mano por sus ilotas hasta el campo de batalla y se lanzó contra los persas, medio ciego como estaba, y no tardaron en abatirlo.

Brito se incorporó despacio, se sentó y se llevó la mano derecha a la frente.

—Sabes demasiadas cosas para ser ilota.

—Te equivocas, Brito, precisamente porque soy ilota sé tantas cosas. Vuestra casta no puede prescindir de nosotros; por tanto, nuestra gente está en todas partes: estaba en las Termópilas, estaba con Crésilas, estaba en el funeral de Aguías.

—Loco —murmuró Brito—, ¿no pensarás acaso que puedo recuperar mi honor y el de mi familia pidiéndole a tu gente que diga por ahí lo valiente que he sido?

Talos sonrió.

—No estoy tan loco; digamos que estoy más loco de lo que crees.

—¿Qué insinúas?

—Que puedes recuperar el honor luchando, es el único camino que tiene un guerrero.

—Es imposible —respondió Brito con aire resignado—. Mis compañeros me rechazarían, nadie querría formar a mi lado en la batalla.

—No me refiero a eso —le rebatió Talos—, sé muy bien que no puedes recuperar el puesto en las filas de tu ejército.

—¿Y entonces?

—Puedes combatir solo.

Brito lo miró con cara de asombro.

—Has comprendido muy bien; si de verdad eres valiente y si la única forma que tienes de sobrevivir es redimirte, entonces tendrás que luchar solo. Presta atención: debes reponerte y recuperar fuerzas, después partiremos hacia el sur para luchar contra los persas de todas las formas que

sea posible hasta que tu fama induzca a la ciudad a volver a creer en ti y te mande llamar.

—Ilota, estás rematadamente loco —contestó Brito después de unos instantes de reflexión—. Nadie ha intentado jamás semejante empresa; además, estoy desarmado.

—Si no tienes ánimos suficientes para batirte en una empresa que, sin duda, es casi desesperada, entonces no tengo más que decirte. Pero creo que solo una empresa desesperada puede remediar una situación desesperada. En cuanto a las armas, las tendrás antes de que el sol se haya puesto dos veces.

Brito comenzaba a recobrar el interés, discutía y rebatía, ponía objeciones. Talos se dio cuenta de que había conseguido arrancarlo de la muerte... por lo menos de esa muerte.

—Podría regresar a mi casa y recoger mi armadura —dijo.

—No —le dijo Talos—. Nadie debe volver a verte hasta que no llegue el momento, ni siquiera tu madre. Piensa en lo que te he dicho, piénsalo bien.

En ese instante se abrió la puerta y entró Caras.

—¿Quién es? —inquirió Brito.

—A quien le debes la vida —respondió Talos con una sonrisa—, y el dolor de cabeza; se llama Caras.

—Veo que está mejor —rezongó el gigante al tiempo que se sentaba junto al fuego apagado—. ¿Ves que no tenías motivos para preocuparte?

—¿Qué noticias traes, Caras? —le preguntó Talos.

—Muchas e importantes: los atenienses han puesto en fuga a la flota persa cerca de la isla de Salamina; los jonios se han pasado a su bando y el Gran Rey tuvo que retirarse. Atenas vuelve a estar en manos de sus ciudadanos, que han iniciado su reconstrucción, pero el grueso de las fuerzas persas de tierra sigue en Grecia; parece que se disponen a pasar el invierno en Tesalia para reiniciar el ataque la próxima primavera. Los tuyos —prosiguió dirigiéndose a Brito— están enviando embajadas a todos los aliados con la intención de reclutar hasta el último hombre para el encuentro que, inevitablemente, está previsto que se produzca la próxima primavera.

—Por tanto —dijo Talos dirigiéndose a Brito—, dispones de varios meses.

—¿Para qué? —preguntó Caras.

—Lo sabrás a su debido tiempo —respondió Talos—. Ahora vete, debes hacer lo que te he pedido.

Caras salió después de recoger la capa y la alforja.

—Entonces —continuó cuando Caras se hubo marchado—, ¿qué piensas de mi propuesta?

—Quizá tengas razón —contestó Brito—. Pero ¿por qué hace un momento dijiste «partiremos»?

—Porque iré contigo.

—No lo entiendo...

—Tengo mis motivos; de todos modos, puedo serte útil. Sabes bien que sé batirme.

—¿Con el cayado? No creo que tengas idea...

—Espera —lo interrumpió Talos.

Apartó una piel de vaca que cubría el suelo de la cabaña, levantó una trampilla de madera y extrajo un saco untado con sebo, lo abrió y le enseñó el gran arco de asta.

—¿De dónde has sacado esa arma? —le preguntó Brito—. En mi vida había visto nada semejante.

—Es otra cosa que no puedo decirte. Deberás conformarte con saber que sé usarlo, y muy bien. Tú serás la infantería pesada y yo la infantería ligera. Los dos formamos un ejército.

—Entonces es verdad lo que oí decir, que alguien de esta montaña está armado con arco y flechas.

Talos sonrió.

—Caras tiene la culpa. Un día que íbamos de caza quiso usar este arco, alcanzó a un ciervo sin matarlo y el animal huyó con la flecha clavada.

Brito lo miró; renació en él con fuerza la curiosidad de saber quién era en realidad aquel ilota que poseía un arma fantástica, digna de un rey, y que, según sus propias palabras, sabía usar a la perfección. Al mismo tiempo, la idea de volver a empuñar las armas para una guerra en solitario comenzaba a alejar su espíritu del propósito de morir que lo había dominado.

—De acuerdo, Talos —dijo al cabo de un largo silencio—, haz que consiga mis armas y partiremos cuando quieras.

Talos sonrió, enigmático, y al ver que Brito volvía a dormirse, salió para regresar a su casa.

—Nos veremos mañana —le dijo—. Mientras tanto, no te muevas por ningún motivo.

—De acuerdo —asintió Brito, reanimado.

Se tendió en el lecho de pieles y se abandonó al sueño. Tenía la sensación de haber regresado del averno y el deseo de vivir volvía a fluir por sus venas.

A la mañana siguiente, con las primeras luces del alba, Brito despertó: la cabaña estaba desierta. Miró a su alrededor, se restregó los ojos y dio un brinco: en un rincón le pareció ver a un guerrero armado por completo; miró otra vez y con estupor se dio cuenta de que no se trataba más que de una armadura, la armadura de su padre, con el yelmo crestado y el gran escudo con el dragón.

En el centro de la aldea un grupo de soldados persas había reunido y empujado hacia una tapia a los cabezas de familia. Un oficial, rodeado de algunos siervos y acompañado por un intérprete, comunicaba la orden de requisas. El ejército del Gran Rey que se había quedado en Tesalia necesitaba trigo, puesto que la flota derrotada ya no estaba en condiciones de abastecerla. Uno de los cabezas de familia, un campesino anciano, de cabellos grises, le suplicaba:

—¿Cómo vamos a sobrevivir si os lleváis toda nuestra cosecha?

El oficial, un medo de largos cabellos rizados, se volvió al intérprete:

—Dile que no estamos aquí para discutir; es preciso que llenen esos dos carros de trigo. No me importa si les queda para ellos, yo tengo que llevar al campo la cantidad que me han mandado recoger.

El intérprete tradujo y añadió:

—No te conviene oponerte, campesino, estos hombres tienen orden de requisar el trigo a toda costa. Su ejército debe ser reabastecido y no dudarán en mataros si os oponéis.

—Pero tú eres griego... —gimió el pobre hombre.

—No soy griego —le espetó el intérprete, molesto—, soy un súbdito del Gran Rey, como vosotros; todos lo serán en este país, que ha osado resistirse a su ejército. Vamos, ¿qué debo decirle al comandante?

El hombre inclinó la cabeza y repuso:

—No tenemos salida; el trigo está en ese cobertizo de ahí, acabábamos de trillarlo.

—Magnífico —gorjeó el intérprete con su pronunciación ceceosa—. Has tomado la decisión correcta. Y ahora, andando, muévete, no pretenderás que los soldados carguen el trigo.

El campesino habló en voz baja con sus compañeros y los condujo luego al cobertizo.

—Muy bien —dijo el oficial alisándose con aire satisfecho la barba untada de sebo—. Estos parecen razonables. Deben acostumbrarse a la idea de que tienen un amo. Esta primavera ya nos encargaremos de los otros, los malditos atenienses, y de esos bastardos espartanos...

No logró terminar la frase: se oyó un silbido y una flecha se le clavó en donde se unen las clavículas. El medo cayó de bruces vomitando sangre. Espantados, los soldados miraron a su alrededor al tiempo que empuñaban las armas: nada. De repente, de detrás de una casucha apareció en medio de la aldea un hombre armado con un enorme arco, disparó velocísimo y se ocultó detrás de un grueso olmo. Otro soldado cayó al suelo atravesado por una flecha.

—¡Prendamos a ese maldito! —aulló uno de los persas lanzándose a la carrera con el sable desenvainado.

Los demás lo siguieron enardecidos, pero se detuvieron de inmediato, abriendo muy grandes los ojos incrédulos: tras un árbol había salido un hoplita completamente armado; embrazaba un escudo en el que descollaba un dragón con las fauces abiertas. En la celada, tres crestas negras ondeaban movidas por el viento caliente de la montaña. En el instante en que los persas se detuvieron, el arquero volvió a salir de detrás del escudo y disparó otra vez, fulminante, para esconderse nuevamente detrás del hoplita. Mientras otro soldado se desplomaba con una flecha en el cuello, el hoplita se echó la capa hacia atrás y lanzó la pica con gran fuerza. Un escita del grupo, ágil como un gato, se tiró al suelo y la lanza fue a hundir el escudo del compañero que estaba detrás de él, perforó el coselete de lino machacado que lo protegía y le desgarró el vientre. El desgraciado se retorció gritando en el polvo, que rápidamente se empapó con su sangre. Los otros cinco que quedaban se abalanzaron sobre el hoplita como un solo hombre lanzando aullidos para darse valor. El arquero salió imprevistamente de su refugio, pateó a dos enemigos haciéndolos rodar por el polvo, se volvió entonces hacia el que tenía más cerca y, antes de que tuviera tiempo de incorporarse, le hundió el tórax con una de las puntas del arco. Entretanto, el hoplita había derribado a otro con un fuerte golpe del escudo y traspasado a un segundo con la espada. Aterrorizados, los tres supervivientes intentaron darse a la fuga pero se vieron rodeados. Después de recuperarse de la sorpresa y de salir de sus refugios, los campesinos de la

aldea comenzaron a perseguirlos con una lluvia de piedras. Al cabo de poco, los tres fueron abatidos y rematados a palos.

—¡El intérprete! —gritó el arquero—. No debe huir.

Todos miraron a su alrededor: detrás de un cesto de mimbre asomaba una orilla de tela que denunciaba la presencia del buscado. Arrastraron hasta el centro de la plazoleta polvorienta al mezquino y lo dejaron delante de los dos misteriosos personajes aparecidos repentinamente de la nada. Liberándose de los dos que lo sujetaban con un tirón de insospechada fuerza, el intérprete se lanzó a los pies del hoplita y se abrazó a sus rodillas.

—Soy griego, yo también soy griego —gemía con su pronunciación ceceosa—. Señor, perdóname la vida, ¡jarráncame de las manos de estas fieras!

La acritud del gran cuerpo sudado asqueó su olfato habituado a los delicados perfumes orientales, pero el terror a ser despedazado por campesinos enfurecidos lo mantuvo enlazado a aquellas piernas poderosas.

El hoplita lo apartó de sí de un empujón que lo hizo rodar por el polvo. Pálido, sucio y cubierto de tierra, el pobre hombre cerró los ojos y esperó el golpe de gracia.

—Levántate —le ordenó, tajante, la voz del guerrero, y le preguntó—: ¿En el campo hay otros grupos dedicados a requisar trigo?

—¿Salvaré la vida si te lo digo? —preguntó el intérprete al tiempo que volvía a abrir los ojos desvariados.

—En las condiciones en las que te encuentras, distas mucho de poder entablar negociaciones —intervino el arquero con tono de mofa.

—Sí, hay otros. Un grupo de diez soldados al mando de un oficial llegará mañana a la aldea de Leucopedion; yo debería reunirme con ellos allí, no sé de nadie más.

—Muy bien —dijo el arquero con una sonrisa—. ¡Irás! —El intérprete abrió desmesuradamente los ojos saltones—. ¡Con nosotros, como es natural! Y ahora —dijo dirigiéndose a los campesinos—, atadle bien las manos a la espalda y dejad que nos lo llevemos. Sabremos hacer buen uso de él.

—¿Quiénes sois? —preguntó mientras se acercaba el que parecía el jefe de la aldea—. Decidnos vuestros nombres para que podamos acordarnos de vosotros.

—Nos recordarás de todos modos, amigo —le contestó el hoplita mientras lavaba la punta de la pica en un abrevadero—. Por ahora es mejor

que no se sepan nuestros nombres. Encargaos de hacer desaparecer los cadáveres, limpiad con cuidado la sangre del suelo, quemad los carros y borrad toda huella. Podéis quedaros con los mulos si no llevan marca. Si llegaran los persas, les decís que no habéis visto a nadie. Esconded una parte de vuestro trigo y guardadla como reserva en caso de que lleguen otros a requisároslo.

El arquero se llevó al intérprete y el grupo se alejó en dirección al sur por una colina, mientras los campesinos se amontonaban para observarlos desde la plazoleta de la aldea.

Alcanzada la cima de la colina, los dos bajaron por una ladera al reparo de miradas indiscretas. Atado a un olivo había un mulo con la cabeza colgando, que de vez en cuando meneaba la cola para ahuyentar a las moscas. El hoplita se quitó las armas, las cargó sobre el mulo junto con el arco de su compañero y después lo cubrió todo con un paño.

—Te has batido magníficamente, Talos —dijo el hoplita—, no creí que fueras tan hábil.

—Esa arma es letal —repuso el arquero señalando el bulto que iba a lomos del mulo—; aunque es viejísima, conserva una potencia y una energía formidables.

—De todos modos, debemos tener en cuenta que esos hombres eran combatientes mediocres, con los Inmortales habría sido distinto. Mi armadura está hecha para combatir en formación compacta, con los flancos cubiertos por los escudos de los compañeros.

—Por eso quise seguirte —dijo Talos—. Necesitas un arquero que te cubra las espaldas y merme las fuerzas enemigas cuando ataquen en gran número.

Se retiraron detrás de un inmenso peñasco, se sentaron a la sombra y esperaron a que anoheciera. Al día siguiente, hacia el crepúsculo, el oficial lidio que al frente de sus hombres salía satisfecho de la aldea de Leucopedion con una carga considerable de trigo y cebada, creyó estar soñando cuando oyó los gritos de socorro en su lengua y con el inconfundible acento de Sardes. «Por la gran Madre de los dioses —pensó—, ¿qué hace aquí uno de Sardes?» Sus hombres también se detuvieron, asombrados, pero no lograban precisar de dónde llegaban los gritos, porque un poco más adelante el sendero pasaba entre dos salientes de roca y luego hacía una brusca curva y bajaba hacia el vado del torrente de Ascreón. El oficial llamó a un par de soldados y mandó que se adelantasen para

comprobar de qué se trataba, pero cuando hubieron pasado por la estrechura, no regresaron y de nada sirvió llamarlos dando grandes voces. Entretanto, el sol había descendido y comenzaba a oscurecer. Mientras el oficial se disponía a ordenar que se dispersaran y avanzaran hacia la estrechura, volvió a oírse la voz que pedía ayuda, pero en esa ocasión provenía de lo alto del peñasco que se proyectaba a la izquierda sobre el sendero: todos se volvieron en esa dirección con las armas empuñadas pero, en ese mismo instante, algo surcó el aire; se oyó un silbido agudo y uno de ellos cayó al suelo. Tenía una flecha clavada en la frente; antes de que sus compañeros se recobraran de la sorpresa, otro soldado del pequeño destacamento se precipitó al suelo alcanzado en mitad del pecho.

—¡Es una emboscada! —aulló el oficial—. ¡Cubríos, deprisa! —y se lanzó a la base de la roca, imitado por sus hombres—. No pueden ser muchos —jadeó—, pero debemos obligarlos a salir de su escondite, de lo contrario no podremos pasar. Vosotros id por aquí —ordenó a tres de los suyos—, y nosotros iremos por allí. Sean quienes sean, los prenderemos a medio camino y se arrepentirán amargamente de esta broma.

Se disponían a moverse cuando a sus espaldas retumbó un grito tan escalofriante que se les erizaron los pelos de la cabeza.

El oficial se dio la vuelta de golpe y apenas tuvo tiempo de ver en lo alto del peñasco a un demonio negro abalanzarse sobre él con una lanza, y se encontró en el suelo blasfemando y vomitando sangre, atravesado de parte a parte. Aquel ser dio un salto y bajó volando del peñasco para precipitarse gritando sobre los aterrados supervivientes incapaces de defenderse de las flechas que seguían lloviendo de arriba, sembrando el terreno de cadáveres. Los pocos que salvaron la vida se dieron a la fuga y buscaron protección en los bosques.

Esa noche, el comandante del destacamento persa acampado cerca de Traquis cayó en la cuenta de que dos escuadras y un intérprete griego no habían regresado. Envío grupos de caballeros en busca de los extraviados, pero regresaron cuando ya era noche cerrada sin encontrar nada. Los hombres habían desaparecido sin dejar rastros.

En los últimos meses de ese verano tórrido y en el transcurso del otoño ocurrieron muchos otros sucesos extraños o inexplicables en las aldeas esparcidas alrededor de las faldas del Oeta y el Calídromo y en las orillas del lago Copáis.

El más increíble le ocurrió a un grupo de soldados paflagones del ejército del Gran Rey que, sorprendidos por el aguacero, se refugiaron en un templo abandonado, dedicado a Ares, a quien los griegos veneraban como dios de la guerra. El edificio había sido profanado y saqueado hacía meses pero, por extraño que pareciera, la estatua del dios seguía intacta sobre su pedestal, la armadura brillaba y llevaba en el brazo un enorme escudo con la imagen de un dragón que tenía las fauces abiertas. Uno de aquellos bárbaros creyó que era una pena dejar esos espléndidos objetos a merced del primero que apareciese por allí y se acercó con la buena intención de completar la obra de saqueo que sus conmlitones habían dejado a medias, pero cuál no sería su sorpresa cuando vio que la estatua volvía la cabeza hacia él y que los ojos del dios brillaban con luz torva en la negrura de la celada. No tuvo tiempo de recuperarse, ni de gritar: el dios Ares le dio un golpe de escudo en la cara con tal violencia que le partió el cuello, luego agitó la pica enorme y la lanzó hacia el grupo, degolló a uno de los paflagones y clavó a otro a la jamba de la puerta. Al mismo tiempo, del techo medio derruido del edificio les llegó el eco de tremendos gritos, inhumanos, y poco después, comenzaron a llover flechas letales que derribaron a muchos dejándolos sin vida.

Cuando los sobrevivientes, enloquecidos de miedo, refirieron lo ocurrido a su comandante, no les creyó y recibieron un duro castigo: es bien sabido que los paflagones beben sin ninguna moderación y que, cuando están ebrios, son capaces de todo tipo de excesos.

Sin duda, muchas de aquellas historias parecieron inverosímiles y exageradas, pero en lugar de cesar, las hazañas de ese tipo se multiplicaron, como suele ocurrir con hechos tenidos por prodigiosos; así, entre los focenses y locrenses, incluso entre los beocios traidores, en todas las aldeas de las cumbres del Calídro, el macizo del Helicón y las orillas insalubres del lago Copáis, se difundió la noticia del hoplita solitario que aparecía imprevisiblemente, acompañado de un arquero de extraño andar ondulante, rápido como el rayo, implacable como el destino.

—Estoy seguro de que vendrá —decía Talos a su compañero arrebujaado en la capa oscura.

El otoño estaba avanzado y el viento de la noche amenazaba lluvia. Los dos se guarecían bajo un antiguo olivo completamente carcomido; a una decena de pasos estaba la encrucijada de los caminos de Platea y Tespias; no muy lejos, a los pies de una loma que ocultaba a la vista el

lecho del Asopo, había un tabernáculo con una imagen de Perséfone tallada en madera de olivo. Talos se la señaló a su compañero.

—Caras la conoce muy bien, él mismo me la describió. Esta es la primera noche de luna nueva de otoño; por tanto, no podemos habernos equivocado. Verás cómo vendrá.

Pasó más tiempo y después, cuando comenzaba a oscurecer, por el lado de Platea apareció una figura corpulenta a la grupa de un asno que daba la impresión de tambalearse bajo el peso.

—¡Es él! —exclamó Talos.

—Eso creo yo también —repuso Brito aguzando la vista para distinguir mejor.

El extraño caballero taloneó al asno para obligarlo a abandonar el camino y lo empujó hacia el tabernáculo, al costado de la encrucijada. Ató al animal y se sentó en el basamento de la capilla. Talos y Brito salieron de su escondite.

—Ah, aquí estáis —dijo Caras al tiempo que se ponía en pie—. Temía que iba a calarme hasta los huesos: está a punto de llover.

—Vámonos, deprisa —dijo Talos aferrándolo por un brazo—; marchémonos de aquí, que podría pasar alguien.

Se alejaron llevándose al asno por un sendero que iba a la parte posterior de la loma, en dirección al valle del Asopos. Entraron en un redil abandonado que los pastores debían de haber usado hasta hacía pocos meses, cuando la horda de los invasores aún no había pasado. Probablemente por entonces no les quedaran ovejas que cuidar. Se despojaron de las capas, las tendieron en el suelo y se sentaron.

—Por lo que oí decir, habéis desbaratado toda la región —comentó Caras—. Dondequiera que me detuve oí hablar del hoplita del dragón y del arquero que lo acompaña. Algunos viejos dicen que el hoplita podría ser Áyax Oileo, que vuelve para ayudar a su gente y combatir a los pueblos de Asia como en los tiempos de la guerra de Troya.

—¿Y el arquero? —preguntó Talos con una sonrisa.

—Ah —continuó Caras—, con ese pie cojo te han tomado ya por Filoctetes, sin contar que nadie ha visto jamás un arco como el tuyo y eso también estimula la fantasía y la superstición de la gente. Debéis saber, sin embargo, que vuestras hazañas se conocen en Esparta y no solo allí. La ciudad cuenta con informantes en toda esta zona para controlar y estudiar los movimientos de las tropas persas y ellos se encargan de transmitir

cuanto oyen decir. Si bien dudo que hablen de Áyax y de Filoctetes; el escudo del dragón es bien conocido allí: el arquero es quien provoca las mayores perplejidades. Creo que los Éforos se sentirían felices —añadió dirigiéndose a Talos— de poder observarte de cerca.

—¿Y mi madre? —preguntó Talos.

—Sabe que estás vivo, pero la angustia del miedo no la abandona un solo día.

Brito inclinó la cabeza sin atreverse a preguntar nada.

—De tu familia es bien poco lo que puedo decirte —comentó Caras—; sé que tu madre te lloró como si hubieras muerto. Si abriga alguna esperanza o ha recibido noticias de cuanto ocurre aquí, no sé decirte. Tu madre no habla con nadie, lleva una vida muy retirada. Es como si no existiera.

Caras calló. A lo lejos se oyó el grito estridente de las grullas que empezaban a reunirse en las orillas del lago Copáis para iniciar la migración.

—La primavera que viene un gran ejército confederado subirá hasta aquí para enfrentarse a los persas —continuó—. Ya se han iniciado los preparativos.

—¿Qué puedes decirnos de la otra tarea que te habíamos confiado? —preguntó Talos.

—Creo que me encuentro en la buena senda —respondió Caras—. El hombre que condujo a los persas hasta el paso de Anopea se llama Efialtes, y el gobierno de Esparta lo busca sin cesar. No será fácil llegar antes que ellos; la única ventaja que tenemos es que ignora que lo estamos buscando.

—¿Crees que quiere reunirse con el ejército persa? —le preguntó Brito saliendo de su mutismo.

—No; por lo que he oído decir, merodea por la costa del golfo. Se mantiene alejado del Peloponeso, pero es probable que intente embarcarse para marcharse a Asia o a Italia. Mañana me reuniré con un hombre de Traquis que tal vez pueda darme noticias más precisas.

—Sabes lo que debes hacer si lo encuentras —le dijo Brito.

—Lo sé —respondió Caras—. No se dará cuenta de que se está muriendo. Espero que sepas que le causarás un gran disgusto a tu gobierno.

—Lo sé y no me importa. Solo nosotros tenemos derecho a castigarlo y no la ciudad, que de todas maneras había decidido sacrificar a Leónidas y a mis compañeros.

—Entonces —respondió Caras poniéndose en pie—, no tenemos más que decirnos. Sed prudentes si queréis llegar a la primavera próxima, porque os están buscando por todas partes. Si me necesitáis, ya sabéis cómo encontrarme.

Desató al asno y se puso en marcha tirándolo del cabestro. Una bandada de patos cruzó el cielo, que parecía vacío.

—Esta noche volarán sobre las orillas del Eurotas —murmuró Brito.

OceanofPDF.com

CLEIDEMO

La taberna olía a pescado y a aceite quemado; desbordaba de marineros del puerto y peregrinos que iban al santuario de Delfos. El brillo trémulo de las luces de la ciudad sagrada se divisaba en mitad de la pendiente del monte.

Efialtes entró con la cara casi oculta por el gran sombrero de ala ancha que le caía sobre la frente. Se apoyó un momento en la pared de cañizo y yeso y echó un vistazo a su alrededor. Sentado a una mesa larga un grupo de árcades comía carnero asado y, de vez en cuando, con las manos chorreando grasa, se servían puñados de aceitunas de un plato común. En el centro de la gran estancia llena de humo, tinos montañeses tesprocios, de cabellos rizados cubiertos de cascabillo, sudaban bajo las capas de pieles de cabra mientras devoraban salchichas medio crudas y morcillas de cerdo.

En el banco de una esquina, un hombretón barbudo, probablemente cargado de vino, roncaba y de tanto en tanto soltaba sonoros eructos. Efialtes se sentó en cuanto dos marineros de Corinto se levantaron blasfemando para seguir a su jefe de chusma, que acababa de asomar en ese momento por la puerta.

—¿Quieres comer o beber? —le preguntó el posadero cuando se le acercó con una jarra de vino en la mano.

—Las dos cosas —respondió Efialtes sin levantar la cara de la mesa—. Deja aquí el vino y tráeme un trozo de cordero.

—No hay cordero.

—Entonces carnero y pan de salvado.

—De eso sí que hay —dijo el posadero mientras iba hacia el antro que hacía las veces de cocina—. No nos queda más que salvado. Con tanto ejército y tanta flota que alimentar solo queda salvado.

Regresó al cabo de poco a la mesa del parroquiano con el plato de carne y un trozo de pan.

—Son cinco óbolos —le dijo, y tendió la mano pringada.

—Aquí tienes los cinco óbolos, ladrón —le dijo Efialtes sacando las monedas.

Sin rechistar, el posadero se metió el dinero en el bolsillo que llevaba sobre la barriga. Debía de estar acostumbrado a semejantes apreciaciones. Efialtes se puso a comer de mala gana la carne; para ayudarse a tragar cada bocado tomaba un sorbo de vino. De vez en cuando miraba la puerta como si esperase a alguien. Casi había terminado cuando entró un muchachito de unos dieciséis años que fue directamente a su mesa.

—El comandante del mercante Aella te manda decir: «El precio está bien. Embarcamos más o menos dentro de una hora en el muelle pequeño. La nave parte mañana hacia Corcira Melania». El jefe de chusma te espera en la puerta, síguelo —le dijo, y se escabulló entre un grupo de marineros megarenses que entraban en ese momento gritándole cosas al posadero.

Efialtes se levantó, se echó al hombro la alforja y salió. El hombre que estaba apoyado en la pared de la taberna llevaba larga capa y en la cabeza una capucha ancha de tela encerada. En cuanto lo vio salir le hizo señas para que lo siguiera y enfiló hacia el puerto. Caminaron un trecho por callejuelas tortuosas y oscuras que llevaban a los muelles; Efialtes fue el primero en romper el silencio:

—¿Crees que habrá dificultades en la travesía? —le preguntó a su taciturno compañero.

—No lo creo —respondió el otro—. Si bien es cierto que en esas rutas hay más piratas que pulgas tiene un perro, no es menos cierto que nuestro comandante es muy conocido en la zona y siempre sale airoso de las dificultades.

—Mejor así —dijo Efialtes—. De por sí, los viajes largos suelen estar plagados de peligros, ¿no es verdad?

Entretanto, habían cruzado una plazoleta y doblaban la esquina del viejo almacén situado en una calleja oscura y desierta. El hombre se detuvo, se volvió y se descubrió la cabeza.

—Para ti no habrá más peligros, Efialtes, aquí se termina tu viaje.

—¿Cómo sabes mi nombre, quién eres? —balbuceó el desgraciado sintiéndose perdido—. Eres espartano...

—No —repuso el hombre con tono sombrío, se echó la capa detrás de los hombros desmesurados y tendió hacia él dos manos que parecían garras de oso.

—Entonces... ¿Por qué...? —dijo Efialtes, asombrado, mientras las manos se cerraban como un par de tenazas alrededor de su cuello.

Su rostro se tornó morado, los ojos se le saltaron de las órbitas. Trató de liberarse con un último coletazo de vitalidad y luego se desplomó inerte en el charco de orina que su cuerpo había expulsado con el espasmo de la agonía.

Así murió Efialtes, hijo de Euridemo, traidor de Leónidas en las Termópilas, a manos de un desconocido.

La primavera estaba avanzada y en Esparta, dado que Cleómbroto había muerto, la regencia fue confiada a su hijo Pausanias, pues el hijo de Leónidas todavía no había alcanzado la edad para gobernar. Leotíquidas, el otro rey, estaba en Asia con la flota aliada para hacer frente a un nuevo ataque que el Gran Rey deseaba lanzar contra Grecia. El enfrentamiento sería, sin duda, decisivo, de manera que el gobierno de Esparta reclutó todos los hombres que pudo, incluidos los ilotas, a los que se les entregó armamento ligero. En cuanto concluyó la concentración de tropas, el ejército se puso en marcha y recogió por el camino a los demás aliados.

Puesto sobre aviso de lo que estaba ocurriendo, el general persa Mardonio, que volvía a conducir a su ejército hacia el Ática, se retiró a Beocia, donde podía contar con el apoyo de los tebanos, que le eran fieles. Después de cruzar el istmo Pausanias penetró en Beocia, donde desplegó sus tropas cerca del río Asopos. Se trataba de un ejército hasta entonces jamás visto. En Atenas, Corinto, Megara, Egina, Trezena y Eretria se habían reunido miles de hoplitas para expulsar de una vez para siempre a los persas de Grecia y vengar a los caídos en las Termópilas y Salamina. Sin embargo, en aquel terreno más bien abierto la caballería persa, veloz y agilísima, tenía buen juego y, con frecuencia, el ejército heleno se veía obligado a ponerse a la defensiva. Lejos de los lugares de aprovisionamiento, el gran ejército no lograba mantener las comunicaciones y corría el riesgo de quedarse sin víveres. Además, con sus incursiones, los caballeros persas repelían a cuantos se acercaban al río para aprovisionarse de agua, pues habían enterrado y envenenado la fuente de Gargafia, de manera que sobre Pausanias pesaba también la amenaza de quedarse sin agua. Envío un destacamento de siervos y porteadores para aprovisionarse de víveres, pero jamás regresaron: la caballería de Mardonio debió de eliminarlos en el paso del monte Citerón.

Todo esto lo supo Talos a través de los ilotas que trataban de suministrar agua a lo largo del torrente Oeroe que, al encontrarse un poco más alejado, estaba menos expuesto a los ataques de la caballería persa.

En lo alto de una colina, cerca de la aldea de Creusis, escrutaba las fogatas de los campamentos griegos situados en la llanura: estaban dispersos sin orden ni concierto y revelaban la situación de desaliento y abandono que se iba extendiendo entre las filas de combatientes. Brito, que estaba a su lado y observaba la escena, se dio un golpe en el muslo y exclamó:

—¡Maldición! Los van a exterminar. O se marchan de ahí o presentan batalla y acaban con todo.

—No debe de ser fácil —rebatía Talos—. Una retirada podría transformarse en un desastre. Pausanias se ha quedado prácticamente sin caballería y aquí no estamos en las Termópilas. De todos modos, creo que mañana será el día decisivo.

Se volvió hacia su compañero, que de pronto se había quedado callado.

—¿Quieres decir que también para mí ha llegado el día decisivo? —le preguntó Brito.

—Si tu decisión sigue siendo válida, sí; mañana tus compañeros y tu rey sabrán quién es realmente el hombre al que han alejado de sí por cobarde.

Brito se sentó en la hierba seca. Hacía una noche hermosísima, miles de luciérnagas volaban entre los rastrojos y el canto intermitente de los grillos se propagaba en el aire perfumado de heno.

—¿En qué piensas? —le preguntó Talos.

—En los meses pasados... en mañana. Estoy vivo porque tú impediste que me matara y me diste un objetivo para seguir adelante; mañana entraré en la batalla y, si salimos victoriosos, si consigo redimirme, volveré a mi casa, a mi ciudad.

—Entiendo lo que quieres decir —lo interrumpió Talos—. Volverás a ser un espartano y yo un ilota. ¿Acaso insinúas que tu alma está triste?

—No lo sé —respondió Brito—, me sudan las manos, algo que nunca me había ocurrido, ni siquiera en las Termópilas. Llevo meses esperando este momento y ahora querría que no hubiese llegado; hay tantas cosas que me gustaría saber de mí y de ti, pero ya no queda tiempo. Si venzo mi batalla, tu vida y la mía seguirán por caminos distintos. Si la pierdo, de todas maneras jamás sabré lo que quería. Peleamos juntos; el uno protegió

la vida del otro en cien ocasiones, matamos para vivir o para sobrevivir, como me dijiste aquella noche, junto al mar; sin embargo, sigo sin saber por qué ocurrió todo esto, por qué un ilota me salvó la vida, un hombre que se encontró una vez con la punta de mi jabalina en la garganta. Sigo sin saber por qué dejaste a tu madre y a tu gente y sigo sin saber por qué ese arco antiguo y terrible está en tus manos...

Apoyado en el tronco de un olivo silvestre, Talos volvió la espalda a su compañero y se sentó también: entre los dedos le daba vueltas a un tallo de avena. Arrugó entonces la frente, como si tratara de recordar algo, y luego habló:

*El dragón y el lobo con odio
implacable se atacan,
pero cuando, domado por el dardo
que el medo de larga cabellera
lanza con tremenda fuerza,
el león de Esparta yace traspasado,
empuña la espada aquel que ha temblado,
empuña el arco curvado el guardián
de rebaños, y con gloria inmortal corre...*

Instigados por la memoria, los versos surgieron imprevistamente claros, los versos de Perialla, la profetisa fugitiva.

—¿A qué vienen esas palabras, Talos? —le preguntó Brito saliendo de su ensimismamiento.

—Es una profecía, Brito, que en este preciso instante me resulta clara. El dragón de los Cleoménidas y el lobo del Taigeto se atacan con odio implacable y después corren juntos en pos de la gloria. Aquel que ha temblado y el pastor de rebaños... somos nosotros.

—¿Quién pronunció esas palabras... cuándo? —volvió a preguntar Brito.

—Son las palabras de una profecía verídica... ¿Recuerdas a la profetisa Perialla?

—Sí —murmuró Brito—. También recuerdo el fin atroz del rey Cleomenes.

—Yo la vi, en la cabaña de Caras, y me hizo esta profecía. Estos versos permanecieron sepultados durante mucho tiempo en mi memoria, pero no tenían sentido y solo ahora noté que resonaban en mi interior. Brito, hay algo que une nuestros destinos, ese algo que detuvo tu mano aquel día en el llano y que a mí me impulsó a detener la tuya aquella noche en el bosque. Es todo lo que sé, no logro ver más, los dioses saben, Brito, pero rara vez nos permiten conocer sus pensamientos.

—¿Qué más te dijo la profetisa?

—Dijo más cosas pero no sé interpretarlas ahora; seguramente es porque aún no ha llegado el momento. Me preguntas por qué está el gran arco de asta en mi poder. Bien, un día alguien me lo dio para que lo cuidara y me enseñó a usarlo, como también me enseñó a usar mi pie tullido y a mover el cuerpo. Y educó mi corazón y mi mente. Ese arco encierra un secreto de mi gente. No me pidas que te lo revele porque eres espartano, Brito, y tu estirpe mantiene sojuzgado a mi pueblo.

—Eres un guerrero, Talos... eres un guerrero, ¿no es verdad? Un guerrero, y entre los tuyos, un jefe. Tal vez es esto lo que nos unió y lo que mantiene separados nuestros destinos; aunque nuestro espíritu lo quiera, no podemos violar los límites que los dioses nos impusieron.

—Los dioses, no, Brito, los hombres... Mírame, nadie nace esclavo. ¿Me has visto temblar? ¿Me has visto traicionar? Sin embargo, me pasé años llevando a pastar los rebaños del viejo Cratipo, cultivé sus campos y obedecí sin rebelarme, lloré en secreto por las humillaciones recibidas, lloré de miedo, de dolor. Aquella noche terrible, tu dogo destrozó entre sus fauces a mi perro Crío, pero, ¿cuál de los dos fue más valiente? ¿Mi pequeño bastardo, que dio la vida por defender a su rebaño, o tu monstruo negro, sediento de sangre?

»A veces, mi pueblo recoge a los niños que vosotros abandonáis para que sean pasto de las fieras y los cría, lo cual exige una valentía mayor que la vuestra. ¿Quién merece entonces ser siervo? No, Brito, no me digas que el hado nos ha hecho siervos, que los dioses os dieron el poder de dominarnos.

Brito lo miró con el espíritu turbado, y, si Talos hubiera visto la expresión de sus ojos, habría vuelto a ver la mirada cargada de doloroso estupor del guerrero del dragón, allá en el llano, un día lejano de su niñez.

—Talos —le dijo Brito con una extraña emoción en la voz—, Talos... entonces tú...

—Brito, mi padre se llamaba Hilas, hijo de Critolao, el ilota; cuando la comadrona me sacó del vientre de mi madre, me torció el pie. Esta es la verdad que me contó Critolao, mi abuelo, el más sabio y sincero de los hombres, y de esta descendencia proviene el que vosotros, los espartanos, llamáis «el tullido», que para su gente es Talos, el lobo.

Los dos muchachos guardaron un largo silencio mientras miraban las fogatas de la llanura. Los gritos de los centinelas llegaban de vez en cuando hasta ellos mezclados con el canto de los grillos. Talos continuó diciendo:

—Por eso, con la luz del nuevo día, nuestros caminos se separarán. Mañana te ayudaré a vestir la armadura, como corresponde a un ilota, pero irás solo, porque en ese campo no habrá gloria para los míos... Solo muerte. Pero recuerda que detrás de la coraza de bronce, junto al tuyo, latirá también el corazón de Talos.

Calló porque un nudo le cerraba la garganta; esa noche, Brito lloró largamente, en silencio.

Después de consultar a sus oficiales y a los comandantes de los aliados, Pausanias se dio cuenta de que ya no era posible continuar en esa posición, en la que la infantería de hoplitas no soportaría las incursiones continuas y letales de la caballería persa. Era preciso retroceder a posiciones más protegidas y ventajosas para presentar batalla. Aceptó entonces poner en práctica un plan de retirada. Los aliados serían los primeros en moverse aprovechando las tinieblas, sin apagar las fogatas para hacer creer al enemigo que continuaban acampados en el mismo lugar; intentarían llegar a la zona más estrecha al abrigo del Heraion de Platea; por último, en dos columnas paralelas los seguirían los peloponenses y los atenienses, que ocupaban la parte derecha de la formación. Sin embargo, si por una parte la oscuridad los protegía en la maniobra de retirada, por otra les obstaculizaba la marcha, y el rey de Esparta no tardó en darse cuenta de que había perdido el enlace. Solo los atenienses avanzaban como refuerzo con sus tropas a un estadio de distancia: marchaban a lo largo de la línea de colinas, manteniéndose a media pendiente para poder, en caso necesario, defenderse de la caballería enemiga.

Esta última, por lo demás, no se hizo esperar mucho: en cuanto los rayos del sol iluminaron la llanura, los soldados de reconocimiento de Mardonio descubrieron que el campamento griego estaba desierto; el general puso inmediatamente en movimiento a sus tropas y lanzó a la caballería en persecución del enemigo. En cuanto entró en contacto con la

retaguardia de Pausanias lanzó una serie de cargas devastadoras. Los caballeros se lanzaban por grupos sobre las columnas en marcha convirtiéndolas en blanco de una nube de flechas y jabalinas. Muchos guerreros cayeron sin poder hacer nada para repeler a los atacantes, que evitaban el contacto directo y confiaban en el gran alcance de sus arcos.

La situación era difícil. Enfurecido contra los aliados, porque creía que lo habían abandonado, Pausanias dio orden de presentar un frente compacto al enemigo y las dos columnas en retirada consiguieron unirse, no sin pérdidas. Se alinearon los hoplitas espartanos y tegeos, los infantes atenienses y plateenses de pesada armadura. Una formidable determinación y el deseo de venganza animaba a estos últimos, que combatían teniendo a sus espaldas las ruinas aún humeantes de su ciudad devastada por los persas.

Pausanias dio orden de cerrar filas y la orden, al pasar veloz de hombre a hombre, hizo que el frente se tornara compacto de manera que la acción de la caballería comenzó a disminuir. Entretanto, un heraldo llegaba a galope tendido hasta los aliados formados delante del Heraion y los conminaba a regresar de inmediato hasta las líneas de combate, pero se negaron a obedecer: si les habían ordenado dirigirse al Heraion, que los otros fueran a reunirse con ellos; volver a quedar en descubierto habría sido una locura. El ejército de Pausanias, que no podía continuar la retirada y se veía sometido al control de la caballería enemiga, siguió esperando refuerzos, mientras la infantería adversaria avanzaba desplegando su superioridad numérica, apoyada como estaba en primera línea por los traidores tebanos.

Llegó el heraldo a lomos de un caballo empapado de sudor y anunció que los aliados esperaban formados delante de Platea y que de allí no pensaban moverse. Pausanias se sintió perdido y el desaliento se difundió entre la tropa, cansada de la marcha y de los continuos ataques de la caballería enemiga. Al darse cuenta de que tenía delante un ejército confundido, presa del miedo, Mardonio se dispuso a asestar el golpe de gracia. Avanzó en su caballo blanco para dar la orden de ataque: un gran silencio se cernió sobre el campo cubierto de muertos y heridos.

En ese momento, un grito que parecía salir de las entrañas de la tierra reverberó en las laderas de las colinas que rodeaban el campo de batalla:

¡ALALALAI!

Todos se volvieron hacia el lugar de donde venía el grito, pero solo vieron un peñasco calcinado por el sol. Los hoplitas griegos volvieron a encararse al enemigo. El grito de guerra se dejó oír otra vez:

¡ALALALAI!

Todos se volvieron hacia el lugar de donde provenía pero no vieron más que un escollo quemado por el sol. Los hoplitas griegos se encararon otra vez con el enemigo. El grito de guerra volvió a resonar:

¡ALALALAI!

En la piedra gris apareció un hoplita que comenzó a bajar la pendiente a la carrera y, en pocos instantes, se plantó en el espacio que separaba a los dos ejércitos: en la cabeza llevaba el yelmo con las tres cimbras y abrazaba el escudo del dragón. Levantó la pica hacia el ejército griego y con voz atronadora volvió a gritar:

¡ALALALAI!

En ese momento, Talos se asomó al saliente de piedra y al ver la escena se estremeció: ¡Brito atacaba solo al ejército enemigo! Se lanzó colina abajo sin dejar de gritar y dando voces desesperadas, como un loco. Se detuvo sobre los pies cortados y cubiertos de sangre y empezó a disparar flechas como una furia hacia el lugar adonde Brito se dirigía en su enloquecida carrera.

Todo ocurrió en un instante y se cumplió el prodigio: cuarenta mil lanzas descendieron amenazadoras y la inmensa falange, erizada de púas como un puerco espín horrendo, se balanceó un instante y luego estalló con aquel grito como el crepitar seco de un trueno:

¡ALALALAI!

y sin esperar la orden, los infantes de Atenas y Platea, los hoplitas de Esparta, Makistos, Amicles y Tegea se lanzaron contra el frente persa como un río desbordado que de repente se sale de sus márgenes. Alcanzaron a la infantería enemiga embistiéndola con un fragor que cortó el aire plúmbeo y un grupo de hoplitas atenienses intentó de inmediato abrir una brecha en el punto en que las crestas negras ondulaban en medio de un mar de picas.

Rodeado por la masa de enemigos, Brito revoleaba el escudo y la espada segando a cuantos se le ponían delante pero, oprimido por todos los flancos, con el corazón que le estallaba en el pecho, empapado de sudor y sangre, sintió que se le doblaban las rodillas. Con un último grito expulsó de su pecho toda la fuerza de su juventud, volcando la potencia de su brazo en los enemigos que tenía delante. Entonces cayó, desjarretado por la

espalda. Cayó de espaldas y tendió el escudo para seguir defendiéndose y golpear con el último destello de energía; después, traspasado en los muslos, las ingles y la garganta, quedó tumbado en un lago de sangre.

Pero las lanzas griegas comenzaban a rechazar la marea aullante, Mardonio era sacado a rastras de su soberbia cabalgadura y la avalancha de bronce atropellaba a los infantes medos y kiseos, derribaba por el ala izquierda a los valientes saces para cerrarse como una tenaza mortal en el centro.

Talos avanzó afanosamente entre los montones de cadáveres y cuando llegó hasta Brito todavía respiraba; presa del frenesí, lo liberó de los cuerpos de los enemigos caídos, del escudo cubierto de sangre y le levantó la cabeza. La sangre le salía a borbotones por una larga herida de la garganta y su rostro tenía la palidez de la muerte.

—Has querido morir... Has querido morir el día de tu triunfo...

Con un esfuerzo atroz el guerrero moribundo logró levantar la mano y apoyarla en su coraza ensangrentada.

—¿Qué... qué hay... detrás de esta coraza... Talos, qué hay? Y echó la cabeza hacia atrás, ya sin vida.

El sol se ponía sobre el campo ensangrentado de Platea, sobre los cuerpos destrozados por las heridas, sobre los cadáveres amontonados y la tupida polvareda, atravesada por los rayos del sol poniente, parecía de oro. Talos se levantó y miró a su alrededor como si despertase de un sueño; a lo lejos vio una silueta maciza que avanzaba a la grupa de un asno: Caras.

—Llegas tarde —dijo, sombrío—. Todo ha terminado.

Caras observó el cuerpo de Brito, compuesto como para las exequias.

—Murió como deseaba, después de haber recuperado su nombre. Le darán sepultura con todos los honores.

—No —respondió Talos—. No, ellos no. Yo le prepararé las exequias.

Recogieron el cuerpo y lo llevaron hasta las lindes del campo; Talos fue entonces al río a buscar agua para lavarlo, mientras Caras reunía picas rotas y ruedas de carro en el cercano campo persa para usarlas como leña y construir una modesta pira. Se sentaron uno al lado del otro y velaron el cadáver que yacía en unas andas rústicas en lo alto de la pira, cubierto con la capa negra que Brito había lucido en el funeral de Aguias y que había llevado consigo todos aquellos meses.

—Me habría gustado llegar a tiempo —dijo Caras—. Pero fue un viaje largo y plagado de peligros.

—Aunque hubieses llegado a tiempo, nada habrías podido hacer —dijo Talos con tristeza—. Había decidido morir, no existe otra explicación. ¿Tu misión? —le preguntó entonces.

—Cumplida está: Efialtes ha muerto; lo estrangulé con mis propias manos.

—Bien, y ahora, mi buen amigo, demos nuestro último adiós a Brito, hijo de Aristarcos, Cleoménida... Aquel que ha temblado —añadió con amarga sonrisa.

Caras fue al campamento persa, que seguía ardiendo, y regresó con un tizón en la mano. Algo distrajo de pronto su mirada; le dio un golpecito en el hombro a Talos.

—Mira —le dijo.

El muchacho se dio la vuelta en la dirección que le indicaba y vio una silueta encapuchada, con los hombros cubiertos por una larga capa gris, que avanzaba despacio en medio del campo de batalla y que después se detenía para quedarse inmóvil, a treinta pasos.

—Es él —dijo Talos—, parece el mismo que estaba delante de tu cabaña aquella noche...

—¿Quieres que me ocupe de él? —preguntó Caras.

—No, no me importa nada, déjalo estar.

Tomó el tizón de sus manos y prendió fuego a la hoguera. Las llamas se elevaron vigorosas, alimentadas por la brisa de la noche, y no tardaron en llegar al cuerpo envuelto en la capa negra. A lo lejos, el humo se levantaba de las grandes piras que los griegos habían erigido en su campamento y en las que comenzaban a arder los cuerpos a medida que eran conducidos desde el campo de batalla. Talos se cortó los cabellos y los lanzó a las llamas, y después lanzó su cayado de cornejo, fuerte y flexible, el que eligiera Critolao para él.

En ese momento notó una mano sobre su hombro. Se dio la vuelta con los ojos bañados en lágrimas y se encontró ante el rey Pausanias: en las manos llevaba el gran escudo del dragón; en el borde, con la punta del puñal había grabado un nombre: Cleidemo Aristarcos Cleoménida.

—Éste es tu nombre —le dijo—. Esparta ha perdido a tu padre y a tu hermano, dos grandes guerreros: una familia tan noble no puede extinguirse. Llevas mucho tiempo lejos: ha llegado el momento de que vuelvas con tu gente. Mira —añadió al tiempo que con el dedo señalaba hacia el campo griego.

Una larga columna de soldados salía del campamento; formados en fila, cubiertos de sangre y polvo, marchaban al son de las flautas y el redoble de los tambores.

Formaron en silencio delante de la hoguera casi apagada. Un oficial desenvainó la espada y dio una orden: los soldados se pusieron firmes y saludaron levantando las picas que brillaron bajo los últimos rayos del crepúsculo. Tres veces lanzaron al cielo el grito de guerra que les había dado el coraje para vencer la última batalla, el grito de Brito, «aquel que ha temblado».

Se retiraron y el sonido de las flautas se fue apagando en la lejanía. Caras recogió las cenizas y los huesos de la hoguera apagada, las dispuso sobre el escudo y las cubrió con su capa. Miró las nubes rojas del horizonte y después a Talos mientras murmuraba:

La fulgente gloria como el sol se pone.

Al pueblo de bronce él vuelve la espalda
cuando Enosigeo de Pélope el suelo agita.

Al grito de la sangre él hace oídos sordos
cuando poderosa, en la ciudad de los muertos,
la voz del corazón lo llama...

»Recuerda estas palabras, Talos, hijo de Esparta e hijo de tu gente, el día en que vuelvas a verme.

Cogió al asno por el cabestro y desapareció en las sombras de la noche.

SEGUNDA PARTE

Si hemos provocado el resentimiento de algún dios, con bastante dureza hemos sido castigados...

Tucídides

OceanofPDF.com

Cleidemo pasó toda la noche sentado al lado del fuego que había devorado el cuerpo de Brito, su hermano, al que había perdido en cuanto lo hubo reencontrado. Miraba como petrificado las sombras ardientes que se deslizaban entre las ascuas y de vez en cuando se estremecía y emitía un sonido ronco, como el estertor de un animal herido. A sus espaldas se extendía el campo de Platea cubierto de muertos; desde la ribera del Asopos hasta las columnas solitarias del templo de Hera, impulsado por el viento, se propagaba el olor penetrante de la sangre que bañaba la tierra. Por decenas los perros vagabundos, flacos por la larga carestía, daban vueltas gañendo en medio de la gran carnicería e iban arrancando los miembros rígidos de los guerreros del Gran Rey.

Desde el campo griego la trompeta anunció el tercer turno de guardia y una luna inmensa, roja como un escudo ensangrentado, se elevó entre las zarzas agostadas por el calor. Cleidemo se volvió hacia el disco gigantesco y clavó en él los ojos entrecerrados. La luna... la luna era un escudo atroz, que chorreaba sangre, y detrás de ella una silueta terrorífica comenzaba a perfilarse... El dios Ares, brillante de escamas metálicas como una serpiente, blandía un hacha de doble filo que revoleaba en el aire con un zumbido siniestro. Súbitamente, los cadáveres se animaban con los pechos destrozados y los rostros desfigurados; surgían del campo de sangre y marchaban en silencio hacia el guerrero horrendo. Remolineaba el terrible destal renovando la matanza, diseminando otra vez los miembros destrozados por la llanura... y otra vez... y otra... hasta que la noche comenzó a disolverse.

Cleidemo dio un respingo, paseó la mirada enrojecida por su entorno mientras los pensamientos, animados por la luz del alba, comenzaban a revolverse en su interior. Se apagó el fragor de la matanza que en toda la noche no había cesado de sonar en su mente.

En el campo griego la trompeta tocó a reunión y Cleidemo se levantó. Se colocó despacio la armadura, embrazó el escudo, empuñó la lanza y se puso en camino. A su alrededor comenzaba a vibrar el zumbido de las moscas... las moscas, compañeras de Tánato. Cruzó el campamento como en sueños, sin ver nada, hasta que la voz de un guardia lo sacó de su ensimismamiento.

—Sígueme, Cleidemo, el regente Pausanias te espera en su tienda.

Entró poco después, pasando entre los dos guardias que apartaron la estera que colgaba de la entrada. Le costó distinguir cuanto lo rodeaba, pero

cuando sus ojos cansados se acostumbraron a la penumbra del pabellón real vio ante él al regente.

No era muy alto, tenía el cabello gris y la corta barba puntiaguda; las manos bien cuidadas no parecían las de un guerrero, y sus ropas denotaban una afectación que Cleidemo no había visto jamás entre los espartanos. En una mesa brillaban dos copas de plata en las que habían servido vino tinto.

—Bebe —le dijo el regente ofreciéndole una de las copas—, hoy es un gran día para Grecia y este vino de Koos es exquisito. En la tienda de Mardonio lo había en cantidades y estas copas forman parte de su servicio de mesa. No hay duda de que estos bárbaros saben apreciar las delicias de la vida.

Cleidemo rechazó la copa con un ademán; tenía calambres en el estómago pues hacía tiempo que no probaba bocado. Pausanias dejó entonces la copa, le indicó un escabel y le dijo:

—Siéntate, estarás cansado.

El joven se dejó caer en el asiento; tenía los ojos enrojecidos, el rostro cansado, el cabello cubierto de cenizas. Pausanias se quedó mirándolo y al cabo de un rato le dijo:

—Los mismos ojos grandes y oscuros, los mismos labios finos... eres el retrato de tu madre.

Cleidemo se estremeció.

—Mi madre —murmuró—, mi madre tiene los ojos pequeños y grises...

Pausanias se sentó en una silla de brazos mientras no dejaba de dar vueltas la copa persa entre sus manos, como si buscara las palabras adecuadas.

—Comprendo lo que quieres decir —continuó—. Para ti somos todos extraños, es posible que incluso enemigos, pero de todas maneras debes escuchar lo que tengo que decirte porque aún te queda mucho por vivir entre los hijos de Esparta.

»Las armas que llevas pertenecieron a tu padre y a tu hermano, y tu madre nunca te ha olvidado. Sabes bien qué podíamos ignorar tu existencia y dejar que regresaras con los ilotas de la montaña a vivir el resto de tus días como pastor... pero creemos que serías incapaz de vivir de ese modo; te has convertido en guerrero y durante muchos meses has peleado al lado de tu hermano Brito. Estuviste con él en las Termópilas, con él regresaste a

Esparta, lo ayudaste a reconquistar su honor. Y ahora, eres el último superviviente de una gran familia que no debe extinguirse...

Cleidemo levantó los ojos que tenía clavados en el suelo y repuso:

—Hay muchas cosas que no logro comprender y muchas otras que ni siquiera consigo imaginar. Si es cierto lo que afirmas, dime cómo puedo volver con la mujer que me parió para abandonarme después, y abandonar a la que, sin mediar un lazo de sangre, me recogió, me alimentó y amó... Dime cómo puedo dejar para siempre a la gente humilde e infortunada que me recogió aunque fuera hijo del enemigo, para volver a la ciudad cruel que los oprime, a la ciudad que me abandonó a los lobos del Taigeto porque soy tullido. ¿Acaso crees que un hombre puede nacer dos veces? Fui arrancado a los infiernos y Critolao, que me recogió, el más sabio de los hombres, me puso el nombre de Talos para que jamás olvidara mi desgracia... Dime cómo puedo llamarme Cleidemo a partir de ahora... Jamás he visto a mi madre y mi padre no es más que un rostro... una mirada... el dragón en el escudo de los Cleoménidas. Y mi hermano Brito... no es más que cenizas en el campo de Platea...

Pausanias se secó la frente cubierta de sudor y le dijo:

—Escúchame, para todo esto hay una respuesta, pero no creas que podrás comprender... ahora... En la vida de los hombres son muchos los misterios y su suerte está en manos de los dioses... Pero yo puedo revelarte muchas cosas que no sabes, puedo decirte que Esparta no es cruel con sus hijos. Todos debemos someternos a la ley, que está por encima de todos, incluso de los reyes. Lo saben bien las madres de Esparta que ven a sus hijos ir al encuentro de la muerte; lo sabía tu padre, el gran Aristarcos, cuando hace muchos años te llevó al Taigeto, una noche lluviosa y cargada de dolor, estrechándote contra su pecho. El peso de aquella acción terrible, pero necesaria, le destrozó el corazón en los años que siguieron. La hoja que atravesó su corazón en las Termópilas no fue más afilada ni cruel que la que le partió el alma aquella noche... Desde entonces un velo negro descendió sobre sus ojos y nadie volvió a ver la alegría brillar en su rostro. Nada le fue escatimado... Desde el instante en que te supo con vida, mayor fue su tormento, y más cruel. Sintió que la sangre se le mudaba en hielo al ver que una noche Brito subía armado a la montaña, decidido quizá a matarte, pero su boca no profirió una sola palabra. Lágrimas ardientes que nadie vio jamás, ni siquiera tu madre, año tras año le cavaron lentamente las mejillas, en una agonía interminable... Te amó hasta el último instante, con

desesperación; cayó despreciando su vida, derramando su sangre en el polvo calcinado... afligido por ti. Este era tu padre, el gran Aristarcos... el dragón.

Cleidemo había apartado la mirada del suelo y permanecía inmóvil, con las manos apoyadas en los muslos. De vez en cuando su pecho se elevaba con un largo suspiro; solo dos gruesas lágrimas indicaban que su rostro de piedra gris tenía vida. Pausanias dejó la copa en la mesa que tenía al lado, se llevó las manos al rostro empapado de sudor y se quedó en silencio como si escuchara el canto de las cigarras, el zumbido confuso de voces fuera de la tienda. Volvió a hablar y su voz de extraño timbre metálico traicionó una cierta emoción.

—A tu madre, la suerte... o la malicia de los dioses no le ha reservado mejor vida. Su soberbia belleza se marchitó antes de tiempo, destruida por una pena mortal cuando te arrancaron de sus brazos; perdió al marido, al hombre que desde niña había amado con el alma; vio a su hijo Brito regresar con vida de las Termópilas cuando lo lloraba dándolo por muerto y volvió a perderlo cuando desapareció hace un año, después del suicidio de su amigo Aguías; mañana, cuando le lleven la urna con sus cenizas, sabrá que estaba vivo. Las mujeres de Esparta saben bien que han parido hijos mortales pero no por eso es menor su congoja. Ahora solo le quedas tú y ella espera contra toda esperanza que vuelvas.

Cleidemo se secó los ojos.

—En su cabaña del Taigeto hay otra mujer, a la que siempre he llamado madre, que me espera —dijo con voz apagada.

—Lo sé —prosiguió el regente—, sé que siempre le has tenido cariño. Podrás verla cuando quieras. Pero recuerda que ella fue mucho más afortunada que la desdichada que te parió... y eso no es todo. Sé que nuestras leyes te parecen inhumanas, despiadadas, pero ¿acaso piensas que el mundo es distinto? Debemos sobrevivir en un mundo que no tiene piedad por los vencidos. Ayer viste la furia de los invasores. El cuerpo del rey Leónidas fue encontrado en las Termópilas, decapitado y crucificado, a mí me habría ocurrido otro tanto si hubiese perdido. El valor de Brito, su sacrificio, valieron para salvar a miles de compañeros, de jóvenes como tú a los que sus madres habrían tenido que llorar el resto de sus días.

Es verdad que hace un año esos mismos compañeros lo difamaron con acusaciones injustas hasta empujarlo al borde del suicidio, pero él supo rescatarse y su nombre será cantado a lo largo de los siglos, un nombre que

te ha dejado como herencia con su último hálito de vida. Brito vaga ahora en el reino de las sombras y su espíritu no encontrará paz hasta que sepa que has aceptado la herencia de sacrificio y honor esculpido en el escudo de los Cleoménidas. Ante ti tienes la gran encrucijada: uno de los caminos conduce a una vida tranquila y oscura, el otro a una existencia difícil y turbulenta, pero que te ofrece la herencia de una estirpe de héroes. Tú debes escoger y nadie puede ayudarte en este momento tan difícil. Los dioses te han traído hasta este lugar, recuérdalo; tu vida está marcada y yo creo que no te echarás atrás.

Pausanias calló, apartó la mirada y con la espada golpeó el escudo que colgaba del palo que sostenía la tienda: de inmediato entraron unas mujeres con agua. Desvistieron al joven y lo lavaron mientras otras le preparaban una yacija. Cleidemo se dejó masajear los miembros doloridos y aceptó la taza de caldo caliente que le ofrecieron; después se tumbó en la yacija y se sumió en un pesado sueño.

El regente lo miró largo rato con sonrisa extraña y después de llamar a uno de los guardias le ordenó:

—Nadie debe entrar en esta tienda. Que por ningún motivo se interrumpa el sueño de este hombre hasta que yo regrese. Si despertara, dejad que vaya a donde quiera, limitaos a seguirlo sin que os vea y mantenedme informado de sus movimientos.

El guardia salió y volvió a ocupar su puesto; poco después, armado a la perfección, el regente también salió, montó de un salto en su caballo y cruzó el campamento al galope, seguido de un grupo de guardias reales, con destino al campo persa, rodeado por sus tropas desde la noche anterior.

En la tienda que había pertenecido al comandante persa lo esperaban todos los estrategas aliados.

—¡Amigos! —exclamó el regente Pausanias sirviéndose una copa—. Amigos, ofrezco esta libación a Zeus rey y a Heracles jefe de compañía, que nos han concedido la victoria sobre los bárbaros, y brindo por la concordia de todos los griegos que ha hecho de este un día grande y memorable.

Un coro de aclamaciones acompañó sus palabras mientras los sirvientes pasaban para llenar las copas que se vaciaban deprisa. Pero Pausanias no había terminado de hablar.

—Señores oficiales —prosiguió—, ¡permitid que os diga que estos bárbaros deben de estar verdaderamente locos! Poseían todas estas cosas

maravillosas y han pasado por tantas fatigas, han hecho un viaje tan largo para venir a disputarnos nuestro mísero caldo negro.

Todos los huéspedes rieron divertidos y dieron inicio al banquete, que continuó hasta la noche. Pero ese día la mente de Pausanias quedó prendada del esplendor de la riqueza y el lujo persas y comenzó a aburrirse de la severa frugalidad de Esparta.

OceanofPDF.com

NOSTOS

Las nubes surcaban lentas el cielo empujadas por una ligera brisa y de tanto en tanto ocultaban el disco del sol, que descendía sobre el horizonte proyectando largas sombras sobre el llano. Cleidemo vio inflamarse las cimas del monte Taigeto: cuánto tiempo había pasado... Le parecía oír el ladrido de los perros, el balido de las ovejas que regresaban a los rediles desde los pastos altos; pensó en la tumba de Critolao, el más sabio de los hombres, cubierta de hojas de encina. Volvió a verse niño, sentado a orillas del Eurotas con su rebaño, mientras el pequeño Crío meneaba la cola con aire festivo. Pensó en la que durante tanto tiempo le había hecho de madre, la vio sola y triste, sentada en el umbral de su cabaña, allá en el monte, hilando la lana con sus dedos encallecidos y mirando fijamente el horizonte con sus ojitos grises llenos de esperanza.

El sendero de montaña se abría a pocos pasos, se detuvo y se apoyó en la lanza. Un caballero pasó al galope dejando atrás un reguero de polvo y desapareció enseguida.

El viento calló pero las grandes nubes ennegrecidas se habían reunido en mitad del cielo para formar una masa enorme que parecía palpar despacio. Cleidemo levantó los ojos y la miró fijamente, atónito: un relámpago palpitó en el vientre del coloso informe que pareció dar un brinco, y luego, bajo los ojos del muchacho, comenzó a alargarse hacia el centro de la cúpula azul, se liberó, se retorció durante largo rato hasta adoptar una forma limpia, inconfundible... la forma de un dragón.

Por un instante creyó escuchar las palabras pronunciadas por Critolao una noche lejana: «... a veces los dioses envían señales...»; con el corazón cargado de tristeza, prosiguió su camino dejando atrás el sendero de la montaña. Avanzó por el camino polvoriento como empujado por una fuerza invisible hasta que en la oscuridad, vigilada por majestuosas encinas, topó con la casa de los Cleoménidas. La luz débil de alguna linterna se filtraba apenas por una ventana y era la única señal de vida en la construcción grande y severa.

Cleidemo se detuvo vacilante y esperó el ladrido de Melas, pero ningún sonido interrumpió el profundo silencio; miró hacia el centro del

patio y apartó la vista horrorizado: el dogo yacía en el altar doméstico con la garganta abierta, los colmillos blancos descubiertos en una mueca espantosa... El animal había sido sacrificado a la sombra de Brito y su alma feroz ladraba por los senderos del Hades en busca de su amo.

Se acercó a la puerta, de la que colgaba un velo negro, apoyó en ella la mano temblorosa y el macizo batiente se abrió con un chirrido. Vio el gran atrio apenas iluminado; en el centro, sentada en un escabel, una mujer vestida de luto, con las manos enlazadas en el regazo, lo miraba con los ojos brillantes y ardientes. Su cuerpo inmóvil parecía lucir la rigidez de la muerte. Cleidemo se quedó en el umbral, petrificado por la aparición, sin poder dar un paso; la mujer se levantó y con andar tambaleante fue hacia él. Le tendió las manos blancas.

—Llevo mucho esperándote, hijo —dijo con un hilo de voz—, lo que has tardado en volver a mí...

Cleidemo la miró en silencio.

—Lo sé —continuó la mujer—, no sabes qué responder, pero me reconoces, ¿no es verdad? —Dejó caer los brazos a los costados del cuerpo—. Soy tu madre... Ismene, esposa de Aristarcos, madre de Brito...

Con ojos extraviados contempló las imágenes sagradas de los héroes Cleoménidas recubiertas por vendas negras.

—Muertos... todos muertos... tú también estabas muerto... Cleidemo.

El muchacho se estremeció cuando Ismene levantó la mano para tocarle ligeramente el rostro.

—Pero ahora has vuelto a tu casa... —Indicó la puerta abierta—. Veintidós años... han pasado veintidós años desde que te vi por última vez en esa puerta, en brazos de tu padre.

—Mi padre... —murmuró el muchacho como ausente—, mi padre me abandonó a los lobos...

Ismene se postró de rodillas.

—No, no... no, hijo, tu padre te confió... a la piedad de los dioses... Sacrificó los corderos de su rebaño para que los dioses tuviesen piedad... se pasó muchas noches en vela torturado por su corazón, sofocando las lágrimas... y cuando lo desbordaba la pena huía de esta casa... envuelto en su capa... huía al bosque... a la montaña...

Cleidemo miró hacia la pared; colgada de un clavo, vio una capa de lana gris con capucha. Se estremeció. Por un instante vio la silueta del encapuchado con un manojo de leña, allá en la fuente de arriba, un día

ventoso: ¡su padre! La voz quebrada de Ismene lo sacó de su ensimismamiento.

—Ofreció su vida a las sombras de los antepasados para que te salvaras... oh, hijo, hijo... a nadie le fue concedida jamás la gracia de oponerse a las leyes de la ciudad y ninguno de nosotros conoce otro camino... solo el dolor infinito... la pena incesante a la espera de la muerte... el infinito llanto.

Ismene lanzó un lamento y ocultó el rostro en las palmas de las manos. Un estremecimiento continuo sacudía su espalda curvada y su llanto débil cortaba como hoja el profundo silencio de la casa, y por momentos, era dulce como una canción de cuna... y sombrío como la nenia de una plañidera. Cleidemo notó que una ola cálida partía de su corazón para disolver el hielo de los miembros rígidos y entorpecidos; se inclinó sobre ella, le quitó el velo, apoyó la mano sobre la cabeza gris y le acarició despacio el cabello. Ismene volvió hacia él los ojos enrojecidos.

—Madre —le dijo con una sonrisa cansada—, madre... he vuelto,

Ismene se aferró a sus brazos, se incorporó con esfuerzo y lo miró largo rato con amor incrédulo.

—Sí, madre... he vuelto.

Ismene se abrazó a él murmurándole palabras incomprensibles al oído. Cleidemo la abrazó con fuerza y sintió el corazón de su madre palpar cada vez más fuerte contra su pecho, como el del gorrión que un niño apretara con excesiva fuerza en su puño. El latido se hizo más veloz aún y de pronto débil hasta cesar del todo, e Ismene se abandonó sin vida en los brazos de su hijo.

Cleidemo se quedó mucho tiempo mirándola con incredulidad, después la levantó estrechándola contra su pecho y fue hasta el umbral, donde se plantó con las piernas separadas, levantó el cuerpo inerte hacia el cielo y emitió un sordo lamento, un gemido confuso que se fue haciendo cada vez más estridente y sonoro hasta estallar en un grito que se elevó, cargado de horror y desesperación, hasta las estrellas frías y lejanas. Gritó como un animal destrozado por los mordiscos de una jauría feroz y el grito sobrevoló los campos, los tejados de la ciudad, las orillas del Eurotas, rebotó en las laderas áridas del Taigeto y, quebrado en mil ecos, se perdió hacia el mar.

LAHGAL

El rey Pausanias desplegó un mapa sobre la mesa, fijó los extremos y alzó la mirada hacia Cleidemo, que estaba sentado ante él.

—Acércate —le dijo—, tengo que enseñarte algo.

El joven se puso de pie y se aproximó a la mesa.

—Aquí está —dijo el rey señalando una línea quebrada a la derecha del mapa—. Esta es Asia, el país por donde sale el sol, o mejor dicho, esta es la costa de Asia que mira hacia nuestro país. Se extiende después hacia Oriente por decenas de miles de estadios hasta el río Océano, pero nadie ha estado nunca en esos lugares, salvo los hombres del Gran Rey, y nosotros sabemos bien poco de esas tierras lejanas. Estas que ves —continuó, indicando unos pequeños círculos rojos a lo largo de la línea costera— son las ciudades habitadas por los helenos: Eólida, Jonia, Dórida. Cada una de ellas es más grande, poblada y rica que Esparta. Nuestras victorias de Platea y Micala las han liberado por ahora del dominio de los bárbaros, pero no podemos excluir una nueva invasión. El Gran Rey no ha realizado ningún contacto con nosotros ni ha admitido en modo alguno su derrota: ¿te das cuenta de lo que significa?

—Que la guerra no ha terminado y que las hostilidades pueden reiniciarse en cualquier momento.

—Así es. Al mismo tiempo, debemos tener en cuenta que el Gran Rey considera que la Hélade entera debe reconocer su soberanía. Ha comprendido que no puede dominar a los helenos de Asia sin controlar a los del continente. Su próximo movimiento será para volver a traer sus ejércitos a estas tierras. Por tanto, es preciso que establezcamos nuestros puestos de vanguardia en Asia para mantener bajo vigilancia constante los movimientos de sus tropas. Para nosotros es mejor combatir a los bárbaros en Asia que vernos obligados a rechazarlos en las puertas de nuestras casas. Por este motivo los Éforos y los Ancianos han decidido que parta con una escuadra peloponense para ocupar la isla de Chipre e instalar una plaza fuerte en Bizancio, la ciudad que controla el estrecho del Helesponto. Aquí lo tienes —dijo señalando con el dedo el mapa—, este delgado brazo de mar que separa Asia de Europa.

Cleidemo no lograba comprender cómo era posible dibujar el mar y la tierra en una piel de oveja y cómo podía servir para viajar hasta un lugar para después regresar al punto de partida.

—Dime, ¿en esta figura está también el monte Taigeto? —inquirió tímidamente.

—Sin duda —repuso el rey con una sonrisa—, mira, tu montaña se encuentra en este punto, y esta es Esparta, nuestra ciudad.

—Pero ¿hay otras tierras más allá del límite de esta figura?

—Sí, muchas otras, hacia septentrión y el mediodía, hacia oriente y hacia poniente, y todas están rodeadas por el río Océano cuyas aguas no puede navegar ningún barco construido por el hombre. Nadie sabe lo que hay más allá del río Océano...

—¿Los Éforos y los Ancianos fijaron ya el momento de la partida?

—Los barcos deberán zarpar con la luna nueva y yo deseo que partas conmigo. Asumiré el mando de la flota aliada que tomará posesión de Chipre. Es una tierra hermosísima con cuyo control debemos hacernos: la flota persa no debe contar con ninguna base más en nuestro mar. En cuanto a ti, creo que lo mejor será que me sigas en esta empresa. Verás tierras nuevas, ciudades hermosísimas, cosas que jamás habrías soñado; debes olvidar los acontecimientos que viviste e iniciar una nueva vida. En tu ausencia, los sirvientes se ocuparán de tu casa.

—Mi casa... —murmuró Cleidemo—. No sé cuál es mi casa, ya no sé nada. Por las noches sueño con mi vida de antes y cuando despierto no reconozco nada de lo que me rodea.

Pausanias enrolló el mapa, lo guardó y se acercó al muchacho.

—Comprendo lo que sientes; son pocos los hombres a quienes les ha tocado un destino como el tuyo, y son muy pocos los que debieron enfrentarse a pruebas más duras. Pero ahora se ha cerrado el primer capítulo de tu vida; puedes tomar en tus manos el tiempo que te queda por delante y construir el siguiente... con la ayuda de los dioses y los hombres que conocen tu fuerza y tu voluntad. La vida no solo nos reserva dolores y desgracias sino también alegrías y placeres; los dioses han puesto suficientemente a prueba tu corazón: sin duda te reservan un gran futuro y yo también creo en ti, Cleidemo, hijo de Aristarcos.

La fuerte escuadra aliada que contaba con casi doscientos barcos de guerra se presentó en las aguas de Chipre una mañana de principios del verano: Cleidemo jamás había visto semejante espectáculo. Se olvidó de las

convulsiones del estómago y de las náuseas que lo atormentaron durante el viaje por mar desde Githion hasta Citera. El viento henchía las velas de los grandes bajeles dispuestos en columna y el mar bullía de espuma alrededor de los variopintos mascarones de proa, cortado por los espolones de bronce.

A bordo de la almiranta de Pausanias se izó el estandarte azul: se iniciaba la maniobra de aproximación. De las bordas bajaron al mar los remos y la flota comenzó a arrimar por babor siguiendo la costa meridional de la isla. A primeras horas de la tarde, bajo un sol resplandeciente, la escuadra de cabeza atracó sin hallar resistencia: las fuerzas del Gran Rey ya se habían retirado y los barcos fenicios de Tiro y Sidón habían regresado a sus puertos, a la espera del desquite. Pausanias se acuarteló en una hermosa casa en la parte más alta de la ciudad de Salamina y los notables pusieron a su disposición una nutrida servidumbre.

Cleidemo pasaba su tiempo entre las palestras y los gimnasios de la ciudad, donde aprendía de sus instructores las técnicas de combate, el uso de la armadura de hoplita, cuyo gran peso parecía ahogarlo. Un día, mientras se secaba después del baño, se le acercó un muchachito de tupidos rizos negros.

—¿Eres espartano, señor? —le preguntó mirándolo con curiosidad.

—Sí, soy espartano. ¿Y tú quién eres?

—Me llamo Lahgal, soy sirio; mi amo es el dueño de estos baños y me compró en el mercado de Ugarit, una hermosísima ciudad... ¿La conoces?

—No —respondió Cleidemo con una sonrisa—, no la conozco. Es la primera vez que abandono mi tierra y este es mi primer viaje por mar.

—¿Quieres decir entonces que tampoco conoces esta isla?

—En realidad, todavía no me he movido de Salamina.

—Entonces no sabes nada, señor. Esta isla es una tierra maravillosa, llena de delicias. Aquí se producen el mejor aceite y el vino más perfumado y embriagador. Aquí maduran las granadas y las palmeras dan dátiles dulcísimos que se recogen al terminar el verano. En las aguas de este mar nació la diosa que vosotros, los griegos, llamáis Afrodita y a la que los sirios llamamos Astarté, la diosa del amor.

—Veo que te gusta mucho esta tierra. ¿No añoras tu patria?

—Oh, señor —dijo el muchachito encogiéndose de hombros—, cuando llegué era muy pequeño... el amo debió de comprarme por poco dinero, pero hizo buen negocio. Me ocupo de sus recados, hago la limpieza en estos baños y vigilo que las muchachas que van a comprar al mercado no

roben el dinero ni se prostituyan a escondidas para procurárselo. Y por eso gozo de mucha libertad. Cuando he cumplido con mi trabajo, voy y vengo a mi antojo.

—Dime —continuó Cleidemo—, ¿te gustaría enseñarme esta isla que, según tú, es tan hermosa? ¿Crees que tu amo te daría permiso para hacerme de guía?

—La verdad, señor —dijo el muchachito un tanto perplejo—, el amo me ha dicho que con los espartanos no se hacen buenos negocios y que nadie quiere vuestras feas monedas de hierro. Con los atenienses es mucho mejor, pagan con bonitas monedas de plata que llevan un búho, beben de buena gana y se divierten con las muchachas. Pero tú me caes bien, aunque seas espartano, y creo que te guiaré. Si el amo no me necesita, mañana cuando cante el gallo te esperaré aquí, delante de la puerta. ¿Tienes caballo?

—No, Lahgal, lo lamento. Pero quizá consiga un asno de los portadores; ahora que estamos parados no creo que lo necesiten.

—De acuerdo —dijo el niño, decidido—. El asno nos servirá de todos modos, aunque habría preferido un caballo. ¡Adiós!

A la mañana siguiente, cuando salió el sol ya estaban recorriendo el camino costero que llevaba a la ciudad de Parhos, donde se levantaba el templo de Afrodita. El camino serpenteaba entre las colinas cubiertas de olivos y salpicadas de casitas blancas y, de vez en cuando, descendía hasta el mar. El aire olía a sal y a resina de pino, los campos todavía verdes estaban tachonados de flores blancas y amarillas sobre las que empezaban a volar las mariposas a medida que el sol secaba el rocío de la noche acumulado en sus alas.

Cleidemo se sentía ligero a la grupa del asno, en compañía de su joven amigo, que iba sentado delante de él.

—Todavía no me has dicho tu nombre —le comentó Lahgal en un momento dado.

—Te parecerá extraño —repuso Cleidemo con una sonrisa—, pero para mí es muy difícil contestar esa pregunta.

—Te burlas de mí —rebatió Lahgal—. Hasta los niños saben decir su nombre.

—De acuerdo, Lahgal —continuó el joven—, el hecho es que tengo dos nombres porque tengo dos familias, pero no tengo padre y la madre que me queda no es mi verdadera madre, esa se ha muerto... hará dos meses, en

mi casa, que nunca había visto y en la que en total viví pocos meses cuando todavía no podía entender ni recordar nada.

Lahgal torció hacia él la cabeza y lo miró con expresión de asombro.

—Me tomas por loco, ¿verdad? —le dijo Cleidemo al tiempo que sonreía—. Sin embargo, lo que te he dicho es la pura verdad.

La mirada de Lahgal pasó del asombro a la seriedad; el muchachito se volvió y clavó la vista en el camino polvoriento.

—Tal vez —dijo al cabo de un breve silencio—, tal vez tú eres distinto... distinto de los otros hombres que viven sobre la tierra...

—No, mi joven amigo, en absoluto. Soy una persona como tú, a la que los dioses le han reservado un extraño destino. Si quieres, puedo contarte mi historia. —Lahgal asintió—. Pues bien, hace muchos años, cuando tú no habías nacido, en cierta gran casa de Esparta nació de noble familia un niño al que sus padres pusieron el nombre de Cleidemo. Pero no tardaron en advertir que el pequeño estaba tullido y el padre se lo llevó una noche y lo abandonó en el monte. Así lo mandaban las leyes de Esparta: los niños que no tenían el cuerpo perfecto, a los que les habría sido imposible convertirse en guerreros, debían ser abandonados. Sin embargo, un viejo pastor, un ilota que llevaba a pastar los rebaños de su amo en los prados del monte Taigeto, encontró al pequeño. Lo recogió, se lo entregó a su hija para que lo criara y le puso el nombre de Talos, y así lo llamaron los ilotas.

»El niño creció, aprendió a luchar y a disparar con arco, y llamó madre a la mujer que lo había criado, y abuelo al viejo pastor. Aprendió también a moverse con habilidad, obligó a su pie deforme a soportar por lo menos parte del peso de su cuerpo, se sometió a extenuantes pruebas para compensar la desgracia con la que los dioses lo habían golpeado. Al mismo tiempo, su hermano, algo mayor que él, crecía entre los jóvenes de la ciudad, educado como un guerrero.

»Un día, los dos muchachos se encontraron en el llano y sin saberlo, Talos se batió con su hermano, que por poco no lo mata...

—¿Por qué te batiste con tu hermano? —lo interrumpió Lahgal—. Porque tú eres Talos, ¿no es verdad?

—Porque mi hermano y sus compañeros habían atacado a una amiga mía, la hija de un campesino del llano. A partir de aquel día me odió. Una noche subió hasta mi cabaña, hizo que su perro dogo matara mis ovejas, me dio una tremenda paliza... Después llegaron los años de guerra entre las ciudades de Grecia y el Gran Rey.

»A los ilotas nos llevaron a la ciudad para ser elegidos como ayudantes de los guerreros y a mí me eligió mi propio hermano; lo vi luchar en las Termópilas y allí también vi a mi padre, que me había abandonado de pequeño, aunque no sabía quién era, pero creo que el sí lo sabía... recuerdo su mirada, las raras ocasiones que tuve de mirarlo a los ojos. Era como si en él ardiera una pena sin límites, mantenida a raya por una desmesurada fuerza de ánimo... Mi padre era un gran guerrero, primo del rey Cleomenes y del rey Leónidas. Murió con los demás guerreros de Esparta, exterminados hasta el último hombre en las rocas de aquel desfiladero.

Cleidemo calló y durante un trecho solo se oyeron las pisadas de los cascos del asno en el sendero que se había vuelto de piedra. Un campesino que guadañaba la hierba de un prado cercano levantó la cara para secarse el sudor y los saludó agitando el sombrero de ancha ala. Las cigüeñas que buscaban insectos en la hierba cortada levantaron vuelo y desaparecieron detrás de una colina.

—Yo también oí hablar de los trescientos héroes de las Termópilas —dijo al cabo Lahgal—. Hace pocos meses oí cantar un lamento fúnebre escrito en su honor por un gran poeta de las islas.

—¿Decía el lamento que dos de esos guerreros se salvaron? —preguntó Cleidemo.

—No, siempre creí que habían muerto todos.

—Es como te digo: dos de ellos se salvaron y yo los acompañé a Esparta por orden del rey. Uno de ellos era mi hermano Brito. Debían entregar un mensaje a los Ancianos, pero nadie supo nunca qué decía el mensaje. Se propagó el rumor de que los dos guerreros habían mentido o que habían conseguido que el rey les mandase regresar para salvar la vida. Nadie quiso volver a saber de ellos, nadie les dirigió la palabra. Los llamaban cobardes y traidores. Uno de ellos se ahorcó en su casa; el otro, mi hermano, huyó una noche a la montaña con la intención de matarse, pero yo llevaba tiempo vigilándolo: se lo impedí a la fuerza, lo llevé a mi cabaña, lo convencí para que limpiara su honor y me ofrecí a luchar a su lado contra los persas y a ayudarlo en su guerra solitaria.

»Un hombre fiel a mí robó de su casa la armadura de nuestro padre y con ella Brito combatió todo el otoño, el invierno y la primavera en Fócida, Lócrida y Beocia; y yo con él. Nos escondíamos en los bosques, dormíamos en las cuevas de los montes; de día atacábamos por sorpresa a los destacamentos persas, a grupos aislados que iban en busca de comida y

forraje para los animales. Mi hermano era una furia; en ese tiempo exterminó a más de doscientos soldados y oficiales persas mientras yo le cubría las espaldas disparando con mi arco.

El sol ya estaba muy alto y hacía calor; el camino bajaba hacia una pequeña bahía en la que verdeaba un plátano. El asno trotó en busca de sombra, atraído por el frescor y el verde de la hierba. Cleidemo no lo sofrenó y, cuando el animal se detuvo y se puso a comer, bajó de la albarda y se sentó con Lahgal a la sombra del frondoso árbol. A poca distancia, el mar bañaba con sus olas la playa y miles de piedrecitas multicolores brillaban como gemas preciosas bajo los rayos del sol.

—¿Y nunca os disteis cuenta de que erais hermanos? —preguntó de pronto Lahgal, siempre dándole la espalda a su compañero.

—No —respondió Cleidemo mirando la espuma del mar que bullía entre las piedras de la playa—, mi hermano Brito solo se me parecía en los ojos. Era el retrato de mi padre. Era más alto que yo, más corpulento; la costumbre de llevar la armadura pesada había desarrollado su cuerpo. Cuando se desnudaba para bañarse en el río parecía la estatua de Heracles... Yo, en cambio, me parezco a mi madre.

—¿Y eso no bastaba? —preguntó Lahgal, sorprendido.

—No, no bastaba, porque yo parecía un sirviente y él un señor. La servidumbre te acostumbra a llevar la mirada gacha, apaga el brillo de los ojos, te hace más parecido a los animales con los que te pasas la vida...

Se interrumpió; Lahgal se había vuelto de repente para mirarlo con los ojos empañados. Cleidemo torció a su vez la cabeza hacia él como si hubiera sentido el peso de su mirada.

—¿He dicho algo que te ha incomodado? Sí, es así... lo veo claro.

El muchachito inclinó la cabeza y se pasó la manga de la túnica por los ojos.

—Te equivocas, Lahgal —continuó Cleidemo—, cuando era sirviente fui feliz con mi abuelo en la montaña, con mi perro y mis ovejas y ahora... ya ves, he perdido a mi familia, a mi gente. Llevo el escudo y la armadura de los Cleoménidas, una de las familias más nobles de Esparta, pero ya no sé quién soy. Añoro cuanto he dejado pero no puedo volver atrás y ante mí no veo nada. Brito murió en Platea, recuperó el honor pero perdió la vida. El rey Pausanias, que ahora ocupa esta isla, me entregó las armas de mi hermano y me reveló mi verdadero nombre: Cleidemo. Volví a la casa en la que había nacido y me encontré con la mujer que me había parido, con mi

madre Ismene. Jamás olvidaré aquella noche, aunque viviera mil años; el corazón se me había endurecido como una piedra de solo pensar en la que había tenido el coraje de abandonar a su propio hijo a los lobos de la montaña. Saboreaba casi el placer de torturarla, de hacerle sufrir, a ella, la esposa altiva de Aristarcos. Pero me encontré ante una criatura quebrada, con el rostro cavado por las lágrimas y una mente que vacilaba al borde de la locura.

«Cuando la estreché contra mí y le prometí que jamás la abandonaría su corazón no soportó la emoción... y murió en mis brazos...

Lahgal se puso de pie, le tendió la mano a su compañero, lo hizo levantar a su vez y lo condujo hasta la orilla del mar. Caminaron en silencio con el agua a la altura de los tobillos escuchando el rumor de las olas. De pronto, el niño se inclinó, recogió una conchilla de hermosos colores y se la ofreció a Cleidemo.

—Tómala, trae suerte.

—Gracias, Lahgal, es muy hermosa —dijo el joven aceptando el regalo.

—Oh, no es nada; así, cuando estés lejos, te acordarás de mí, Dos Nombres.

Cleidemo apretó la conchilla en el puño.

—¿Dos Nombres? ¿Me has llamado Dos Nombres?

—¿No te parece bonito llamarte Dos Nombres?

—Sí, es muy bonito; además, me parece muy... muy adecuado.

Lahgal sonrió y le guiñó el ojo. —Tengo hambre, Dos Nombres, ¿tú no?

—Tengo un hambre que me comería un buey con cuernos y todo.

—¡Entonces, corre! ¡A ver quién llega primero al saco de las provisiones!

El pequeño echó a correr por el agua levantando mil salpicaduras iridiscentes.

El mar parecía de fuego cuando en el fondo de una bahía apareció el puerto de Paphos; el sol bajo sobre la extensión de agua despedía reflejos dorados por las casas de la ciudad.

Unas palmeras altísimas se destacaban entre los tejados bajos mostrando sus turgentes penachos amarillos entre las hojas recortadas. Aquí y allá, en los huertos y jardines, entre el verde intenso y brillante de las hojas, escudriñaban las flores escarlatas de los granados. Las colinas de

alrededor estaban cubiertas de olivos que brillaban como la plata punteados por los negros vértices de los cipreses. Cleidemo detuvo al asno para contemplar el espectáculo.

—En mi vida había visto nada tan hermoso, Lahgal. ¿Es esa la ciudad de Paphos?

—No —respondió el niño—, es el puerto. La ciudad está en el interior, detrás de esas colinas, a nuestra derecha; es muy antigua y está ceñida alrededor del templo, la construcción más importante. Pero en el templo no pude entrar nunca porque soy niño, tal vez, o porque soy un esclavo... no lo sé. Dicen que dentro hay cosas maravillosas. Anda, vámonos, que aún nos queda camino por recorrer.

—Pero llegaremos de noche —arguyó Cleidemo—, y no habrá nada más para ver.

—Te equivocas —dijo Lahgal con un guiño malicioso—, por la noche el templo está abierto mucho rato para los peregrinos que deseen ofrecer sacrificios a Afrodita. Dicen que la diosa los observa mientras lo hacen y si alguno le gusta, se le aparece durante la noche...

—Dime, Lahgal, ¿en qué consiste el sacrificio?

—Vaya —dijo el pequeño volviéndose hacia su compañero—, entonces es verdad lo que se dice de vosotros, los espartanos, ¡sois incautos y poco brillantes de mente!

Cleidemo lo miró, azorado.

—¿Qué insinúas?

Lahgal taloneó los flancos del asno y dijo:

—Está claro que tendré que explicártelo todo; verás, en este templo viven muchas jóvenes hermosísimas, son las siervas de la diosa. Una vez en el templo, los peregrinos le hacen una ofrenda y después eligen a una de las muchachas y con ella... sacrifican a la diosa un poco de su amor. ¿Lo has comprendido ahora?

—Lo he comprendido —dijo Cleidemo esbozando una sonrisa incómoda—, lo he comprendido. Pero ¿qué tiene que ver en todo esto la diosa? A mí me parece que no es más que una estratagema para engordar el templo con el dinero de los incautos, como me has llamado tú.

—No digas eso —lo interrumpió Lahgal—, ¡estás loco! La diosa podría escucharte y castigarte.

—Basta, Lahgal, no te burles de mí; los dioses no pueden castigarme más de lo que ya lo han hecho. Después de lo que padecí no hay nada en el

mundo capaz de espantarme.

Lahgal torció la cabeza hacia atrás y aferró con fuerza la mano de su compañero.

—Ten cuidado, Dos Nombres, la diosa existe de verdad y a veces se aparece en el templo. Al parecer, muchas personas la vieron bajo diversas formas y quienes la han visto han quedado tan impresionados que les ha trastocado el corazón y la mente. Dicen que un sátrapa persa a quien la diosa se apareció perdió el habla y no volvió a recuperarla.

Había oscurecido y no se veía a nadie. La callejuela subía serpenteando y se internaba en un bosque de acebos agitados por el ligero soplo de la brisa de mar. Los pájaros regresaban a sus nidos y su piar, sus silbos y sus chillidos poblaban el bosque. Cansado del largo viaje, Lahgal se estremeció y se echó la pequeña capa sobre los delgados hombros. El último resplandor se apagó sobre el mar lejano, que se tornó color de plomo.

—Tengo que orinar —dijo de repente interrumpiendo el pesado silencio.

—¿Precisamente aquí? ¿No puedes esperar a que divisemos la ciudad?

—¡Te digo que tengo que orinar!

—Está bien, está bien, no te inquietes.

Cleidemo tiró del cabestro del asno y se detuvo. Saltó al suelo mientras el pequeño, que se había deslizado por la albarda, se acercaba al borde del camino. Regresó enseguida.

—¿Eso es todo? —le preguntó Cleidemo.

—Eso es todo.

—Entonces vuelve a montar, que es tarde.

—Me duele el trasero y prefiero andar. Tú vas muy cómodo en la albarda pero yo tengo que ir sentado en los huesos. Me he hartado.

—De acuerdo, sigamos a pie.

Como una delgada hoz, asomó la luna en lo alto de las copas de los árboles y difundió una claridad tenue sobre el polvo blanco del camino. Los dos anduvieron un trecho en silencio.

—Dos Nombres, tal vez ya no quieras ir a ver el templo.

—Pues sí, quiero ir. Después de todo lo que me has contado, sería una tontería que no fuera a verlo. A lo mejor la diosa tiene algo que decirme a mí también.

—¿Y no tienes miedo, Dos Nombres?

—Sí —respondió Cleidemo—, tal vez tenga miedo. Los dioses pueden hacernos entender cosas que preferimos no saber.

La ciudad apareció detrás de una curva del camino: se alzaba sobre la loma, pálida bajo el claro de luna.

—Lahgal —continuó Cleidemo—, ¿sabes cómo es el simulacro de la diosa?

—Me lo han descrito, pero como ya te he dicho, no lo he visto nunca. No tiene facciones, no tiene cuerpo ni rostro como las demás estatuas de los dioses.

—Entonces, ¿qué es?

—Verás, tiene forma de doble espiral que se alarga hacia arriba como en una punta.

—Qué extraño, nunca había oído nada parecido.

—Dicen que ese es el símbolo o la forma misma de la vida.

—Pero la vida asume distintas formas, en los hombres, en los animales, en las plantas... en los mismos dioses... ¿no te parece?

—Eso es lo que vemos pero yo creo que la vida es única: cuando está presente, los hombres se mueven, hablan, piensan, aman y odian, los animales pastan y se persiguen en los prados, los árboles y los arbustos están verdes y lozanos; cuando se marcha, los cuerpos se secan y se pudren, los árboles se marchitan.

—¿Y los dioses? —le preguntó Cleidemo, asombrado por los comentarios del niño, que caminaba a su lado tratando de acoplar su propio paso a su andar ondulante.

—Como se dice, los dioses no pueden tener vida si no pueden morir. Tal vez ellos sean la vida. Y se equivocan los artistas que los representan como nosotros. Por eso la diosa que verás es una doble espiral... tiene la forma de la vida...

Cleidemo se detuvo un instante y volviéndose a Lahgal le preguntó:

—¿Quién te ha enseñado estas cosas? Jamás había oído a un niño hablar de este modo.

—No me las ha enseñado nadie, pero escuché las conversaciones de algunos peregrinos que se quedan mucho tiempo en las inmediaciones del templo, gente que habla un antiguo dialecto de esta isla que tú no entenderías... Además, nadie hace caso de un niño que, para colmo, es esclavo. Hablan como si estuvieran en presencia de su caballo o de su perro, pero yo escucho porque quiero aprender todo lo que pueda y un día... quizá

consiga ser libre e ir y venir como me plazca y conocer países y ciudades lejanas.

Las primeras casas de Paphos se encontraban a tiro de piedra; Lahgal enfiló decidido por el camino que pasaba por debajo de una de las puertas de la muralla, maltrecha y en desuso, y condujo a su compañero hasta la zona alta, desde donde se veían brillar las luces del templo. Se detuvieron cerca de una fuente.

—Lávate —le dijo Lahgal—, hueles a sudor.

—Escúchame, Lahgal, ¿no pensarás que tengo intención de...?

—No pienso nada, tonto, pero tienes que lavarte de todos modos si quieres entrar en el templo, ¿no?

Cleidemo se quitó la túnica, se lavó en la fuente y después, guiado por Lahgal, se acercó a la entrada del templo. Era una construcción no muy alta, hecha con bloques de piedra gris precedida por un pórtico. Columnas de madera sostenían en la parte anterior un arquitrabe decorado con baldosas pintadas en colores vivos. Cleidemo se detuvo para contemplarlas.

—¿Qué miras? —le preguntó Lahgal—. Las verás mejor mañana con la luz del sol. Ahora entra —y lo empujó hacia la entrada—, te espero fuera.

Cleidemo avanzó hacia el umbral: por los batientes entreabiertos se filtraba un fulgor rojizo. Entró en la gran sala interior dividida por dos filas de columnas de madera; de cada una de estas colgaba una linterna de aceite con tres llamas. Flotaba en el aire un olor fuerte y embriagador, que provenía de un brasero de bronce situado al fondo de la sala, delante del simulacro de la diosa, la gran escultura también de bronce que se alzaba sobre un pedestal. En las espirales del ídolo las luces palpitantes de las lámparas dibujaban reflejos ondulantes, fulgores repentinos que parecían animarlo con un movimiento ascendente y helicoidal. El silencio era profundo y se podía oír el leve crepitar del incienso en los carbones del brasero. En el suelo había una piel de buey en la que Cleidemo se sentó para continuar mirando el simulacro. Notó que un ligero entumecimiento se apoderaba de sus miembros, como una somnolencia, y la doble espiral del simulacro dio la impresión de animarse lentamente: giraba de abajo arriba, sus vueltas despedían reflejos sangrientos y el movimiento se fue haciendo imperceptiblemente más rápido. Cleidemo parpadeó para desechar la ilusión, porque de ilusión debía de tratarse... ¿o sería el efecto de aquel extraño perfume? O quizá el cansancio... o el hambre.

El simulacro se quedó inmóvil en el pedestal pero a su derecha... ¿o sería a la izquierda...?, había una mujer de pie. Se arrodilló mientras ella lo observaba y su túnica roja se deslizaba entre sus piernas doradas... caía al suelo y allí fue como una rosa escarlata que se marchitaba a sus pies. En las piernas como de cervata llevaba brazaletes de resplandeciente ámbar... los muslos de bronce reproducían los mismos reflejos que el simulacro de la diosa... y el perfume era más fuerte y distinto, como de almendras, casi amargo... ¿por qué no se le veía el rostro? Largos cabellos de fuego lo cubrían y bajaban hasta el pecho. Se acercaba... se acercaba... levantaba la cabeza (pero se oía una música... un sonido indefinible de flautas lejanas...), mostraba el rostro... ¡Dioses del Olimpo... dioses del Olimpo! Mostraba el rostro de Antinea.

Tendió los brazos.

—¡Oh, diosa, señora de este lugar, haz que no sea un sueño cruel! —murmuró—. Oh, amor mío lejano... imagen de una época demasiado breve... Antinea... —Su rostro desapareció tras un velo de lágrimas, una noche mientras moría el sol, para no volver jamás...—. Antinea... Antinea —murmuró.

Yació boca arriba entre la ola de cabellos perfumados, ardió en un abrazo caliente que parecía no tener fin. La luz de las lámparas se tornó insegura y temblorosa, los últimos fulgores huyeron en medio de las tinieblas que envolvían el santuario. El ídolo de bronce, inmóvil y frío en la oscuridad, reflejaba los rayos pálidos de la luna.

El alba empezaba a iluminar la gran sala hipóstila del templo; por la puerta que había detrás del simulacro entró un hombre envuelto en una capa negra, avanzó hasta el lugar donde yacía Cleidemo, sumido aún en el sueño, y, dirigiéndose a la mujer tendida a su lado, le preguntó:

—¿Ha dicho algo?

La muchacha se cubrió y se puso en pie.

—No, nada interesante —respondió en voz baja—, los humos del sagrado brasero lo embriagaron más allá del límite, pero me llamó varias veces con un nombre...

—¿Qué nombre? Puede tener algún significado.

—Antinea, creo... pronunciaba ese nombre con pasión, con los ojos llenos de lágrimas ardientes... me dio pena. —Lanzó una mirada al muchacho. Cleidemo se reanimó pero no abrió los ojos—. Una tarea que habría preferido evitar —añadió la muchacha en voz baja.

—No te quejes —le dijo el hombre—, recibirás una recompensa lo bastante cuantiosa como para pagarte las molestias. ¿Estás segura de que no dijo nada, ni siquiera en sueños?

—Nada. Estuve despierta toda la noche para que no se me escapara ni un solo suspiro, como tú me mandaste. Pero ¿qué tiene de especial este joven para merecer la misma atención que un sátrapa de Persia o un tirano de Sicilia?

—No me lo preguntes porque ni siquiera yo lo sé y tampoco sé quién está detrás de todo este asunto. De todos modos debe de tratarse de algo muy importante, es posible que este joven pertenezca a alguna poderosa familia del continente. Pero ¿estás segura de que en sueños no dijo nada?

—Nada que tuviera significado... si en su mente hay un secreto está tan escondido y profundo que ni siquiera el abandono más completo del sueño y del amor son capaces de liberarlo. Puedo decirte que ama con inmensa pasión a esa mujer llamada Antinea. Debe de haberla perdido en el momento en que la amaba con desmesura y por eso la herida no se ha cerrado. Nuestro poder y el del santo simulacro hicieron resurgir en él la imagen de la mujer que quiere. Vio en mí a Antinea, su amor perdido; es cuanto puedo decirte. Es un amor tan grande que me ha asustado... si se hubiese roto la ilusión, habría sido capaz de destruirme...

—No lo creo. Las ilusiones que podemos suscitar en este lugar sagrado de la diosa no germinan de la nada. En su espíritu tiene que haber otra voluntad, otra fuerza, casi otra persona.

—¿Por qué no hiciste entonces que interviniese la gran sacerdotisa? Solo ella habría sido capaz de indagar a fondo en su espíritu y ver...

—La gran sacerdotisa lo vio entrar en el templo y tras él vio la sombra de un lobo que lanzaba siniestros relámpagos por los ojos enrojecidos y mostraba los colmillos cuando ella intentaba escrutar su mente.

La joven arrugó la frente, se ciñó la túnica al cuerpo desnudo y fue hasta el fondo de la sala seguida por el hombre; los dos desaparecieron por la puertecita que había quedado abierta. Cleidemo abrió los ojos y miró hacia arriba: por la abertura del techo se filtraba hacia el interior la luz de la mañana; en la cornisa del tejado unas palomas blancas se arrullaban dándose besos con el pico; los gorriones cruzaban el vano iluminado llenándolo con el rumor de sus alas y el gorjeo de los pinzones y jilgueros que anunciaba la salida del sol aumentaba por momentos. Se levantó y se llevó las manos a las sienes, cruzó la sala y salió al pórtico. A los pies de la

escalinata, al lado del asno, estaba Lahgal. Cleidemo se le acercó con mirada torva.

—¡Pequeña serpiente! —le gritó y le asestó una bofetada—. Lo sabías todo.

Montó de un salto en el asno, bajó al trote por las callejuelas de la ciudad y salió por la puerta occidental al camino del puerto. Retuvo al animal para que fuera al paso y reflexionó sobre lo que acababa de oír en el templo. Oyó un grito a sus espaldas.

—¡Dos Nombres! ¡Dos Nombres, detente! ¡Detente, por favor!

Lahgal lo seguía a la carrera y lloraba y gritaba todo a la vez. Cleidemo no se volvió. El niño lo alcanzó jadeante.

—Dos Nombres, sé lo que piensas, pero no creía que te estuviera haciendo nada malo. El amo me pidió que te llevara al templo... ¿Qué otra cosa podía hacer? —Cleidemo no le contestó—. Escúchame, Dos Nombres, ¿qué ocurrió en el templo? ¿Te han hecho daño?

—Te he contado la verdadera historia de mi vida y tú me has engañado. ¡No quiero volver a verte, márchate!

Lahgal le tiró de la túnica.

—Tú eres libre, Dos Nombres, y puedes decir lo que te plazca. Pero yo soy un esclavo y si no hago lo que me mandan, me muelen a palos, me dejan sin comer y me obligan a pasar sed.

Corrió delante del asno, se detuvo en mitad del camino, se colocó de espaldas, se levantó la túnica y dejó al descubierto la espalda delgada, cuajada de cicatrices.

—¡Mírame la espalda, Dos Nombres! —gritó con lágrimas en los ojos—. Tú también mientes si dices que fuiste esclavo y no puedes entender lo que hizo Lahgal.

Cleidemo se bajó del asno y se acercó al niño.

—Comprendo, Lahgal, sé lo que quieres decir, perdóname si te he pegado.

Le puso una mano en los hombros huesudos.

—¿Quieres decir que puedo ir contigo, Dos Nombres? ¿Ya no estás enojado?

—No, ya no.

El niño se secó los ojos y volvió a cubrirse. Caminaron en silencio, asidos de la mano. El sol asomaba detrás de las colinas que descendían

hacia el mar prolongando sus sombras en el polvo dorado del camino, y el cielo se llenó de golondrinas.

El caballero fue conducido de inmediato en presencia del rey Pausanias, que velaba en su alcoba a la luz de un gran candelabro de seis brazos.

—Que los dioses te mantengan en buena salud, señor —le auguró el hombre—. Vengo a contarte el resultado de la misión que me confiaste.

—Siéntate —le ordenó el rey—, y habla.

—Y bien, mi señor, todo salió de la mejor manera posible. El joven Cleidemo no sospechó nada, entró en el templo y pasó allí la noche. Por desgracia, no reveló nada de lo que te interesa saber. Sumido como estaba en el ensueño, su mente creyó ver en la muchacha que se le apareció en el templo a una mujer a quien debe de haber amado mucho y a la que debe de haber perdido.

—¿La llamaba por su nombre? —preguntó el rey.

—Antinea, la llamaba Antinea. No obstante, la muchacha no se atrevió a personificar a una mujer de la que no conocía más que el nombre. La verdad es que en cierto modo el joven parecía dueño de una parte de su conciencia y, de haber ido más allá, habríamos podido desencadenar en él una cólera peligrosa. La gran sacerdotisa, que lo escrutó a fondo al entrar, sintió miedo.

—Antinea... —murmuró el rey mientras se pasaba la mano por la frente—. Sin duda será una muchacha de la montaña... ¿no dijo nada más que revelara sus sentimientos?

—No, señor... solo palabras... palabras de amor —respondió el hombre sintiéndose incómodo.

—Lo comprendo, está bien, puedes marcharte. Mi tesorero te entregará la recompensa pactada.

El hombre salió después de hacer una reverencia y el rey se quedó solo para meditar.

«De manera que, al parecer, el joven Cleoménida solo tenía sentimientos privados y personales. Por otra parte, el amor es un sentimiento comprensible en un hombre de su edad. Mejor así... bien mirado era mejor así si se tiene en cuenta lo que tenía en mente para él. De todas maneras, quedaba tiempo, mucho tiempo, y sabría convencerlo, conseguir que se uniera a él. En el fondo no tenía experiencia del mundo en el que viviría y ni un solo amigo en la faz de la tierra.»

OceanofPDF.com

ASIA

Desde Bizancio el ejército de Pausanias, apoyado por la flota que cruzaba el Quersoneso tracio, se dedicó a ocupar todos los territorios situados al norte y a oriente del Monte Sagrado hasta los campos de Salmideso, en campañas que duraron más de tres años y en las que Cleidemo participó siempre bajo las órdenes del rey, incluso cuando los atenienses y los aliados reclamaron el mando de las fuerzas navales. Día tras día la guerra fue endureciendo el corazón del muchacho, entristeciéndolo cada vez más: casi sin que se diera cuenta, la férrea disciplina espartana lo había convertido en un exterminador lúcido e implacable, pero ¿acaso no era así por voluntad de los dioses? Un destino inexorable lo había llevado a un punto sin retorno; la vida que llevaba había borrado cuanto de ingenuo y generoso había en su corazón. Las secciones bajo su mando, los hombres que a centenares se movían a sus órdenes, se habían convertido en sus manos en una fuerza monstruosa. Cual imparable máquina, su batallón arrasaba con todas las defensas, aplastaba toda resistencia y en el espíritu atormentado de Cleidemo ardía el mismo fuego que devoraba las aldeas, los campamentos, las cabañas de los desventurados que osaban resistirse a la potencia de Esparta.

Por las noches, cuando se sentaba bajo su estandarte y veía desfilar a los prisioneros con los cepos puestos, su vida no era más que la conciencia de poder: con un solo gesto destruir a tantos hombres, conceder la esperanza o administrar el tormento, la tortura, la muerte.

«El tullido...», así lo llamaban sus hombres, pero sin escarnio, sin desprecio. Esa palabra encerraba todo el temor que sienten los hombres ante quien ha sido golpeado por los dioses, ante quien ha sido marcado, pero no domado. Sobre él se contaban las historias más extrañas, que nadie lo había visto crecer en las palestras de Esparta ni bañarse en el Eurotas. Se preguntaba la gente qué tipo de miembros eran los suyos que los colmillos de los lobos del Taigeto no habían podido con ellos, con esos miembros ágiles, grises como el hierro, sucios de sangre y sudor, incansables; ni con esa mano, siempre cerrada en la empuñadura de la espada, y esos ojos siempre gélidos... ¿quién era en realidad Cleidemo?

El dragón que lucía en su escudo proclamaba que pertenecía a la estirpe de los Cleoménidas, pero debía de ser hijo de un peñasco de la gran montaña o quizá era cierto que había sido criado por los lobos... Nadie lo había visto nunca llorar o reír. Solo los hombres que montaban guardia ante su tienda lo habían oído gritar y agitarse en sueños. Y las mujeres que eran conducidas hasta él salían de su tienda aturdidas y llorosas, como si hubieran yacido con un ser monstruoso. Las comarcas bárbaras y primitivas donde había combatido largo tiempo sembrando la destrucción habían hecho que su espíritu se volviera duro como la piedra. A ojos del rey Pausanias, estaba preparado para desplazarse por la inmensa Asia, llevar hasta muy lejos la voluntad de quien había vencido al Gran Rey y llevar a la práctica un plan que habría cambiado la suerte de Esparta y con ella la suerte de griegos y bárbaros.

Había un solo hombre en el mundo en quien basar ese plan: Cleidemo, y sabía cómo atarlo a él de forma indisoluble.

Lo había sumergido durante cuatro años en el infierno de una horrible guerra, lo había convertido en una máquina de matar: le bastaría con ofrecerle la posibilidad de volver a sentirse humano —de pensar, de experimentar otra vez los sentimientos que, a pesar de todo, debían de continuar vivos en el fondo de su corazón— y lo tendría con él para siempre.

Un frío amanecer de finales del invierno Cleidemo estaba envuelto en su capa bajo una encina solitaria que elevaba sus ramas desnudas hacia el cielo gris de Tracia. A su alrededor, en los campos desiertos y húmedos, se oía el canto de los gallos a pesar de que hasta donde alcanzaba la vista no se veía un solo caserío.

Pensaba en la muerte. Creyó seguir su destino cuando retomó su lugar en la casa de los Cleoménidas, cuando recogió la herencia de su padre Aristarcos y de su hermano Brito, pero no había gloria en lo que hacía: matar, saquear, fornicar, esa era la vida que Esparta le había ofrecido. En ninguno de cuantos lo rodeaban había visto nobleza, grandeza, fuerza de ánimo. Tal vez la época de los héroes había acabado en las Termópilas con el rey Leónidas y su vida carecía de significado.

¿Volver atrás? ¿Adonde? Pensó en la mujer que había considerado su madre durante tantos años... pensó en Antinea... y deseó morir en ese mismo instante.

Un viento húmedo y frío soplaba de septentrión agitando las pocas hojas secas de la encina; miró el cielo plúmbeo que se ennegrecía, miró los campos empapados y grises, el sendero embarrado, y sintió que el corazón se le encogía en el pecho y que una inmensa congoja le llenaba de hielo el espíritu. Se sintió desesperadamente solo en aquel páramo desolado: le habría gustado tener un amigo cerca para que lo ayudara a morir. Desenvainó la espada despacio y pensó en Critolao, el más sabio de los hombres, pensó en el pecho tibio de Antinea, en sus ojos profundos... cuánta esperanza, cuántos sueños en los pastos altos, en la montaña, en las noches de otoño cuando el viento hacía caer las hojas rojas de las hayas y las golondrinas se iban lejos (pero ¿acaso la tierra no temblaba?, ¿no se oía un ruido lejano...?). Se arrodilló dirigiendo el arma contra el pecho (había algo en el horizonte... un punto negro en movimiento... ¿Por qué habían dejado de cantar los gallos?). Tuvo miedo del reino de las sombras del que no se regresa... vio la calavera burlona de Tánato (se oyó un galope... Tánato-Tánato-Tánato...). De pronto un rayo se retorció como un áspid en el horizonte, seguido de un trueno fragoroso; levantó la frente perlada de sudor: un caballero... un caballero iba hacia él espoleando con saña a su caballo.

Como un odre podrido que de repente se parte, el cielo liberó un chaparrón, pero el caballero continuaba azuzando a su cabalgadura y corría a uña de caballo mientras agitaba una mano y gritaba: «¡Dos Nombres! ¡Dos Nombres! ¡Dos Nombres!». Tiró de las riendas, a punto estuvo de derribar al animal y se abalanzó sobre él, que había dejado caer la espada en el barro.

—¡Dos Nombres! ¡Te he encontrado, te he encontrado! —gritaba mientras lo abrazaba bajo la lluvia.

Cleidemo levantó la cara cubierta de agua y le dijo:

—Lahgal, eres tú... es increíble... ¿De dónde vienes? ¿Cómo has hecho para encontrarme? ¿Por qué estás aquí?

—Te lo contaré todo. Escúchame, tengo una gran noticia para ti, debo hablar contigo, por eso me dirigía a tu campamento. Pero ¿qué haces aquí, a estas horas, tan lejos?

Cleidemo respiró hondo y respondió:

—Nada, no podía dormir y llegué hasta aquí andando.

Lahgal lo miró fijamente.

—Mientes, Dos Nombres, tus ojos están colmados de desesperación, de espanto, no sé cómo he logrado reconocerte... has cambiado.

Cleidemo clavó la mirada en el suelo; su espada limpia brillaba bajo la lluvia.

—Recógela —le dijo Lahgal—, vuelve a meterla en la vaina... No sé cómo logré reconocerte desde lejos... bajo la lluvia. Y ahora súbete al caballo conmigo, iremos al campamento.

Enfilaron por el sendero cubierto de barro, bajo la lluvia.

Anduvieron un trecho sin decir palabra y fue Lahgal quien rompió el silencio.

—No sé por qué pero tengo la sensación de que llegué a tiempo para salvarte de algo horrendo... ¿No es así, Dos Nombres? —Cleidemo no contestó—. ¿No es así?

—Así es, Lahgal... Gracias por venir.

Lahgal se volvió hacia atrás y riendo exclamó:

—¡Menudo agradecimiento! ¿Así recibes a un amigo que viene a visitarte después de tanto tiempo? ¡Y yo que esperaba ser recibido por una falange perfectamente equipada y verte a ti brillar con la armadura de gala!

—Espera a que lleguemos al campamento y verás que sabré atenderte dignamente... En realidad, aquí no tengo grandes cosas...

Rieron al unísono mientras la lluvia escampaba y hacia oriente el cielo partido dejaba pasar los rayos límpidos del sol que asomaba por el horizonte. La luz inundó la tierra, incendió los charcos que cubrían la llanura, cruzó los ralos arbustos vistiéndolos de perlas y plata, embistió la gran encina solitaria golpeando su silueta de gigante desesperado, envolvió sus enormes brazos verdes de musgo goteante. Cleidemo pensó en el día en que junto con Lahgal niño sentado, como en ese momento, delante de él, sobre el dorso huesudo del asno, recorrieron las colinas de Paphos... Se había convertido en un muchacho en la flor de la edad.

—¿Quién te envía, Lahgal? —preguntó de pronto.

El muchacho miraba al frente, al campamento espartano que se perfilaba a los pies de una colina baja, detrás de una curva del sendero; después, sin volverse, contestó:

—Pausanias, el rey.

Y espoleó al caballo.

—La última vez que te vi eras un niño; ¿cuántos años tienes, Lahgal?

—Más o menos dieciséis —repuso el muchacho.

—De esclavo en un baño público a mensajero del rey de Esparta en apenas cuatro años... no está mal —comentó Cleidemo—. ¿Cómo lo has conseguido?

Lahgal sonrió.

—¿Precisamente tú me haces esta pregunta, Dos Nombres? ¿Acaso hace unos años no eras un oscuro pastor ilota, tú que ahora estás al frente de un ejército espartano y siembras el terror entre los tracios indomables? El destino de los hombres está en manos de los dioses... Pero dejemos estas chácharas. Hace dos años que estoy al servicio personal de Pausanias y puedo decirte que siempre ha seguido con suma atención todos tus movimientos; le han dado noticias de cada una de tus hazañas. Ahora está seguro de tu fuerza y tu inteligencia y te necesita a su lado para confiarte una tarea muy importante y secreta.

—¿Sabes de qué se trata?

—No, aún no tengo tanta confianza con el rey como para saberlo. Pero puedo decirte que cuando hayas cumplido con la misión que pretende confiarte, podrás regresar a Esparta y volver a ver a la mujer que llamas madre.

Cleidemo dio un brinco.

—¿Estás seguro de lo que dices? ¿No será otro engaño? ¿Qué sabes de mi madre?

—Está viva y goza de buena salud, aunque tu ausencia la consume. Sigue viviendo en su cabaña de la montaña. Sabemos también que recibió la visita de un hombre... Un gigante barbudo.

A Cleidemo le dio un vuelco el corazón. «¡Caras!», pensó para sus adentros tratando de disimular la emoción.

—¿Lo conoces? —le preguntó Lahgal escrutándolo con mirada indagadora.

—Lo vi alguna vez... Es un pastor de la montaña, creo. Pero cuéntame más cosas de mi madre, te lo ruego.

—No tengo mucho más que contarte aparte de lo que te acabo de decir. Solo puedo añadir que se te permitirá tomarla a tu servicio... en la casa de los Cleoménidas.

Cleidemo aferró la mano del joven.

—¿Son estas las palabras del rey?

—Lo son —respondió Lahgal—, puedes creerme. No he hecho un viaje tan largo para contarte mentiras.

Se quedó un instante mirando fijamente los ojos de Cleidemo, que se habían vuelto brillantes y ardientes como si la luz glacial que resplandecía en ellos momentos antes se hubiera transformado en fuego.

—¿Qué debo decirle al rey?

—Que acepto —dijo Cleidemo de un tirón—, dile que haré cuanto quiera. Márchate enseguida, te lo ruego, vuelve junto al rey y cuéntale...

—¿Es esta la hospitalidad que me prometiste? —inquirió Lahgal riendo—. Más me habría valido tomármelo con calma.

—Tienes razón. Me comporto mal contigo, pero debes comprenderlo: no hay nada más terrible que la soledad y he vivido solo todos los días de esta vida terrible. Pero dime, ¿cómo ocurrió todo esto, cómo es que estás al servicio de Pausanias?

—El rey me compró a mi amo cuando vuestra flota partió para Chipre. Lo serví siempre lo mejor que pude, aprendí vuestro dialecto y la lengua de los persas. No tardé en comprender que el rey no podía fiarse de nadie, lo espiaban los aliados y su propio gobierno, y que necesitaba a alguien que le fuera absolutamente fiel. En eso radica mi gran fortuna. Día tras día el rey me fue confiando tareas cada vez más importantes y ahora se fía de mí incluso para las misiones más reservadas, como la que desempeño en este momento.

—¿Cuándo podré abandonar el mando?

—De inmediato. Si consideras que puedes regresar conmigo a Bizancio. Tu lugarteniente asumirá el mando a la espera de que el rey envíe a otro oficial para dirigir la nueva campaña.

—Bizancio... Me parece imposible que vaya a abandonar esta vida... y regresar a Esparta...

—Espera, creo que la misión que debes cumplir no será ni fácil ni breve.

—No me importa... Cualquier cosa será mejor que continuar con esta matanza, que pasar otro año en estas tierras salvajes y desoladas. Partamos de inmediato, Lahgal... mañana mismo.

—Como quieras —repuso el joven. Sacó un rollo de cuero de la capa y le dijo—: Aquí tienes las instrucciones para tu lugarteniente, debes leerlas en la escítala.

—De acuerdo —dijo Cleidemo—, lo mandaré llamar ahora mismo.

Se asomó a la entrada de la tienda e impartió una orden al guardia, que se alejó para regresar poco después con el taxiarca del primer batallón. El

oficial saludó y a una señal de Cleidemo se quitó el yelmo y se sentó en un escabel. Cleidemo sacó de un arcón la escítala, un bastón pulido en el que había marcadas dos líneas paralelas dispuestas en espiral, las guías en las que debía aplicarse el rollo de cuero para que el mensaje fuera legible. Cleidemo fijó el rollo en la tachuela superior, luego hizo girar el bastón, enrolló en él la tira de cuero siguiendo las líneas de guía y fijó luego el extremo inferior con la otra tachuela que había al final del bastón. El mensaje, escrito horizontalmente en otro bastón de igual largo y espesor, resultó entonces legible: «Pausanias, rey de los espartanos, a Cleidemo, hijo de Aristarcos, comandante del ejército de Tracia, ¡salve! Alabamos tu gran valor, digno del nombre que llevas, y te agradezco los servicios prestados a la patria al dirigir muchos combates victoriosos contra los bárbaros. Mas ahora tu obra es necesaria en otros lugares. Dejarás el mando en manos de tu lugarteniente Deuxipo y emprenderás viaje lo antes posible». Cleidemo se lo tendió al oficial, que lo deslizó a su vez hasta el final, donde estaba el sello a fuego de Pausanias.

—¿Cuándo partirás, comandante? —le preguntó Deuxipo.

—Mañana al amanecer. Prepárate pues para asumir el mando... —El oficial se puso en pie dispuesto a salir—. Sé que lo dejo en buenas manos —añadió Cleidemo tendiéndole la diestra.

—Gracias, comandante —respondió Deuxipo estrechándosela casi sorprendido—, intentaré ser digno de este honor.

Se colocó el yelmo y salió.

—Dormirás en mi tienda —le dijo Cleidemo a Lahgal—. No dispongo de un pabellón para huéspedes... no recibo muchas visitas.

Cansado por el largo viaje, Lahgal se desnudó para acostarse. Ya era un hombre, pero sus piernas bruñidas resplandecían con la extenuante belleza de los jóvenes orientales. Cleidemo notó que el muchacho cuidaba de su cuerpo como para atenuar su virilidad en pleno vigor, se depilaba los muslos y el pubis. Cuando Lahgal se durmió, él siguió con la vista clavada en los carbones del brasero que ardía en el centro de la tienda, tendió hacia él las manos para calentarse y reparó entonces en el brazalete adornado de tachuelas que un día lejano le regalara Fidípides, el campeón de Olimpia, y en el que había pegado la conchilla de colores que Lahgal le diera cuando era niño en una playa de Chipre. La arrancó, la tiró al suelo y la pisoteó hasta hacerla pedazos.

—Y ahora dime, Cleidemo, tú que has nacido dos veces, que has recibido dos nombres, ¿quién eres en verdad? ¿Puedes decirme si eres hijo de Esparta o de la gente que te recogió en el Taigeto?

El rey Pausanias esperaba una respuesta, pero Cleidemo seguía mudo y confundido.

—Lo comprendo bien, no puedes contestarme porque tu corazón está con quienes has amado, pero al mismo tiempo no puedes ahogar en ti la fuerza de tu verdadera estirpe, la sangre de Aristarcos, el dragón. Por eso sé que entenderás y apoyarás mi plan: en estos tiempos Esparta ya no puede seguir viviendo como lo hacía cuando fue fundada por los descendientes de Heracles. Año tras año disminuye el número de los Iguales. Un día no muy lejano nuestro ejército no contará con suficientes guerreros como para repeler los ataques externos: los ilotas, cada vez más numerosos, podrían representar una amenaza. Por eso Esparta debe cambiar y todos los habitantes de Laconia deben convertirse en sus ciudadanos, sin más distinciones.

—Es un proyecto imposible: los ilotas os odian —respondió Cleidemo con frialdad.

—Mientras dure este estado de cosas, sí, pero si les damos la dignidad de hombres libres, la propiedad de las tierras y el ganado, el foso que los separa de los Iguales se llenará, quizá lentamente, pero se llenará. En muchos otros estados de Grecia hace ya cien años que se hace lo mismo. Por eso Atenas está edificando un imperio en el mar y prospera en riquezas. Mi proyecto puede y debe realizarse —prosiguió el rey con apasionamiento—, pero para que sea posible, los guardianes de nuestras instituciones deben desaparecer. Si es preciso, deberán ser eliminados.

Cleidemo reaccionó con asombro ante las palabras de Pausanias, que continuó con tono más mesurado:

—En esta empresa estoy prácticamente solo, Cleidemo, y no dispongo de la fuerza suficiente para llevarla a cabo. Necesito un aliado poderoso... el más poderoso que exista. —Permaneció absorto un instante y después de lanzarle a Cleidemo una mirada relampagueante, añadió—: ¡El Rey de Reyes!

El muchacho dio un brinco.

—Mi padre y mi hermano murieron para expulsar de Grecia a los persas y no te ayudaré a traicionar su memoria —le dijo, y se levantó para marcharse.

—Siéntate —le ordenó el rey con tono decidido—. Tu padre y tu hermano, igual que Leónidas y sus hombres, fueron sacrificados inútilmente en las Termópilas por la ciega torpeza de los Éforos y los Ancianos de Esparta. Ellos son los verdaderos responsables de la muerte de los tuyos. Las leyes inhumanas de las que son guardianes impusieron a tu padre que te abandonara en el monte Taigeto. Se ha cerrado una época y comienza otra nueva: Esparta debe cambiar o morirá y arrastrará a la ruina al pueblo de los ilotas. Por eso te necesito; sé que ellos te seguirán y te escucharán.

»Ha llegado el momento de que te revele una cosa: sé lo que es el arco que empuñabas en Platea. Vi la señal que lleva grabada: la cabeza de lobo de los reyes de Mesenia. El hombre que creías tu abuelo, el viejo Critolao, lo sabía y sin duda te lo dijo. Sé muchas cosas, Cleidemo... Estuve al frente de la Cripteia durante diez años. Aquella noche, cuando tu hermano Brito subió a tu cabaña con su dogo, yo lo sabía, y sé también de un guerrero de Esparta que se pasó años vagando por la montaña envuelto en una capa gris, con la cabeza oculta tras una capucha...

—Mi padre... —dijo Cleidemo, tembloroso.

—Sí, tu padre. Escúchame, llevas uno de los nombres más ilustres de Esparta y al mismo tiempo eres heredero de Critolao, jefe de los ilotas. Un día volverás con ellos y los convencerás para que lleven a cabo nuestro proyecto. Entretanto, sabré cómo deshacerme de los Éforos y los Ancianos y también del rey Leotíquidas, si fuera preciso... con la ayuda del rey de Persia. Jerjes está dispuesto a apoyarme con medios ingentes, seguro de que un día seré el fiel sátrapa de Grecia, reducida a provincia de su inmenso imperio. Pero en Platea vencí a su ejército y sabré vencerlo otra vez... aunque ahora necesite de su dinero.

»Quiero que sepas que cuento con poderosos amigos en otras ciudades de Grecia... incluso en Atenas. Por desgracia, ahora debo regresar a Esparta porque los Éforos sospechan, debo tranquilizarlos y asegurarles mi lealtad, pero mientras tanto tú llevarás mi mensaje al rey de Persia. Se lo entregarás al guardián del palacio imperial de Celenas, en Frigia, donde estarás el tiempo necesario para obtener la respuesta y luego regresarás a Bizancio. Calculo que estarás de vuelta a principios del próximo otoño: me encontrarás aquí, en mi puesto.

Cleidemo estaba sumido en sus pensamientos: cuanto había oído era para él casi increíble, pero comenzaba a pensar que el mundo que Pausanias deseaba construir era desatinado. En ese mundo él habría podido vivir y

rescatar sin sangre a la gente que lo había acogido cuando era niño, y así, perpetuar sin mancha el nombre de los Cleoménidas.

—Partiré cuando desees —dijo de repente.

Pausanias lo acompañó hasta la puerta. En el momento de despedirse le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Hay algo que desconozco de ti y que me gustaría saber. ¿Quién es Antinea?

—Antinea —murmuró Cleidemo desviando la mirada—. Antinea...

Y salió bajo la noche estrellada.

Vio la rica Cícico a caballo entre dos mares y las populosas Adramitio y Pérgamo, y luego Éfeso con su puerto, donde hormigueaban los barcos. Remontó el majestuoso Meandro hasta Hierápolis, donde desembocan fuentes calientes. Conoció Sardes, inmensa y riquísima, y el templo medio en ruinas de la Gran Madre de los dioses, incendiado por los atenienses durante la revuelta de Jonia.

Lahgal lo acompañaba y le servía de intérprete con los bárbaros que los escoltaban en ciertos tramos para que no fueran presa de los ladrones que infestaban las regiones del interior. Asia era hermosa y grande: las colinas descendían dulcemente hacia las llanuras verdes cubiertas con las flores purpúreas del cardo y las rojas de las amapolas, cuya savia sume en profundo olvido. Cuando el sol descendía en el horizonte, el cielo se inflamaba y las nubes escarlata se esfumaban en un tono violáceo que se confundía con el azul intenso de la bóveda celeste. Rebaños inmensos desfilaban entonces hacia los rediles levantando densas nubes de polvo que se veían desde lejos; la lana de los corderos y las ovejas brillaba como el oro y los balidos se desvanecían despacio en la llanura silenciosa cuando el ojo del sol se apagaba con un último resplandor. Entonces el cielo, increíblemente límpido, se poblaba de millones de estrellas titilantes mientras de la tierra subía el canto monótono de los grillos y de los caseríos se elevaba de vez en cuando el aullido de los perros. El olor de Asia era intenso y penetrante: era el aroma de la retama amarilla, a veces tan fuerte que embriagaba; o el otro, áspero y amargo, del ajenjo; solo el perfume penetrante de la salvia silvestre le recordaba su juventud en la montaña. A veces, en plena noche, pasaban hombres silenciosos, con el rostro velado, a la grupa de monstruosos animales con la cara parecida a la de una oveja y dos enormes jorobas en el lomo. Extrañas bestias que emitían una especie

de lamento sin gracia cuando se arrodillaban para permitir que sus jinetes bajaran.

A medida que pasaba el tiempo y el sol recorría un arco mayor en el cielo, también cambiaba el aspecto de aquella tierra, que se volvía amarilla y ocre, estriada de un intenso verde allí donde un arroyo o un río cruzaba en indolentes volutas la llanura soleada. El calor se hacía entonces casi insoportable y al caer la tarde soplaban un viento furioso que, en el altiplano sediento, levantaba decenas de remolinos, columnas de polvo que se retorcían y se escurrían aquí y allá para esfumarse como fantasmas entre las ásperas rocas agrietadas por el sol.

Ni siquiera la caída de las sombras conseguía apagar aquel aliento hirviente; el silbido incesante duraba horas y sobre la hierba árida se veían pasar, cual monstruosas arañas, los arbustos secos del amaranto. Cuando por fin el viento se calmaba, el vasto altiplano se poblaba de murmullos, crujidos y soplos. A veces, en la oscuridad brillaban los ojos de los chacales; y se oía su triste llamada desde lo alto de las rocas si la gran luna roja se elevaba lenta entre los picos solitarios e iluminaba con sus tenues rayos sanguíneos las siluetas retorcidas de las higueras silvestres y las frondas carnosas de los algarrobos.

En la distancia, aquí y allá se erguían los negros perfiles de los volcanes que, según decían, llevaban siglos dormidos. En las vísceras de uno de ellos se decía que habitaba Tifón: de su boca horrenda era de donde tal vez saliera el aliento caliente que agostaba la hierba y las flores y debilitaba las piernas cansadas de los viandantes.

Un día, cerca ya de la meta, Cleidemo vio algo que jamás olvidaría: en medio de la llanura polvorienta se alzaba un plátano colosal, un gigante que jamás había visto en su vida. El tronco, liso y blanco, se bifurcaba casi de inmediato en cuatro ramas cada una de las cuales era gruesa como una planta adulta. Se acercó con la intención de admirar de cerca semejante maravilla y descansar bajo su sombra. Su estupor aumentó cuando advirtió que debajo del árbol inmenso y solitario había un hombre armado. Cleidemo conocía bien esas armas y esos ornamentos: ¡era uno de los Inmortales de la guardia del Gran Rey!

Llevaba una sobreveste bordada, abierta a los costados y, debajo los pantalones, también en tela preciosa, estrechos en la pantorrilla y finamente adamascados con rositas de hilo de plata. La barba, rizada y negra, enmarcaba un rostro cetrino y, a la altura de las sienes, se unía con una

tupida cabellera igualmente cuidada y perfumada. De los lóbulos de las orejas le colgaban anillos de oro y en bandolera llevaba el carcaj de cuero de colores, el arco adornado de plata y la lanza brillante en la mano derecha.

—Salve —le dijo Cleidemo mientras Lahgal traducía sus palabras—, soy Cleidemo de Esparta y querría descansar con mi amigo a la sombra de este árbol. ¿Acaso tú también estás viajando, noble señor? Aunque no veo a tus sirvientes ni a tus compañeros.

El guerrero sonrió dejando al descubierto bajo el bigote azabache unos dientes blanquísimos.

—No —respondió en su lengua—, no estoy viajando, sino que he venido por orden de mi señor, Jerjes, Rey de Reyes, luz de Ariaah, predilecto de Ahura-Mazda. Al regresar de Yauna, cuando cruzaba este territorio árido encontró descanso a la sombra de este árbol cuya belleza y grandeza lo encandilaron y por eso quiso que fuera siempre vigilado por un Inmortal de su guardia para que no le hicieran daño alguno.

Cleidemo se volvió con cara de asombro hacia Lahgal, que le había traducido las palabras del soldado persa.

—¿Quieres decir que un hombre de la guardia del rey custodia permanentemente un árbol?

—Así es —respondió Lahgal.

Dedicaron unos instantes a saciar la sed en la fuente que brotaba al costado del plátano y, de vez en cuando, miraban al Inmortal que estaba sentado en un escabel con la vista clavada en el horizonte. Después reemprendieron viaje. Al cabo de una hora de camino se volvieron para mirar atrás: se divisaba el árbol en toda su majestuosidad imponente mientras que al guerrero apenas se lo veía en el aire tembloroso; embestida por el sol, la punta de su lanza despedía destellos de plata.

EL SECRETO

Lahgal enfermó. El clima del altiplano lo debilitaba cada día más y, cuando les resultaba imposible encontrar trigo y las provisiones se terminaban, la carne de carnero, la mayoría de las veces pasada, le daba náuseas y le provocaba violentos vómitos. Cleidemo se detuvo varias veces en alguna aldea para que recuperara fuerzas y esperar a que se le pasara la fiebre y se calmaran los espasmos de su vientre. Fue precisamente en una de estas aldeas donde supo de labios del mismo jefe que de lo que más había que guardarse era del agua: en el altiplano las aguas no fluían fácilmente hacia el mar pues las imponentes barreras montañosas se lo impedían, por lo que se estancaban o corrían muy lentas en el subsuelo, impregnándose de humores nocivos. En ciertos casos, estos últimos podían provocar daños que a veces desembocaban en la muerte.

—El estómago queda tan estropeado —le dijo el jefe de la aldea a Cleidemo—, que no retiene alimento alguno y el enfermo se ve presa de vómitos incluso cuando ha comido una fruta.

—¿Cuál es el remedio? —le preguntó Cleidemo al jefe en la lengua frigia que, después de dos meses de viaje y de su paso por muchas aldeas, hablaba ya.

El jefe sacó un jarro de barro y en una copa vertió un líquido oscuro. Se trataba de la infusión de amapola que proporciona el olvido.

—Esto calma los calambres del estómago y los espasmos del vientre —le dijo—. De esta manera puede tomar algo de alimento y, poco a poco, el cuerpo recupera fuerzas para combatir mejor el mal.

La bebida era muy amarga pero la habían aromatizado con menta silvestre y ajedrea, que llenaban los campos de alrededor; en efecto, la aldea tenía por nombre una palabra frigia que significa «lugar donde crece la ajedrea». Cleidemo dio crédito a cuanto le dijo el jefe sobre la característica de las aguas. Un mes antes, en una localidad llamada Colosas, él mismo había reparado en un río que desaparecía de repente en el subsuelo, tragado por la tierra. Los habitantes del lugar afirmaban que el río caía en una cascada de dos estadios y que en las noches de invierno, cuando nada

perturba el silencio, se oía el estruendo de las aguas que bullían en las cavernas subterráneas.

Lahgal se repuso en una semana; la fiebre bajó hasta desaparecer y pudo volver a alimentarse con hogazas de trigo tostadas sobre piedras. En esos lugares y en las condiciones en que se encontraba no existía la posibilidad de dedicar a su cuerpo los cuidados habituales: el pelo le había crecido hasta los hombros y el rostro bronceado aparecía enmarcado por una barba oscura. Desde hacía tiempo, la navaja, la estrígila y la pinza depilatoria estaban olvidadas en el fondo de una alforja.

—Ahora pareces un hombre de verdad —le dijo un día Cleidemo mientras el joven se lavaba en el río.

Lahgal se encogió de hombros.

—Vosotros, los espartanos, sois rústicos y descuidados, no sabéis apreciar nada que sea hermoso y amable, no tenéis arte ni poesía... solo canciones militares para marcar el paso de la marcha.

—Veo que sabes muchas cosas sobre Esparta y los espartanos —comentó Cleidemo, irónico.

—Sin duda —rebatía Lahgal—, hace años que vivo con ellos.

—Querrás decir que vives... con el rey Pausanias.

—¿Y qué?

—¿Eres su amante?

Cleidemo lo observaba con mirada fría. Lahgal se echó a temblar y se le humedecieron los ojos. Permaneció un rato en silencio, con la vista clavada en el suelo.

—¿Es eso lo que quieres saber, Dos Nombres? ¿De verdad quiere el héroe Cleoménida hundir las manos en el estiércol? ¿Hurgar en la miseria de un sirviente sirio...? Si es eso lo que te llena de curiosidad y quieres distraerte escuchando historias obscenas, Lahgal puede satisfacerte, claro que sí, Dos Nombres, Lahgal puede contarte muchas cosas: las cicatrices de la espalda que te enseñó un día no son las únicas, hay otras, más íntimas...

Levantó la mirada ardiente de cólera y vergüenza y continuó:

—Cuando me conociste en Chipre, mi amo había comenzado a prostituirme... Tenía órdenes de soportarte también a ti, si así te hubiera apetecido.

—¡Basta! —gritó Cleidemo—. No quiero saber...

—¡Sí que quieres saber y sabrás, por los dioses que sabrás! Hace un momento me has preguntado algo bien preciso, Dos Nombres, ¿o acaso lo

has olvidado? Es como te he dicho...

»Y mi belleza se convirtió en mi maldición; envidiaba a mis compañeros deformes cada vez que me veía obligado a someterme a seres sórdidos, repugnantes, a padecer todo tipo de infamias reprimiendo el vómito y el asco. Sí, Dos Nombres, soy el amante del rey... pero ¿acaso tengo otra alternativa? ¿Alguna vez la he tenido? Lo único que se me concedió fue padecer el mal menor. Pausanias nunca me maltrató y un día me prometió que me liberaría.

Cleidemo se había quedado sin palabras; el muchacho continuó con tono más calmado:

—Cuando nos separamos en Chipre esperé ardientemente volver a verte algún día... Eras la única persona que me demostró afecto sincero, y cuando te vi otra vez en Tracia, empapado y desesperado bajo aquella encina, comprendí que había llegado a tiempo para impedir que te destruyeras con tus propias manos. Sentí una inmensa alegría al volver a verte.

—Yo también —dijo Cleidemo.

—Sí... Es cierto, al principio así fue, pero después, en cierto modo, imaginaste o supiste y te dio asco... Hace meses que siento tu desprecio aunque trates de ocultarlo. En el brazalete ya no llevas la conchilla de colores que te regalé aquel día... La llevabas cuando te encontré en Tracia.

—Lahgal... no quería herirte —dijo Cleidemo con voz contenida—. Tampoco me interesa saber lo que la suerte te ha obligado a soportar, tal vez contra tu voluntad. Viví cuatro años como militar y vi mucha sangre y muchas matanzas. El hecho de que un hombre ame a una mujer o a otro hombre es algo que no puede empeorar el mundo más de lo que ya está. Quizá el verdadero motivo que me impulsó a hablarte de esta manera radica en la duda que me asalta, que algunas noches no me deja dormir. Estoy solo en el mundo, Lahgal, y no tengo con quién sincerarme; aquellos a quienes amé desaparecieron o están lejos, tanto que parecen inalcanzables o perdidos para siempre. Tu reaparición y las palabras del rey avivaron en mí la esperanza y le devolvieron la vida a mis miembros, pero no sé si cuanto se me dijo corresponde a la verdad, si el pensamiento del rey es realmente el que me fue revelado o si no será más bien que quiere convertirme en un instrumento de su ambición. En el campo, en Tracia, oí muchas habladurías sobre él. Se decía que era un hombre despiadado y duro, devorado por una sed insaciable de poder, corrompido por el deseo de riqueza y lujo... esclavo

de la lujuria. Tengo la certeza de que te imaginas fácilmente lo que siento; sin embargo, en todos estos meses que viajamos juntos nunca me dijiste nada, nunca me ayudaste a entender y si sabes cosas que yo desconozco, aunque leyeras en mi rostro la duda, no quisiste revelármelas. Por eso pensé que te unía a Pausanias un vínculo más fuerte que nada, por eso pensé que el pequeño Lahgal que me ofrecía conchillas de colores en la playa de Chipre no era más que una imagen que convenía olvidar.

—Tú también has cambiado —dijo Lahgal—, tu mirada es hosca y ausente, tu voz suele ser dura y cortante; en todo este tiempo para mí ha sido como viajar con un desconocido. ¿Cómo iba a hablarte entonces en calidad de amigo? Sentía que me despreciabas... nada más. Cuando partimos me pareció que estabas contento de asumir esta misión y apoyar el proyecto de Pausanias, no podía imaginar que había vuelto a asaltarte la duda. Por otra parte, tú mismo me ocultas un secreto...

Cleidemo lo miró con expresión interrogante.

—Pausanias te dio un mensaje que puedes leer en tu escítala...

—De mí puedes saber lo que quieras, Lahgal; eras aún un niño cuando te conté la historia de mi vida. Pero lo que está escrito en ese mensaje no te afecta a ti o a mí sino que afecta a la suerte de muchos hombres, tal vez de pueblos enteros. No puedo...

—Pero ¿has leído el mensaje? —lo interrumpió Lahgal.

—No, todavía no. Me han dado orden de leerlo cuando haya cumplido con mi misión.

—¿Y no se te ha ocurrido leerlo antes?

—Le he dado al rey mi palabra y tengo por norma cumplirla, Lahgal. Pero dime, ¿por qué quieres saber lo que contiene el mensaje?

—Dos Nombres. —Lahgal se retorció las manos como buscando las palabras—. Dos Nombres... tengo miedo.

—No comprendo, aquí no hay peligros.

—Tengo miedo de morir.

Cleidemo lo miró con asombro.

—¿Y por qué? Estuviste enfermo pero no fue nada grave. Cuando se viaja por países extranjeros es fácil enfermarse: la comida, el agua...

—No se trata de eso. El rey Pausanias ya envió otros mensajes al Gran Rey, pero quien los llevaba... no volvió nunca.

—¿Qué insinúas?

—Lo dicho, Dos Nombres, nada más: sé con certeza que quien llevó esos mensajes nunca regresó. ¿Comprendes por qué tengo miedo? Ese mensaje puede contener la orden de que me mates... de lo contrario, ¿por qué iba el rey a mandarte que lo leyeras cuando cumplieras con tu misión? Escúchame, Dos Nombres, cuando fui a Tracia a llevarte las promesas del rey, me di cuenta de que la sola idea de regresar a Esparta, de reunirme con la mujer que te crió, de volver a ver a la gente que amas, te devolvía la vida, encendía en ti las ganas de combatir. Creo que... temo que harías lo que fuera para conseguir lo que te prometieron. No sé qué más te dijo el rey en la audiencia que tuviste con él a solas; seguramente serían cosas graves e importantes. Sé que te tiene en muy alta estima. La vida de un sirviente sirio vale bien poco comparada con todo esto... por eso tengo miedo, Dos Nombres. Faltan poco más de dos días de camino para llegar a Celenas, donde entregarás el mensaje, y entonces podrás leer qué más te manda Pausanias. Te ruego que si te ordena que me mates no me abras la garganta con tu espada, te lo suplico... Deja que yo mismo me quite la vida. Sé de una bebida que te provoca un dulce sopor, una especie de duermevela en el que se pasa sin penas de la vida a la oscuridad sin fin...

Dos gruesos lagrimones se deslizaron de los ojos negros de Lahgal, que calló sin atreverse a mirar a su compañero. Cleidemo permaneció largo rato en silencio; sumido en las tribulaciones pensaba en cuanto le había ocurrido, en la inmensa esperanza que había renacido en él, en el horror de un acto que tal vez lo amenazaba. Quizá Lahgal se equivocara, quizá los hombres de los que hablaba habían desaparecido por otras causas, se habían perdido o habían caído en alguna trampa del largo camino. Pero en su alforja estaba el rollo de cuero con la orden del rey y en su mano el bastón en el que se apoyaba, la escítala, que era la clave para leerlo... ya no era el cayado de cornejo que Critolao había elegido para él, y que ardió en la hoguera de Brito en Platea, que ardió como su vida de muchacho en aquel campo ensangrentado. Dio un brinco al volver a oír la voz de Lahgal, una voz temblorosa.

—En otras ocasiones leíste órdenes de muerte en tu escítala, Dos Nombres, muerte para miles de hombres. Eres un guerrero espartano y está claro que debes seguir tu destino; los dioses te mantuvieron con vida en muchas ocasiones: cuando eras niño te salvaron de las fauces de los lobos, te salvaron mil veces de los dardos de los guerreros tracios. Tus soldados no se explicaban cómo pudiste desafiar impunemente a la muerte tantas veces

en el campo de batalla, tú, un guerrero tullido, tú, que tuviste la suerte de contar con dos nombres y dos vidas. Tú, que huíste de la muerte que estuviste a punto de causarte con tu propia espada... ¿no es así? Te espera, pues, un gran destino, un destino tal vez tremendo, y no puedes huir de él. El día que te vi en Tracia, a los pies de aquella encina, habías llegado al fondo de tu desesperación... eso leí en tu mirada torva, eso se veía en tu cuerpo marcado, en tu rostro de piedra. ¿Qué valor tiene la vida de un sirviente, vendida antes de que pudiera tenerla aunque no fuera más que un momento en sus manos, un cuerpo prostituido por cinco óbolos...?

—¡Basta, Lahgal! —aulló Cleidemo mientras se aferraba la cabeza entre las manos, pero la voz continuaba hablando, sin temblar, era una voz profunda y oscura, una voz de puro dolor.

—Has llegado al lugar del que no se vuelve atrás; no me hagas caso, lee el mensaje ahora, y si debo morir, deja que muera. Seguiré contigo hoy y mañana, como le corresponde hacer a un sirviente fiel, y a la mañana siguiente para mí no habrá despertar... ni siquiera te darás cuenta. Solo te pido que no le dejes mi cuerpo a los chacales, sepúltame como si fuera un hombre libre, como si fuera... un amigo al que has amado, no dejes que mi sombra vague en pena por las orillas gélidas del Aqueronte, que es lo que dicen que le ocurre a quien no recibe sepultura...

Cleidemo le puso una mano en la cabeza y le dijo:

—No morirás por mi mano, Lahgal, ni te verás obligado a matarte.

Sacó de la alforja el rollo sellado y lo enrolló en la escítala para que fuera legible.

El sirviente que he enviado contigo ha cumplido con su cometido.

Ahora conoces el camino de regreso, un camino que recorrerás solo, porque no debe haber testigos de tu viaje hacia el interior.

Destruirás también este mensaje.

—Tu temor no era infundado, Lahgal —le dijo, y lanzó el rollo al torrente—; el rey me ordena que te mate.

Las murallas de Celenas se recortaban contra el cielo azul y en lo alto de cada una de las torres había un nido de cigüeña. Los grandes pájaros volaban en círculos lentos sobre la ciudad y planeaban inmóviles, con las alas extendidas, llevados por el viento del altiplano. De detrás de una colina bajaba la cinta plateada del río Meandro, que, según se decía, tenía su nacimiento en la ciudad, en el interior de una gruta oscura, habitada en otros

tiempos por ninfas y sátiros, rodeada de una alameda poblada de pájaros cantores.

—Hemos llegado —le dijo Cleidemo a Lahgal—. Esta es la ciudad donde nos espera el enviado del Gran Rey, el sátrapa Artabazo.

—Así es —repuso el muchacho—. En lo alto de la ciudadela está la residencia veraniega del Gran Rey. Allí vive el sátrapa.

Se acercaron a la puerta meridional, vigilada por dos arqueros frigios. Cleidemo entregó a Lahgal una tablilla con un sello, este se la tendió a uno de los arqueros y le dijo en su lengua:

—Llévale esto al sátrapa Artabazo y dile que el noble Cleidemo de Esparta, hijo de Aristarcos, Cleoménida, espera ser recibido.

El arquero pidió que le repitiera dos veces el nombre largo y difícil para asegurarse de que lo recordaría con exactitud y se alejó.

—Háblame de esta ciudad y estos lugares —le pidió Cleidemo a Lahgal después de sentarse en un banco de piedra que salía de un muro y de estirar las piernas entumecidas por la humedad de la noche.

—No sé mucho —dijo Lahgal—, me han dicho que esta es la última ciudad de Frigia hacia oriente. Detrás de esas montañas —añadió indicando una cadena azulada que cruzaba el altiplano a una distancia de dos jornadas de camino— comienza Licaonia, una región peligrosa e insegura, batida por salteadores feroces que ni siquiera las tropas del Gran Rey consiguen mantener a raya. Seis jornadas de camino hacen falta para cruzar Licaonia y llegar a los pies de los montes Tauro, una cadena inaccesible e intransitable que solo se puede cruzar por un paso tan estrecho que una yunta de bestias de carga no puede transitar por él. Desde esa montaña se puede llegar al mar en tres días de camino cruzando la región que se llama Cilicia. Hacia oriente, Cilicia limita con otra cadena montañosa muy elevada, que los habitantes de esos lugares llaman Saman, y más allá se extiende Siria, el país donde nací. En cuanto a esta ciudad, solo sé decirte que en ella desagua el río Meandro cruzando un parque maravilloso que, según se cuenta, está lleno de todo tipo de plantas y animales salvajes. En su lengua, los persas lo llaman «pairidaeza» y vosotros, los griegos, «paradeisos». El Gran Rey va allí de cacería con sus nobles cuando vive en su residencia de verano, que está en la ciudadela. Otro río, más pequeño que el Meandro, recorre la ciudad; los habitantes lo llaman Marsuas y vosotros, los griegos, lo llamáis Marsias; quizá por eso se cuenta que en sus orillas el sátiro Marsias, después de desafiar a Apolo en un certamen de música y de perder, fue

despellejado vivo y su piel colgada en la gruta donde nace el río. Si lo deseas podríamos verla, aunque creo que se trata de la piel de una cabra sacrificada hace mucho tiempo a alguna divinidad del lugar.

—Me gusta escuchar estas historias —dijo Cleidemo—, me recuerdan las que me contaba mi abuelo Critolao cuando era niño. Es más, creo que fue él quien me refirió esta historia del sátiro al que el dios Apolo despellejó vivo. Jamás habría imaginado que un día vería el lugar donde se originó.

Cleidemo lanzó una mirada a la llanura que se extendía hasta perderse de vista a los pies de la ciudad y en donde brillaba el río Meandro, iluminado por los rayos del sol, alto en el horizonte. Llegó a la carrera el arquero frigio y le dijo:

—Nuestro señor, el sátrapa Artabazo, te espera. Sígueme, te llevaré hasta el palacio.

Cleidemo y Lahgal lo siguieron; cruzaron la ciudad cuyas calles se iban llenando de gente: hombres y mujeres vestidos con extraños ropajes, que observaban a los dos extranjeros con curiosidad. Unos niños los siguieron, tiraron de sus túnicas para tratar de venderles las modestas mercancías que llevaban en cestitas y bolsas de paja; el arquero los ahuyentaba a gritos y a golpes de arco, pero ellos, convertidos en enjambre, chillaban en todas direcciones para volver a reunirse en tropel detrás del grupo que avanzaba expeditivo hacia el centro de la ciudad. Apareció la acrópolis: la colina rodeada del muro, toda verde de álamos que formaban una mancha tupida a orillas del pequeño río que debía de ser el Marsias. Los niños se lanzaron riendo y gritando hacia el arenal del torrente y, después de abandonar las ropas, los cestos y las bolsas en la orilla, se zambulleron desnudos en el agua y se dedicaron a salpicarse unos a otros. Entretanto, los tres subían la escalinata que llevaba al palacio y poco después eran conducidos al atrio. A Cleidemo lo metieron en un baño, lo lavaron y vistieron y finalmente lo llevaron en presencia de Artabazo. El sátrapa, que estaba sentado en un montón de cojines, se levantó y fue a recibirlo.

—Salve, oh, huésped espartano —le dijo en griego—, sé bienvenido a esta casa. Espero que el noble Pausanias goce de buena salud.

—Así era cuando lo dejé en Bizancio hace más de dos meses —respondió Cleidemo con una reverencia—. Aunque ahora debe de estar en Esparta.

—¿En Esparta? —inquirió el sátrapa con expresión sorprendida y contrariada—. Creí que no se movería de Bizancio. Pero siéntate, te lo ruego, estarás cansado —le pidió indicándole un gran cojín relleno de lana que había sobre una alfombra azul.

Cleidemo se sentó no sin dificultades en la incómoda postura y se tapó las piernas con la sobreveste persa.

—En Esparta hubo quien comenzó a sospechar y el rey no quiere alimentar habladurías que podrían resultar peligrosas. Está seguro de que nadie puede tener ni una sola prueba y que solo se trata de envidias. Pienso que su modo de vivir en Bizancio, alejado ciertamente de las costumbres espartanas, ofendió a los Éforos y los Ancianos, siempre temerosos de que la autoridad de los reyes se refuerce demasiado, la ocasión de mandar que regresase para encontrar algún pretexto en su contra. De todos modos, el rey te asegura que no tardará en liberarse de sus actos y que regresará lo antes posible a Bizancio. Es allí donde podré llevarle tus palabras... o las palabras del Gran Rey.

Artabazo dedicó unos instantes a alisarse el bigote gris y después, dirigiéndose al huésped, le dijo:

—El Gran Rey le manda decir a Pausanias: «Salve. La prueba de amistad que nos has dado nos ha asombrado poderosamente. Liberaste a personas muy cercanas a nuestro corazón a las que tus soldados habían hecho prisioneras. Estamos, pues, dispuestos a considerarte nuestro aliado en todo y listos para proporcionarte cuanto necesites, ya se trate de dinero o de cualquier otra forma de ayuda. En cuanto a tu petición de concederte en matrimonio a una de nuestras hijas, estamos en disposición de hacerlo; entretanto, esperamos que nos digas cuáles serán tus próximos movimientos. De ahora en adelante comunicarás tu respuesta al sátrapa de nuestra provincia de Caria en la ciudad de Daskyléion, a la que tus mensajeros podrán llegar fácilmente desde Bizancio».

—Las palabras que acabas de decirme —repuso Cleidemo— están escritas en mi mente y así las referiré como tú las has pronunciado.

—Muy bien —dijo el sátrapa—, y ahora dime cómo piensa actuar el rey Pausanias.

—Por el momento —respondió Cleidemo—, debe borrar toda sospecha de la mente de los Éforos y los Ancianos. Su condición es objeto de gran recelo por parte de estas autoridades: goza de enorme prestigio tras la victoria de Platea.

Cleidemo notó una leve pero evidente expresión de contrariedad en el rostro de Artabazo y cayó en la cuenta de que tal vez habría sido mejor no ser el primero en tocar el tema, pero de todos modos continuó diciendo:

—Además, es el comandante del ejército de los estrechos, comandante de la flota peloponense y sigue siendo el tutor del rey Pleistarcos, hijo de Leónidas, que, como bien sabrás, es un niño. En una situación normal los Éforos y los Ancianos suelen conseguir que uno de los dos reyes se vuelva contra el otro, provocando una rivalidad que les permite ejercer y reforzar su poder. Pero Pausanias está prácticamente solo y en sus manos se concentra una enorme fuerza; únicamente por este motivo inspira desconfianza y suspicacias. Es evidente que los Éforos y los Ancianos buscan pretextos contra él, nada más... al menos eso creo. En cualquier caso, Pausanias me pareció completamente seguro de sí mismo. Es preciso recordar que puede contar también con el apoyo de la Asamblea de los Iguales: su inteligencia y su valor militar inspiran gran admiración a los guerreros y tradicionalmente se sienten más próximos al rey que los guía en la batalla que a los Éforos y los Ancianos.

Artabazo se paseó unos instantes por la sala y después de detenerse en el centro se volvió hacia su interlocutor.

—Por tanto, nos interesa actuar cuanto antes mientras podamos contar con un aliado en la cúspide de su poder. Si Pausanias fuese acusado o incluso únicamente privado del mando del ejército, todos nuestros planes deberían cambiar. Como sabrás, en este momento la situación en Atenas es confusa.

Cleidemo, que no estaba enterado de esta nueva, asintió como si lo supiera todo.

—Temístocles, el comandante ateniense que derrotó a nuestra flota en Salamina, fue expulsado de su ciudad y condenado al exilio.

Cleidemo contuvo a duras penas una expresión de sorpresa.

—Algún día podría convertirse en nuestro aliado, aunque no sea más que para vengarse de su patria ingrata. Ahora bien, le dirás a tu rey que esté preparado para actuar, pues la hora podría estar muy cercana; has venido a Celenas sin ninguna prisa, sabiendo que en cualquier caso Pausanias no regresaría a Bizancio antes del final del verano, pero al regresar deberás quemar etapas. Si por casualidad Pausanias volviera antes, deberás encontrarte ya en Bizancio y esperarlo para referirle cuanto acabo de decirte. Después te pondrás inmediatamente en contacto con el sátrapa de

Daskyléion y harás lo imposible por que este viaje tuyo permanezca en el más absoluto de los secretos. Sé que contigo llevas un sirviente, no podemos arriesgarnos a que hable y lo comprometa todo. Si lo deseas, me encargará del asunto y te daré otro sirviente, o si quieres, una mujer... una hermosa muchacha, ¿o prefieres un jovencito? —inquirió el sátrapa con suma gentileza.

—Oh, no, señor —respondió rápidamente Cleidemo—, sería un lujo excesivo para mí y me haría acreedor de la sospecha o la envidia de mis compañeros. Es mejor no llamar la atención. Me ocuparé yo mismo de eliminar al sirviente cuando esté próximo a la costa. En cualquier caso, ya tenía órdenes de hacerlo.

—Como quieras —dijo el sátrapa—. Ahora deberás permitir que te ofrezca mi hospitalidad para que puedas descansar y reponer fuerzas unos días antes de reemprender viaje.

Cleidemo aceptó porque sentía curiosidad por saber cómo vivían aquellos a quienes los griegos llamaban «bárbaros».

El palacio era mucho más hermoso que todas las otras moradas que había visto en Grecia y Asia. A Lahgal lo habían conducido a las dependencias de los esclavos, pero a él le habían dado una alcoba en la parte alta del palacio, abierta a oriente y a occidente para que por las noches pudiera refrescarla la brisa.

Cenó hacia la hora del crepúsculo en compañía de Artabazo y degustó manjares deliciosos: todo tipo de salvajina asada y aromatizada con hierbas. Lo que más lo sorprendió fue un ave enorme que los cocineros llevaron a la mesa decorada con todas las plumas de la cola, plumas larguísimas, de fantásticos colores iridiscentes, rematadas todas con un enorme ojo verde azulado que cambiaba de tonalidad a cada movimiento. Al notar el estupor de su huésped, el sátrapa ordenó a un sirviente que le llevara un ejemplar vivo en una jaula para que pudiera contemplarlo al natural. Se trataba de un animal estupendo, de colores tan brillantes que Cleidemo enmudeció. El pájaro tenía en el cuello y el pecho un plumaje de un intenso azul y una cola larga que medía casi dos codos, pero su canto era de lo más desgraciado que pudiera oírse. Le dijeron que el animal venía de la lejana India, la provincia oriental más extrema del Gran Rey, más allá de la cual solo se extiende el Océano sin fin.

Le enseñaron otro pájaro, más pequeño pero de plumaje aún más llamativo y de colores más brillantes, que iban del dorado al rojo purpúreo,

del negro al blanco. Le contaron que le daban caza en el país de los fasianos, una tribu de septentrión que tomaba su nombre del río Phase, que nace en el Cáucaso y desemboca en el Ponto. A la salvajina siguieron los dulces y la fruta: granadas, higos y una especie de manzanas de color rosado cubiertas de pelusilla, maravillosamente jugosas y refrescantes, de dulcísimo sabor pero con un hueso muy duro en el centro. Cleidemo a punto estuvo de partirse los dientes con él y causó la hilaridad de los comensales. Se cultivaban exclusivamente en el jardín del palacio y las plantas habían sido traídas directamente de la lejana Persia, por lo que recibían el nombre de «manzanas pérsicas» o simplemente «pérsicos».

Llegó luego la hora del reposo: un eunuco del palacio acompañó a Cleidemo hasta la hermosa y amplia alcoba, decorada con esmaltes de colores que representaban flores y árboles con pájaros variopintos y animales salvajes. Lo que más llamó la atención del huésped fue la cama: era tan grande que en ella habrían podido dormir cuatro personas y se sostenía sobre patas de dorado bronce con forma de figuras humanas aladas.

Sobre el lecho estaba tendida una muchacha de piel oscura, muy hermosa, con el cuerpo apenas velado por una sobreveste milesia. El eunuco le dijo en un griego muy elemental que esperaba que fuera de su agrado, que pertenecía a una tribu de septentrión llamada de los mosinecios, famosa por el desenfreno de sus costumbres, tanto que hombres y mujeres se acoplaban al aire libre, delante de todos y, ayudándose con gestos obscenos, intentaba explicarle al huésped las delicias que le esperaban. Añadió que había, sin embargo, otras muchachas bitinias, capadocias, licias e incluso egipcias, todas ellas bien instruidas en los ritos de Afrodita.

Cleidemo le dio las gracias diciéndole que esa le parecía bien y que, en todo caso, la cambiaría para la noche siguiente. El eunuco se marchó no sin antes desearle con un gritito malicioso que tuviera una noche feliz y después cerró la puerta de cedro perfumado. Cleidemo miró a la muchacha, que lo contemplaba a su vez de pies a cabeza con gran curiosidad; después se asomó a uno de los balcones para echar un vistazo al exterior. Se quedó encantado: a sus pies se extendía la ciudad, enrojecida por los últimos reflejos del crepúsculo; más allá, hacia el sur, se abría la inmensa meseta sobre la que, rozando casi el suelo, se movían muchas nubéculas de polvo. Algunas, atravesadas de repente por un rayo del sol moribundo, se tornaban bermejas; otras palpitaban unos instantes con un leve reflejo dorado para apagarse despacio en las sombras. Eran rebaños. Guiados por sus pastores

regresaban al valle de Celenas huyendo de la noche que, al cabo de nada, descendería rauda desde los montes lejanos de Armenia.

Se oían los balidos o quizá Cleidemo imaginaba oírlos y, apoyado en su vara, se veía avanzar entre ovejas y corderos seguido de cerca por el gran carnero, jefe del rebaño... como en otros tiempos lejanos... tan lejanos que ni él mismo habría sabido en ese momento decir cuánto. El valle se oscureció casi de repente y la sombra negra invadió la meseta hasta lamer los pies de las montañas sobre las que descansaba la bóveda del cielo, azul y ligera como un velo de finísimo lino. Por el lado opuesto al que había desaparecido el sol asomó en ese momento la luna, blanca y luminosa como si hubiera abandonado desde hacía tiempo las aguas del océano de las que se dice que surge.

Cleidemo notó que lo tocaban levemente en el hombro, se dio la vuelta y vio a la muchacha, que estaba de pie, detrás de él, desnuda e iluminada por los rayos de la luna. Se dejó llevar de la mano hasta el lecho, se dejó desnudar y acariciar largamente; de tanto en tanto la muchacha lo miraba a la cara sonriendo y murmurando pequeñas frases que no lograba entender, pero su voz era muy dulce y sus manos tan suaves y leves que apenas notaba su tacto. Mientras ella lo besaba con labios húmedos y frescos como pétalos de violeta y apretaba contra él los pechos turgentes, pensó que así debían de ser los cuerpos de las diosas, jamás tocados por la fatiga ni marchitados por el dolor, y pensó en Antinea, la única que había amado en su vida: sus manos se habían vuelto callosas por el duro trabajo y el sol había quemado su piel, pero tal vez sus ojos... sus ojos seguirían brillando, verdes como los prados del Taigeto.

LA CASA DE BRONCE

Después de partir de Celenas con la respuesta del sátrapa Artabazo para Pausanias, Cleidemo y Lahgal viajaron casi un mes sin detenerse y llegaron a Sardes a finales del verano. Habían emprendido viaje cuando las mieses de los campos estaban aún verdes y volvían cuando los campesinos las habían trillado en las eras y las aventaban lanzándolas al aire con palas para que el viento separara la cascarilla del grano. Cuando estuvieron cerca de una granja Cleidemo bajó del caballo, ató al animal a un palo del cercado haciendo señas a Lahgal para que se acercara, lo aferró del brazo y lo llevó detrás de una pequeña alameda.

—Lahgal —le dijo—, ha llegado el momento de separarnos, en Sardes podrían reconocerte. Le diré a Pausanias que cumplí con la orden, pero deberás desaparecer para siempre.

—Eso haré, Dos Nombres —repuso el joven—, gracias por haberme salvado la vida, no lo olvidaré.

—¿Adonde irás? —le preguntó Cleidemo.

—No lo sé, a un esclavo fugitivo no le es fácil encontrar lugares seguros; tal vez al sur, a Patara, donde podría encontrar embarque hacia occidente. Dicen que Sicilia es una tierra hermosa y rica; el dinero que me diste debería alcanzar para pagarme el pasaje en barco.

—Me parece una buena decisión, allí nadie te encontrará, pero deberás buscarte otro nombre.

—Igual que tú. Debo decirte, sin embargo, que Pausanias me puso un nombre griego porque no conseguía pronunciar el mío. ¿Nunca lo oíste llamarme por él?

—Eso creo, una o dos veces, pero ahora no lo recuerdo...

—Argueilo, me llamaba Argueilo, pero no me gustaba. Elegiré otro.

Los dos hombres guardaron silencio unos instantes.

—Este momento es para mí muy amargo —continuó Cleidemo—. Reencontrar a un amigo y volver a perderlo para siempre... es muy triste.

—No digas eso, Dos Nombres; al partir de Chipre, ¿imaginaste acaso que un día volverías a encontrar a aquel niño convertido en hombre, en un campo desolado de Tracia, una mañana gris y lluviosa, a los pies de una

encina solitaria? Quién sabe, Dos Nombres, el destino de los mortales está en el regazo de Zeus; tal vez volvamos a vernos algún día.

—Tal vez —murmuró Cleidemo.

—Adiós... pues —dijo Lahgal con un ligero temblor en la voz.

—¿No quieres abrazar a un viejo amigo antes de abandonarlo para siempre?

Lahgal lo abrazó con fuerza.

—Que los dioses te protejan, Dos Nombres. Tu vida ha sido dura como la mía —le dijo sin soltarlo—, por fuerza lo que nos queda tiene que ser mejor.

—Así lo quieran los dioses —dijo Cleidemo separándose—. Y ahora vete.

Lahgal montó en el asno de un salto y lo puso al trote a golpes de talón. Cruzó la llanura verdísima y de tanto en tanto desaparecía en las nubes de cascarilla que los campesinos lanzaban al aire. Cleidemo se quedó mirándolo hasta que el viento cobró fuerza y arremolinó por todas partes un polvillo dorado de centelleantes pajitas. Desató el caballo para reemprender viaje y, mientras montaba en la silla, le pareció que el viento le llevara un sonido lejano; se volvió: más allá del polvillo, en el perfil de una colina iluminada por el sol, creyó ver una pequeña silueta negra que agitaba los brazos. Oyó claramente que le gritaban: «¡Dos Nombres!», después el viento cambió de dirección y la silueta quedó envuelta en una nube de polvo que subía de las laderas de la colina.

Pausanias impulsó su cabalgadura por la empinada subida en dirección a unas ruinas que la gente llamaba «la tumba de Menelao» y, al llegar a sus inmediaciones, tiró de las riendas para poner al animal al paso. Torció la cabeza hacia atrás y escrutó el camino que venía de Esparta: nadie lo había seguido; desmontó de su cabalgadura y después de atar las riendas a un arbusto enfiló hacia las ruinas invadidas por zarzas y tocones de higueras silvestres. El sol descendía en el horizonte tras las cimas del Taigeto. Se internó entre los muros derruidos, con la espada en la mano, caminando con precaución. Un pilar roído por el tiempo ocultaba a la vista el vano central que en otros tiempos debió de ser la cámara funeraria del monumental sepulcro, cuyo techo derrumbado dejaba entrever una ancha franja de cielo. Se asomó con cautela y, sentado sobre una piedra cuadrangular, vio al éforo Epístenes. Salió entonces al descubierto y envainó la espada.

—Salve, Epístenes, ¿hace mucho que me esperas?

—No mucho. Salí de la ciudad ayer por la mañana y dije que iba a mi granja, que se encuentra a poca distancia de aquí. Si nadie te ha seguido, este encuentro quedará en secreto.

El rey se sentó a su vez en un tocón.

—No me siguió nadie, nada debes temer. ¿Qué puedes decirme?

—El consejo de los Éforos no ha encontrado nada de que inculparte.

—¿Y la Cripteia? —preguntó Pausanias, receloso.

—La Cripteia puede construir pruebas incluso cuando no las hay, lo sabes bien. Tienes suerte de que en la ciudad reine aún la justicia.

—De manera que soy libre de retomar el mando en Bizancio. Pronto concluirá la época propicia para la navegación, debo partir lo antes posible.

El Éforo arrugó el entrecejo.

—Ten cuidado, Pausanias, no he terminado aún. Aunque nada han encontrado en tu contra, debes considerar que los Éforos y los Ancianos te son adversos y que tarde o temprano intentarán derrocarte.

—Pero la Asamblea...

—Sabes mejor que yo que la Asamblea no tiene poder para tomar decisiones y no sería la primera vez que los Ancianos adoptan medidas incluso en contra del parecer expreso de la Asamblea.

—¿Qué crees tú que ocurrirá? —preguntó Pausanias, súbitamente sombrío.

—Por ahora nada, pero estoy muy preocupado. Los Éforos no están obligados a golpearte directamente con un proceso o una destitución, pueden mandar a otros para que te destruyan sin exponerse.

—¿Quién osaría...? —dijo el rey.

—Escúchame bien —prosiguió el Éforo interrumpiendo su pregunta—. Has estado fuera mucho tiempo e ignoras que ocurrieron muchas cosas. En Atenas, un movimiento del pueblo hábilmente organizado por los aristócratas consiguió derrocar a Temístocles y enviarlo al exilio. El enorme prestigio de su victoria en Salamina no sirvió para salvarlo; por tanto, puedes darte cuenta de que, del mismo modo, la gloria de Platea tampoco te serviría a ti: la invasión persa está muy lejos en el tiempo y la gente olvida deprisa. Los democráticos de Atenas están ahora muy débiles y el hombre del momento es Cimón.

—¿El hijo de Milcíades?

—El mismo. El hijo del vencedor de Maratón. Cimón es hábil e inteligente, tiene ideas anticuadas; en una palabra, gusta mucho también

aquí. Por lo que puedo ver, flota en el aire un entendimiento que debería culminar en un pacto entre el partido aristocrático ateniense, dirigido por Cimón, y el gobierno espartano. Si se concretara un pacto de este tipo me temo que no habría lugar para ti.

—No comprendo —prosiguió Pausanias—. No conozco a Cimón, pero sé que me tiene aprecio y de todos modos me dicen que sigue una política antipersa. ¿Por qué iba a enfrentarse al vencedor de Platea?

—Es muy simple, aunque a ti pueda parecerle complicado. —Pausanias no consiguió ocultar su irritación—. No te inquietes, dirigir un ejército y manejar la lanza no es lo mismo que ocuparse de la política. Hazme caso, solo quiero ayudarte. Está claro que Cimón no puede tener nada en tu contra y que personalmente te considera un gran caudillo, pero si lo que tiene en mente es una alianza con Esparta y el gobierno de Esparta está en contra de Pausanias, entonces Cimón también deberá ponerse en contra de Pausanias. Con Temístocles en el poder, las relaciones con Atenas se habían deteriorado hasta tal punto que existía el peligro de una guerra. Ahora han quitado de en medio a Temístocles y Cimón está dispuesto a estrechar una nueva alianza con Esparta contra los persas. Si después el fin patriótico de la lucha contra los bárbaros cubre también el otro más práctico de silenciar a los democráticos, a nosotros poco nos interesa. Es evidente que está en juego por muchos años la estabilidad de las relaciones entre las dos potencias más grandes de Grecia. En otras ocasiones se ha sacrificado a hombres ilustres e insignes estrategas por mucho menos.

Pausanias dejó caer las manos sobre su regazo con un gesto de abatimiento.

—Pero al menos dime, ¿cuál es el verdadero motivo por el que los Éforos y los Ancianos quieren verme acabado? —inquirió levantando la cabeza.

—Los motivos son muchos, Pausanias, y por desgracia, todos ellos válidos: como el rey Pleistarcos aún es niño, en la práctica tú eres el verdadero rey; al ocupar Bizancio controlas los estrechos, por tanto, la ruta comercial de los cereales que viene del Ponto hasta Grecia está en tus manos, tienes mucha influencia sobre los Iguales que combatieron en tu ejército y por eso la mayoría de la Asamblea te apoya. Además, existen ciertas sospechas; se dice que en Bizancio te has comportado como un rey oriental, que te has vestido con telas persas y has tenido tratos con los comandantes bárbaros sin consultar con tu gobierno. Se te atribuyen

también simpatías por los democráticos atenienses y contactos directos con Temístocles, que, por otra parte, no han sido probados. Además, hubo quien consideró sospechosa la protección personal que le has dado a ese que llaman Talos...

—¡Su nombre es Cleidemo, hijo de Aristarcos, Cleoménida! —le espetó Pausanias, irritado.

—Como quieras —dijo Epístenes con leve tono compasivo—. Es evidente que ahora ese hombre es un alto oficial del ejército espartano pero ignoramos qué relaciones mantuvo con los ilotas.

—¡Qué relaciones quieres que mantenga!. Combatió cuatro años en Tracia y en total habrá pasado un par de semanas en Bizancio. Cleidemo se batió como un héroe en Platea y es uno de mis mejores oficiales.

—Te comprendo, pero sabes bien que cualquier relación entre espartanos e ilotas que no se circunscriba a... digamos la norma tradicional, despierta muchas suspicacias.

—Cleidemo no es ilota.

—Eso no lo sabe nadie. En el fondo vivió veinte años con esa gente y prácticamente no conoció nunca a sus verdaderos padres. De todas maneras, advertido estás; ya sabes los peligros a los que te expones.

—Te lo agradezco, Epístenes, no lo olvidaré —le dijo el rey mientras se ponía en pie—, ahora debo marcharme, no quiero que en la ciudad noten mi ausencia. Hasta la vista.

—Adiós —respondió el Eforo incorporándose—, y mantente en guardia.

Pausanias salió al aire libre mirando a su alrededor, esperó a que un campesino con su carro de heno desapareciera al doblar una curva del camino que pasaba allá abajo, delante de él, y después de montar de un salto en su cabalgadura se lanzó al galope por los campos.

Cleidemo llegó a Bizancio poco antes de que lo hiciera Pausanias a bordo de un barco de guerra. Se presentó en la residencia del rey y de inmediato fue recibido y acogido calurosamente.

—Es para mí una alegría verte —le dijo el rey abrazándolo.

—Para mí también —repuso Cleidemo devolviéndole el abrazo.

—¿Cómo ha ido el viaje, has tenido dificultades?

—No, el viaje ha ido bien y he cumplido con mi misión.

—¿Completamente? —inquirió el rey bajando la vista.

—Completamente —respondió Cleidemo fríamente.

—No me juzgues con excesiva dureza —le dijo el rey—, le tenía mucha estima a ese sirviente, pero no me quedaba más remedio. Debía enviar contigo a una persona de la cual pudiera fiarme pero al mismo tiempo no podía dejar que sobreviviera. Me juego demasiado como para permitirme ningún riesgo. —El rey calló un instante y luego preguntó con cierto incomodo—: ¿Se dio cuenta de que iba a morir?

—No —respondió Cleidemo—. No se percató siquiera.

—Mejor así. Como te he dicho, estaba muy apegado a ese muchacho.

—Comprendo —repuso Cleidemo con un tono que daba por concluido el asunto.

—Dime, pues —prosiguió Pausanias—, ¿qué te dijo Artabazo?

—El Gran Rey apreció enormemente el favor que le hiciste al liberar a las personas que tú sabes y considera este gesto una prueba de tu sinceridad. Por tanto, se fía de ti y está dispuesto a apoyarte como sea. También está dispuesto a satisfacer tu... tu petición de matrimonio.

—Muy bien —dijo el rey con falsa indiferencia—. ¿Es eso todo?

—No, hay más. Hablé largo rato con Artabazo y pude comprender cuál es el punto de vista de los persas en este asunto. Les parece que ya ha llegado el momento de actuar porque piensan que ahora estás en la cima del poder, pero no saben cuánto tiempo podrás mantenerte en ella. Saben también que el almirante Temístocles fue expulsado de Atenas y tuve la impresión de que se sentirían felices de poder acogerlo. De ahora en adelante deberás referirle tus movimientos al sátrapa de Daskyléion.

—Nuestros movimientos —aclaró el rey—. ¿No es así, Cleidemo?

—Así es, mi señor —respondió Cleidemo.

—No me pareces muy convencido de lo que dices, pero tal vez tú también, como el Gran Rey, necesitas una prueba y puedo dártela. Si mi proyecto se basa en buena parte en ti, justo es que tengas todo tipo de seguridades y certezas. En Esparta vi a alguien muy ligado a ti.

A Cleidemo le dio un vuelco el corazón.

—¿Quién es? Dímelo, te lo ruego.

—Un coloso barbudo...

—¡Caras!

—El mismo.

—¿Cómo has dado con él? —Cleidemo temblaba de emoción.

—No ha sido demasiado difícil —respondió el rey—; le hice saber a un ilota de la montaña que tenía noticias de Talos y que quería

comunicárselas a un amigo de confianza. Pasaron seis semanas y empecé a pensar que no conseguiría dar con nadie. Una noche, al volver a casa, escuché de pronto a mis espaldas una voz que decía: «el amigo de Talos está aquí». Vencí la tentación de darme la vuelta y respondí: «sígueme a cuatro pasos de aquí». Sabía que alguien podía vigilar mis movimientos y no quería despertar sospechas. Siempre sin volverme y sin aminorar la marcha, logré decirle dónde y cuándo nos reuniríamos, después oí sus pasos que se alejaban. Nos reunimos días más tarde en la cabaña abandonada que se alza en unas tierras que poseo. Nuestra conversación fue larga y difícil porque ese hombre se mostró extremadamente desconfiado. Quiso que le diera una prueba de que estabas vivo y de que estabas conmigo, lo cual hice, y después le dije que en cuanto fuera posible volverías para poner en marcha nuestro proyecto.

—¿Cómo sabías que podías fiarte de él? —le preguntó Cleidemo.

—Ese hombre estuvo contigo en Platea —repuso Pausanias con calma—, y sé que en varias ocasiones vio a la mujer que tú llamas madre en su casa del monte Taigeto. La primera vez que te hablé de él, aquí en Bizancio, hace unos seis meses, no conseguiste ocultar la emoción. Ese hombre es muy importante para ti, ¿no es así?

—Así es —admitió Cleidemo.

—¿No quieres decirme quién es en realidad?

—Ni siquiera yo mismo lo sé —repuso Cleidemo—. Apareció en la montaña al morir mi abuelo Critolao. Cuando conseguí hablar con él comprendí por sus palabras que había llegado para ayudarme y protegerme y que podía confiar en él. Conocía el secreto del gran arco.

—El arco con la cabeza de lobo de Mesenia...

—Sí, y no solo eso. Conocía otro secreto más terrible, pero que no puedo revelarte. Me inspira terror. Pero dime, ¿qué te contó Caras?

—Que estaba dispuesto, pero que no se movería hasta que tú regresaras para confirmar mis palabras.

—¿Y no dijo más?

—No. Cuando terminó de hablar, se levantó y desapareció. No he vuelto a verlo.

Mientras el rey hablaba, Cleidemo pensaba en el pasado, veía los ojos de su madre, llenos de una inmensa tristeza, veía el rostro arisco de Caras y su cabeza taurina, oía su voz profunda y deseó con toda el alma regresar.

—¿Cuándo puedo regresar? —le preguntó al rey con una mirada cargada de ansiedad.

—Debes tener paciencia —respondió el rey poniéndole una mano en el hombro—. Sé lo que sientes y comprendo cuan fuerte es el deseo de regresar, pero sabes que quedan otras cosas importantes que debemos hacer. En primer lugar, debes llevar al sátrapa de Daskyléion mi respuesta para el Gran Rey. Cuando tengamos el oro de los persas, reuniré un ejército, armaré una flota: así volveremos a Esparta. Apoyaremos el levantamiento de los ilotas y los Iguales deberán ponerse de mi parte: fui yo quien los condujo en Platea.

Cleidemo agachó la cabeza.

—Como quieras. ¿Cuándo deseas que parta?

—Pronto. Ya no queda mucho tiempo. Partirás antes de que en el cielo vuelva a asomar la luna.

Cleidemo partió entonces, pero no fue aquella la única misión que cumplió en Daskyléion; ese invierno regresó en varias ocasiones, tomando mil precauciones. Al principio de la primavera siguiente ocurrió lo que el mismo Pausanias se temía: la flota ateniense, al mando de Cimón, se presentó en la embocadura del Bósforo y el almirante le envió la orden de abandonar la ciudad. La orden que llevaba iba refrendada por las autoridades espartanas. Al principio, Pausanias intentó resistir, pero después se dio cuenta de que solo no podría sostener el bloqueo naval de la ciudad. Tampoco estaba en condiciones de confiar demasiado en los mercenarios que había enrolado con el oro persa. Después de abandonar Bizancio marchó hacia Tróade y se estableció en una localidad no muy lejos de Daskyléion, donde Cleidemo se reunió con él.

Su posición estaba gravemente comprometida y los persas comenzaron a tratarlo con cierta indiferencia. No le quedaba más que intentar llevar a cabo su plan en Esparta: había llegado el momento de que Cleidemo abandonara Asia y regresara a Laconia. El motivo oficial sería que no tenía intención de continuar bajo las órdenes de un comandante caído en desgracia y que volvía a ponerse a disposición de los Éforos y los Ancianos.

—Adiós, Cleidemo —le dijo el rey estrechándole la mano—, todas mis esperanzas están puestas en ti. No te desanimes: volveré y verás que no todo está perdido.

—Adiós, mi rey —respondió Cleidemo—. Cuando regreses, te estaré esperando en la casa de los Cleoménidas. Allí volveremos a vernos, si así lo

quieren los dioses.

Montó en su caballo y se lanzó al galope por el camino de Cícico.

Pausanias fue andando hacia su cuartel general llevando de las riendas a su caballo. Hacía un hermoso día, grandes nubes blancas flotaban en el cielo despejado y la brisa soplaba tensa como la cuerda de un arco.

Cuando así de oriente sopla, de la tierra hacia el mar,
bueno es el tiempo, oh, marinero,
para con rumbo a Grecia zarpar.

«Así reza el refrán», pensó el rey de Esparta para sí, y se quedó mirando la extensión del Egeo que brillaba a lo lejos como un espejo caído de las manos de una diosa. Una nube ocultó el sol y, con paso lento, el rey siguió por su camino.

Cleidemo atracó en Githion, hizo desembarcar el caballo y se puso en viaje hacia Esparta.

Partió a primeras horas de la mañana y contaba con llegar a ver la ciudad antes de la puesta del sol para poder presentarse ante los Éforos y exponer cuanto había acordado con Pausanias. No tardó en alcanzar la orilla derecha del Eurotas y siguió su curso toda la jornada hasta que, a primeras horas de la tarde, cerca de la ciudad de Pharis, divisó las cimas del Taigeto. Permaneció largo rato contemplando la montaña y explorando con la mirada sus cúspides, sus gargantas, sus bosques, tratando de imaginar el punto exacto donde deseaba que lo esperara aún la mujer a la que nunca había dejado de llamar madre.

Sacó de la alforja un mendrugo de pan y un poco de queso para cobrar fuerzas, bebió en el río y se dispuso a entrar en la ciudad.

Se calzó la coraza y las grebas, sacó de la funda de piel el gran escudo con el dragón y lo colgó de la silla, se encasquetó el yelmo con las tres crestas negras y de esta guisa se presentó en la entrada de la ciudad. Un guardia que lo vio desde una torre de vigilancia palideció: el guerrero que avanzaba solemne a lomos del corcel niseo, embutido en la armadura reluciente, le pareció por un instante el gran Aristarcos que regresaba de los infiernos. Solo cuando se le acercó más se dio cuenta de quién debía de ser en realidad. Lo siguió con la mirada mientras entraba entre las casas hasta que se perdió en el laberinto de calles.

Cleidemo fue hacia la plaza de la Sala del Consejo y se hizo anunciar por el guardia.

—Adviérteles que Cleidemo, hijo de Aristarcos, Cleoménida, comandante del cuarto batallón de Tracia, solicita ser recibido.

Poco después era llevado en presencia del éforo Epístenes, que fue a su encuentro con una sonrisa.

—Es un honor para mí acoger en su patria al hijo del gran Aristarcos, el noble Cleidemo, cuyas empresas de Tracia nos son bien conocidas. Los venerables padres del Consejo de Ancianos se mostrarán felices de recibirte pronto y de escuchar de tu boca un amplio relato de los hechos acontecidos en Bizancio, así como de la situación del regente Pausanias, cuya conducta ha sido recientemente causa de grandes preocupaciones para nosotros. Yo mismo te haré saber cuándo deberás presentarte. Pero ahora te acompañarán a las dependencias de tu batallón para que puedas tomar algún sustento y descansar. Dispondré lo necesario para que vuelvas a tomar posesión de tu casa, que lleva años abandonada. Un viejo sirviente se quedó para custodiarla y podrá referirte cuanto desees saber sobre tus propiedades y los ilotas que las cultivan.

—Te doy las gracias, señor, esperaré tu llamada —dijo Cleidemo, y después de saludarlo militarmente siguió al guardia, que lo condujo a la sisitia .

Cruzó la ciudad a pie llevando a su caballo de la rienda, pasó por los barrios llamados Pitane y Cola de Perro, por debajo de la acrópolis y volvió la vista hacia la fachada del templo de Atenea «de la Casa de Bronce», y se vio otra vez muchacho, cubierto por la capa de Pelias, mientras observaba la flagelación de Brito con el corazón cargado de odio, oyó restallar los latigazos... como si el tiempo no hubiera pasado. Siguió sumido en sus pensamientos mientras avanzaba por las calles de la ciudad hasta que la voz del guardia llamó su atención.

—Hemos llegado, comandante; si quieres darme el caballo, mandaré que lo lleven a tu casa para que se ocupen de él.

Cleidemo descolgó el escudo de la silla, cogió el saco y la alforja y entró en el alojamiento que le habían destinado. El largo dormitorio despojado de adornos contenía treinta y dos camas tras las cuales había otros tantos arquibancos. Apoyados en las paredes estaban los armeros para las lanzas y las espadas y una fila de colgadores que sostenían los yelmos y las armaduras. En aquel amplio espacio tan triste y despojado de adornos las armas relucientes y decoradas parecían ornamentos más que instrumentos de muerte.

Un ilota lo ayudó a quitarse la armadura y colocó en un arquibanco las pocas ropas y los objetos de su pequeño bagaje y le dijo que la comida se distribuiría al cabo de poco en la estancia contigua. Con el ánimo agitado, Cleidemo se dejó caer sobre el camastro que el ilota le había indicado: correr a la casa de los Cleoménidas, coger el caballo y lanzarse por el camino de la montaña, volver a encontrar el claro, la cabaña, gritar «¡madre!», gritar fuerte para que todos lo oyeran, hasta Critolao en su tumba de las lindes del bosque; subir a la fuente de arriba, al refugio de Caras, sentir los huesos crujir en el abrazo formidable... Oh, dioses del Olimpo, ¿estaría Caras esperándolo? ¿Volverían a cazar juntos después de desenterrar el arco del rey? Tal vez Caras... sin duda, sabría dónde estaba Antinea... se lo preguntaría y correría a reunirse con ella. «Loco —pensó después pasándose la mano por la frente—, loco, ¿qué esperas encontrar? Seguramente se habrá convertido en la esposa de algún pastor o campesino y no reconocerás su cuerpo deformado por la fatiga y las preñeces y tampoco reconocerás su talante al principio exacerbado y decepcionado por la larga espera y después resignado y domado por tantos años de dura esclavitud.»

Sin embargo, le parecía que quería verla, le parecía que dentro de ella debía de quedar una brizna de la vida de entonces, una parte de su alma que jamás, jamás había dejado las altas dehesas del Taigeto... Sí, volvería a ver a Caras y se haría conducir hasta ella.

Un coro de gritos interrumpió sus pensamientos y enseguida vio que unos treinta jóvenes desnudos entraban corriendo, riendo y bromeando en el gran dormitorio: los miembros de la sisitia a la que lo habían asignado. En cuanto los primeros descubrieron al recién llegado se detuvieron un instante, asombrados; después, uno de ellos se adelantó y dirigiéndose a sus compañeros se puso a dar voces para imponerse al bullicio general.

—¡Todos en fila! ¡En fila he dicho! Ante vosotros tenéis al comandante del batallón de Tracia, ¿no veis el escudo? Estáis ante el hijo del gran Aristarcos, ¿me habéis oído?

Después, dirigiéndose a Cleidemo, que se había puesto de pie, dijo:

—Comandante, soy Aincias, hijo de Onesícrito, comandante de la sisitia, bienvenido... Perdona si no mando que hagan el saludo militar pues estando, como ves, desnudos, está prohibido por reglamento, pero si tienes un minuto de paciencia, mis hombres vestirán las armaduras y, si lo deseas, podrás pasar revista en el patio.

—Te doy las gracias —respondió Cleidemo con un gesto de la mano —, pero estaréis cansados y hambrientos, de modo que romped filas y preparaos para la cena. Me reuniré con vosotros en la mesa.

Sirvieron la comida poco después del crepúsculo y Cleidemo participó aunque no se sentía con ganas de estar acompañado. Era preciso que su conducta fuera del todo normal para no llamar inútilmente la atención de las autoridades. Cleidemo estaba convencido de que el plan de Pausanias se encontraba seriamente comprometido, pero que de todas maneras convenía continuar como si nada hubiera ocurrido. Si todo acababa de forma positiva, tanto mejor; pero si una vez que Pausanias regresara a Esparta se demostraba ineficaz, no trataría de sublevar a los ilotas para no conducirlos a una matanza inútil. De todas maneras, resultaba conveniente establecer una buena relación con los guerreros: la mayoría de los hombres del batallón de Tracia habían regresado y estaba claro que habían difundido su fama de comandante intachable y de luchador infatigable. Durante la cena se dio cuenta de que una frase que pronunciara en el campo de Tracia dos años antes había dado la vuelta por todos los cuarteles de la ciudad. En aquella ocasión, un oficial venido de Bizancio para inspeccionar las tropas había ironizado sobre su pie tullido y él le había contestado: «Estoy aquí para combatir y no para poner pies en polvorosa».

Cayó en la cuenta de que sobre él corrían todo tipo de habladurías y de que sus hombres le harían infinidad de preguntas para saber más. Los jóvenes quisieron sobre todo que hablara de la batalla de las Termópilas, de la que era el único testigo vivo de Esparta. Otros, en cambio, querían saber algo de Pausanias, si era cierto que se vestía y vivía como los persas, que poseía un ejército personal y que volvería a Esparta. Pero lo que más les interesaba, aunque ninguno se atrevió a hablar de ello abiertamente, era su increíble experiencia: el hecho de que hubiese sobrevivido a los lobos del Taigeto, el hecho de que se hubiese reencontrado con su hermano Brito para combatir junto a él en Platea y el hecho de que él, un tullido y un desheredado, hubiera recuperado su puesto entre los Iguales.

Sin embargo, Cleidemo hizo caso omiso de las insinuaciones que de tanto en tanto surgían en la conversación y les dio a entender que su vida había sido dolorosa, pero que no por eso se consideraba superior o distinto de los demás. Con eso se ganó la consideración de aquellos hombres, habituados a ver a los reyes compartir con ellos las mismas comidas frugales, las mismas yacijas rústicas y a ser los primeros solo en las

estrecheces y los peligros. La conversación volvió a girar en torno a Pausanias.

—No logro entender, comandante —le dijo uno de los guerreros llamado Boiskos—, cómo es posible que el vencedor de Platea pueda tramar con los persas. Tengo la impresión de que hay quienes quieren destruir su reputación y su fama para despojarlo del poder. ¿Tú qué dices?

Cleidemo sopesó cuidadosamente la respuesta y después dijo:

—Amigo, nadie ha demostrado que estas habladurías tengan fundamento. Y pensar que alguien las haya difundido, pues bien, esto también me parece una habladuría puesto que no existen pruebas. En cuanto a mí, debo decir que Pausanias siempre me ha beneficiado y honrado con su estima y que por eso le estoy agradecido.

—Pero lo has abandonado y eso algo significa.

—Cuando supe que los Éforos y los Ancianos le revocaron el mando comprendí que mi deber de ciudadano no podía conciliarse con el sentido de gratitud que Pausanias me inspiraba y por eso regresé.

—¿Qué pretende hacer ahora el rey? —inquirió su interlocutor.

—No lo sé... —respondió Cleidemo—, pero pienso que regresará, aunque solo sea para defenderse y explicar los hechos.

Jamás habría imaginado que en ese mismo momento, en los sótanos de la Sala del Consejo, un oficial de la Cripteia le formulaba esa misma pregunta con tono mucho más amenazante a un hombre torturado, cargado de cadenas, cubierto de cardenales y sangre: Caras.

—¿Sabemos que te has visto en secreto con Pausanias y no podemos creer que un rey de Esparta desee reunirse con un sirviente miserable sin tener un motivo preciso!

—Ya os he dicho que el rey solo quería darme noticias del que nosotros llamamos Talos y al que vosotros llamáis Cleidemo —respondió Caras con un hilo de voz.

—¿En secreto, en una cabaña en ruinas, lejos de todas las miradas? —preguntó burlón el oficial golpeándolo cruelmente con la fusta.

Caras aulló de dolor y apretó los dientes.

—Tened piedad —suplicó en cuanto recobró el aliento—, no hice nada malo. Un sirviente del rey fue a mi cabaña y me dijo que Pausanias quería hablar conmigo, que tenía noticias de Talos. Yo no sé por qué quiso reunirse conmigo en ese lugar; tal vez considerara poco oportuno recibir a un hombre de mísera condición en un lugar concurrido o en su casa. Solo me

dijo que Talos le había rogado que me buscara para que yo le llevase su mensaje a la mujer que lo crió.

—¿Y quieres hacerme creer que no hablasteis de nada más? ¿Qué te pidió Pausanias? —aulló el oficial—. ¡Habla, maldito, o no saldrás de aquí con vida!

Caras levantó la frente empapada.

—Señor —dijo con voz jadeante—, sabéis bien que nunca antes había visto a vuestro rey, ¿por qué debo soportar la tortura por él? Os diría lo que fuera de él con tal de que me dejaseis libre.

El oficial se volvió con mirada interrogante hacia el Éforo Mnesicles, que presenciaba el interrogatorio y que, en ese momento, salió del oscuro rincón en el que había permanecido medio oculto hasta entonces.

—En el fondo, este hombre tiene razón —dijo con un tono que hizo estremecer a Caras—. ¿Por qué debe soportar el dolor... y arriesgar la vida por el rey espartano a quien apenas conoce y a quien, sin duda, no ama? Pero nosotros sabemos —añadió cogiendo la fusta de manos del oficial y acercándose más al prisionero— que durante todos estos años tu amigo Talos gozó de la plena confianza de Pausanias y que para protegerlo a él estarías dispuesto a soportar cualquier suplicio, ¿no es cierto?

Caras levantó la mano encadenada para limpiarse la frente y ganar tiempo para pensar y no caer en la trampa y traicionarse.

—No sé de qué debería protegerlo —dijo al cabo—, pero si lo supiera, no lo haría. Talos ha dejado de existir para la gente de la montaña. El hombre al que vosotros llamáis Cleidemo no es nadie para mí y prefiero no volver a verlo. La mujer que lo crió y que le hizo de madre habría dado la vida con tal de saber que estaba vivo y en buena salud. Por eso acepté ver al rey.

—¡Mientes! —gritó el Éforo golpeándolo en la nariz con el mango de la fusta.

La sangre salió a borbotones de la carne herida inundando la boca y el pecho del gigante encadenado. El rostro de Caras se había convertido en una masa informe, tenía los ojos entrecerrados por la hinchazón, los labios rotos por los puñetazos. Su respiración era un puro estertor.

—Señor —encontró fuerzas para decir—, yo... yo no puedo decirte lo que no sé, pero si dejas que comprenda lo que quieres que diga... lo diré para salvar la vida.

Inclinó la cabeza sobre el pecho. El Éforo hizo un aparte con el oficial de la Cripteia para consultar con él.

—Es muy fuerte —dijo—, no conseguimos arrancarle una sola palabra. O tal vez... tal vez no sepa nada. Hace poco parecía dispuesto a colaborar en caso de que quisiéramos organizar una acusación contra Pausanias...

—No lo sé —dijo perplejo el oficial—, quizá conozca nuestra ley, que establece que el testimonio de un sirviente no tiene valor en contra de un miembro de la casta de los Iguales y mucho menos contra un rey. Podría habérmelo ofrecido para desorientarnos a sabiendas de que de todos modos no podemos aceptar su ofrecimiento.

—¿Según tú qué debemos hacer? —le preguntó el Éforo.

—Seguir torturándolo. Tal vez aún no hayamos vencido su resistencia. Al final, hable o no, deberemos matarlo y en estos momentos nos odia más de lo que nos teme y podría resultar peligroso. Recuerda que anoche rompió con sus propias manos el yugo al que lo ataron y cuando llegó el guardián estaba forzando los barrotes de la reja...

El Éforo lanzó una mirada a Caras, que parecía haberse desmayado, y dijo:

—No estoy de acuerdo; en primer lugar, hay hombres a los que la tortura no consigue quebrar y este me parece uno de ellos. Si lo matamos, nunca sabremos lo que nos ocultaba. Por tanto, debes llevar la tortura al límite de lo posible, el dolor debe aniquilarlo y aterrorizarlo.

Con la mirada indicó un hierro que se calentaba en el brasero.

—Ya sabes a qué me refiero —el oficial asintió—. Si resiste, suéltalo, pero haz que lo sigan, no pierdas su rastro y sobre todo avísame si intenta reunirse con Cleidemo o incluso con la mujer que vive en la montaña. Tienes ilotas que trabajan para ti, no te será difícil. Si lo que sospechamos es cierto, tarde o temprano se traicionará. Ahora me voy, ya no me necesitas. Mañana me informarás.

Se cubrió la cabeza con la capa y salió.

El oficial se acercó al prisionero; para despertarlo le echó un cubo de agua en la cara y después fue hasta el brasero. Al principio difusamente, pero después con más claridad, Caras logró ver y entonces el terror estalló en su interior quebrándole el espíritu: a un palmo de su cara un hierro candente brillaba con candida luz y le hacía sentir su calor.

—Ahora hablarás —dijo el oficial con calma al tiempo que lo agarraba del pelo.

Caras tensó los músculos en un vano y desesperado intento por soltarse, pero de inmediato los calambres recorrieron sus miembros exhaustos y permaneció inmóvil tratando de reunir las pocas fuerzas que le quedaban en su espíritu, como un jabalí que, después de lucha desigual con una jauría de perros, desangrado por las heridas y sin fuerzas, se arrima a un tronco a esperar que la lanza del cazador le atravesase la garganta.

—¡Habla! —le ordenó el oficial acercando más el hierro. Caras sopló sangre por la nariz y contrajo la boca cubierta de babas.

—No... no sé nada —bramó entre los dientes apretados por los espasmos.

El oficial lo aferró con mayor firmeza y le hundió el hierro candente en el ojo izquierdo.

Estalló en el sótano el aullido de Caras, traspasó los muros de la Casa del Consejo, salió a la plaza como un mugido prolongado y atroz y estremeció a los dos hoplitas que dormitaban apoyados en las lanzas.

Poco después el oficial de la Cripteia salió de la Casa del Consejo y sin responder al saludo de los guardias cruzó la plaza desierta y se desvaneció en la oscuridad. Había cumplido escrupulosamente con su tarea, según las órdenes recibidas: a esas alturas estaba convencido de que el pobre desgraciado que estaba en el sótano no sabía nada. Era imposible que un miserable pastor tuviera tanta fuerza ni fuera tan obstinado. Le había hecho creer que lo cegaría, y ni aun así había hablado. Antes de que se desplomara sin sentido, consiguió leer en aquel único ojo tumefacto un terror que superaba toda imaginación, por lo que, antes de marcharse, lo desató y dejó abierta la portezuela que daba al exterior y conducía a las afueras de la ciudad. Ordenó a sus hombres que se apostaran allí para seguirlo. El Éforo Mnesicles tenía razón: si aquel hombre seguía vivo, si no poseía el tino de huir lo más lejos posible, si realmente había tramado algo con Pausanias, devorado por el odio, se traicionaría y entonces todo saldría a la luz. Podía regresar a su alojamiento y descansar por fin después de una jornada agotadora.

Entretanto, avivado por el viento frío que soplaba desde la galería que habían dejado abierta, Caras recuperaba la conciencia. Un dolor atroz en la órbita izquierda lo devolvió a la realidad de la cruel mutilación sufrida y la oscuridad total que lo rodeaba le hizo creer por un momento que estaba

ciego. Se echó a llorar con desconsuelo: todo había terminado, solo deseaba que le dieran muerte rápidamente. Mientras así reflexionaba, la oscuridad comenzó a desvanecerse y aparecieron borrosos los perfiles de los objetos que lo rodeaban; se dio cuenta de que estaba libre de las cadenas que colgaban de la pared. Se levantó a duras penas, miró a su alrededor, vio la portezuela abierta y hacia ella se dirigió en la más completa oscuridad, tropezando a menudo, aterrorizado al contacto de las asquerosas criaturas que habitaban en aquel antro tenebroso. Advirtió que se encontraba al aire libre cuando notó una ráfaga de viento fresco en el rostro destrozado y, desde la boca de una galería, vio brillar las estrellas de Orión, trémulas en el cielo de ópalo... El alba no tardaría en llegar. Salió a rastras y con paso inseguro enfiló hacia la llanura desierta hasta alcanzar las orillas del Eurotas.

Se arrodilló para lavarse el ojo ensangrentado, estremeciéndose de dolor y gimiendo por las punzadas que le producía el contacto con el agua fría. La luna comenzaba a palidecer cuando el cíclope herido se levantó jadeando de dolor y rabia y tendió los puños contra la ciudad que se iba blanqueando bajo la falsa luz del alba. Se dirigió hacia el Taigeto: envuelta en la oscuridad, la gran montaña lo acogió y lo ocultó en sus bosques impenetrables.

Como no podía sostener su permanencia en Tróade, Pausanias se convenció por fin de que debía regresar, seguro de que los Éforos no contaban con pruebas en su contra. Pero lo que estos habían tratado en vano de arrancarle a Caras estaba a punto de serle ofrecido por alguien que ni siquiera conocían.

Creían que Pausanias intentaría ponerse en contacto con Caras a través de alguno de los ilotas que servían en su casa y a los que ya habían comprado con chantajes y promesas, o bien con Cleidemo, a quien también tenían continuamente bajo vigilancia.

Consciente de la situación, Pausanias estaba como un león enjaulado; evitado por todos, no tenía manera de reunirse con ninguna de las personas de su confianza y tampoco quería comprometer a Cleidemo, al que imaginaba rodeado por los espías de la Cripteia. Contaba entonces con someterse temporalmente al poder de los Éforos y los Ancianos con la esperanza de que, con el transcurso del tiempo, la situación volviera a serle favorable.

Una mañana, antes del amanecer, el Éforo Mnesicles oyó que llamaban a su puerta, fue a abrir y se encontró con un joven extranjero de piel oscura, con el rostro medio oculto bajo una capucha, que pedía hablar con él.

—Me llamo Argueilo —dijo—, estuve al servicio del rey Pausanias en Bizancio. Debo contarte cosas que encontrarás de gran interés.

—Pasa —le dijo el Éforo, y cerró la puerta de inmediato.

Lo invitó a sentarse y el joven se quitó la capa y la capucha: no cabía duda, se trataba de un extranjero, probablemente un asiático.

—Tu nombre es griego —observó el Éforo—, pero pareces extranjero.

—Así es —respondió el joven—, mi verdadero nombre es Lahgal y soy sirio. Durante años estuve con el rey Pausanias sirviéndolo fielmente pero ahora he venido a denunciarlo... No soy espía, créeme, sino un hombre que desea vengarse de una monstruosa injusticia. A cambio de mi fidelidad, el rey intentó hacer que me mataran para que permanecieran ocultas las tramas que tejía con el Gran Rey.

—Lo que dices es de suma gravedad —observó el Éforo—. ¿Te das cuenta de que estás acusando de alta traición al rey de Esparta? Ten cuidado, pues si no consigues probar tus acusaciones, arriesgas la vida.

—Puedo probar lo que he dicho cuando tú quieras —respondió Lahgal.

—En ese caso es preciso que la verdad salga a la luz cuanto antes. Ahora dime todo lo que sabes, no te arrepentirás de habernos ayudado a cortar de cuajo una infame traición.

Lahgal le contó todo lo que había podido ver y comprender en los años que vivió con Pausanias y le refirió también el viaje a Celenas, pero del papel de Cleidemo dio una versión que lo excusaba.

—Por tanto, conoces bien a Cleidemo, el Cleoménida —dijo el Éforo—, sabemos que Pausanias lo apreciaba mucho y le confiaba importantes misiones.

—Lo conozco —dijo Lahgal—, yo mismo le llevé a veces las órdenes del rey cuando estaba al mando del batallón de Tracia, pero puedo decirte que es ajeno a la traición de Pausanias. El rey le había ordenado que fuera conmigo a Celenas para estudiar la disposición de las guarniciones persas del interior; el pretexto era preparar una expedición militar para expulsar a los persas más allá del Halys. Solo yo conocía el verdadero fin de la misión: hacerle saber al sátrapa Artabazo que Pausanias estaba dispuesto a marchar contra Esparta y que esperaba recibir dinero y hombres. Cleidemo, por su parte, tenía un mensaje que decía que yo era espía de los persas y que una

vez que la misión quedara cumplida y no me necesitara más como intérprete debía eliminarme. Pero mientras él dormía conseguí leer el mensaje y huí.

—Bien —prosiguió el Éforo—, sabes bien que como extranjero no puedes testimoniar contra un hombre de la casta de los Iguales, mucho menos contra un rey, y Pausanias es lo uno y lo otro, aunque su regencia esté a punto de terminar, pues el príncipe Pleistarcos llegará pronto a la pubertad. Por ello es preciso inducir a Pausanias a que hable en presencia de ciudadanos capaces de testimoniar. He aquí mi plan: en el promontorio de Ténaro hay un viejo edificio abandonado; irás hasta allí pero antes harás saber a Pausanias que has vuelto y que lo esperas en ese lugar. Creo que no faltará al encuentro. Tú haz que hable de manera que algunos testigos que estarán ocultos detrás de una pared falsa puedan oírlo. Nosotros nos ocuparemos del resto. Ahora vete, no es conveniente que te quedes más tiempo; trata de permanecer oculto y de no llamar la atención. Es evidente que obtendrás una recompensa por el servicio que nos prestas, pero, como sabrás, los Iguales no manejan dinero, por lo que no puedo pagarte, pero trataré de conseguirlo: dime qué prefieres, ¿plata ateniense, euboico... o tal vez cicicénicos?

—No lo hago para obtener una recompensa —respondió Lahgal—, no aceptaré tu dinero.

Después se levantó, se cubrió la cara y salió.

Tres días más tarde Pausanias encontró en su casa un mensaje pero nadie supo decirle quién se lo había llevado. Lo que decía el mensaje llenó de espanto al regente, que se sintió perdido: Lahgal estaba vivo, por lo que Cleidemo le había mentido o bien lo había traicionado. Pensó en fugarse pero se dio cuenta de que habría sido como admitir su culpa. Además, ¿quién daría asilo a un fugitivo despojado de todo poder? Lo mejor era afrontar la situación. Si de verdad había sido Lahgal quien había escrito el mensaje, y ciertas frases no dejaban lugar a dudas, tal vez lograra convencerlo o al menos saber quién más conocía el secreto. Acudió, pues, a la cita fijada. Conocía aquel paraje: una vieja torre de vigilancia medio derruida, situada casi en lo alto del promontorio, un lugar árido y desolado, eternamente barrido por el viento.

Entró empujando la puerta salida de sus goznes y oyó una voz conocida resonar en la penumbra interior.

—Dicen que nadie regresó jamás de los infiernos, ¿no es verdad, Pausanias? Sin embargo, aquí me tienes... pero entra, no te quedes en la puerta.

—Escúchame —dijo el regente.

—No, escúchame tú —repuso el joven saliendo de las sombras—. En este momento soy el más fuerte.

Tal vez sin darse cuenta Pausanias llevó la mano a la empuñadura de la espada.

—Eso es una locura —dijo Lahgal—, ¿acaso me crees tan tonto como para no haberme preparado por si intentabas matarme por segunda vez?

Pausanias bajó las manos y dejó que descansaran al costado del cuerpo, inclinó la cabeza y con voz resignada le dijo:

—Te escucho.

—Te he pedido que vinieras porque quería saber por tu boca por qué culpa me condenaste a morir. Si fue por haberte servido fielmente y sin tacha, por haberte curado cuando estabas enfermo, por haberte seguido siempre como una sombra, por haber soportado tu lujuria...

—Creía que me amabas —lo interrumpió Pausanias.

Lahgal rió burlón.

—¿Tan bajo has caído? Sabes bien que no puede haber amor entre quien manda y quien sirve, solo violencia infligida y soportada. No creas, pues, que podrás contar con mis sentimientos, que, por otra parte, jamás existieron. Solo quería demostrarte que de un hombre podías obtener una total dedicación a cambio de la libertad. Un intercambio honrado, de hombre a hombre.

—Fui sincero cuando te prometí la libertad y habría mantenido mi palabra.

—Comprendo —rebatía Lahgal con sorna—, ¡eliminándome pretendías liberarme de toda preocupación!

—No te burles de mí —lo interrumpió el regente con voz sombría—, y escúchame. Puedo explicártelo... si me prometes que reflexionarás sobre cuanto te diga, que no te dejarás dominar por la ira y el rencor. Si me has mandado llamar, debes estar dispuesto a escuchar.

—Habla, pues —repuso fríamente el muchacho.

—Hablaré, pero antes quiero saber por qué quiso Cleidemo perderme.

—Tu espíritu debe de ser realmente vil —dijo Lahgal— si ves traición donde no la hay. Cleidemo cumplió fielmente con tus órdenes... con todas

menos una. Leí tu mensaje mientras él dormía y huí. No porque temiera que me matase, es un hombre bueno, sino porque no deseaba poner a prueba su conciencia. Pero dejemos el asunto, sabes que lo que quiero escucharte decir es bien distinto.

Pausanias sintió un enorme alivio al oír esa respuesta; no todo estaba perdido, bastaba con que convenciera a Lahgal.

Volvió a hablar sin saber en qué momento exacto pronunciaba su condena.

—No quería tu muerte, Lahgal, te lo juro. Fueron los persas los que me impusieron esta condición y no me encontraba en situación de echarme atrás, habría despertado sus sospechas; todo se habría perdido, incluso habrían podido llegar a considerarme como enemigo... Estaba en juego la vida de miles de personas, no podía... Pero debes creerme, me senté a escribir esa orden contra mi voluntad y con una amargura indescriptible. Tal vez me soportaste en los años en que viviste a mi lado y puede que pensaras que así comprabas tu libertad, pero yo te amé y es imposible que no te hayas dado cuenta de mi sinceridad. Dime, mi joven amigo, dime si acaso te hice daño, si no te beneficié en todas las formas posibles, si no te hice partícipe de mi vida, de mis proyectos, de mis sueños. Tú sí que me engañaste dejando que creyera que me amabas.

Lahgal miraba a aquel hombre destruido, a merced de sus enemigos, el héroe de Platea, artífice de la hegemonía panhelénica, convertido en la sombra de sí mismo. El tono de sus palabras le pareció sincero y se sintió tentado por la piedad, pero la ira y el deseo de venganza lo habían llevado demasiado lejos y no podía echarse atrás. Todo debía continuar su curso. Le contestó, pues, con palabras engañosas y Pausanias se marchó arrepentido de haber ordenado un día la muerte de aquel hombre.

Llegó a Esparta al atardecer pensando para sus adentros cómo iba a reanudar el contacto con Cleidemo y, sumido en sus reflexiones, no reparó en los cinco Éforos rodeados de una veintena de hombres armados que esperaban delante de la puerta de Amiklae. Cuando se hubo acercado más supo que lo esperaban a él: el Éforo Epístenes, que estaba detrás de los otros, le hizo una seña y comprendió que todo había terminado. Azuzó a su caballo para darse a la fuga pero uno de los guerreros lanzó su lanza, que se hundió en el flanco del corcel haciéndolo caer de bruces. Pausanias rodó en el polvo, pero se levantó y echó a correr seguido de cerca por sus perseguidores. Al llegar a las inmediaciones de la acrópolis miró a su alrededor, como perdido, tratando de buscar refugio, pero solo encontró miradas hostiles o indiferentes y puertas cerradas. Buscó protección en la Casa de Bronce, cuyos batientes se abrían a poca distancia de allí. Nadie osaría violar el lugar sagrado: cerró la puerta jadeando y se agazapó detrás del altar.

En vista de que no podían arrestarlo, los Éforos mandaron tapiar las puertas y descubrir el techo. Allí quedó el rey, días y días, abrasado de sed bajo los rayos despiadados del sol, atormentado por el hambre bajo la mirada indiferente de sus enemigos, que lo observaban desde las vigas desnudas del techo esperando su muerte. Durante mucho tiempo se oyeron por las noches sus gritos y sus imprecaciones, después nada más.

Los Éforos comprendieron entonces que dejarlo morir en ese lugar sería en cualquier caso una profanación; decidieron abrir las puertas y sacarlo mientras siguiera con vida. Lo arrastraron hasta el patio exterior, convertido casi en un esqueleto, temblando de fiebre, con los ojos vidriosos que giraban enloquecidos de horror en el fondo de las órbitas hundidas.

Cuando lo dejaron caer en el polvo, Pausanias trató de levantar el brazo enjuto y maldecir, pero las fuerzas lo abandonaron y cayó de espaldas lanzando el último estertor.

Así fueron la agonía y la muerte del que había vencido al ejército del Gran Rey en Platea.

EL SACRILEGIO

Los Éforos y los Ancianos reunidos en consejo decidieron en un primer momento que el cadáver de Pausanias fuera lanzado al torrente Keadas, como se solía hacer con los traidores, pero el Éforo Epístenes, que en secreto había sido amigo del regente, hizo notar que aunque el hombre había desobedecido las órdenes de la ciudad y había tramado con el enemigo, fuera de Esparta continuaba siendo el que había liberado a Grecia de los bárbaros y su fama seguía siendo grande entre los helenos. Por consiguiente, convenía no ensañarse después de su muerte y concederle a sus restos el decoro de la sepultura. La propuesta les pareció sabia y así Pausanias fue enterrado con sus armas en el lugar mismo donde había exhalado su último aliento.

Sin embargo, el espíritu de Pausanias siguió turbando durante largo tiempo las noches de muchos espartanos. Hubo quien llegó a decir que oyó sus gritos espantosos en plena noche, cerca de la Casa de Bronce, y también quien aseveró que, poco después del crepúsculo del séptimo día de cada mes, en su tumba se oía un retumbo metálico, como si con las armas golpeará las paredes del sepulcro. Se decidió entonces consultar con el oráculo de Delfos, que dio la siguiente respuesta:

A la diosa de la Casa de Bronce
habéis arrebatado un cuerpo.
Del numen aplacad la ira
ofreciendo a cambio dos cuerpos.

La interpretación de la respuesta dio lugar a una larga discusión en la Casa del Consejo: hubo quien sugirió sacrificar a dos ilotas; otros, en cambio, dijeron que no había que sumar más muertes a las ya habidas y que era preciso buscar otra reparación. Al final se decidió construir dos estatuas para dedicarlas al templo y así los Éforos y los Ancianos pensaron que aplacarían la ira de los dioses con dos formas inanimadas plasmadas por la mano humana.

Nadie volvió a hablar de aquellos hechos y su eco acabó por apagarse porque la mente de los hombres tiende fácilmente al olvido, pero estaba

escrito que la sangre del rey se transformaría en una maldición para la ciudad.

Laghal desapareció como había llegado y de él nada volvió a saberse. Ignorante de todo, Cleidemo se preparó para lo peor cuando supo que Pausanias había sido encerrado en la Casa de Bronce, pero nadie fue a buscarlo ni le preguntaron nada. Su único encuentro con los Éforos fue el que tuvo poco después de su regreso. En aquella ocasión había hecho una extensa exposición sobre su conducta en Tracia, confirmada luego por los hombres del cuarto batallón que habían regresado hacía mucho tiempo. El gran prestigio de su nombre lo ponía a salvo de humillantes inquisiciones y su palabra de guerrero debía bastar a quienes lo interrogaban. Por eso los Éforos prefirieron vigilarlo para ver si surgía contra él algún elemento acusador. Sus estrechas relaciones con Pausanias y el hecho de haber pasado toda su juventud entre los ilotas constituían dos razones que perpetuaban la sospecha y la desconfianza, a pesar de la conducta intachable del hijo de Aristarcos.

La muerte del regente acabó con las pocas esperanzas de Cleidemo y el plan que Pausanias le había propuesto cuando estaba en Bizancio le parecía un sueño que un día le había devuelto un sentido a su vida, para desvanecerse después dejando su espíritu vacío. No obstante, sentía que ya no podía huir de la vida: si había sobrevivido una vez más al peligro mortal que lo había amenazado al descubrirse los planes de Pausanias, tal vez tuviera realmente un destino que cumplir. Debía, por tanto, vivir como le era posible en su condición y esperar a que los acontecimientos siguieran su curso.

No ocultó el deseo de tener a su lado a la mujer que lo había criado en el Taigeto y, cuando volvió a tomar posesión de la casa de los Cleoménidas, le fue permitido satisfacer su voluntad. Por su parte, los Éforos pensaban que de esa manera les resultaría más fácil observar los posibles contactos sospechosos.

Al comienzo del invierno Cleidemo recibió permiso para abandonar la sisitia en la que había vivido durante meses sometido a la disciplina y al más absoluto respeto por las rígidas normas militares, para ocuparse de su casa y su patrimonio.

Abandonó el cuartel una mañana, al salir el sol, seguido por un ilota de la casa de su padre que había cargado sus pertenencias y sus armas a lomos de un asno. Salió por la puerta oriental, a paso lento, mirando a su

alrededor: la casa de los Cleoménidas apenas se divisaba a unos diez estadios de distancia y permanecía envuelta en las sombras. Extraños y contrapuestos sentimientos atribulaban su corazón en ese momento: pensaba que dentro de poco volvería a ver la casa en la que había nacido, en la que por un instante había conocido a Ismene, la madre que le había dado la vida. Y allí le llevarían pronto a la que lo había criado dándole el amor que su madre verdadera le había negado. Su corazón vacilaba y se contradecía: ¿acaso la gente entre la que se había criado volvería a reconocerlo? ¿Regresaría algún día con ellos? Años atrás Critolao le había transmitido su herencia de jefe y, en un lugar oculto, el gran arco esperaba volver a ser empuñado por Talos, el lobo. En un oscuro subterráneo la armadura del rey Aristodemo y su espada maldita esperaban para volver a ver la luz, pero ¿cuándo llegaría el amanecer de ese día?

La casa de los Cleoménidas se encontraba a tiro de piedra, la casa del dragón... la casa de Aristarcos, su padre. Allá, en aquel lugar, lo había visto por primera vez y nunca jamás olvidaría la pena ardiente de aquellos ojos profundos, la desesperación de aquella mirada mientras él se apoyaba en su pie tullido. Recordó las palabras de Perialla, la pitonisa fugitiva:

El dragón y el lobo con odio
implacable se atacan...

Aquella noche estrellada, en las colinas de Platea, aquellas palabras en labios de Brito... el lobo del Taigeto y el dragón Cleoménida... Pero Aristarcos estaba muerto, Brito estaba muerto, ¿dónde estaba el dragón sino dentro de él, en el corazón de Cleidemo el Cleoménida, junto al lobo de Mesenia? En su interior las dos fieras se atacaban con furia renovada, sin tregua, sin paz... ¿Por cuánto tiempo seguirían así? ¿Por qué le habían reservado los dioses un destino tan perverso a un niño tullido?

Cayó en la cuenta de que el ilota se había detenido delante de la cancela de la casa: el patio aparecía invadido por las hierbas, la tapia estaba desconchada y medio derruida, en el altar doméstico blanqueaban los ojos de Melas. Hacía años que nadie ponía pie en aquel lugar...

—¿Sabes dónde sepultaron a mi madre Ismene? —le preguntó al ilota.

—Sí, noble señor —repuso el sirviente—. Está enterrada allá, entre esos cipreses —y le señaló una rústica arca de piedra en medio del campo que rodeaba la casa.

—Espérame aquí —le ordenó al ilota, y se dirigió hacia el sepulcro de su madre.

En ese momento se levantaba el sol derramando la luz sobre el valle: la casa salía de la oscuridad y los cipreses ondulaban ligeros con la brisa matutina. Cleidemo permaneció largo rato delante de la tumba con la cabeza inclinada. De pronto, mientras la luz del sol irrumpía vivida en el aire terso, medio cubierta por el musgo que había crecido sobre la piedra sepulcral, le pareció ver una inscripción que decía:

ISMENE HIJA DE EUTIDEMO
ESPOSA DE ARISTARCOS EL DRAGÓN
DE DOS HIJOS VALIENTES
MADRE INFELIZ.
A ELLA EL PRECIOSO REGALO
DEL LEÓN DE ESPARTA
LOS DIOSES ENVIDIARON.

Llamó al ilota a gritos y este, una vez que hubo atado el asno, acudió prestamente.

—¿Quién dictó esta inscripción? —le preguntó indicando la piedra esculpida.

El ilota se detuvo a mirar la inscripción y luego repuso:

—Señor, fui asignado a tu servicio porque durante mucho tiempo cultivé los campos de tu padre Aristarcos, honrado sea, y fui convocado junto con otros compañeros para construir esta tumba. No sé leer los signos escritos pero recuerdo bien que entonces solo esculpieron las primeras cuatro líneas, estoy seguro; por otra parte, si quieres asegurarte, puedes interrogar a mis compañeros y consultar los archivos del Consejo, donde seguramente existirá copia de esta inscripción, que se mandó hacer con cargo a las arcas públicas.

—¿Estás seguro de cuanto afirmas? —insistió Cleidemo.

—Es como te digo, señor. Pero puedes asegurarte de ello sin dificultades.

—Te doy las gracias —repuso—; ahora ve a ocuparte de la casa y de mi bagaje, me reuniré contigo en un instante.

Mientras el sirviente se marchaba, Cleidemo se quedó para observar la inscripción: no había duda de que las tres últimas líneas habían sido añadidas. Se notaba claramente la diferencia de la mano y además se veía que las cuatro primeras estaban bien centradas en la lápida mientras que las siguientes se extendían demasiado abajo, hasta tocar casi el borde inferior. No hacía falta buscar más testimonios. ¿Quién habría podido añadir

aquellas palabras ? ¿Cuál sería el regalo al que se refería la inscripción? Era como si quisieran transmitir un mensaje, tal vez un mensaje importante: debía descubrir a quién iba dirigido y cuál era su contenido.

Fue hacia la casa; el ilota se encontraba en el establo donde había dejado al asno. Cleidemo abrió con dificultad la puerta de roble, que giró sobre los goznes herrumbrados emitiendo un chirrido. El interior se encontraba sumido en la más completa desolación: el techo del atrio estaba repleto de telarañas y una espesa capa de polvo cubría todos los objetos. Cuando él apareció, dos ratas enormes se refugiaron precipitadamente en su madriguera. En el nicho, los héroes Cleoménidas también estaban cubiertos de polvo y telarañas y la lámpara votiva estaba vacía y seca. Pasó a las estancias contiguas y vio el que debía haber sido el tálamo de sus progenitores. De la amplia cama antigua solo quedaba el armazón de encino macizo, el colchón y las mantas se habían convertido en nido de ratones. Oyó ruido de pasos en el atrio: el sirviente iba a preguntarle qué mandaba.

—Quiero que se limpie esta casa y que recupere su decoro porque pienso vivir en ella —le dijo Cleidemo dirigiéndose a la sala—, y cuando todo esté en orden mandaré llamar a la mujer que me crió en la montaña como hijo de tu pueblo. ¿Cómo te llamas ? —le preguntó luego al anciano sirviente.

—Alesos, señor.

—¿Sabes de quién hablo?

—Lo sé, señor; hablas de la hija de Critolao. Tu historia es muy conocida en esta ciudad.

—Mejor así —continuó Cleidemo—. Esta noche dormiré en el atrio.

El resto del día lo pasó trabajando junto a Alesos y a otros sirvientes que había mandado llamar de los campos. Al caer la noche, encendió el fuego en el centro del atrio y la lámpara votiva; y en ese momento le pareció que la vida había vuelto a la antigua morada. Se sentó cerca del hogar junto al sirviente que lo acompañaba.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Cleidemo.

—Más de setenta, señor.

—¿Desde cuándo sirves en esta casa?

—Desde que nací, igual que mi padre y el padre de mi padre.

—De manera que viviste mucho tiempo con Aristarcos, el señor de esta casa.

—Sí, señor, y hasta que conservé la fortaleza de mis miembros lo seguí a la guerra como ayudante personal.

—Hablame de él... ¿Qué clase de hombre fue?

—Fue un gran guerrero, pero no solo eso; la virtud militar es algo común en este país. Era también un hombre justo y generoso, y por eso podía confiar en nosotros. —Se levantó para echar más leña al fuego, luego volvió a sentarse y siguió diciendo en voz baja—: Nuestra gente no quiere a los espartanos, señor...

—Ya lo sé, Alesos, he vivido con tu gente.

—Son unos caparazones de hierro y bronce que carecen de alma.

—Eres muy valiente al hablar de este modo con el comandante del cuarto batallón de los Iguales.

—Pero tu padre era un verdadero hombre y de su mano nadie recibió jamás golpes ni sufrió humillaciones.

—¿Y qué piensas de mí?

—¿De verdad quieres saber lo que pienso?

—Sí, habla libremente.

—No puede apagarse la voz de la sangre y estaba escrito que volverías al lugar del que habías salido. Solo tú conoces los secretos de tu alma, pero también creo que la herencia de Critolao no se perdió. El rescoldo arde durante mucho tiempo bajo las cenizas y los necios creen que se ha apagado, pero cuando el viento vuelve a soplar, despierta otra vez la llama.

Cleidemo bajó la mirada.

—No sé de qué hablas, viejo.

—Señor, entre siervos hay algunos a los que la triste necesidad o el miedo han impulsado a convertirse en ojos y oídos de los poderosos que oprimen a nuestro pueblo; guárdate de ellos, que yo te revelaré sus nombres. En cuanto a mí, deseo que sepas que conocí y quise a Critolao como quise a tu padre Aristarcos. Tú eres una planta que tiene sus raíces en dos campos distintos, pero yo cultivé los dos con amor y si quieres puedes tener prueba de ello. Es justicia que te ocupes de la casa en la que naciste y honres la memoria de tu padre, ilustre y desventurado. El camino que deberás recorrer quizá esté oculto por ahora, incluso para ti, y solo los dioses podrán revelártelo.

Cleidemo se levantó para atizar el fuego.

—Los dioses conocen el camino que debemos recorrer —dijo mirando las llamas que ardían gallardas en el hogar—. Mañana subirás a la montaña

y me traerás a la mujer que durante veinte años me hizo de madre... Le dirás que nunca dejé de pensar en ella y que fue el destino el que me mantuvo lejos... que la espero con el amor de un hijo.

—Al amanecer me pondré en camino —le dijo el sirviente poniéndose en pie—; si me das permiso, iré a acostarme.

—Puedes irte —le dijo Cleidemo—, que los dioses te concedan un buen descanso.

—A ti también, señor —respondió el viejo al tiempo que abría la puerta para salir.

—¿Vendrá? —le preguntó Cleidemo sin volverse, como si pensara en voz alta.

—Vendrá —le contestó el sirviente, y cerró la puerta de roble.

Cleidemo se acostó junto al fuego y durante un buen rato pensó en la madre que esperaba en su cabaña de la montaña y en la madre que dormía para siempre en su gélido sepulcro, vigilado por los cipreses.

La vio desde lejos, a la grupa del asno que Alesos llevaba por el cabestro, y la reconoció enseguida: lanzó al suelo la hoz con la que segaba los hierbajos del corral y echó a correr lo más rápidamente que pudo a pesar de que el pie tullido dolía mucho debido al mal tiempo. Pero en ese momento ningún dolor habría sido capaz de detenerlo. La levantó en brazos arrancándola de la alabarda y la estrechó con fuerza, incapaz de pronunciar palabra. Entretanto, Alesos se alejaba con el asno hacia el establo.

—Madre... —logró decir por fin—. Madre, cuánto tiempo... tus cabellos... están blancos.

Le acariciaba la cabeza y el rostro y luego volvía a estrecharla entre sus brazos. Notó que sus lágrimas cálidas le mojaban el rostro y luego oyó su voz trémula:

—Hijo, los dioses son buenos si me han concedido este día. Desde que partiste, todas las noches, antes de cerrar la puerta, miraba hacia el sendero que viene del llano porque esperaba verte subir.

—Oh, madre —respondió Cleidemo—, y has tenido que ser tú, que estás vieja y cansada, quien ha venido a verme...

Le rodeó los hombros con el brazo y juntos se dirigieron hacia la casa. Entraron, cerraron la puerta y en la soledad de la gran morada silenciosa dieron rienda suelta a los sentimientos que durante años habían guardado en el corazón. El llanto fue dulce para ellos y se miraron largo rato a los ojos sin decir palabra.

Cleidemo notó que los labios de su madre ya no pronunciaban el nombre de Talos que él esperaba oírle decir. Lo llamaba «hijo» y en aquella palabra ponía toda el alma, pues para ella era más preciosa que la vida misma, pero el nombre de «Talos» lo guardaba en su interior como un recuerdo que se conserva celosamente, esperando que los acontecimientos siguieran su curso. Cleidemo tenía muchas cosas que preguntarle pero no se atrevía: ¿qué había sido de Antinea, qué se sabía de Caras? Había permanecido fuera mucho tiempo y sin la posibilidad de transmitirle noticias propias. ¿Cómo pudo mantenerse vivo el recuerdo de Talos en las personas que amaba? Fue su madre la que habló sin que él preguntara nada.

—¿Tienes mujer? —le preguntó.

—Tuve muchas en el tiempo que estuve lejos, pero nunca amé a ninguna, por eso me encuentro solo.

—Tienes casi treinta años, hijo; conoces la costumbre: los Iguales que han alcanzado la edad deben escoger esposa.

—Madre, nunca dejé de amar a Antinea; ¿cómo puedo escoger a otra mujer?

—Escúchame: Antinea pertenece a nuestro pueblo y sabes bien que...

—¿Dónde está? Madre, solo dime dónde está, quiero saberlo.

—¿De qué te serviría? Solo podrías convertirla en tu concubina, nunca en tu esposa. La ciudad no querrá que los Cleoménidas se extingan, por eso te han devuelto la casa de tu padre, ¿no lo comprendes? Y si no escoges tú, ellos te elegirán una virgen de noble familia que será conducida a tu casa para convertirse en tu esposa. Pero si quieres, antes podrás verla en la palestra mientras se ejercita con los muslos desnudos...

—No es posible... —dijo Cleidemo frunciendo el ceño—, nadie puede obligarme...

—Es cierto, no pueden obligarte a casarte, pero de todos modos la meterán en tu cama para que deposites en su vientre la simiente de los Cleoménidas. Oh, hijo, has estado fuera tanto tiempo que ahora comprendo que las costumbres de esta ciudad te resultan desconocidas.

»Desde siempre la ciudad ha estado obsesionada por el temor a que el número de los Iguales disminuya. Existen espartanos que ignoran quién es su padre y se lo encuentran todos los días. Hombres incapaces de procrear hicieron fecundar a sus esposas por famosos guerreros para tener una prole fuerte y robusta, del mismo modo que nosotros sometemos a una yegua al más vigoroso garañón para mejorar la raza de nuestros animales. La ciudad

no puede permitir que disminuya el número de los Iguales, ni que se apague una de sus familias, sobre todo en momentos en que los nacimientos son escasos. Por eso no puedes pensar en reunirte con Antinea.

Cleidemo callaba con el corazón oprimido por la pena. Aquellas palabras le ponían ante los ojos la maldición de su vida, pero si un día en Tracia había tomado la decisión de matarse, en ese momento estaba dispuesto a batirse y a no inclinar más la cabeza ante las adversidades, aunque le parecieran insuperables.

—Madre —dijo entonces—, quiero que me digas lo que sabes de Antinea aunque se trate de cosas que puedan herirme. En cuanto a mí, sabré qué hacer cuando llegue el momento.

—Lo que sé de Antinea me lo refirió Caras. Vive con Pelias, su padre, en Mesenia, a tres días de camino de aquí. Pelias está viejo y débil y Antinea es su único sostén. Cratipo, su amo, murió hace tres años y su hijo también cayó en la batalla cuando los espartanos guerreaban en Asia. El producto de su granja pertenece ahora a la ciudad pero es posible que sean reclamados y asignados a otra tarea a las órdenes de otra familia. También puedo decirte, ya que lo quieres saber, que Antinea nunca te olvidó y que no se unió a ningún otro hombre. El amor que le inspira su padre también se lo ha impedido. De seguir a un marido habría tenido que abandonar a Pelias, que, como te he dicho, está demasiado débil y viejo para ocuparse solo de la granja. Lo habrían echado y habría muerto en la indigencia.

—¿Y Caras?, háblame de él; ¿dónde está, cuándo lo viste por última vez?

—Durante todos estos años Caras fue mi sostén aunque a veces desaparecía por largos períodos. Pero esto no me producía dificultad alguna: la gente de la montaña se acuerda siempre de Critolao y nunca me faltó lo necesario. Por desgracia, hace tres meses que no sé nada de Caras y nadie sabe dónde se encuentra. Le he preguntado a los pastores y a los campesinos que a veces suben del llano, pero nadie ha sabido darme noticias de él. Al principio no me preocupé porque sé que otras veces dejó su cabaña de la fuente de arriba, pero después comencé a temer porque acostumbraba a decírmelo cuando se marchaba por mucho tiempo.

—¿Sabía que yo había vuelto? —le preguntó Cleidemo poniéndose repentinamente sombrío.

—Lo sabía. Es más, fue él quien me dio la noticia. Decía que pronto volveríamos a abrazarte, decía que para encontrarte habría sido capaz de

remover cielo y tierra.

—Era capaz de hacerlo —dijo Cleidemo sonriendo—. En cualquier caso, si lo que dices es cierto, no se explica cómo ha podido desaparecer. Pero en estos momentos son muchas las cosas que confunden mi mente y necesito reflexionar. Desde que era niño me siento rodeado de hechos y acontecimientos misteriosos... desde aquella noche en que Critolao me condujo hasta el bosque... tú sabes dónde, ¿no es así, madre?

La mujer asintió manteniendo la vista baja.

—Por extraño que parezca, Critolao nunca me habló claramente, nunca me dijo qué quería de verdad que hiciera y, cuando murió, apareció Caras. Siempre consideré su presencia como algo precioso porque él, al igual que Critolao, me guió... en muchas ocasiones me indicó el camino, pero nunca me dijo adonde conduce el camino... ni cuál es la meta exacta. Puedo decirte, madre, que no sé quién es en realidad. Lo que sé con certeza es que Critolao lo mandó llamar antes de morir... Conoce el secreto de la espada maldita, sabe dónde se encuentran las armas del rey Aristodemo. Pero ya ha llegado el momento de que yo decida la suerte de mi vida: Caras deberá regresar y entonces lo comprenderé. Todos los años que llevo formulándome preguntas, buscando entre los recuerdos, resucitando de la memoria miradas, palabras, frases... todo tendrá por fin respuesta. Tal vez tú también, madre, tú también me ocultas cosas que quisiera saber...

—Oh, no, hijo, siempre te lo he contado todo y ahora también te he dicho todo lo que sé... Entre los nuestros, los hombres son quienes deciden, no las mujeres; ellos se ocupan de cuanto tiene que ver con el bien común. Pero yo también creo que un día Caras volverá y entonces todos sabremos qué es preciso hacer.

—Madre —dijo Cleidemo—, hace diez años me alejé de la montaña para buscar mi camino y, por desgracia, la suerte no quiso que lo encontrara. Pero he encontrado otras cosas. Muchas cosas que entonces desconocía me son ahora familiares: quien me abandonó de pequeño me amaba a pesar de que la ley de la ciudad no le permitió nunca demostrarlo; en el fondo de su alma, mi hermano Brito era un hombre sincero y generoso, y también me amaba. Conocí a Pausanias, uno de los hombres más ilustres de la Hélade, y sé cuál era su gran sueño; con él creí que sería posible salvar mi sangre espartana y rescatar al pueblo de Critolao de una larga servidumbre. Pero ahora estoy perdido, porque estoy solo; no sé de quién fiarme entre los Iguales de Esparta y ni siquiera sé si puedo fiarme de

los ilotas que me rodean. Por lo que me consta, algunos de ellos, quizá por necesidad o quizá obligados, se convirtieron en espías de los Éforos y los Ancianos. Madre, ahora que estás conmigo, debes decirme quién, de entre la gente de la montaña, está a mi favor y quién está en mi contra...

—Es arduo responder a lo que me pides, hijo —contestó la mujer—, porque tal vez haya quienes aman a Talos, el lobo, pero odian a Cleidemo, el dragón...

Cleidemo se puso en pie mirándola con decisión.

—¡Soy lo que soy, madre! Los dioses quisieron que tuviera dos nacimientos, dos madres y dos nombres, y que fuera hijo de dos pueblos mortalmente enemigos, pero no pienso llorar más ni inclinar la cabeza. — Los ojos le brillaban bajo las negras cejas fruncidas y su voz sonó firme y decidida—. ¡Y los dioses deberán señalarme el camino! En cuanto a los hombres, los que me conocen saben que soy incapaz de dobleces y traición, saben que sufrí como un perro y que no temo a la muerte. Solo quiero saber, si quieres decírmelo, de quién debo cuidarme y con quién puedo hablar sin temor a ser traicionado. Tengo un sirviente en esta casa... su nombre es Alesos...

—Lo conozco, de él puedes fiarte sin temor. Fue él quien nos advirtió que nos mantuviésemos en guardia cuando los hombres de la Cripteia fueron a nuestra casa aquella noche y sin su ayuda Caras no habría podido llevarle a Brito la armadura de su padre... Es hoy uno de los ancianos de nuestra gente y el pueblo tiene en cuenta su palabra.

—Me dijo que sirvió fielmente a mi padre Aristarcos y creo que le tenía cierto afecto.

—Puedes creerle; es un hombre sabio y ama el coraje y la valentía, estén donde estén. Quizá él pueda comprenderte mejor que nadie porque conoció a Critolao y también a Aristarcos.

—¿Y tú, madre, puedes comprenderme?

—Los dioses quisieron que mi vientre fuera estéril —respondió ella levantando la blanca cabeza—, pero tú eres mi hijo... eres mi hijo... —Y levantó los grises ojos anegados en llanto.

Tocaba ya a su fin el breve día invernal y la sombra de la montaña, como la mano de un gigante, descendía sobre la casa de los Cleoménidas, se extendía sobre el llano, sobre los caseríos, hasta las gélidas aguas del Eurotas; serpeaba entre las blancas casas de Esparta, la invencible, hasta atrapar la acrópolis y los muros soberbios de la Casa de Bronce.

El oficial de la Cripteia pasó revista a sus hombres a la luz de la luna; cincuenta soldados a caballo con armas ligeras para una acción veloz y decidida. En un trapiche abandonado, cerca del promontorio de Ténaro, se habían reunido todos los jefes ilotas en representación de la gente de la montaña y el llano. Entre ellos debía de encontrarse también el hombre que él había torturado y dejado tuerto en los sótanos de la Sala del Consejo. La orden era exterminarlos porque preparaban una rebelión. No debía huir ninguno y los ilotas, privados de un plumazo de sus jefes, se darían cuenta de que no había esperanza de liberarse y de que su esclavitud estaba destinada a durar para siempre.

Después de dar la señal se lanzó al galope por las calles oscuras del barrio de Cola de Perro, seguido del pelotón de caballeros y salió al camino de Amicles. Hacia medianoche se detuvo con sus hombres al pie de la pequeña colina en la que se erguía el trapiche abandonado: todo iba de maravilla; incluso la luna se había puesto y los hombres podrían arrastrarse en la oscuridad y rodear por completo la construcción sin ser vistos. Cuando dio la orden de desmontar se oyó ladrar a un perro, después a otro y toda la zona no tardó en ser un clamor de ladridos. Los ilotas iban acompañados de los perros pastores que en ese momento daban la alarma. Los caballos se asustaron y comenzaron a piafar y a relinchar tratando de darse a la fuga; los hombres, tomados por sorpresa, no lograron contenerlos.

—¡Dejadlos ir! —gritó el oficial—. Los recuperaremos después. ¡Avanzad ahora, no deben huir!

Entretanto, al percatarse del peligro, los ilotas habían salido por el otro extremo intentando ponerse a salvo en la oscuridad, pero se trataba de un lugar desierto y desnudo, de una explanada rocosa a orillas del mar, azotada por el viento. A poca distancia, en el borde extremo del promontorio, se elevaba el templo de Poseidón Enosigeo, dios del mar invocado por los navegantes en el momento de doblar el cabo de Ténaro, coronado de escollos afilados. Los fugitivos buscaron refugio en el sagrado recinto, aunque fue inútil: los hombres de la Cripteia entraron corriendo por todas partes y rodearon la pequeña explanada que había delante de la columnata del santuario.

Los ilotas retrocedieron entonces hacia el altar y allí se sentaron, como suplicantes, poniéndose bajo la protección del dios. Los espartanos se detuvieron, inseguros, se volvieron hacia el oficial, pero este desenvainó la espada y dio orden de cargar. Los guerreros se abalanzaron sobre las

víctimas inermes y las destrozaron. Las espadas cayeron implacables, se hundieron sin piedad en la maraña de cuerpos, rompiendo huesos, partiendo los pechos desnudos, haciendo brotar a borbotones la sangre, que empapó la piedra sagrada del altar. En la columnata del templo resonaban los gritos desesperados y las imprecaciones, que se mezclaron con los ladridos enfurecidos de los perros y los relinchos de los caballos que corrían aterrados en plena noche.

Entretanto, el oficial había entrado en el templo para salir poco después con dos antorchas encendidas para iluminar la explanada. La escena que se presentó ante sus ojos era tan atroz que, a pesar de estar acostumbrado a ver sangre, un conato de vómito le revolvió el estómago: en la oscuridad, sus hombres no habían golpeado con la precisión del guerrero sino con la brutalidad del carnicero.

Apartó la mirada de la carnicería y ordenó a sus hombres que se retiraran. La explanada del templo volvió a sumirse en el silencio; las dos antorchas, abandonadas en el suelo, chisporrotearon difundiendo a su alrededor una reverberación palpitante.

En el halo sanguíneo se recortó entonces una silueta negra; las llamas moribundas iluminaron una cara barbuda, de mandíbula contraída y frente taurina horriblemente ceñuda bajo la cual un solo ojo entrecerrado lanzaba chispas siniestras, como una brasa ardiente.

Esa noche en la montaña los lobos aullaron mucho rato y la gente del Taigeto se sorprendió pues aún no había llegado la época de celo, pero aquel lúgubre coro despertó a los viejos en sus yacijas y les heló el corazón; algunos de ellos, presagiando que la desventura se había abatido sobre su pueblo, vertieron amargas lágrimas en la oscuridad.

ANTINEA

Trastornado, Alesos entró para avisar a su amo de la matanza perpetrada por los espartanos en Ténaro, pero no lo encontró: se había marchado antes del amanecer con rumbo a Mesenia. En el establo faltaba el caballo castaño, el que había traído de Asia. A esa hora, después de haber dejado atrás Selasia y franqueado las estribaciones septentrionales del Taigeto, Cleidemo descendió hacia la ladera occidental de la montaña para enfilarse el camino que llevaba a la aldea de Thouria.

Cabalgó todo el día; de vez en cuando bajaba de la silla para estirar las piernas y calentarse un poco andando. El cielo estaba cubierto y el viento empujaba hacia el golfo de Mesenia grandes nubes cenicientas. El paisaje que tenía ante sí se desmenuzaba en infinidad de pequeños valles separados por las laderas onduladas ora cubiertas de bosques, ora desnudas por las rocas que en ellas afloraban. De vez en cuando se cruzaba con algún pastor al que pedía información sobre el camino y con quien intercambiaba unas palabras. Hablaban un dialecto casi igual al de los ilotas del Taigeto.

Sentado al abrigo de una roca, comió un mendrugo de pan con higos secos mientras su caballo pastaba un poco de hierba amarillenta; después reemprendió el viaje con rumbo al oeste. Al atardecer el cielo se oscureció más aún amenazando lluvia y se puso a buscar un refugio para la noche. En medio de un claro, cerca de un arroyo, vio una modesta casa de madera con redil, sin duda la morada de algún pastor ilota, y dirigió su caballo en esa dirección.

Al aproximarse, el perro comenzó a ladrar: bajó de la silla y esperó al borde del patio, seguro de que alguien saldría a ver quién era. De la chimenea salía humo, señal de que los ocupantes acababan de regresar del trabajo. La puerta se abrió y apareció un hombre anciano, todavía fornido, vestido con una túnica de lana larga hasta los pies, que aguzó la vista en la oscuridad. Cleidemo avanzó entonces y dijo:

—Salve, amigo, me llamo Cleidemo, soy forastero y la noche me ha sorprendido en este lugar. No tengo refugio y me temo que pronto lloverá; te pido alojamiento para mí, un techo y un poco de heno para mi caballo.

—Tienes razón —dijo el hombre—, sin duda lloverá, o quizá nieve. Pasa, forastero.

Cleidemo le tendió la mano y notó que el hombre observaba la lanza enfilada en el estribo.

—¿De dónde eres? —le preguntó el hombre mientras entraba en la casa antes que él.

—De Megara. Voy hacia Thouria a comprar lana.

—No tengo mucho que ofrecerte —dijo—, pero me alegraré de que compartas conmigo la cena, si lo deseas.

—Cenaré contigo de buen grado —respondió Cleidemo—, pero yo también llevo algo en mi alforja —añadió mientras sacaba pan, aceitunas y queso y lo depositaba todo sobre la mesa.

—Bien —repuso el hombre—, ponte cómodo y caliéntate un poco junto al fuego. Iré a guardar tu caballo: él también debe de estar cansado y hambriento.

Cleidemo miró a su alrededor: la estancia era muy pobre y los únicos muebles que en ella había eran la mesa y dos escabeles. En un rincón estaban las herramientas: una zapa, un rastrillo, un saco de cebada. Sobre la mesa, en un plato de madera, había unas raíces aliñadas con vinagre y un poco de sal, dos huevos y un vaso de barro lleno de agua. Su anfitrión debía de ser pobrísimo. Lo oyó trajinar un rato en el pajar y luego la puerta se abrió y lo vio entrar restregándose las manos.

—Como te decía, comienza a nevar. Será mejor que echemos más leña al fuego.

Cogió un haz de sarmientos y lo lanzó al hogar. Se elevó una buena llamarada crepitante que difundió un poco de calor en la estancia. No había linterna, y ciertamente ese pastor no podía permitirse quemar aceite si le faltaba para aliñar su comida.

Se pusieron a comer y Cleidemo se sirvió raíces del plato para agradecer la hospitalidad y ofreció a su vez su comida, que el hombre pareció agradecer mucho.

—¿Puedo saber tu nombre? —le preguntó Cleidemo en un momento dado.

—Me llamo Basías —repuso el hombre—. Perdona si no te lo dije antes. Por aquí no pasa nunca nadie y no estoy acostumbrado a recibir visitas.

—¿No tienes miedo de vivir aquí solo? —le preguntó Cleidemo.

—¿Y de qué? Los ladrones no tendrían nada que robar. El rebaño es de mi amo, que es espartano, y nadie se atreve a robar a los espartanos. Háblame de ti, mejor, tienes un caballo y una lanza... debes de ser un señor...

—¿Te parece extraño que un mercader viaje a caballo armado de lanza? Bien, te diré que la lanza y el caballo fueron mi pan durante mucho tiempo. Combatí muchos años en Asia como mercenario, hasta que un día me caí de la silla y me quedé cojo, por lo que decidí retirarme e iniciar un pequeño comercio.

—¿No es demasiado pronto para comprar lana? —le preguntó Basías—. La esquila se hace dentro de dos meses, tal vez tres, si el tiempo no mejora.

—Es cierto —respondió Cleidemo—, pero pensé que si llegaba antes podría asegurarme mejor precio; además, debo ver a alguien... un hombre llamado Pelias... ¿lo conoces?

El hombre levantó la cara del plato y miró a su invitado con expresión sorprendida.

—¿Pelias? Conozco a un campesino ilota que vive a más de un día de camino de aquí.

—¿Un día de camino? —dijo Cleidemo—. Podría tratarse de quien busco y si el tiempo no mejorara podría pedirle que me alojara mañana por la noche... puedo pagarle.

—Sí —dijo Basías limpiándose la barba y recogiendo las migas de la mesa—, pienso que harás bien. Mañana, al caer la noche, encontrarás su granja en este mismo camino. Tu caballo no podrá avanzar deprisa en la nieve. Si no equivocas el rumbo, llegarás un par de horas después del crepúsculo. Dile que te envía Basías, el pastor, y que has sido mi huésped: te recibirá de buen grado. Pero dale algo, si puedes... es muy pobre.

—¿Vive solo como tú?

—Si no recuerdo mal, tiene una hija que le ayuda, pero su condición es bien triste... si puedes, dale algo.

Se levantó para echar más leña al fuego y después volvió a salir a buscar la paja para la yacija de su huésped.

—Es cuanto tengo —le dijo esparciendo la paja en el suelo—, deberás conformarte con una cama bien mísera.

—No te preocupes —repuso Cleidemo—, fui soldado y muchas veces dormí en la tierra pelada. Esta paja está bien seca, estaré muy bien. ¿Y tú

dónde dormirás?

—En el establo, con las ovejas.

—Oh, no, no quiero que me cedas tu sitio. Iré yo al establo.

—Si es por eso, como verás, aquí cabemos los dos, pero prefiero dormir en el establo porque temo que esta noche haya lobos por los alrededores.

—Si es así, de acuerdo —dijo Cleidemo—; si necesitaras ayuda, despiértame... llevo mi lanza y puedo echarle una mano.

—Te doy las gracias, huésped —dijo Basías—; descuida, te llamaré si hace falta. Te deseo una buena noche.

—Y yo a ti —respondió Cleidemo.

Lo siguió hasta la puerta y vio que la nieve lo había cubierto todo y seguía cayendo en gruesas capas. Por doquier había una claridad que permitía distinguir la explanada del patio y la cabaña de leña con techo de paja donde estaban los animales. Basías se dirigió hacia allí dejando profundas huellas en el manto nevado, abrió la puerta y fue recibido por mugidos y balidos, y luego la cerró a sus espaldas.

Cleidemo se quedó contemplando la nieve que caía y a su mente acudieron los largos inviernos de Tracia, la infinita tristeza de aquellas desiertas soledades, las largas marchas en la nieve con la armadura que se convertía en un caparazón de hielo, las incursiones en las aldeas dormidas, los gritos de las mujeres, el fuego, el barro, la sangre... Ahora, la nieve que caía lentamente cubriendo el mundo con un velo candido parecía un signo de paz, tenía casi la impresión de que caía dentro de él para cubrir los desgarros profundos y apagar los gritos, los estremecimientos, los miedos... Todo blanco...

Del establo le llegaba algún que otro balido amortiguado: los corderos acurrucados contra el vellón de sus madres soñaban con prados florecidos y, en su rincón, el gran carnero de cuernos retorcidos levantaba de vez en cuando las narices humeantes si en el aire flotaba el olor acre del salteador... el lobo.

Antes de entrar se arrebujó con la capa, pero un leve ruido de ramas quebradas lo devolvió al umbral. Escrutó la oscuridad ante él; no había nada, quizá lo había imaginado... De repente, al final del patio, dos ojos amarillos se abrieron enormes en la oscuridad y vio avanzar un lobo, un macho corpulento de pelo plateado. Pensó en armarse con la lanza pero se quedó inmóvil mirando fijamente aquellos dos ojos que brillaban. El animal

se acercó más a él y se detuvo a unos cuantos pasos; levantó el morro como para olerlo y agachó la cola hasta tocar la nieve, luego se dio la vuelta y se perdió en un torbellino de blancos copos. Pero el perro no había ladrado y los animales del establo no habían dado ninguna señal de temor...

Cleidemo cerró la puerta, se tendió junto al fuego y miró las llamas que danzaban azuladas entre las brasas apenas veladas por las cenizas. Echó otro trozo de leña, se tumbó y se tapó con la capa. La tibieza comenzó a invadir sus miembros cansados, se le cerraron los ojos y, mientras el sueño se apoderaba de él, oyó un aullido en la noche y luego otro, más prolongado y lejano... Pero el perro dormía fuera, ovillado bajo el techo, y dormían los corderos acurrucados en el vellón de sus madres y el gran carnero de los cuernos retorcidos.

El frío lo despertó en plena noche: el fuego se había apagado y el viento que entraba por las numerosas grietas enfriaba la estancia. Se puso a soplar las brasas y echó más hornija hasta que la llama se reavivó. Estaba a punto de volver a reconciliar el sueño cuando oyó el chirrido de la puerta del establo y el gañido quedo del perro, como si hubiese llegado alguien que el animal conocía. Fue hasta la puerta, la entreabrió apenas y vio unas siluetas envueltas en capas oscuras que entraban en el establo. Salió sin hacer ruido y se acercó a la pared que daba a la casa: por una grieta en las tablas de madera vio a duras penas el interior iluminado por una antorcha humeante.

Uno de los dos hombres comenzó a hablar:

—Basías, te traemos malas noticias; los jefes de nuestra gente, reunidos en el viejo trapiche cerca del cabo de Ténaro, fueron rodeados por la Cripteia y exterminados. Se refugiaron en el recinto del templo de Poseidón, pero por lo que se comenta, los espartanos ni siquiera tuvieron respeto por el lugar sagrado y los mataron sobre el mismo altar al que se habían aferrado. Ahora es imposible una rebelión; por eso te avisamos, para que transmitas la noticia. No podemos exponernos a más riesgos, deberemos esperar a que los tiempos cambien y la situación nos sea favorable.

Basías inclinó la cabeza como aturcido por un pesado golpe.

—¿No se salvó nadie? —preguntó al cabo de un largo silencio.

—Nadie —respondió su interlocutor—. Se le ha permitido a nuestra gente sepultar los cuerpos.

—¿También... el guardián?

—No, él no. Su cuerpo no estaba. Tal vez consiguiera huir o quizá llegara cuando ya habían matado a los demás y se alejó de allí.

—Los espartanos habrían podido ocultar su cuerpo. ¿Y desde entonces nadie ha vuelto a verlo?

—No, que se sepa, nadie. Pero ¿por qué iban a querer esconder su cuerpo? No hay motivos. No, debe de estar vivo, oculto en alguna parte. Alguien nos traicionó y probablemente él ya no se fía de nadie, pero puedes estar seguro de que reaparecerá y entonces nos dirá cuándo será el día de la venganza y tal vez... de la libertad.

Los tres se quedaron unos instantes en silencio y Cleidemo, turbado por lo que acababa de escuchar, temblaba de emoción y desprecio y ni siquiera sentía los dientes afilados del frío. Las nubes se habían abierto y las estrellas titilaban en el cielo límpido.

—Hay alguien en tu casa —dijo uno de los recién llegados—, vimos el humo de la chimenea y la reverberación de la llama en el hogar.

—Sí —respondió Basías—, es un viajero que me pidió refugio para pasar la noche. Me dijo que era un mercader megarense, pero se diría más bien que es laconio.

—Ten cuidado, hay espías de la Cripteia por todas partes. Los espartanos sospechan e intentan quitar de en medio a todos aquellos de los nuestros que puedan ser rebeldes.

—¡Por los dioses! —exclamó Basías—. Si es como dices, lo mataré y no me detendrá la ley de la hospitalidad, del mismo modo que los espartanos no respetaron el sagrado recinto de Poseidón.

—No, Basías. Sea quien sea ese hombre, no debes levantar la mano contra él. Deja que sean los espartanos quienes se manchen con el sacrilegio y provoquen la cólera de los dioses. Si en realidad fuese un espía de la Cripteia, no te sería fácil matarlo e incluso si lo consiguieras la venganza de Esparta sembraría nuestras tierras de mayores duelos. Adiós, Basías, que los dioses te protejan.

El hombre se levantó y se envolvió en la capa. Cleidemo retrocedió entonces hasta la casa, no sin antes borrar las huellas con el borde de la clámide, y entró apenas a tiempo.

Los dos hombres salieron al patio, echaron a andar en silencio por la nieve y enfilaron otra vez por el sendero que iba hacia oriente. La luz del establo se apagó y Cleidemo se tendió con el espíritu turbado. La pena que lo afligía no lo dejaba dormir, seguía escuchando las palabras de aquellos

hombres; se imaginaba la matanza, los gritos, los estertores de agonía, la sangre que manchaba el altar... y otro pensamiento lo agitaba: ¿quién era el que Basías había llamado «el guardián»? Ni siquiera Critolao había pronunciado nunca esa palabra, ni le había hablado jamás de semejante personaje; oculta en el fondo de su alma sentía que debía estar la solución de aquel misterio.

Se revolvió largo rato en su yacija sin poder tranquilizarse hasta que lo asaltó el pensamiento de Antinea y la imagen de su rostro se dibujó nítidamente ante sus ojos. Entonces el sueño volvió a atraparlo disolviendo la pena de su corazón y el cansancio de sus miembros.

El viento se había llevado todas las nubes y las siete estrellas de la Osa Mayor brillaban a poca altura sobre las colinas de Mesenia.

A Cleidemo no le resultó difícil mantener la dirección correcta porque el sendero, a pesar de estar oculto bajo la nieve, corría por el fondo de un valle y no había manera de alejarse sin treparse a las laderas de las colinas rocosas que lo delimitaban. Avanzó entonces con mayor rapidez de la esperada. A partir de determinado punto el valle se dirigía al mar y la nieve era mucho más escasa que en el tramo superior. Tras no haber hecho ninguna pausa en el camino, poco después del crepúsculo llegó hambriento y cansado a la granja donde debía encontrarse Pelias.

Abandonó el sendero y obligó a su caballo a subir la ladera hasta que logró dominar el claro en el que se levantaba la pequeña granja rodeada de corrales para las bestias. Hacia oriente se extendía el olivar y el viñado con un centenar de plantas quizá, pero ya oscurecía y resultaba difícil distinguirlo bien. Dirigió la mirada a la casa y comprobó que salía humo de la chimenea: por fin había llegado... Dentro de poco bajaría, llamaría a la puerta y el corazón le sugeriría las palabras, el corazón que notaba henchido en el pecho.

Entraría con el viento de la noche, con los años que pesaban sobre sus hombros, con el alma atormentada por las dudas, entraría como un lobo empujado por el frío y el hambre... Acarició el cuello de su caballo, que resoplaba nubes de blanco vapor por los ollares orlados de escarcha. La tierra volvía a endurecerse y el hielo entumecía los miembros. Taloneó los flancos de su castaño y el animal bajó la ladera hacia el claro. Un perro atado con una cuerda comenzó a ladrar con fuerza; cuando Cleidemo se encontró en el centro del patio la puerta se abrió y en el vano se recortó una silueta... Antinea... Una silueta negra contra la claridad rojiza que salía del

hogar... Ni ojos ni rostro... Se cerraba sobre el pecho el chal y levantaba la cabeza como para escrutar en la oscuridad al caballero inmóvil como una estatua a lomos de un castaño cubierto de escarcha.

El perro dejó de ladrar y el lugar quedó sumido en profundo silencio. La mujer tembló en presencia del caballero oscuro que empuñaba la lanza, no se atrevía a hablar. Oyó una voz grave, casi ronca, que llamaba «Antinea»... Una voz que se apagó de inmediato como el relámpago entre nubes negras. Avanzó un paso y del interior de la casa le llegó Una voz trémula que preguntaba: «¿Hay alguien... hay alguien?»; ella aguzó la vista para reconocer las facciones de aquel rostro; la voz que dijo «Antinea» le traspasó el corazón e hizo que le temblaran las rodillas.

Bajó del caballo y al avanzar hacia ella entró en el radio de la débil luz que se colaba por la puerta abierta.

—Tengo frío... —decía la voz del interior.

Lo miró fijamente temblando como una hoja: un rostro arisco enmarcado por negra barba y ojos centelleantes bajo la frente ceñuda... Tenía arrugas alrededor de los ojos y un pliegue amargo, como una cicatriz, en la comisura de la boca, pero los ojos ardían tras el velo de lágrimas, como aquel día lejano en el llano cuando la vio partir y la saludó con los brazos levantados contra el sol poniente.

Mientras él se le acercaba y le decía «Antinea» con voz más profunda y sonora, ella no conseguía hablar ni moverse. Cuando la llama del hogar lo iluminó de lleno, ella apartó los brazos del pecho y levantó las manos hacia su cara. Solo cuando lo hubo tocado notó que las lágrimas brotaban de sus ojos.

—Eres tú —dijo acariciándolo, tocándole los ojos, la frente y el cuello —, has vuelto... has vuelto a mi lado.

La voz le tembló con más fuerza mientras repetía «has vuelto» y estalló en sollozos, como fuera de sí.

Él vio que iba a desplomarse y la abrazó con fuerza tapándola con la amplia capa, y así se quedaron, en la nieve, llorando en silencio. El viento de la noche le revolvía el cabello y congelaba las lágrimas en sus mejillas, pero él ya no sentía nada, solo el latido del corazón de Antinea, y aquel latido parecía reanimar en Cleidemo la vida que había creído perdida para siempre. Cuando por fin se separó de ella y le levantó la cara vio que en sus ojos fervorosos los años no habían dejado rastro... el tiempo se había detenido. Era la misma mirada que jamás había olvidado, la mirada que una

diosa había asumido para seducirlo una noche turbulenta en la lejana Chipre, la luz que había buscado tantas veces en los ojos de las mujeres de Asia y Tracia, una luz límpida como el agua de un manantial, luz de primaveras lejanas, tibias, floridas, cálida como el sol...

La aferró por la cintura y la llevó hasta la puerta todavía abierta. Un viejo arrebujaado en una manta estaba sentado junto al fuego; levantó la cabeza cana y se quedó petrificado ante la vista que tenía delante. Pensó que sus ojos débiles lo engañaban y solo cuando escuchó la voz de su hija que le decía «ha vuelto» levantó las manos nudosas murmurando «dioses inmortales... oh, dioses inmortales... gracias por haber consolado a este viejo siervo». La puerta se cerró tras ellos y Cleidemo se olvidó de atar a su caballo, pero el corcel buscó solo un reparo bajo el tejado del establo y los balidos tímidos de los corderos no molestaron al altivo animal, acostumbrado al silbido de las flechas y al sonido tremendo de los cuernos de guerra. Al día siguiente, su amo aparecería empuñando la lanza reluciente y le acariciaría las negras crines.

Durante horas Cleidemo refirió a Pelias y a Antinea los acontecimientos vividos en los años en que había estado lejos, hasta que vio que el viejo estaba demasiado cansado. Lo levantó en brazos y lo llevó hasta su alcoba, en cuya cama lo depositó. Tan consumido estaba el hombre que Cleidemo tuvo la impresión de estar levantando a un niño; mientras lo tapaba pensaba en la vida a la que Antinea se había sometido para poder cuidar de un viejo enfermo y trabajar los campos. Cerró despacio la puerta de la pequeña estancia y fue a sentarse delante del fuego. Antinea había echado más leña y había apagado la lámpara.

—¿Pensabas que un día regresaría? —le preguntó al fin.

—No, lo deseaba, es verdad, pero no quería pensar para no sufrir inútilmente. Bastante dura era ya mi vida. Caras venía a visitarnos todos los años, especialmente en época de cosecha, y así me ahorraba las fatigas más grandes. Hablábamos de ti, de cuando estábamos juntos en la montaña.

—¿Sabías que había vuelto a Esparta?

—No. Hace casi un año que no veo a Caras.

—Regresé a finales del verano y vivo en la casa de los Cleoménidas.

—Entonces... eres espartano.

—Soy yo, Antinea, he vuelto por ti.

Antinea se puso en pie sin quitarle la vista de encima y se desató los lazos que le sostenían el vestido en los hombros. Lo dejó caer al suelo y

después se quitó la faja que le ceñía las caderas.

—Dicen que las mujeres de Asia tienen cuerpos lisos como el mármol y perfumados con esencias de flores —comentó bajando la vista.

Él la abrazó con fuerza invencible, la tendió sobre la piel de buey, delante del hogar, y la besó con infinita dulzura, temblando como tembló la primera vez que comprendió que la amaba. Cuando sació su espíritu y sintió en los riñones las fatigas del amor, Cleidemo se abandonó al sueño con la cabeza apoyada en el vientre de Antinea. Ella lo miró largo rato mientras le acariciaba el cabello; no se cansaba de contemplar su rostro, quemado por el sol de largos veranos y el hielo de gélidos inviernos, hundido por la pena y la congoja, un rostro distinto del imaginado durante todos aquellos años. Sin embargo, el mismo que había amado la primera vez. ¿Realmente había llegado la hora de volver a la vida o ese momento no era más que un relámpago de luz que iluminaba un instante su existencia para desaparecer dejándola otra vez en la oscuridad? Estaba claro que se marcharía... pero ¿volvería a su lado? No podía saber cuál era el pensamiento de los dioses que gobernaban la suerte de los hombres, pero sabía que había deseado ese momento más que nada en el mundo y por eso no se cansaba de contemplar el rostro del hombre.

En otras ocasiones la noche le parecía angustiosa e interminable y esperaba que la luz del día la liberara de sus negros fantasmas, pero en ese momento deseó que la noche no terminara nunca porque en sus brazos estaba el sol: notaba su calor y su vida.

Pensó también en cómo la había poseído y en cómo había depositado en su vientre la simiente que hace germinar a los hombres y sintió que la invadía el miedo: ¿acaso él no había pensado que si le nacía un hijo llevaría su misma maldición... hijo de Esparta e hijo de esclavos? ¿O acaso lo había olvidado igual que ella, vencido por una fuerza indomable? La primavera no tardaría en llegar, traída por los céfiros tibios, haría crecer la planta amarga del ajeno cuyas hojas provocan fuertes espasmos en el vientre y resecan la vida que en él echó raíz... pero no tenía intención de utilizarlas.

A Pelias, su padre, no le quedaba mucha vida y no sabía qué futuro le reservaba el destino, pero no iba a masticar las hojas amargas del ajeno... Volvió a contemplar aquellas manos, aquella frente, aquel rostro, y deseó con toda el alma que no volvieran a privarla de ellos; pensó en los prados del Taigeto que no tardarían en florecer otra vez al llegar la primavera, en los corderos, en los pastizales altos y en las rubias mieses del llano y no

supo que el sueño la había vencido y que soñaba, tendida sobre la piel de buey.

OceanofPDF.com

ENOSIGEO

—Evita regresar por el mismo camino —le aconsejó Pelias—. En el paso habrá nevado en abundancia y te arriesgas a no poder atravesarlo. Ve hacia oriente hasta que encuentres un río que se llama Parmiso; sube por el valle hasta llegar a una encrucijada. Allí dobla a la derecha en dirección a Gatheas y Belemina, adonde llegarás en dos días de camino. Después te dirigirás hacia Caristos, que se encuentra en el valle del Eurotas; desde allí irás hacia el sur y en otro día más de camino estarás en Esparta. Esperaremos ansiosamente tus noticias y trataremos de encontrar la manera de hacerte saber algo de nosotros. Entretanto, que los dioses te acompañen y te ayuden... No sabes el consuelo que nos has dado.

—Enviaré a uno de los míos a ayudaros con los trabajos de primavera —dijo Cleidemo mientras se echaba la capa sobre los hombros—. El dinero que os dejo permitirá que no os falte lo necesario. En Esparta comprobaré lo ocurrido en mi ausencia y buscaré el modo de hacer que volváis. Tal vez los Éforos me permitan alojaros en mis tierras, es más, no cabe duda de que lo harán si lo pido y pago el precio exigido al erario del Estado. Cuando estemos otra vez cerca todo cambiará... tal vez podamos volver a ser felices, o por lo menos consolarnos por todo el tiempo que permanecemos separados.

Los estrechó en un largo abrazo, montó en la silla y espoleó a su cabalgadura. Avanzó un trecho al galope y luego tiró de las riendas y se puso al paso. El sol asomaba entre las nubes cuando llegó a orillas del Parmiso, un torrente no muy largo cuyas aguas turbias fluían veloces. Lo remontó durante medio día, atrás dejó dos pequeñas aldeas de campesinos y llegó a la encrucijada a primeras horas de la tarde. Comió al resguardo de una tapia que delimitaba un olivar y se puso otra vez en camino bordeando el afluente de la derecha del Parmiso. Comenzaba a oscurecer cuando notó a su izquierda una montaña desnuda que, con su mole, dominaba una extensión de colinas cubiertas por una rala vegetación de lentiscos y ginebros. En la cima se divisaban unas construcciones y pensó que tal vez encontraría allí refugio para pasar la noche. Abandonó el camino que recorría, enfiló por un sendero de tierra batida y no tardó en encontrarse a

los pies de la montaña; el lugar aparecía extrañamente desierto y desolado; hasta donde alcanzaba la vista no se veía ni una sola aldea, ni una sola casa. A medida que ascendía, las siluetas difusas de la cima del monte se fueron haciendo más claras y comprobó que se trataba de las ruinas de una muralla, de las torres derruidas, llenas de brechas que se levantaban aquí y allá en la muralla medio desmantelada: no cabía duda, ¡debía de tratarse de la ciudad muerta de los ilotas!

Presa del pánico, sofrenó a su caballo y estuvo a punto de volver por donde había llegado, pero la curiosidad se impuso al miedo y siguió ascendiendo. La luz del día no se había apagado del todo y en la cima del monte reverberaba todavía alguna claridad. La muralla debía de ser antiquísima, se distinguían las enormes piedras moleñas apenas labradas que formaban su base. Cuando llegó por fin a la cima ya había oscurecido. Cruzó la muralla por una de las puertas de la que solo se conservaban las jambas: el arquitrabe yacía en el suelo, partido en dos. Entró y se paseó entre las ruinas; era extraño pero no sentía miedo a pesar de las historias terribles que de niño había oído contar sobre aquel lugar maldito y sagrado... Debajo de aquellas piedras, en algún oscuro lugar subterráneo, dormía el rey Aristodemos, que un día había empuñado el gran arco de asta.

Regresó a la muralla para buscar refugio donde pasar la noche y acomodar a su caballo, y habría encendido de buen grado fuego, como había aprendido de los tracios, frotando dos trocitos de madera bien seca, pero por desgracia no encontró más que unas cuantas ramitas húmedas. «Así nacen las habladurías —pensó para sus adentros—, si lograra encender fuego, quién sabe qué pensaría un pastor que pasara por el valle y viera palpar luz entre las ruinas de la ciudad muerta.»

Sacó la manta del caballo y se tendió al reparo; salía la luna y vio bastante bien la extensión de las ruinas: debía de haber sido una ciudad grande e importante, pero seguramente estaba abandonada desde tiempos inmemoriales y desde su destrucción nadie había intentado volver a reconstruirla. Pensó en Critolao, en Caras y en quienes habían abrigado siempre la esperanza de conseguir la liberación del pueblo de la montaña; pensó en la matanza del cabo de Ténaro y se sintió invadido por el desaliento. Por desgracia, esa era la respuesta a tantas esperanzas. Con Pausanias había acabado la única y verdadera posibilidad de un gran cambio, del derribo de las instituciones de la ciudad conducido por el regente con el apoyo de por lo menos una parte de los Iguales y sostenido

quizá desde el exterior por los atenienses. Pero ya no existía modo alguno de llevar a cabo aquel plan: exiliado Temístocles, Atenas tenía un gobierno conservador, amigo de los Éforos, que mantenían firmemente bajo su influencia al rey Pleistarcos, hijo de Leónidas, y a su joven colega Arquídamo. Los dos eran valientes pero inexpertos y difícilmente habrían conseguido sustraerse a la tutela de los Ancianos y los Éforos. Sin embargo, el recuerdo de la caída de la ciudad de Itome había mantenido vivo el orgullo de los ilotas y la esperanza de Critolao.

Cleidemo se acurrucó bajo la manta para dormirse, pero otros pensamientos se fueron encadenando uno tras otro en su mente, palabras lejanas, frases que resonaban en su interior, imágenes descoloridas que parecían recobrar fuerza... El sueño tremendo que había tenido cuando era muchacho la noche que se había dormido apretando contra el pecho el arco del rey... El oráculo de la pitonisa Perialla... La oscura frase de Caras en el campo de Platea: «Recuerda estas palabras, hijo de Esparta e hijo de tu gente, el día que vuelvas a verme...», y ese día no podía estar muy lejano. Las palabras de Critolao en su lecho de muerte... «Irás a verte un hombre ciego de un ojo, él será quien acabe con la maldición de la espada del Rey...» ¿Qué habría querido decirle Critolao? ¿Y la inscripción en la tumba de Ismene... quién había añadido aquellas palabras? ¿Qué mensaje contenían? ¿Cuál sería el precioso regalo? ¿Acaso la vida de Brito que el rey Leónidas había querido salvar? Pero ¿quién podía conocer el pensamiento del rey que había muerto en combate en las Termópilas? Ningún superviviente entre los espartanos, ninguno, salvo Brito y Aguía, había regresado de las Termópilas ... ¿Quién podía conocer el pensamiento del rey?

El cansancio terminó por cerrarle los párpados y Cleidemo se abandonó al sueño entre las ruinas de Itome, la ciudad muerta... y le pareció ver, o tal vez lo soñara, un pequeño vivaque... Brito dormido... Aguías vencido por el cansancio, una sombra que se acercaba... se inclinaba junto a Brito como para apoderarse de algo y después huía... ¡Dioses del Olimpo! ¡El mensaje del rey! ¡El mensaje del rey!

Se sentó sobresaltado; de repente todo parecía aclararse: el regalo del rey Leónidas al que aludía la inscripción fúnebre de Ismene debía de ser la vida de Brito (¿acaso también la suya?) que el rey había querido salvar. Le había dado también un compañero para escoltarlo, Aguías, y un ilota (¿qué sabía en verdad el rey sobre aquel ilota, sobre Talos, el tullido?) y un

mensaje para entregar a los Éforos y los Ancianos. ¿Qué había escrito en aquel mensaje? Nadie lo había dicho jamás. En la época en que luchaban juntos en Fócida y Beocia el mismo Brito le dijo que el mensaje había quedado siempre envuelto en el misterio. Brito se preguntaba especialmente por qué se había difundido la voz de que Aguías y él se habían confabulado para salvar la vida y abandonar las Termópilas y por qué los Éforos nunca habían hecho nada para desmentir esas habladurías. Incluso llegó a decirse que el mensaje no llevaba nada escrito, pero eso carecía de sentido: el rey Leónidas no tenía motivo alguno para enviar a Esparta un mensaje en blanco. A menos que el rollo hubiese sido sustraído y sustituido... aquella noche, en el vivaque. Quien grabara las últimas líneas en la tumba de Ismene parecía conocer la última voluntad del rey, sin duda contenida en el mensaje original que Brito y Aguías llevaron a Esparta. Ahora bien, esa última voluntad, oculta en las palabras inscritas en la tumba de su madre, ¿era un mensaje para el último de los Cleoménidas... o para Talos, el lobo? ¿Quién las habría escrito, uno de los Ancianos o de los Éforos? Resultaba muy extraño...

Por momentos le parecía que ya no estaba tan seguro de haber visto a alguien acercarse a Brito aquella noche, no sabía precisar si acaso no lo había soñado... Ni siquiera conseguía distinguir el sueño de la realidad en su propia vida.

Abrigió la esperanza de que la noche le concediera algún reposo y dejó de devanarse los sesos; pensó que únicamente en Esparta encontraría la solución a sus dudas, la respuesta a sus interrogantes. El suelo sobre el que se había acostado estaba seco y la gruesa manta de lana lo abrigaba: volvió a adormilarse. El viento había dejado de soplar y aquel paraje quedó sumido en profundo silencio. De repente se oyó un batir de alas: las aves rapaces levantaban vuelo en la oscuridad de las tétricas ruinas en busca de alimento.

El relincho de su caballo lo despertó bruscamente poco antes del amanecer: el animal estaba inquieto, como si hubiese algo que lo asustara, piafaba con los cascos y bufaba por los ollares. Mientras Cleidemo se levantaba para calmarlo, el animal se encabritó, trató de soltarse y volvió a relinchar, aterrado. Cleidemo miró a su alrededor pero no vio nada; se acercó al caballo, lo llamó por su nombre y desató las riendas que había atado a un arbusto. Intentó acariciarlo en el morro, pero el castaño no daba señales de calmarse, se mostraba cada vez más espantado. Sin soltar las

riendas, Cleidemo recogió la manta del suelo y sacó al caballo de la muralla.

En ese momento se oyó un bramido sordo, una especie de retumbo sofocado que provenía de las entrañas de la tierra. Tuvo miedo: todas las historias que de niño había oído contar sobre aquel paraje le parecieron de pronto creíbles y se arrepintió de haber puesto el pie entre aquellas murallas. Mientras intentaba tirar de su caballo pendiente abajo volvió a oír el bramido y notó que la tierra temblaba; hubo primero una ligera sacudida, seguida de otra más fuerte que lo hizo vacilar, y después llegó una tercera, fortísima, que dio por tierra con él y su caballo; a punto estuvo de quedar aplastado bajo el animal. Mientras seguía rodando por el sendero enfangado oyó un gran fragor de ruinas y cuando por fin consiguió ponerse en pie, vio que piedras enormes se derrumbaban de lo alto de la muralla y las torres. La tierra volvió a temblar estremeciéndose bajo sus pies y cayeron más piedras que levantaron una inmensa nube de polvo: los dioses destruían lo que quedaba de Itome mientras nubarrones plúmbeos, cargados de lluvia, se acumulaban sobre ella.

Un rayo surcó imprevistamente el cielo lívido e iluminó la montaña con una claridad enceguedora, seguido inmediatamente por el retumbo espantoso del trueno. Hubo una rápida sucesión de relámpagos que abatieron las siluetas espectrales de los baluartes y bastiones. Otros truenos crepitaron con tal fragor que fue como si la tierra fuera a abrirse para engullir la ciudad.

Petrificado de terror, Cleidemo contempló un instante la escena, seguro de que las murallas, arrancadas de sus cimientos, caerían encima de él y lo sepultarían; después se dio la vuelta y bajó la pendiente corriendo como una exhalación; tropezó, cayó varias veces para levantarse, cubierto de barro, con los codos y las rodillas sangrantes, hasta que llegó al pie de la montaña. Llamó a su caballo, que acudió a su lado con las riendas entre las patas, montó de un salto y le taloneó los flancos con furia. El animal se lanzó al galope cortando el aire con la cola, echando vapor caliente por los ollares dilatados, los ojos desorbitados a cada relámpago que reverberaba sobre el camino. Su jinete mantuvo el galope tendido por el estrecho sendero sobre el que comenzaba a caer la lluvia. Una ráfaga de viento no tardó en barrer el paraje desierto y la lluvia se transformó en aguacero, pero Cleidemo siguió espoleando a su cabalgadura como fuera de sí, notó que la respiración del animal se volvía entrecortada y breve y comenzó a tirar de las riendas para

sofrenar la carrera. Cuando hubo salido del temporal, aminoró más la marcha y finalmente puso al paso al animal, que estaba empapado de lluvia y sudor. Atravesó una aldea y después otra; en todas partes vio escenas de gente aterrada que excavaba con las manos entre los escombros de las casas, perseguía a los animales que habían saltado las vallas y corrían espantados por los campos.

A últimas horas de la tarde, devorado por el cansancio y el hambre, llegó a Gatheas y, al caer la noche, estaba en Belemina, ambas devastadas por el terremoto. A medida que se acercaba a Laconia notó que los efectos del terremoto eran más graves. Las casas de madera habían resistido pero las de piedra quedaron desmenuzadas por la fuerza de las sacudidas. Por doquier se veían mujeres llorosas, hombres atontados que vagaban entre las ruinas, otros que cavaban entre las piedras, niños que gritaban desesperados llamando a sus padres, tal vez enterrados bajo los escombros de sus casas. Quebrado por la fatiga y la congoja durmió unas horas en un pajar; después se puso otra vez en viaje hacia Makistos y se detuvo de vez en cuando para que el caballo descansase. Le aterraba pensar cómo habría quedado su casa, qué habría podido ocurrirle a su madre. No cabía duda de que el terremoto había afectado a gran parte del Peloponeso y no tenía la certeza de que la granja de Pelias y Antinea no hubiese sido destruida. En Makistos encontró la ciudad devastada; vio centenares de cadáveres alineados en las calles y otros que iban añadiéndose a medida que los supervivientes se abrían paso entre las ruinas de las casas destruidas. Detuvo a un par de jinetes que llegaban a galope tendido del camino del sur.

—¿De dónde sois? —les gritó.

—De Tegea, ¿y quién eres tú?

—Soy Cleidemo, hijo de Aristarcos, espartano. ¿Qué noticias hay de la ciudad?

—Malas —respondió uno de los jinetes moviendo la cabeza—, la mayoría de las casas han quedado derribadas o tambaleantes. Los muertos se cuentan a millares. Buscan a todos los hombres que estén en condiciones para que contribuyan en las tareas de salvamento y ayuden a mantener el orden. Han muerto gran parte de los Ancianos y algunos Éforos. Por doquier reina una espantosa confusión.

—¿Y los reyes?

—El rey Arquídamo está vivo: lo vio un compañero mío cerca de la acrópolis, donde estableció su cuartel general. Del rey Pleistarcos no sé

nada.

—¿Adonde os dirigís ahora?

—A septentrión, en busca de ayuda, a Arcadia y Acaya si fuera preciso, pero hasta ahora en todas partes no hemos encontrado más que muerte y ruina. Nos hemos cruzado con dos guardias reales que iban a Sición y a Corinto en busca de ayuda. Amicles ha quedado arrasada y Githion está destruida casi por completo. Si tienes a los tuyos en Esparta corre, porque la ciudad está devastada.

Partieron al galope hacia septentrión mientras Cleidemo se lanzaba en la dirección opuesta espoleando y azotando a su caballo con las riendas.

Por el camino encontró columnas de fugitivos con carros y animales de carga, grupos de jinetes que corrían, cubiertos de barro, azuzando a sus caballos, gritando para abrirse paso en medio de la confusión de aquella multitud que había quedado sin techo ni bienes. Dejó atrás Selasia, medio destruida, y alcanzó las orillas del Eurotas, que bajaba crecido, turbio y torrentoso: debían de faltar pocas horas para llegar a Esparta, si el caballo resistía el enorme esfuerzo que le estaba exigiendo. El generoso animal devoraba el camino a galope tendido estirando rítmicamente la cabeza y arqueando el poderoso cuello, de turgentes músculos, pero de vez en cuando Cleidemo debía mantenerlo al paso para no destrozarle el corazón.

A medida que se acercaba a la ciudad los signos de la destrucción eran cada vez más terribles y dramáticos; de muchas aldeas no quedaba más que un montón de escombros, sin una sola pared en pie: debían de haber quedado exterminadas poblaciones enteras si las sacudidas que sintió en Itome constituían la reverberación lejana del espantoso estremecimiento que había recorrido toda Laconia y derribado siete ciudades, sorprendiendo dormidos a la mayor parte de los habitantes.

En un punto del recorrido comenzó a ver grupos de hoplitas con uniforme de guerra que montaban guardia en los cruces de caminos o patrullaban los campos, donde se hundían en las tierras aradas empapadas de lluvia, algo que no lograba explicarse. Las patrullas se fueron haciendo más frecuentes, compuestas también por muchachos jovencísimos y heridos, vendados a la ligera, que seguían embrazando el escudo con la lambda roja. Cleidemo no se preocupó por saber más, angustiado como estaba por la suerte de su madre.

Finalmente, al caer la noche, divisó la casa de los Cleoménidas. Distinguía apenas una masa oscura en el campo y no lograba comprender si

el edificio seguía en pie o era solo un cúmulo informe de escombros. Al llegar a la entrada del patio lanzó un suspiro de alivio: aquí y allá vio algunas grietas y una parte del techo que se había derrumbado, pero en conjunto la fuerte estructura de piedras ensambladas por los ángulos había resistido; se habían venido abajo los establos y las viviendas de los campesinos. En el interior no había luces y no se oía ruido alguno. Empujó la puerta medio bloqueada por los escombros y entró; en el hogar había unas cuantas brasas y pudo reavivar el fuego y encender una antorcha.

Muchas vigas del techo se habían salido de sitio y de tanto en tanto había alguna que colgaba del punto de apoyo. Llamó repetidamente a su madre y a Alesos sin obtener respuesta; corrió de alcoba en alcoba pero no encontró a nadie: la casa estaba completamente vacía, aunque la noche anterior habían encendido el fuego y no había rastros de sangre por ninguna parte. En la alcoba de su madre la cama estaba cubierta de escombros y polvo, pero parecía que nadie hubiera dormido en ella. Regresó al enorme atrio y, presa de la angustia, se sentó al lado del fuego: ¿qué había ocurrido en su ausencia? Daba la impresión de que su madre había abandonado la casa... ¿o la habrían sacado de allí a la fuerza mientras él estaba lejos? No aceptaba la idea de que se hubiese marchado sin dejarle ningún mensaje. Estaba tan extenuado que no tuvo fuerzas para ponerse a buscarla en los campos sepultados en la oscuridad, o peor aún, en la ciudad devastada. Salió para ocuparse del caballo: cuando soplara el viento frío de la noche, el pobre animal, empapado de sudor y al límite de sus fuerzas, habría podido morir. Lo secó como pudo con un poco de paja que encontró tanteando entre los escombros del establo, le colocó una manta sobre el lomo y le buscó un refugio donde lo dejó con un poco de forraje. Después volvió a entrar en la casa. Sin pensar en el peligro de que otras sacudidas pudieran hacerle caer encima el resto del tejado vacilante, arrastró junto al fuego la cama y se dejó caer pesadamente en ella.

De lejos le llegaban amortiguados los gemidos y los gritos de la ciudad atormentada, el llanto de Esparta, la invencible.

Lejos, en el promontorio de Ténaro, golpeado por las olas del mar, el templo de Poseidón se había derrumbado y la estatua del dios, que los marineros llaman Enosigeo, «el que sacude la tierra», había caído de su pedestal y rodado hasta los pies del altar todavía manchado de sangre.

Cleidemo se levantó antes de que saliese el sol; lo despertaron los mugidos de los bueyes hambrientos que, huyendo del terremoto, vagaban

por los establos destruidos en busca de forraje. Se quedó un rato sentado tratando de ordenar sus pensamientos todavía confusos. Le desesperaba la desaparición de su madre, pero al mismo tiempo esperaba que se hubiese puesto a salvo con Alesos en la montaña, donde las casas de madera de los ilotas debían de haber resistido mejor el terremoto. Pensó con amargura en la noche que había pasado en las ruinas de Itome: allí se le había ocurrido la posibilidad de descubrir la verdad sobre la muerte de su hermano y de Agúas, rechazados por la ciudad, empujados uno al suicidio y a una acción desesperada el otro, en un intento por recuperar el honor. En el momento en que la verdad parecía estar cerca se encontró con la ciudad destruida por un terremoto; por otra parte, ¿qué sentido tenía ya descubrir qué significaba realmente el mensaje de Leónidas? Esparta había querido la muerte de Aristarcos, su padre, y de su hermano Brito, y era responsable de la muerte de Ismene, truncada por un dolor que ningún ser humano habría podido resistir. Solo quedaban aquellas palabras sobre su tumba, escritas por quién sabe quién y destinadas tal vez a él, frágil rastro para conducirlo a una verdad que ya tenía muy poca importancia. Esparta estaba pagando por su inhumana dureza, pagaba por el horrendo sacrilegio de Ténaro. Los dioses la barrían de la faz de la tierra.

Era hora de tomar una decisión. Se levantó para buscar algo con que calmar las punzadas del hambre y después de comer sentado un mendrugo de pan que encontró en una artesa salió al patio. Soplaban un viento que secaba un poco el suelo y se llevaba lejos las nubes; miró en dirección a Esparta y vio muchas patrullas de soldados recorrer las casas derruidas. De pronto le pareció que algo ocurría: se oía el sonido de los clarines, se veían más guerreros que acudían de todas partes y un hombre montado a caballo que caracoleaba y agitaba el brazo derecho como si impartiera órdenes. Llevaba un yelmo crestado, podía tratarse de uno de los reyes, Pleistarcos o Arquídamo. ¿Qué estaba ocurriendo?

Volvió la mirada hacia la montaña y lo comprendió: cientos y cientos de hombres bajaban del Taigeto, salían de los bosques y claros para desaparecer y volver a aparecer más abajo; iban armados de lanzas, espadas y palos. Habían llegado al olivar que se extendía entre las laderas de la montaña y la ciudad.

La cólera de los dioses no había sido aplacada: ¡los ilotas atacaban Esparta!

OceanofPDF.com

LA PALABRA DEL REY

En breve la multitud de ilotas llegó al llano y, cuando estuvo a poca distancia de la ciudad, se detuvo como si entre los grupos que avanzaban desordenadamente hubiera corrido una orden. Los primeros se dispusieron en línea y los otros, detrás, hasta formar un frente bastante regular y mucho más largo que la delgada fila de guerreros que los espartanos habían logrado formar en el campo. Cleidemo salió del patio y fue hacia el llano hasta llegar a una casa derruida desde donde podía observar mejor cuanto estaba ocurriendo.

En ese momento se oyó un grito formidable y los ilotas se lanzaron al ataque. Los espartanos retrocedieron despacio en dirección a las ruinas de su ciudad para cubrir los flancos, se cerraron en frente compacto y bajaron las lanzas. Instantes después las dos formaciones chocaron: las líneas de los ilotas no tardaron en superponerse en el ardor del asalto, como si ninguno de ellos quisiera renunciar a la matanza del enemigo odiado durante siglos y siempre temido, pero los espartanos combatían a muerte porque sabían que si cedían serían testigos del fin de su ciudad, de la violación y muerte de sus esposas, verían a sus hijos pasados a cuchillo, presenciarían el exterminio de cuantos se habían salvado del terremoto.

Cleidemo estuvo a punto de correr a su casa para abrazar las armas y lanzarse al combate; era el día que Critolao había soñado siempre para él y los suyos, pero la sola idea de vestir la armadura que había pertenecido a Aristarcos y a Brito para, herir de muerte a la ciudad por la que ellos habían dado la vida lo dejó clavado, tembloroso y desesperado en su escondite, y no pudo hacer otra cosa que seguir el enfrentamiento con los ojos muy abiertos y el corazón arrebatado por las pasiones. Su corazón era el verdadero campo de batalla, en él chocaban con furor salvaje dos pueblos, en él la muerte, la sangre, los gritos sembraban el horror y la destrucción. No consiguió seguir teniendo la vista clavada adelante y se dejó caer despacio de rodillas, apoyó la cabeza en el muro y, sacudido por sentidos sollozos, lloró desconsoladamente.

Ante las casas derruidas de Esparta la contienda se encarnizaba cada vez más porque los ilotas avanzaban sin cejar, sucediéndose unos a otros a

medida que los combatientes de la primera línea se retiraban exhaustos o heridos. Ante ellos la muralla de escudos chorreaba sangre aunque continuaba siendo inexpugnable; erizado de lanzas, el frente del odiado enemigo no cedía un solo paso. El rey Arquídamo en persona se encontraba en medio de la fila y se batía con inmenso valor. A su lado, los hoplitas obraban prodigios para no deshonrarse a los ojos de su rey. Llegaron luego otros guerreros de refuerzo, que se desplegaron en los flancos donde era mayor el peligro de que los rodeasen, y luego otros más. Y con ellos iban los flautistas que soplaban sus instrumentos y la música, que se elevaba entre las casas derribadas, se imponía a los gritos de los combatientes, pasaba a los campos como la voz de quien, herido de muerte, se niega a morir. Al final, los ilotas comenzaron a retirarse hacia el bosque llevando consigo a los heridos y los muertos.

Los espartanos no los persiguieron, satisfechos de haberlos rechazado y, después de deponer las armas, se dispusieron a socorrer a sus heridos y a recoger a sus muertos. El rey apostó grupos de centinelas alrededor de la ciudad y después de llevar consigo a los hombres más aptos se prestó a ayudar a la gente que seguía atrapada entre los escombros. Durante el resto de la jornada lo vieron vagar entre las ruinas, con la ropa hecha jirones, incansable por doquier necesitaban ayuda. Al caer la noche, muchos de los supervivientes contaban ya con un refugio bajo las tiendas de campaña que el rey había mandado levantar en varios puntos de la ciudad donde había una explanada libre. Las mujeres encendieron fogatas y prepararon comida para reparar las fuerzas de la gente exhausta y hambrienta. Los cirujanos militares trabajaron sin tregua a la luz de antorchas y linternas, cosían a los heridos, recomponían miembros fracturados, cauterizaban con hierros al rojo los sitios donde aparecían signos de infección o donde no era posible restañar las pérdidas de sangre.

Entretanto, el rey Pleistarcos, escoltado por un grupo de guardias, partió al galope hacia septentrión, con destino a Corinto. Allí organizaría la ayuda e intentaría establecer contacto con los atenienses. Cimón no le negaría su apoyo y tal vez enviara a la flota con provisiones de cereales para matar el hambre de su pueblo. El hijo de Leónidas podía muy bien solicitar al hijo de Milcíades, vencedor de Maratón, la ayuda que necesitaba desesperadamente.

Cuando los ilotas se retiraron, Cleidemo cayó al suelo sin sentido y así se quedó mucho tiempo en un estado de semiinconsciencia del que solo lo

sacó el frío de la noche. Los calambres del hambre le atenazaban el estómago y decidió entrar en su casa. Quería comer y descansar porque al día siguiente elegiría su camino para siempre. Consiguió encender el fuego y cocer una hogaza de pan entre las brasas; después, extenuado, se dejó caer en su yacija. En plena noche dormía profundamente cuando le pareció oír que alguien llamaba a la puerta; aguzó el oído; así era, alguien llamaba. Se levantó de un salto de la cama y empuñó la espada, cogió una antorcha y fue a abrir pero no vio a nadie.

—¿Quién anda ahí? —inquirió escrutando la oscuridad.

Bajó los escalones del umbral para miraren el patio y levantó bien alta la antorcha para difundir un poco de claridad. Lanzó una mirada a la derecha, en dirección a los establos, y después a la izquierda, iluminando la pared de la casa. En ese momento vio a un hombre inmóvil, envuelto en una capa que le cubría medio rostro y con una venda en el ojo izquierdo. Dio un brinco de sorpresa y, amenazante, apuntó con la espada.

—¿Quién eres?

El hombre llevó la mano derecha al borde de la capa y se descubrió el rostro marcado por las cicatrices: ¡Caras!

Cleidemo dejó caer la espada y se quedó mirándolo enmudecido.

—¿Así recibes a un amigo al que vuelves a ver después de tantos años? —le preguntó Caras avanzando hacia él.

—Yo... —balbuceó Cleidemo—, no podía creer... no esperaba... Oh, dioses del Olimpo... Caras... eres tú... Pero tu ojo... (un día iré a verte un hombre ciego de un ojo...), ¿qué te ha pasado en el ojo?

Caras se echó la capa hacia atrás y extendió los brazos.

—Oh, viejo amigo, mi querido y viejo amigo... —dijo Cleidemo con voz temblorosa al tiempo que lo abrazaba con fuerza—. Pensaba que ya no volvería a verte (... él será quien acabe con la maldición de la espada del rey...).

Entraron en el atrio y se sentaron delante del hogar donde Cleidemo atizó el fuego casi apagado.

—Por Pólux... Tu cara —dijo al ver la venda negra de Caras y las cicatrices que marcaban su rostro—. ¿Quién te ha dejado en este estado?

—La Cripteia. Cuando Pausanias regresó de Asia me reuní con él y los Éforos querían saber qué nos habíamos dicho. Me torturaron hasta matarme casi, pero no hablé... se convencieron de que no sabía nada y me dejaron marchar, tal vez con la intención de sembrar la montaña de espías y vigilar

cada uno de mis pasos. Por eso tuve que ocultarme durante mucho tiempo, pero ya ha llegado la hora de que paguen todo de una vez para siempre.

—Acabo de regresar de Mesenia —le dijo Cleidemo—, vi a Antinea y a Pelias.

—Lo sé... Fui yo quien llevó a tu madre de vuelta a la montaña.

—Hoy he sabido que los ilotas atacaron la ciudad.

—Es cierto, pero los rechazaron. No quisieron escucharme y se dieron a la fuga. Sufrieron pérdidas... murieron muchos, otros fueron heridos... Necesitan a alguien que los guíe —Caras levantó la frente y su ojo brilló bajo el reflejo de las llamas—. Ha llegado el momento de que elijas tu camino. Los dioses te manifestaron su voluntad —le dijo, y, destacando las palabras, añadió—: Al pueblo de bronce él vuelve la espalda cuando Enosigeo de Pélope el suelo agita. Los dioses sacudieron esta tierra con un terremoto... Esa es la señal.

Cleidemo cerró los ojos: ya no había dudas y el hombre con un solo ojo del que Critolao le había hablado en su lecho de muerte era el mismo Caras; Caras, a quien tenía delante después de tantos años... Pero le parecía como si lo hubiera dejado apenas unos días antes. Volvió a verlo en el campo de Platea, envuelto por la reverberación del crepúsculo, lo miraba a los ojos y murmuraba las palabras de la pitonisa Perialla y añadía: Recuerda estas palabras, hijo de Esparta e hijo de tu gente, el día que vuelvas a verme...

—Tienes razón, Caras, los dioses me dieron la señal que llevaba años esperando; sin embargo, sigo vacilando, con el espíritu sumido en la contradicción. Antes te mentí: no he llegado hoy de Mesenia, en realidad llegué ayer. Hoy he visto a los ilotas bajar de la montaña —Caras lo miró con el gesto repentinamente sombrío—, pero no pude moverme. Habría querido correr y embrazar las armas, pero me quedé inmóvil, temblando y mordiéndome las manos... no hice nada. No podía empuñar la espada de mi padre y de mi hermano y utilizarla contra la ciudad por la que ellos dieron la vida. Hay otra cosa que quiero decirte: a poca distancia de esta casa está enterrada Ismene, mi madre, y sobre su tumba hay una inscripción que parece un mensaje y que dice: «Ismene, hija de Eutidemo, esposa de Aristarcos, el dragón, de dos hijos valientes madre infeliz. A ella el precioso regalo del león de Esparta los dioses envidiaron». Estoy seguro de que alguien añadió la última frase y hace tiempo que intento descubrir su significado. Caras, si debo tomar la última gran decisión de mi vida, si es

verdad que con este terremoto los dioses me envían una señal, si debo retomar las armas y enfrentarme a mi destino sin más vacilaciones, no quiero dejar atrás un misterio sin resolver. Todo debe estar claro para que no sienta ni remordimientos ni arrepentimientos. No hay hombre capaz de avanzar seguro por su camino si no tiene el espíritu sereno. Sé lo que quieres de mí y sé que si estuviera vivo Critolao querría lo mismo, y te parecerá extraño que busque el significado de una inscripción grabada en una tumba mientras un pueblo entero se subleva para recuperar su antigua libertad jugándose la propia existencia en la rueda del destino.

—Extraño, no —respondió Caras con expresión enigmática—. Sigue.

—Por voluntad de Leónidas, yo escolté a mi hermano Brito y a su amigo Aguías desde las Termópilas hasta Esparta. Ellos debían llevar un mensaje a los Éforos y los Ancianos pero nadie supo jamás qué había escrito en ese mensaje. Oí decir que el rollo estaba en blanco, que no había nada escrito en él. Sabes bien lo que fue de Aguías y lo que habría sido de Brito si yo no se lo hubiese impedido. De todos modos, Brito murió en Platea en una acción insensata cuando se lanzó solo contra los persas...

Se levantó y se paseó por el atrio, luego fue hasta la puerta, abrió el batiente y miró hacia Esparta. Alguna que otra lumbre difundía aquí y allá una débil claridad, pero alrededor de la ciudad se veían las fogatas de los vivaques: los guerreros estaban alerta. Cerró la puerta y volvió junto al hogar.

—Me he convencido de que quien escribió esas últimas palabras en la tumba de Ismene conoce el contenido del mensaje del rey. De lo contrario, ¿qué significado tendrían las palabras que aluden al regalo del rey? Leónidas quiso salvar a Brito... y tal vez también a mí. Leónidas debía de saberlo... mi padre siempre estuvo muy unido a él y antes al rey Cleomenes.

Se oyó un retumbo lejano, como un trueno, que hizo vibrar la casa afectada por el terremoto. Caras miró hacia las vigas del techo sin moverse.

—Creo que puedo ayudarte —le dijo—, y si lo que pienso es verdad, guiarás a los ilotas contra Esparta sin remordimientos.

—¿Qué insinúas?

—Reflexiona —prosiguió Caras—. Si es cierto que el rollo estaba en blanco, como yo también creo por lo que oí decir, está claro que el mensaje fue sustituido.

Cleidemo dio un brinco al pensar en aquella noche en el golfo, en la sombra que entraba furtiva en el campamento, se inclinaba sobre Brito y

desaparecía.

—Si es así, solo la Cripteia pudo haber realizado una acción semejante. Y no cabe duda de que la Cripteia informó a los Éforos. Ahora bien, uno de los Éforos, Epístenes, era amigo del rey Pausanias y partícipe de sus planes... Pudo haber sido él quien grabó la frase en la tumba de tu madre para que la vieras e intentaras dilucidar la verdad. El terremoto provocó muchas víctimas entre los espartanos y si Epístenes ha muerto se ha llevado el secreto a la tumba, pero si sigue vivo... sabes dónde está su casa y si quieres yo mismo te acompañaré.

—No, es demasiado peligroso, iré yo solo esta misma noche. —Se levantó, abrió la puerta y miró el cielo, que seguía oscuro—. Quedan dos horas de oscuridad antes del amanecer —dijo—, bastarán.

—Desearía que esto no fuera necesario, muchacho —dijo Caras poniéndose en pie, y fue hacia la puerta.

—Yo también, pero no puedo hacer otra cosa. Hace días que me persigue este pensamiento, desde que en el camino de regreso me detuve... entre las ruinas de Itome.

—Has estado en la ciudad muerta, ¿por qué?

—No lo sé, pero cuando la vi ante mí de repente, al caer la noche, sentí el deseo de estar entre aquellos muros. Pero ahora vete ya, Caras, y mantente alerta...

—Tú también mantente alerta. Si encuentras la respuesta que buscas, sabes dónde estoy.

—En la cabaña, cerca de la fuente de arriba.

—No —respondió Caras—, me encontrarás a la entrada de la gruta, después del claro de acebos... Ha llegado el momento de que la espada de Aristodemos salga de debajo de la tierra para rescatar a su pueblo.

Se envolvió en la capa y salió mientras Cleidemo lo seguía con la mirada: después de unos cuantos pasos no fue más que una de las tantas sombras de la noche.

Descolgó de la pared la capa gris con capucha, se cubrió, salió al patio y se dirigió a la ciudad. Alcanzó las orillas del Eurotas y bajó al arenal del río para pasar inadvertido a las patrullas que vigilaban los campos que rodeaban Esparta. Al llegar cerca de la Casa de Bronce se coló entre los edificios derruidos del barrio de Mesoa, que estaban sumidos en la oscuridad. La ciudad parecía desierta; se habían producido otras sacudidas y la gente se había refugiado lejos de las construcciones que amenazaban con

desplomarse. Aquí y allá se veían fulgores que iluminaban apenas algunos barrios; en los espacios libres habían encendido fogatas y quizá en el agora para que sirvieran de punto de referencia a los sobrevivientes. Cleidemo avanzó pegado a las paredes tratando de orientarse lo mejor que podía. La oscuridad cerrada lo protegía, pero también le hacía más difícil reconocer los sitios. De tanto en tanto se veía obligado a retroceder y entonces se encontraba con la calle obstruida por cúmulos de ruinas y tenía que buscar otros caminos. Reconoció entonces un nicho con la imagen de Artemis: dos manzanas más y estaría en la entrada de la plaza que había delante de la Sala del Consejo. Tal como temía, la plaza estaba custodiada por un grupo de soldados sentados en el suelo, cerca del fuego. Cleidemo se mantuvo pegado a las paredes del pórtico que se extendía en el lado sur y, pasando agazapado de una columna a otra, consiguió evitar la zona iluminada sin que lo descubriesen. Poco después se encontró delante de la casa medio en ruinas del éforo Epístenes. Se acercó a la puerta desvencijada y aguzó el oído, pero no oyó ruido alguno; se armó de valor y entró. Casi todo el techo se había venido abajo y el suelo estaba cubierto de vigas y escombros aunque parte del edificio estaba apuntalada para hacerla habitable; una lámpara ardía ante la imagen de Hermes: de manera que Epístenes debía de haberse salvado y tal vez siguiera viviendo allí. Oyó ruido de pasos en la calle, sandalias claveteadas de hoplitas: dos, tal vez tres.

Se agazapó en un rincón y esperó a que pasaran, pero se dio cuenta de que se habían detenido justo delante de la puerta. Oyó que los hombres intercambiaban unas palabras y luego volvían a ponerse en marcha: tal vez se tratara de una patrulla. Se asomó para asegurarse de que todo estaba tranquilo y vio entrar en el atrio y cerrar la puerta a un hombre que llevaba un candil en la mano. Cuando se volvió y la luz le iluminó el rostro, lo reconoció: era Epístenes, vestido con una túnica rasgada y el rostro marcado por el cansancio. Cogió un escabel, se sentó y apoyó el candil en el suelo. Cleidemo se levantó, salió de su escondite y se dejó ver.

—Salve, oh, Epístenes, que los dioses te protejan.

Al ver al intruso, el hombre dio un brinco, cogió después el candil y se lo acercó a la cara.

—Por Heracles, el hijo de Aristarcos... te daban por muerto.

—Como ves, me he salvado, pero he sufrido muchos y serios peligros. Perdóname si he entrado en tu casa a escondidas, pero motivos muy graves me impulsan a tan insólita y extraña visita.

Epístenes bajó los ojos enrojecidos y le dijo:

—Esperaba que un día te presentaras ante mí, pero ahora los acontecimientos nos trastornan y no gozamos de serenidad para hablar.

—En la tumba de mi madre —dijo Cleidemo— hay una frase grabada, una frase que contiene un mensaje que tú podrías explicarme, creo.

—Eres rápido de mente, como yo pensaba, pero me temo que lo que tenía que decirte carece ahora de significado. Yo mandé grabar esas palabras para rendir testimonio a la justicia, con la esperanza de que cuando regresaras a tu casa te preguntaras qué sentido tenían y buscaras la verdad. Estaba demasiado viejo y cansado para hacer más de lo que hice. Pero ahora... ya nada tiene importancia. La ciudad ha sido azotada por la ira de los dioses... ¿Qué pueden hacer los hombres más terrible que eso ?

—No sé qué insinúas, Epístenes, conoces los secretos de esta ciudad pero no te imaginas lo importante que es para mí conocer la verdad sobre mí y mi familia, una verdad que debo saber ahora, antes del amanecer de este día.

El Éforo se levantó con dificultad apoyando las manos en las rodillas y se acercó a su interlocutor.

—Dime, tú conocías los planes de Pausanias, ¿no es verdad? —Cleidemo se quedó mudo—. Habla libremente, nadie nos escucha y quien tienes delante de ti intentó salvar de la muerte al regente... aunque por desgracia no lo consiguió.

—Es cómo tú dices.

—¿Y lo habrías ayudado a llevarlos a cabo?

—Lo habría hecho, sí. ¿Por qué me lo preguntas? Pausanias está muerto y con él murieron mis esperanzas. Lo único que me mantiene unido a esta ciudad es el recuerdo de mis padres y de mi hermano Brito. Quiero saber si existe un motivo más... Serví a esta ciudad durante diez años, por ella maté a gente que no conocía siquiera. Mis padres se vieron obligados a abandonarme para ser fieles a sus leyes inhumanas, mi madre murió de dolor... Mi padre y mi hermano cayeron en combate, pero yo quiero saber cuál es el misterio que hay en el origen de esta horrible historia. Sé que la costumbre prohíbe enviar a la batalla a todos los hombres de una misma familia, ¿por qué no se respetó esta costumbre en el caso de mi padre, de mi hermano Brito... y en el mío? Porque creo que sabíais quién era en realidad Talos, el tullido.

—Así es, pero si te digo lo que sé, me temo que no desearás más que vengarte...

—Te equivocas, noble Epístenes. En el punto en el que me encuentro solo siento piedad por Esparta, a la que los dioses han maldecido. Quiero saber porque estoy cansado de vivir en la incertidumbre y la angustia. Es hora de que encuentre mi camino de una vez para siempre. —Se acercó a la puerta salida de sus goznes y miró por las hendiduras—. El alba no está lejos.

—Tienes razón —repuso el Éforo—, siéntate y escucha, pues.

Le ofreció a Cleidemo un escabel y se sentó a su vez.

—Hace muchos años que en esta ciudad el poder de los reyes y el de los Éforos y los Ancianos están en duro contraste y la lucha por su control en ocasiones ha llegado a ser despiadada. Por eso los Éforos provocaron la muerte del rey Cleomenes envenenando su comida con una droga que lo hizo enloquecer lentamente, día tras día. Aristarcos, tu padre, y Brito, tu hermano, estaban muy unidos al rey y hubo quienes sostuvieron que sospechaban algo. De tal modo que cuando Leónidas fue enviado a las Termópilas mis colegas hicieron lo posible para que se llevara consigo a los dos, y nombraron a Aristarcos ayudante de campo del rey e inscribieron a tu hermano entre los guardias reales... Pareció un honor extraordinario tributado a la familia: en realidad todos sabían que jamás regresarían. Sin embargo, el rey debió de darse cuenta de todo y antes de la última batalla envió a Esparta un mensaje, para lo cual se sirvió de los dos hijos de Aristarcos, a quienes añadió otro guerrero de escolta para asegurarse de que llegaran.

—¿Insinúas que Leónidas sabía que yo era hermano de Brito?

—Así es. Cuando atravesasteis Tespias, un espía de la Cripteia os descubrió y vio que Brito llevaba colgada del cuello la plica con el sello real. Imaginó que debía contener algo importante... algo que quizá conviniera que no pasara al dominio público. Ese hombre os siguió todo el día y cuando acampasteis en el golfo esperó a que os durmierais y robó el mensaje del rey.

—Pero entonces, ¿qué fue lo que Brito entregó a los Éforos?

—Otra plica vacía. Ese espía, que hoy es oficial de la Cripteia, falsificó el sello real, pero no intentó escribir un mensaje distinto porque no podía falsificar la letra del rey; además, no habría sabido qué escribir.

Cleidemo se asestó un puñetazo en la rodilla.

—¡Por Heracles! Yo lo vi todo pero estaba medio dormido y tan agotado por el cansancio que creí que era un sueño... si me hubiese dado cuenta...

—Yo fui quien abrió la plica ante la Asamblea de los Ancianos y me quedé anonadado al comprobar que estaba vacía. Entonces ignoraba la verdad, igual que los que estaban sentados en la Asamblea. Por eso se difundió la voz de que Brito y Aguías habían ideado un truco para huir de la muerte en el paso de las Termópilas . Es posible que quien se encargó de difundir la voz fuera quien conocía la verdad, y quisiera eliminar a Brito por temor a que un día la descubriese. Por eso, Aguías se ahorcó y tu hermano desapareció. Todos lo creyeron muerto pero cuando se supo que en Fócida y Beocia había un guerrero con el escudo del dragón que se batía contra los persas la Cripteia envió espías a todas partes para tratar de descubrir quién era en realidad. Cuando Brito reapareció en Platea y murió poco después en combate mis colegas sintieron un inmenso alivio. Brito iba a ser celebrado como un héroe y nadie volvería a hurgar más en la historia del mensaje del rey...

—Pero todavía quedaba yo —lo interrumpió Cleidemo—. Yo estuve en las Termópilas , volví con Brito y lo acompañé en todas sus empresas de Fócida y Beocia.

—Pausanias te llevó consigo según mi consejo y durante unos años estuviste a salvo, aunque vigilado. Cuando dejaron morir a Pausanias —al Éforo le tembló la voz, se arrebujó en la capa como recorrido por los escalofríos y prosiguió— los Éforos intentaron saber por todos los medios si tú estabas implicado en sus proyectos, pero tu conducta fue muy prudente... Capturaron entonces a un pastor ilota, un gigante de desmesurada fuerza, porque sabían que era amigo tuyo y sabían también que se había reunido con Pausanias... Lo entregaron a la Cripteia, que lo torturó ferozmente. Pero es evidente que no dijo una palabra y por eso lo dejaron libre con la esperanza de poder seguirlo y descubrir más cosas si intentaba buscarte. Pero él también fue muy prudente: tal vez descubrió que vigilaban tu casa, el hecho es que no volvieron a verlo, ni siquiera ayer, cuando los ilotas atacaron la ciudad, nadie lo vio.

—Yo lo vi —dijo Cleidemo—, es él quien me dijo que viniera a verte, porque estaba convencido de que solo tú tendrías una respuesta a mis preguntas.

El Éforo calló unos instantes y en el silencio Cleidemo alcanzó a oír el canto de los gallos: estaba a punto de salir el sol.

—Intuyó la verdad —dijo Epístenes—. Vi el mensaje del rey Leónidas y lo transcribí antes de que lo destruyesen. Jamás tuve el valor de darte a conocer su contenido y mandé grabar esas palabras en la tumba de tu madre... Si la sangre del gran Aristarcos fluía realmente en tus venas, llegaría el día en que buscarías la verdad, dondequiera que esta se ocultara,...

Se puso en pie y le señaló a Cleidemo la estatuilla de Hermes que estaba a sus espaldas, en un nicho de la pared.

—Está allí —dijo—, dentro de la estatua.

Cleidemo levantó la imagen con manos temblorosas, le dio la vuelta y extrajo el rollo de cuero.

—Vete —le dijo el Éforo—, márchate, el sol está a punto de salir... y que los dioses te acompañen.

Cleidemo ocultó contra su pecho el rollo, fue hasta la puerta y echó un vistazo hacia la calle desierta.

—Que los dioses te protejan, noble Epístenes —dijo volviéndose—, porque han maldecido a esta ciudad.

Se arropó con la manta, se cubrió la cabeza con la capucha y enfiló por la calle a paso veloz. Evitó la plaza de la Casa del Consejo y se internó en la encrucijada de callejuelas angostas y oscuras del barrio de Mesoa hasta llegar al valle del Eurotas. Corrió hasta quedarse sin aliento por la orilla del río, al resguardo del terraplén, hasta que juzgó que estaba cerca de su casa. Entretanto, se había levantado una espesa niebla, de manera que pudo salir a campo abierto sin temor a ser descubierto. A lo lejos vio despuntar el perfil de los cipreses que rodeaban la tumba de Ismene entre el manto blancuzco y, con paso seguro, consiguió ir hasta la morada de los Cleoménidas. Entró y, después de comprobar que estaba desierta, cerró la puerta.

El sol se elevaba apenas por encima del horizonte y difundía en la estancia una débil claridad lechosa; Cleidemo sacó el rollo de cuero, lo abrió dominando apenas el temblor de las manos y vio pasar ante sus ojos las palabras que el rey Leónidas, presa de la congoja de la última hora, había querido enviar a su ciudad, palabras que habían permanecido mudas durante trece largos años:

Leónidas, hijo de Anaxándrides, rey de los espartanos, conductor panhelénico, al rey Leotíquidas, a los honorables Éforos y a los venerables

Ancianos, salve.

Cuando leáis estas palabras habré abandonado el mundo de los vivos y conmigo estarán los valientes hijos de Esparta que opusieron su pecho a la fuerza inmensa de los bárbaros. Es justo, pues, que quien pagó con su propia sangre haga oír su voz. Con este, mi último acto, he querido salvar de la destrucción a una gran familia de valientes e impedir que fueran sacrificados injustamente. Son Brito y Cleidemo, hijos de Aristarcos; Cleoménidas, el primero, destinado a morir en contra de la ley de la ciudad, y el otro, que vive en condición de siervo, huido de la muerte que desde tiempo le había sido reservada según las leyes de la ciudad. Ambos son la viva imagen de la condición de Esparta, pues entre estos peñascos vierten su sangre tanto ilotas como guerreros. A estos dos hijos de Esparta debe revelarse la estirpe común y es mi deseo que sobre ellos se funde un nuevo orden para que dos estirpes que viven en la misma tierra, y que por ella dan su sangre en igual grado, en el futuro vivan en paz bajo la misma ley. A vosotros os pido que se rescate la memoria de mi hermano Cleomenes, vuestro rey, empujado a las tinieblas de la locura y la muerte no por mano divina, como yo creo, sino por mano humana. Si todo esto no ocurriera, sobre la ciudad por la que me dispongo a dar mi sangre caerá un día la maldición de los dioses por la rabia de quien un día padeció la injusticia y el atropello, si es verdad que a quien se dispone a morir los númenes envían verídicas premoniciones.

Cleidemo dejó caer el rollo y sollozando corrió a la alcoba de sus padres, abrió el gran arcón de ciprés, extrajo la armadura y el escudo de los Cleoménidas y a rastras salió de allí y fue a la tumba de Ismene. Sobre la losa de piedra apoyó la coraza historiada, las grebas espléndidamente repujadas, el yelmo de las tres crestas negras y el escudo del dragón. Se arrodilló, apoyó la cabeza sobre la piedra helada y, después de tocar por última vez el escudo en el que había dormido cuando era niño y que había contenido los huesos de su hermano, echó a correr hacia el Taigeto y desapareció en la niebla.

El vientre de la montaña lanzó entonces un bramido y la tierra tembló sacudida desde los abismos del Tártaro. Los poderosos muros de la casa de los Cleoménidas vacilaron, las piedras angulares se partieron por sus uniones y con inmenso fragor la antigua morada se desplomó sobre sus cimientos.

OceanofPDF.com

ITOME

Dejó atrás el descampado del acebo grande, entró en el claro y llegó a la base del túmulo. Allí estaba sentado Caras, envuelto en su capa, cerca de un fuegucillo de hornija, inmóvil como una piedra berroqueña.

—Te esperaba —dijo poniéndose en pie—; ven, entremos.

Apartó las piedras que cerraban la entrada al túmulo, sobre las que el musgo y los helechos habían tendido un tupido manto. Desde la noche lluviosa en que Critolao había visitado aquel lugar, nadie había vuelto a tocar aquellas piedras.

Caras cogió un palo envuelto en estopa, lo encendió en el fuego y entró en la gruta seguido de Cleidemo. Clavó la antorcha en la pared de la celda interior y abrió la tapa de la gran arca. La fantástica armadura brilló en la semipenumbra y Cleidemo se quedó mirándola sin parpadear. Caras sacó la coraza formada por la unión de tres grandes placas, después el escudo de bronce guarnecido de ámbar con la figura de una cabeza de lobo y luego el yelmo coronado por colmillos de lobo. Por último tendió la mano hacia la espada mientras a Cleidemo lo recorría un repentino estremecimiento. Caras sacó la antorcha de la pared y la acercó al filo. El sebo que la recubría se prendió fuego y el arma pareció convertirse también en antorcha. Cuando la breve llama se hubo apagado, el hierro templado despidió leves fulgores azulados.

Caras se cubrió la cabeza y murmuró:

—Él será fuerte e inocente y lo impulsará un amor tan grande por su pueblo que acallará la llamada de su propia sangre...

—Escuché esas mismas palabras en boca de Critolao —dijo Cleidemo.

—Son las palabras de una antigua profecía que se hace realidad en este momento. Tú, que sacrificas tu sangre espartana por tu pueblo... Tú eres el último lobo de Mesenia, Talos, hijo de Esparta e hijo de tu gente... Ha llegado el momento de que empuñes la espada de Aristodemos, rey de los mesenios, heredero de Néstor, pastor de pueblos. Ha llegado el momento de que caiga la antigua maldición.

El ojo de Caras brillaba bajo la frente poderosa; tal vez fueran lágrimas, pero su rostro seguía impassible. Dirigió la punta de la espada

hacia el pecho de Cleidemo, que no se movió, e hizo brotar la sangre; después alzó el arma con ambas manos. La gota roja se deslizó despacio por el canal central hasta tocar el arriaz de ámbar. Caras hundió entonces la espada en el suelo, se arrodilló y apoyó en la empuñadura la frente perlada de sudor; luego, con voz temblorosa, pronunció palabras que Cleidemo no comprendió pero que, sin embargo, se le grabaron a fuego una tras otra en la mente.

Levantó la frente hacia Cleidemo, que parecía petrificado, y añadió:
—Ahora tómala.

A Cleidemo le dio un vuelco el corazón; tendió la mano hacia la empuñadura de ámbar, la ciñó, la extrajo de la tierra y la apoyó sobre su pecho. Caras se puso de pie.

—Critolao fue el último guardián de la espada; yo soy el guardián de las palabras... Palabras que fueron transmitidas durante ciento ochenta y cuatro años. Ahora tú posees la espada y conoces las palabras... Tú eres el lobo.

Hacía horas que todos los hombres aptos de la montaña se encontraban reunidos en el gran claro de la fuente de arriba; iban armados y formaban por tribus. Miraban el bosque y hablaban entre sí, como si esperaran a alguien. De pronto, algunos señalaron un encinar y gritaron:

—¡Ya llegan!

Apareció entonces la imponente figura de Caras, la lanza en la derecha, un escudo de cuero en el brazo izquierdo. Detrás de él, un guerrero completamente armado, la cabeza cubierta por un yelmo coronado de dientes de lobo, el enorme arco de asta en bandolera. Del cinturón que le cruzaba el pecho colgaba una espada con la empuñadura de ámbar. Al verlo, los ancianos se postraron de rodillas levantando las manos al cielo mientras Caras, que se había acercado más, alzaba la lanza gritando:

—¡El lobo ha vuelto, rendidle honores!

Los hombres cerraron filas y comenzaron a golpear las espadas contra los escudos. Se produjo un estruendo poderoso y confuso que poco a poco se fue haciendo más fuerte y ritmado, un fragor inmenso cuyo eco se propagó sobre las cimas de alrededor.

Un viejo de larga barba blanca avanzó con paso inseguro, se plantó delante del guerrero, levantó los ojos anegados en lágrimas y balbuceó:

—Señor, hace mucho tiempo que esperamos este día. Que los dioses estén contigo y te den la fuerza de guiar a nuestro pueblo. —Le cogió la

mano y se la besó.

Cleidemo se quitó el yelmo y levantó la mano para pedir que hicieran silencio.

—¡Pueblo de la montaña! —gritó—. ¡Escuchadme! Muchas señales de los dioses y el cumplimiento de muchos presagios me han impulsado a vestir esta armadura y a empuñar la espada que perteneció a Aristodemos. Estuve alejado largo tiempo para conocer la verdad sobre mi vida y el mundo que nos rodea. He sufrido muchas penurias y dolores porque los dioses me reservaron un duro destino, pero ahora mis raíces espartanas se han secado y mi camino está trazado. Os guiaré, pues, con la ayuda de Caras, el guardián de las palabras, a quien mi abuelo Critolao me dio por compañero hace muchos años. Hace dos días os vi luchar en el llano y vi también a Esparta y lo que os está preparando. No debemos tentar más a la suerte y atacar la ciudad; hace tiempo que habéis perdido el hábito de combatir mientras que Esparta cuenta todavía con numerosos guerreros perfectamente armados y adiestrados, guiados por dos jóvenes reyes muy valerosos. Además de esto sé que la ciudad está a punto de recibir ayudas y refuerzos de sus aliados, entre los que se encuentran los atenienses, que ahora son los amos del mar. ¡Creo que deberíamos alcanzar Mesenia, la antigua patria de este pueblo, y reconstruir Itome! —Un murmullo recorrió las filas de los guerreros—. Los espartanos pasarán mucho tiempo ocupados en reconstruir su ciudad devastada y en reorganizarse, y nosotros dispondremos de todo el tiempo necesario para llegar a Itome y restaurar sus murallas. El lugar es formidable por su posición natural, fácilmente defendible: no necesitaremos batirnos en campo abierto contra las falanges del Peloponeso. Reactivaremos los pozos y las cisternas, fortificaremos los baluartes; las manadas de vacas y los rebaños de ovejas que siempre habéis cuidado para vuestros amos nos servirán de sustento. Mandad que vengan vuestras familias, las mujeres y los niños, y preparaos porque mañana mismo nos pondremos en marcha.

Un grito se elevó de mil bocas, todos levantaron las lanzas y de inmediato Caras se puso a distribuir las tareas: apostó centinelas en todos los senderos y en todos los puntos desde los que se podía vigilar el llano, dividió en grupos a los hombres aptos y eligió a los mejores como comandantes. Mandó reunir todos los animales de carga disponibles, todos los carros y bueyes para tirar de ellos y ordenó que cada uno llevara sus enseres al claro grande para cargarlos junto con las provisiones.

Esa noche Cleidemo durmió en la casa de Critolao, con la que le había hecho de madre durante tantos años. Conservaban aún el redil para los animales y en su interior todo estaba en orden, como si nunca la hubiesen abandonado. Estaba el escabel en el que Critolao se sentaba las largas noches de invierno para contarle historias maravillosas, mientras iba trenzando cestos con las delgadas ramas de retama. Estaba todavía la cama en la que había dormido de niño y soñado tantas veces despierto en el duermevela, donde en las mañanas de estío había escuchado el canto de las alondras que, desde los arbustos, levantaban vuelo hacia el disco del sol, y el gorjeo de los mirlos enamorados.

En dos días de marcha llegarían a casa de Antinea y se uniría a ella para siempre. Exhausto después de tantos días de fatigas y excesos, se durmió; junto a él estaba la armadura del rey de Mesenia, creada por un maravilloso artífice en un espléndido y antiguo palacio, enterrada durante generaciones enteras en la caverna de la montaña. No muy lejos, en las lindes del encinar, bajo un modesto túmulo, dormía Critolao. Junto a él, una mano pía había plantado un joven fresno silvestre cuyos brotes henchían las ramas bajo el soplo tibio de los vientos del mar.

La larga marcha comenzó al amanecer cuando los centinelas, después de abandonar sus puestos de guardia, corrieron la voz de que todo estaba tranquilo. Cleidemo formó a los hombres armados en dos columnas de cinco, una al frente y otra al final. En medio colocó los carros, los animales de tiro, a las mujeres, los viejos y los niños con sus enseres. En posición avanzada iban grupos montados de reconocimiento que vigilaban el camino y otros, más separados, cerraban la larga procesión de hombres y animales, dispuestos a dar la alarma en caso de ataque por la retaguardia.

Pero durante todo el viaje, que duró cinco días, no hubo sorpresas y el pueblo de la montaña avistó las ruinas de Itome la tarde del quinto día. Cleidemo los hizo acampar al pie de la colina donde se podía conseguir agua y donde no muy lejos un bosque les suministraría leña en abundancia. Los herreros y los carpinteros montaron de inmediato sus herramientas y en pocos días estuvieron listos los refugios; mientras tanto, los hombres aptos y muchas mujeres trabajaban por turnos en el interior de la ciudad para reparar sus muros y las grietas de la muralla, construir los techos, limpiar de escombros las calles. Hasta los más jóvenes, incluso los niños, se prestaban a hacer cuanto podían para ayudar a sus padres. Antinea y el viejo Pelias se unieron a la columna migratoria cuando esta había pasado por su tierra;

Caras los hizo subir a un carro y les contó lo sucedido. Cleidemo, que iba al frente de la columna, la saludó con la mano y con una larga mirada, pero no abandonó su puesto. Ya tendría tiempo para hablarle y estar con ella. Lo más importante era conducir a toda aquella gente a un lugar seguro antes de que los espartanos decidieran atacar. Por extraño que pareciera, los espartanos no dieron señales de vida en casi tres meses, y el día en que un pequeño grupo de reconocimiento a caballo fue avistado en la entrada del valle por los centinelas, Itome había vuelto ya a la vida y estaba en condiciones de acoger a toda la gente llegada del Taigeto. Eran tres mil ochocientas personas, de las cuales ochocientas estaban en condiciones de llevar armas.

Cleidemo los sometía a continuos ejercicios para enseñarles todas las tácticas de combate aprendidas en los años en que había sido guerrero de Esparta. Una noche, mientras inspeccionaba las murallas con Caras, se detuvo en una torre para escrutar el valle iluminado por la luna.

—¿En qué piensas? —le preguntó Caras.

—En el momento en que por allí veamos aparecer al ejército espartano.

—Tal vez no ocurra —dijo Caras—. Tal vez nos dejen en paz.

—No —repuso Cleidemo moviendo la cabeza—. Sabes bien que jamás tolerarán que una ciudad independiente y hostil esté a cinco días de camino de la suya. Lo único que deseo es que los Éforos tengan en cuenta la posibilidad de negociar. Podríamos reconocer su soberanía formal sobre estas tierras a cambio de la paz. Por desgracia, no sabemos nada de lo que está ocurriendo en el valle del Eurotas, pero no me hago ilusiones...

—Esta ciudad no debe morir —dijo Caras después de un largo silencio—. Ya he oído a los viejos contarles a los niños la historia de la gran marcha desde el monte Taigeto, la historia de Talos, el lobo. Dentro de unos años este acontecimiento será cantado como las empresas de los antiguos reyes.

—Sé qué quieres decir —repuso Cleidemo—. Elegí conducir contigo a la gente hasta este lugar porque pensaba que era la única manera posible de salvarnos y ser libres, pero ahora tengo miedo.

—Los mesenios nos han aceptado, no hubo hostilidades por parte de ellos, al contrario... los ancianos de las ciudades y las aldeas cercanas nos hicieron saber que nos consideran de su sangre, descendientes de los mismos padres.

—Es cierto y eso constituye una gran ventaja, pero si los espartanos nos atacaran, dudo que bajaran al campo de batalla por nosotros... Pero es inútil que intentemos prever el futuro. Debemos prepararnos para lo peor; si luego la suerte se pone de nuestra parte, todo será aún más hermoso. Ver resurgir la ciudad muerta ha sido en sí mismo algo maravilloso. El sueño de Critolao... Ojalá pudiera verlo...

—Critolao era el guardián de la espada —le dijo Caras—. Su espíritu está siempre con los suyos.

—Todo parece imposible, tanto que a veces pienso que lo he soñado. Volver a encontrarte a ti, a Antinea, a mi madre... y toda esta gente dispuesta a luchar quién sabe desde cuándo.

—Desde siempre —dijo Caras—. Cuando los griegos vencieron en Platea, esa misma noche muchos de los nuestros saquearon las riquezas del campamento de los persas y las tuvieron guardadas largo tiempo. Sirvieron para comprar las armas de nuestros guerreros, las armas con las que defenderán su libertad al precio de sus vidas. Esta gente jamás volverá a ser esclava, recuérdalo, jamás. Preferirán morir... todos.

Esa noche Cleidemo se acostó al lado de Antinea y la estrechó largo rato contra su cuerpo.

—Mi padre se está muriendo apaciblemente —dijo Antinea—. Siente que la vida lo abandona, pero no lamenta nada. Tú le has enseñado la ciudad de sus antepasados, has hecho realidad el sueño de toda su vida.

Cleidemo la estrechó con más fuerza.

—Antinea, oh, Antinea, querría que este sueño no acabara nunca, pero me atérralo que nos espera... Esparta es implacable.

—Lo que nos espera no cuenta, ni cuenta vivir mucho si se es esclavo. Todos están dispuestos a combatir y todos se sienten felices de haberte seguido. Mi padre se muere, pero en mi vientre germina un hijo: es una señal de la vida que sigue, no de la vida que acaba.

Cleidemo buscó sus ojos en la oscuridad y sintió que un nudo le cerraba la garganta.

—Un hijo —murmuró—, un niño nacerá en la ciudad muerta....

Y la besó largamente acariciándole el vientre blando.

Las primeras tropas de Esparta aparecieron a comienzos del verano, pero se trataba de un modesto contingente. Los Éforos solo querían vigilar de cerca la ciudad de los ilotas para impedir que los demás, que habían quedado en Laconia, se unieran a los rebeldes, y pasó tiempo antes de que

los guerreros intentaran forzar su entrada en el valle, que había sido fortificado con un terraplén. La gente de Itome había sembrado y quería cosechar antes del invierno; por eso noche y día el terraplén estaba bajo estrecha vigilancia para impedir el paso del enemigo. Cuando las mieses comenzaban a amarillear los espartanos enviaron una embajada a pedir la rendición de la ciudad y el regreso de los ilotas al Taigeto. Estaban dispuestos a renunciar a toda venganza y al castigo con tal de que todos regresasen a sus trabajos del campo y las dehesas. Desde el terraplén Caras les contestó:

—Este pueblo ha sufrido la esclavitud desde antaño, muchos de los nuestros han muerto en la batalla al servicio de vuestros guerreros, pero su sangre fue despreciada y considerada vil. Por eso abandonamos Laconia para regresar á nuestra antigua patria y reconstruimos esta ciudad. Entre nosotros no hay casi ninguno que no haya padecido injusticias, golpes o torturas, pero no es nuestro deseo vengarnos. Lo único que deseamos es vivir libres y en paz. Si abandonáis estas tierras no tendréis nada que temer de nosotros, pero por nada del mundo aceptaremos que vuelvan a colocarnos el yugo sobre los hombros. Preferimos defendernos y arriesgar la vida, pero jamás nos rendiremos.

—¡Tened cuidado! —le gritó el espartano—. Nuestros antepasados destruyeron una vez esta ciudad y nosotros haremos lo mismo.

—¡Vete! —aulló Caras, enfurecido.

El espartano lo miró con gesto burlón y volviéndose a los hombres de su séquito les comentó con sorna:

—¡Un tuerto y un tullido, vaya jefes han elegido esos harapientos!

No tuvo ocasión de añadir nada más. Caras levantó un enorme peñasco por encima de la cabeza y lo lanzó con un rugido. El espartano se percató demasiado tarde de lo que era capaz la fuerza del gigante y levantó el escudo de bronce como inútil defensa. El peñasco lo aplastó contra el suelo hundiéndole el tórax y haciendo que sus vísceras asomaran entre las uniones de la coraza. Asombrados, los demás bajaron las lanzas, recogieron el cadáver en un escudo y se alejaron en silencio.

Caras envió un grupo de reconocimiento a las colinas cercanas para que comprobaran la magnitud de las tropas enemigas y cuando volvieron le refirieron que su número era más bien reducido. En efecto, los Éforos no se atrevían a desguarnecer demasiado Esparta pues temían que los arcadios y los mesenios se sublevaran. Habían solicitado ayuda a los atenienses,

esperaban que les enviaran un fuerte contingente desde Ática y confiaban sobre todo en el apoyo de Cimón, jefe del partido aristocrático y partidario de una estrecha alianza entre las dos principales potencias de Grecia. En esos momentos habrían podido lanzar el ataque decisivo y aplastar a los ilotas atrincherados tras los muros de Itome. Después de superar con gran dificultad y gracias a su prestigio personal la fuerte oposición de los democráticos, Cimón consiguió obtener de la Asamblea de Atenas el envío a Mesenia de cinco batallones de hoplitas, pero entonces el verano ya tocaba a su fin y difícilmente podía esperarse expugnar la ciudad antes de la época de las lluvias. Con mal tiempo habría sido difícil, si no imposible, mantener el asedio.

Antinea parió un varón a principios del otoño y, por deseo de los Ancianos, le fue impuesto el nombre de Aristodemos.

Era un niño sano y fuerte, de cabellos negros como los de su padre y ojos verdes como los de su madre. Cuando la comadrona se lo llevó en una cesta a Cleidemo, este lo tomó entre sus brazos con el alma embargada por la emoción, lo apretó contra su pecho, lo tapó con su capa y desde lo más profundo de su corazón rogó:

—Oh, dioses que vivís eternamente y tenéis poder sobre la vida y la muerte, vosotros que me reservasteis una suerte tan amarga y pequeño e indefenso me arrancasteis de los brazos paternos, si estaba escrito que con mis sufrimientos se expiara una antigua culpa, consideraos pagados, os lo suplico, con el duro castigo infligido a un inocente y perdonad a este niño que engendré con inmenso amor.

Así rogaba con el alma llena de esperanza y temor.

La llegada de las tropas atenienses no hizo adelantar en exceso las operaciones y los oficiales espartanos no tardaron en darse cuenta de que muchos de sus aliados pertenecían al partido democrático y luchaban de mala gana para reducir a la esclavitud a los ilotas rebeldes. Comenzó a decirse que algunos de los comandantes atenienses habían mantenido contactos con los mesenios de los campos de alrededor, sometidos a Esparta y vinculados a la ciudad por férreos pactos de alianza, pero que admiraban el valor que impulsaba a los defensores de Itome.

Escamados e incómodos, los Éforos terminaron por despedir al contingente ateniense con el pretexto de que ya no necesitaban su ayuda y el ejército de Atenas regresó a Ática. El gesto de Esparta suscitó gran indignación en la Asamblea y Cimón, considerado responsable de la

afrenta, fue atacado con violencia por sus adversarios, que solicitaron para él la destitución y el exilio. La propuesta se sometió a votación y el valiente comandante, vencedor de tantas batallas por tierra y por mar, tuvo que abandonar su ciudad. Los democráticos retomaron el poder y a partir de ese momento las relaciones entre Esparta y Atenas se tornaron cada vez más frías y difíciles. Entretanto, los Éforos y los Ancianos recuperaron el control de la situación en Laconia y después de reparar gran parte de los daños causados por el terremoto decidieron lanzar un ataque decisivo contra Itome, pues por entonces muchos de los mesenios se habían unido a los rebeldes y existía el peligro de que perdieran toda la región.

La primavera siguiente un ejército de cinco mil hoplitas rodeó la ciudad y la sometió a asedio. Cuando los veinte calores del sur secaron por completo la tierra el rey Arquídamo ordenó que se lanzara el ataque final. Hacía un día sofocante de principios del verano y el rey había dividido sus tropas en cuatro grandes batallones precedidos por arqueros cretenses y una infantería ligera que tenía por misión atacar las murallas con todo tipo de proyectiles mientras la infantería de línea se ocupaba de escalarlas. Al salir el sol los guerreros iniciaron la marcha y desde todos los rincones aparecieron en la base del monte de Itome.

Completamente armados, Cleidemo y Caras distribuyeron sobre las murallas a todos los hombres aptos, mientras mujeres y niños se encargaban de transportar piedras y arena para llenar unos escudos que se calentaban al sol. Antinea auxiliaba a su hombre, le alcanzaba las flechas para el gran arco de asta. Cuando Arquídamo hizo sonar las trompetas, los guerreros comenzaron a subir las laderas del monte en silenciosa marcha compacta, hombro contra hombro. Los primeros en llegar al pie de las murallas fueron los arqueros, que comenzaron a lanzar nubes de flechas hacia las escarpas, donde los defensores intentaban protegerse tras los escudos. Cuando los hoplitas, más lentos y pesados por las armaduras, llegaron a las inmediaciones del muro, los arqueros y los honderos se abrieron sin interrumpir el tiro para dejarles paso. Comenzó a soplar un fuerte viento que levantaba nubes de polvo de las pendientes de la montaña y, en medio de aquella bruma, los guerreros de Esparta avanzaron con las cabezas inclinadas, las ropas y las cimeras blanquecinas, como horribles espectros portadores de muerte.

Desde lo alto de las escarpas Cleidemo desenvainó la espada para dar también la señal y sus arqueros comenzaron a tirar sobre el enemigo con

desesperado ardor. Muchos de los infantes ligeros que apoyaban a las tropas espartanas cayeron, pero la nube de flechas parecía estrellarse contra los escudos de los hoplitas que continuaban avanzando en el polvo. El sol, alto ya en el cielo, arrancaba destellos a sus armaduras y las distintas secciones, situadas ya en la cima de la montaña, se unían con firmeza y atenazaban Itome. Desde lo alto de las torres parecían una horda de insectos monstruosos, encerrados en sus cascarones metálicos. Los defensores comenzaron a lanzar piedras y a volcar sobre ellos los escudos llenos de arena hirviente que tapó a los asaltantes y se coló entre las uniones de las corazas haciéndolos retroceder, atormentados por las quemaduras. Pero otros avanzaron para ocupar sus lugares y reemplazarlos mientras los infantes de armadura ligera, protegidos por el nutrido tiro de los arqueros cretenses, portaban decenas de escaleras. Al ver que era inútil seguir atacando con flechas pues al enemigo lo protegían los salientes de los bastiones, Cleidemo abandonó el arco de asta y se volvió hacia Antinea para pedirle una lanza.

En ese momento la flecha de un arquero cretense describió una larga parábola desde arriba y alcanzó a Antinea, que se desplomó con un gemido. Cleidemo dejó caer el escudo, se precipitó a su lado y la levantó en brazos; entretanto, centenares de hoplitas espartanos, después de apoyar las escaleras en las murallas, comenzaron a asomar por las escarpas desde todas partes y los defensores a duras penas conseguían contenerlos. Un grupo de infantes ligeros que había saltado el bastión rodeó a Caras, que se encontraba a poca distancia. El gigante traspasó a uno con la espada y el hombre se precipitó de las escarpas con el hierro clavado. Al verse desarmado, aferró a otro de los asaltantes que se había lanzado sobre él, lo levantó bien alto, lo estampó contra los compañeros que subían tras él y todos fueron arrollados en la caída. El coloso se volvió hacia la izquierda y en lo alto de la torre oriental vio a Cleidemo, que llevaba en brazos a Antinea con el pecho manchado de sangre; tras él iba un grupo de espartanos que lo atacaba con las espadas desenvainadas. Caras se horrorizó al ver la escena, como si se le hubiese aparecido el mismo rey Aristodemos con la hija sacrificada en los brazos a punto de ser engullido por los infiernos, y gritó ensanchando el inmenso tórax, imponiéndose al fragor de la batalla y a los gritos de los heridos:

—¡Salvad al rey!

Se lanzó entonces a la carrera y arrancó una lanza de un cadáver que yacía en el adarve. Cleidemo depositó a Antinea en el suelo y, rodeado de atacantes, se volvió y desenvainó la espada. Caras derribó cuanto obstáculo encontró en su camino y llegó justo a tiempo para romper el cerco de los enemigos. Uno de ellos se abalanzó sobre él, pero Caras le tiró la lanza, le traspasó el escudo y la coraza y lo levantó, espetado en la punta, para estamparlo contra los demás, que retrocedieron aterrados. Cleidemo se colocó a su lado revoleando la espada y los asaltantes retrocedieron más allá del parapeto.

Al ver la escena los demás combatientes se animaron, reconquistaron el bastión, repelieron al enemigo, echaron hacia atrás las escaleras, sepultaron bajo una lluvia de piedras y dardos a los que continuaban subiendo y les arrojaron vigas arrancadas de los parapetos. Cleidemo levantó entonces a Antinea y la llevó a un lugar seguro, donde las mujeres se ocupaban de curar a los heridos.

Los espartanos enviaron una delegación a solicitar una tregua para recuperar a sus muertos. La obtuvieron y los porteadores subieron a paso lento bajo las murallas de Itome, recogieron a sus guerreros caídos, recompusieron como mejor pudieron las piernas destrozadas y los brazos majados por las piedras. De pie en la entrada de su campamento, el rey Arquídamo asistió con la cabeza inclinada al triste desfile de los porteadores que volvían con los cadáveres de sus hoplitas. Los miró uno por uno, con las mandíbulas y los puños apretados; después, cuando hubieron pasado todos, levantó los ojos hacia la ciudad. El sol poniente teñía de rojo las laderas del monte, de un rojo oscuro como la sangre de sus guerreros.

EL LOBO

Antinea, a quien le había sido extraída la flecha de un hombro, devorada por una fiebre muy alta, luchó mucho tiempo contra la muerte; cada noche, al regresar de las murallas, Cleidemo la velaba solícito, le acariciaba la frente ardiente y rogaba a los dioses que la salvaran hasta que se quedaba dormido. Había confiado al niño a una nodriza que, al perder a su hijo en el parto, tenía leche suficiente como para alimentar al pequeño de Antinea. Entretanto, los Ancianos de la ciudad, que sobre las ruinas del antiguo templo de Zeus Itometa habían reconstruido un modesto santuario, ofrecían súplicas al numen por la salud de su jefe y la salvación de su esposa, que luchaba con la muerte. Al final sus plegarias fueron atendidas y Antinea se recuperó lentamente, pero su vida era una angustia continua cada vez que veía a Cleidemo colocarse la armadura y salir ciñendo la espada. Con las lluvias y el frío, el invierno les llevó un poco de paz pues se interrumpieron todas las actividades militares. Los espartanos se limitaron a mantener en el valle un reducido contingente y a la gente de Itome le fue posible obtener comida, para lo cual, por las noches, salían unos cuantos con sus animales de carga y conseguían cereales en las aldeas vecinas, donde los mesenios los aprovisionaban.

En aquellas aldeas también obtenían noticias de cuanto ocurría en los alrededores y en el resto del Peloponeso. De este modo Cleidemo se dio cuenta de que Esparta tenía notables dificultades con los estados limítrofes, especialmente con los argivos, siempre hostiles, y con los arcadios, que toleraban mal su hegemonía. Por eso abrigaba la esperanza de poder prolongar la resistencia de la ciudad. Sin embargo, a medida que se acercaba la primavera y su hijo daba los primeros pasos y balbuceaba las primeras palabras, Cleidemo pensaba en lo que ocurriría si Esparta lograba por fin concentrar todas sus fuerzas alrededor de Itome. Cuando por las noticias que consiguió reunir tuvo la certeza de que los Éforos y los Ancianos tenían planeado concluir de una vez por todas la guerra de Mesenia, decidió que debía salvar a toda costa la vida de Antinea, de su hijo y de su vieja madre.

Le pidió a Caras que se los llevara de Itome a algún lugar seguro de Arcadia o Argólida, donde se reuniría con ellos o desde donde los haría regresar si lograba conquistar la libertad para él y su gente. Caras se aprestó a cumplir con la misión antes de que comenzara la nueva campaña de primavera y una noche Cleidemo planteó sus intenciones a Antinea.

—Escúchame —le dijo—, en los últimos tiempos he sabido que en Esparta tienen planeado terminar con esta guerra, lo cual significa una sola cosa: la destrucción de Itome y la matanza o la esclavitud de sus habitantes. Por ese motivo he tomado una decisión: el pequeño, mi madre y tú os salvaréis; Caras está dispuesto a conducirlos hasta un lugar secreto de Arcadia donde os confiará a una familia de buena gente que él conoce. Yo me quedaré a defender la ciudad y si logramos resistir o derrotar a los espartanos tal vez reconquistemos la libertad. Entonces te mandaré a buscar o me reuniré contigo.

Antinea prorrumpió en sollozos.

—¿Es este el augurio que me haces? Lloras como si hubiera muerto.

Antinea se volvió hacia él y lo estrechó con fuerza.

—No me alejes de tu lado, te lo ruego, no me alejes de tu lado porque sin saber lo que te ocurre me moriré de angustia... estoy segura de que no lo resistiré.

—Resistirás, lo sé —respondió Cleidemo separándose con dulzura de ella—. Piensa en el pequeño, te necesita.

Antinea estaba desconsolada.

—No podréis salvaros, los espartanos no se detendrán hasta arrasar la ciudad y si tú mueres quiero morir a tu lado y al lado de mi hijo; si así debe ser, quiero morir al lado de mi gente.

—No, Antinea, no sabes lo que dices... Además, está decidido y deberás obedecerme. Partiréis la primera noche de luna nueva, iréis con Caras. Te alejo para ahorrarte graves peligros, pero no sin esperanzas. Confiarán el mando de la próxima campaña al rey Pleistarcos, hijo de Leónidas... Trataré de verlo, de hablar con él; quizá logremos evitar una matanza inútil. Ni siquiera Esparta puede arriesgar impunemente la vida de sus guerreros... En el terremoto murieron muchos y muchos más han caído en esta guerra.

Antinea no dijo nada porque sentía una tristeza profunda e invencible en el alma. Apoyó la cabeza sobre el pecho de Cleidemo y escuchó el latido de su corazón.

—La suerte nos mantuvo separados muchos años —continuó él—; la última vez que te vi desaparecer a lomos de tu asno lloré amargamente porque estaba seguro de que jamás volvería a verte. Sin embargo, me reuní contigo después de haber arriesgado cien veces la vida en lugares remotos. Debemos tener esperanza, Antinea, esperanza de que volveremos a vernos. Algunas veces los dioses no nos conceden más consuelo, pero en nosotros existe una fuerza que no permite que muera la esperanza: es la fuerza que me condujo a ti desde las tierras de la lejana Asia, desde las soledades de la Tracia salvaje. Siempre estaré contigo, Antinea, y con el pequeño, pero no dejes que sea solo yo el que abrigue esta esperanza. Si tú también tienes la certeza de que volverás a verme algún día nos reuniremos otra vez, ya libres, y viviremos serenamente hasta alcanzar una vejez tranquila y a nuestro alrededor veremos crecer a los hijos de nuestros hijos, fuertes como jóvenes olivos. En el ojo del huracán olvidamos que existe el sol y tememos que las tinieblas dominen el mundo, pero el sol continúa brillando por encima de los negros nubarrones y tarde o temprano sus rayos se abren paso para seguir dándonos la luz y la vida.

Antinea callaba, apretada contra él, intentaba abrir su corazón a aquellas palabras y contener las lágrimas ardientes que brotaban de sus ojos.

La primera noche de luna nueva, Caras hizo subir a un carro a las dos mujeres con el niño para conducirlos lejos de Itome; Cleidemo los vio alejarse con los brazos levantados como aquel día lejano en el llano y se sintió feliz de que se marcharan a un lugar seguro, al abrigo de los peligros; en el fondo de su corazón se sintió morir al separarse de los seres a los que amaba más que la vida. Con una mezcla de tristeza y esperanza, la gente de Itome lo contemplaba, erguido en la puerta septentrional de la ciudad. Ellos también deseaban que el hijo de Talos, el lobo, fuera puesto a salvo, y sabían que en la hora suprema los jefes deben estar solos.

Con la primavera se inició el asedio, que al principio fue dirigido por dos estrategias y cuatro comandantes de batallón. El rey Pleistarcos llegaría más tarde, después de las celebraciones de Artemis Ortia, que debía presidir junto con su colega Arquídamo. En Esparta los Éforos habían intentado durante mucho tiempo averiguar quién estaba al frente de los ilotas y cuando llegaron los primeros testimonios de los soldados que luchaban en Mesenia sobre un misterioso guerrero cubierto por una extraña armadura nunca vista hicieron lo posible por saber más, pero sin resultado. Se supo

que aquel hombre era tullido y alguien pensó en Cleidemo, hijo de Aristarcos, desaparecido en el terremoto, pero nadie consiguió jamás recoger pruebas fehacientes y el Éforo Epístenes, que intuía la verdad, no dijo palabra. Por otra parte, ninguno de los espartanos le había visto nunca la cara, porque Cleidemo luchaba siempre con el yelmo puesto y gran parte de su rostro quedaba oculto.

Cumplida su misión, Caras no regresó de inmediato a Itome, sino que se detuvo en Arcadia para recoger noticias. Cuando por fin volvió, poco antes de que se cerrara el asedio a la ciudad, le refirió a Cleidemo lo que había oído decir: los atenienses habían quedado profundamente impresionados por la denodada resistencia de los ilotas y presionaban a Esparta para que los dejara en libertad. Sin embargo, no había logrado saber nada sobre lo que pensaban los espartanos. Cuando por fin el rey Pleistarcos llegó al campo, Cleidemo intentó por todos los medios solicitar un encuentro, pero sin ningún resultado. Un día, desde la muralla, lo vio pasar a caballo por el sendero que subía desde el valle para inspeccionar las fortificaciones de la ciudad asediada. Escribió entonces un breve mensaje y lo ató a una flecha; apuntó con el arco de asta hacia el cielo calculando cuidadosamente la trayectoria y disparó. La saeta partió con un silbido y después de describir una larga parábola se hundió en la tierra, a pocos pasos del caballo del rey.

Pleistarcos desmontó, recogió la flecha y leyó rápidamente el mensaje, luego levantó la mirada hacia la ciudad: las escarpas estaban completamente desiertas pero en lo alto de una torre vio a un guerrero cubierto con brillante armadura que parecía observarlo sin moverse. El rey lo miró a su vez largo rato, luego hizo una señal y alejó a su escolta; volteó la lanza, la tiró con gran fuerza y la clavó en el tronco de un olivo seco que se encontraba a mitad de camino entre él y el muro de la ciudad. El guerrero desapareció de la torre, pero poco después se abrió una de las puertas y reapareció en la ladera del monte, clavó en el suelo la lanza y avanzó a paso lento hacia el olivo. El rey también avanzó y bajo la mirada de los hombres de su escolta se acercó a unos pasos del tronco. El guerrero levantó la mano en señal de saludo y el rey lo escrutó unos instantes sin decir palabra. Estaba desconcertado por aquella armadura jamás vista y su mirada intentaba penetrar debajo de la visera coronada por dientes de lobo. No eran los ojos de un siervo, hijo y nieto de sirvientes, los que se movían en las estrechas hendiduras de la celada de dorado bronce.

Cleidemo se encontraba por primera vez cara a cara con el rey. En Esparta habían sido muy pocas las ocasiones que tuvo de verlo, aunque siempre de lejos. Era un hermoso joven de poco más de veinte años, musculoso, de piernas morenas, largos cabellos ondulados que le bajaban a ambos lados del cuello hasta el borde de la coraza. En el escudo llevaba esculpido el gavilán de los Agidas, la dinastía a la que pertenecía su padre, el gran Leónidas.

—¿Quién eres? —le preguntó de pronto el rey.

—¿Tiene importancia mi nombre? —fue la respuesta.

—No, en realidad no, pero sobre tu escudo figura la cabeza de lobo de los reyes de Mesenia...

—Quien tienes ante ti lleva la armadura de Aristodemos y por tanto posee autoridad sobre el pueblo de Itome.

Pleistarcos hizo un gesto de sorpresa y preguntó:

—¿Qué quieres de mí?

—Sé que eres un valiente, digno hijo de un gran padre. Por eso creo que estimas el valor de esta gente que desde hace más de tres años resiste luchando por su libertad. Esta guerra ha durado demasiado y se ha derramado sangre inútilmente. Deja que este pueblo viva en paz en la tierra de sus antepasados. Si retiras a tus guerreros nada deberás temer de nosotros; estamos dispuestos a jurar un pacto de paz al que jamás faltaremos.

—No tengo poder para hacerlo, aunque quisiera —respondió Pleistarcos—. Si quieres salvar a esta gente, convéncela de que regrese a los campos de Laconia que abandonaron. Si realmente posees autoridad sobre ellos, convéncelos y te doy mi palabra de rey de que no les haremos daño alguno.

—No es posible, todos prefieren morir. Si temieran la muerte se habrían rendido hace tiempo.

—Entonces nada más tengo que decirte. Preparaos a morir luchando.

Desenterró la lanza del olivo y dio media vuelta para reunirse con su escolta.

—¡Espera, si en algo valoras la memoria de tu padre! —le gritó Cleidemo.

Al oír aquellas palabras, el rey volvió sobre sus pasos.

—Escúchame —le dijo Cleidemo—, porque lo que voy a decirte te parecerá increíble, pero juro por los dioses infernales que es la verdad.

—¡Habla! —le ordenó el rey.

—Tu padre habría evitado esta guerra. Antes de morir en las Termópilas envió un mensaje a los Éforos y los Ancianos en el que les pedía que a los ilotas les fuera reconocida la dignidad de hombres libres pues los había visto morir en la batalla al lado de los Iguales, como hijos de la misma tierra, y en aquella tierra quería que los dos pueblos pudieran vivir en paz. Pedía también la rehabilitación de la memoria del rey Cleomenes, tu tío, a quien los Éforos envenenaron lentamente empujándolo a la locura y la muerte.

Pleistarcos se quitó el yelmo crestado y dejó ver su rostro contraído.

—Pero el mensaje que Brito, hijo de Aristarcos Cleoménida y Aguías, hijo de Antímaco, llevaron a Esparta por orden del rey fue robado por la Cripteia y sustituido por un rollo en blanco. Los dos guerreros que lo llevaron a Esparta fueron difamados y encontraron la muerte, incapaces de soportar el deshonor.

—¿Cómo puedo creerte? —le preguntó el rey.

—Yo estuve en las Termópilas, regresé con Brito y Aguías y vi cómo robaban el mensaje —respondió Cleidemo quitándose el yelmo—, porque soy Cleidemo, hermano de Brito, hijo de Aristarcos, al que los ilotas llaman Talos, el lobo.

—¿Debería creer la palabra de un traidor? —inquirió Pleistarcos con dureza.

—No soy un traidor. Cuando supe quién era realmente, decidí servir a la ciudad por cuyas leyes me abandonaron a las fieras del bosque cuando era niño. Yo, que estaba destinado a morir o a vivir como un siervo, luché en primera fila en Platea, durante cuatro años estuve al frente de un batallón de Iguales y desde hace tres tengo en jaque a vuestros ejércitos. Elegí volver con la gente que me salvó la vida y me crió cuando supe que el gobierno de Esparta intentó deliberadamente exterminar a mi familia enviando a padre e hijo a una expedición desesperada, sin posibilidad de salvación, cuando supe que Esparta había traicionado las últimas voluntades de un gran rey, valiente y sabio... tu padre, cuando supe que a Esparta se debe la matanza de los suplicantes en lugar sagrado...

—¡No quiero escucharte! —lo interrumpió Pleistarcos.

—Puedes irte, si quieres —lo hostigó Cleidemo—, pero la verdad no te dejará vivir en paz. Olvida mis palabras, si puedes, y ordena que ataquen Itome, pero si algún día quieres conocer la inutilidad de este horrible

desastre lee las palabras grabadas en la tumba de mi madre Ismene, que murió de pena en mis brazos; excava en las ruinas de la casa de los Cleoménidas y en un cofre de hierro junto al altar, en el atrio, encontrarás las verdaderas palabras del rey, tu padre.

Pleistarcos se quedó unos instantes alhelado, como si lo hubiese alcanzado un rayo, luego se encasquetó otra vez el yelmo y regresó a paso lento al lugar donde estaba su caballo. Cleidemo volvió a la ciudad; en las escarpas una multitud de guerreros, mujeres y ancianos con las miradas cargadas de angustiosa incertidumbre lo observaba subir pesadamente, encorvado, como si el bronce reluciente de su armadura se hubiese convertido en plomo.

El rey Pleistarcos tuvo esa noche un sueño agitado; de vez en cuando despertaba y no lograba dejar de pensar en las palabras que había oído. En Esparta muchos habían visto en el terremoto una manifestación de la ira de los dioses por el sacrilegio del cabo de Ténaro. La terrible historia de los Cleoménidas, la muerte atroz de Pausanias para la que el oráculo de Delfos había solicitado una reparación habían turbado las noches de los Ancianos de la ciudad. Esparta, la invencible, no conseguía domar la resistencia de un puñado de sirvientes: ¿acaso no era aquella una señal de los dioses? ¿Y el mensaje de su padre? ¿Era posible que dos valientes guerreros hubieran llevado desde las Termópilas un mensaje en el que no había nada escrito? ¿Y si el verdadero mensaje estaba realmente sepultado entre las ruinas de la casa de los Cleoménidas? La gente encerrada entre las murallas de Itome no tardaría en quedarse sin comida; sin embargo, seguiría luchando.

No imaginaba que en ese momento dos sacerdotes de la Casa de Bronce regresaban de Delfos, donde, por orden del Consejo de Ancianos, habían interrogado al dios sobre la guerra contra Itome. Tampoco podía imaginarlo Cleidemo; después de reunir a los jefes del pueblo, proyectaba una empresa desesperada, la única que tal vez pudiera evitarle a la ciudad la larga agonía de la inanición y, si los dioses lo ayudaban, tal vez le permitiera conseguir una victoria decisiva: un ataque nocturno a las líneas espartanas.

En ese mismo instante, los sacerdotes que acababan de regresar a Esparta referían a los Ancianos y a los Éforos el veredicto de Delfos:

Dejad en libertad a los suplicantes de Zeus Itometa

El significado del vaticinio no dejaba lugar a dudas y los Ancianos inclinaron la cabeza. Los atenienses habían dado a entender que estaban

dispuestos a otorgar una patria a los ilotas de Itome, por lo que los Éforos enviaron un mensajero a Ática para adoptar los acuerdos necesarios. Necesitarían un día más para obtener la respuesta; cuando el mensajero partió con las primeras luces del alba sobre el Taigeto palidecía la fina rodaja de la luna: era el último cuarto antes de la luna nueva y esa noche Cleidemo lanzaría al ataque a sus hombres agotados por el hambre, confiando en la oscuridad y la ayuda de los dioses.

Cuando llegó el momento, los reunió en el centro de la ciudad y los dividió en dos columnas, una de las cuales guiaría él personalmente para sembrar el desconcierto en el campo enemigo. La segunda, más fuerte y numerosa, al mando de Caras, irrumpiría compacta hacia el terraplén con la misión de proteger la fuga de los habitantes. Acto seguido, si el ataque tenía éxito, los dos contingentes se turnarían en la retaguardia para entretener al enemigo hasta que la columna de los prófugos llegara a Arcadia. Las últimas riquezas producto del saqueo llevado a cabo quince años antes en el campo de Platea servirían para comprar la comida del viaje.

—Si logramos llegar al mar —concluyó Cleidemo—, quizá consigamos embarcarnos y buscar una nueva patria en la otra orilla, donde nadie podrá volver a someternos a la esclavitud. Caras me ha dicho que en la tierra de Sicilia hay una gran ciudad que los mesenios fugitivos fundaron hace muchos años; tal vez ellos nos acojan si saben que somos sus hermanos y que hemos corrido la misma suerte.

Bajo la luz de las antorchas miró a sus hombres a la cara: eran caras cansadas, marcadas por la fatiga y el hambre. ¿Serían capaces de batir al ejército más poderoso de Grecia? Su ánimo estaba dispuesto, pero ¿acaso sus miembros soportarían aquella última y dura prueba?

Se puso en pie, se encasquetó el yelmo, embrazó el escudo y se presentó tremendo en su espléndida armadura.

—Combatimos por la vida y la libertad —dijo—. No nos detendrán. Apagad las antorchas y seguidme.

Se dirigieron hacia la puerta. A sus espaldas los guerreros formaron fila en silencio pasando entre dos hileras mudas de viejos, mujeres y muchachos. La montaña estaba completamente envuelta en tinieblas y nubes dispersas oscurecían la escasa claridad de las estrellas. Bajaron por el sendero que llevaba al valle hasta llegar casi a los primeros puestos de avanzada de los espartanos. Oculto detrás de una roca, Cleidemo vio un par de centinelas junto al fuego de un vivaque. Recordó entonces la táctica

utilizada por los tracios cuando él estaba al frente del cuarto batallón de los Iguales: encendían grandes fuegos para iluminar una amplia explanada de terreno, pero sus centinelas estaban siempre en la oscuridad de manera tal que veían sin ser vistos. Con una señal llamó a un grupo de arqueros y les indicó las dos siluetas poco distantes.

—No deben lanzar un solo gemido —les dijo y dio la señal.

Los arqueros dispararon al mismo tiempo y los dos centinelas se desplomaron traspasados por una nube de flechas.

—Ahora —dijo— podemos llegar hasta el campamento sin que nadie dé la alarma. Cuando os haga la señal convenida, lanzaos al ataque, cortad las cuerdas de las tiendas para que caigan sobre los que duermen dentro, gritad con todo el aliento que os permitan vuestras gargantas, deben creer que somos miles. Incendiad cuanto podáis, soltad a los caballos, destruid las provisiones, pero no permitáis que os encuentren solos, manteneos siempre en grupo, compañía por compañía. Cuando hayáis atravesado y destruido el campamento iréis hacia el terraplén que está al fondo del valle, tal como hemos decidido. Dejaréis atrás a los arqueros, que, con la luz de los incendios, podrán seguir matando protegidos por la oscuridad. Que los dioses os ayuden.

Levantó la mano y dio la señal: los hombres se desplegaron en abanico, avanzaron dando grandes voces y en poco tiempo estuvieron en los puestos de avanzada. Se abalanzaron sobre los soldados de la guarnición y los arrasaron mientras los guerreros espartanos, que despertaban sobresaltados en el corazón de la noche, intentaban aferrar las armas y salir al descubierto pero tropezaban con los atacantes, que se habían desplegado por todas partes. En la oscuridad, la lucha cuerpo a cuerpo no tardó en volverse enfurecida y cuando el fulgor de los incendios difundió su luz rojiza apareció una escena espantosa. Por todas partes gritos, órdenes frenéticas, imprecaciones, relinchos de caballos, ovillos de cuerpos ensangrentados. Los hombres de Cleidemo no tardaron en encontrarse en terreno abierto y se dieron cuenta de que el verdadero campamento se encontraba más allá, a un centenar de pasos. El rey Pleistarcos debía de haber cambiado las órdenes en el último momento, tal vez por temor a una incursión enemiga, y había desplegado en primera fila solo a las tropas ligeras. Cuando los hombres de Cleidemo volvieron a echar a correr para cubrir esa distancia, las trompetas ya habían dado la alarma y los hoplitas de Pleistarcos formaban filas. Atacar en esas condiciones y en campo

abierto a una falange compacta habría sido una locura, por lo que Cleidemo ordenó a todos que corrieran hacia la derecha, en dirección al terraplén, con la esperanza de que Caras lo hubiese ocupado. El se quedaría con su compañía para proteger la retirada. Se reinició el combate mientras los ilotas trataban de retirarse en orden y los arqueros conseguían mantener a raya durante un tiempo a la falange de Pleistarcos, que avanzaba lentamente por el terreno accidentado para no dispersarse. Al amanecer el ejército espartano se hallaba delante del terraplén donde se habían reunido todos los ilotas que habían logrado alcanzar incólumes la posición. Tras ellos, la población entera de Itome, protegida por un puñado de hombres armados, se dirigía hacia occidente. Pleistarcos avanzó con su caballo para lanzar el último ataque y arrasar a los enemigos, que estaban exhaustos y ya no contaban con la protección de las murallas de su ciudad. Levantó la lanza mientras los rayos del sol se asomaban a duras penas entre las nubes, pero antes de que pudiera bajarla, un caballero irrumpió al galope en el espacio abierto entre la falange y el terraplén.

—Oh, rey —dijo al tiempo que desmontaba de un salto y se plantaba ante Pleistarcos—, oh, rey, un mensaje de los Éforos y los Ancianos.

—Lo leeré después —respondió el rey y levantó otra vez la lanza.

—No —le dijo el mensajero tendiéndole un rollo—, debes leerlo de inmediato.

Pleistarcos se quitó el yelmo mientras los dos ejércitos seguían frente a frente en silencio, y leyó:

Los Éforos y los Ancianos de Esparta al rey Pleistarcos, hijo de Leónidas, ¡salve!

Las desgracias sufridas por nuestra ciudad y el temor a la ira de los dioses nos impulsaron a consultar al oráculo de Delfos, que nos dio esta respuesta:

Dejad en libertad a los suplicantes de Zeus Itometa

Oh, rey, deja pues que los habitantes de la ciudad sean libres y pon fin a esta guerra porque esa es la voluntad del dios. Los atenienses les ofrecerán un lugar donde vivir, si desean seguir a los delegados enviados desde esa ciudad y que acompañan al portador de este mensaje. Rendimos homenaje a tu valor, a tu fidelidad, a las leyes de la patria.

El rey levantó la mirada llena de estupor y se encontró delante a dos oficiales atenienses que, entretanto, habían llegado hasta él después de haberse rezagado en la carrera.

—Oh, rey —dijo uno de ellos—, hace mucho tiempo que pedimos a los Éforos y a los Ancianos que pusieran fin a esta guerra que no hace más que traer sangre y desgracias, y cuando nos solicitaron que acogiésemos a esta gente, aceptamos. Permítenos pues que los saquemos de estas tierras y acepta el saludo y el homenaje que te rinden los atenienses que honran la memoria de tu padre.

—Si así se ha decidido, que así sea —repuso el rey. Después mandó llamar a un oficial y le dijo—: Que toquen a retirada. Hoy mismo regresamos a Laconia.

Los soldados espartanos escucharon asombrados las órdenes del rey y comenzaron la conversión para regresar al campamento bajo la mirada incrédula de los ilotas, que no lograban darse cuenta de lo que ocurría. Los dos atenienses espolearon a sus caballos y se acercaron al terraplén.

—¡Hombres de Itome! —gritó el oficial que había hablado con el rey—. Vuestra ciudad está perdida pero se os concederá una nueva patria por deseo del dios de Delfos y gracias a la piedad de vuestros soberanos Arquídamo, hijo de Zeuxidamo, y Pleistarcos, hijo de Leónidas, y a la generosidad de los atenienses, que nos envían hasta vosotros para que os guíemos. ¡Hombres de Itome, sois libres!

Un murmullo confuso se fue elevando a medida que los más cercanos referían a los demás las palabras que acababan de escuchar.

—¡Sois libres! —volvió a gritar el oficial ateniense.

El murmullo creció cada vez más hasta estallar en un grito incontenible. Los ilotas se abrazaban como enloquecidos, algunos caían postrados de rodillas con los brazos en alto y miraban al cielo con los ojos llenos de lágrimas; otros corrían entre las filas dando voces; otros se lanzaban a llevar la noticia a los prófugos en marcha, escoltados por los hombres de Caras.

Cuando por fin se aplacaron los entusiasmos, se formó una larga columna detrás de los oficiales atenienses a caballo, que enfilaron por el camino que iba al mar. Hacia mediodía alcanzaron al grupo de Caras, que protegía la retaguardia de los prófugos exhaustos ya por la larga marcha pero extasiados por la increíble noticia que los veloces correos les habían llevado.

Cuando la cabeza de la columna llegó a orillas del Parmiso, Caras mandó montar el campamento y se presentó de inmediato a conferenciar con los oficiales atenienses.

—Os doy las gracias —dijo secándose la frente mojada de sudor, y luego les tendió la mano— en nombre de este pueblo desdichado, arrancado a la muerte cuando ya no quedaban esperanzas. Nuestro jefe os habrá explicado lo ocurrido esta noche.

Los dos oficiales se miraron con cara de asombro.

—No conocemos a vuestro jefe, pero hemos oído hablar de él y nos alegraría mucho verlo.

Caras se puso sombrío al darse cuenta de que no había vuelto a ver a Cleidemo desde que lo dejara antes del primer ataque. Se disculpó a toda prisa y corrió por el campo preguntándoles a cuantos encontraba a su paso si lo habían visto, pero pronto tuvo que convencerse de que no estaba allí. Los hombres que se habían agolpado en el terraplén pensaron que había alcanzado a los de la vanguardia, mientras que estos últimos estaban seguros de que se había quedado atrás. Caras reunió entonces a los jefes y les dio la orden de seguir a los atenienses; él retrocedería para buscar en el lugar de la batalla. Buscó un caballo y se lanzó al galope por el sendero que había recorrido antes, al tiempo que el sol comenzaba a ponerse. Caía la tarde cuando llegó a Itome y desmontó de un salto dejando suelto al caballo.

El campo desierto estaba cubierto de cadáveres: los espartanos se habían marchado llevando consigo a sus caídos. Se puso a buscar febrilmente volviendo uno por uno los cuerpos, deteniéndose a escrutar los rostros desfigurados por las heridas, pero todo fue inútil. Fuera de sí, subió por las laderas del monte sobre las que el sol derramaba aún un poco de luz sanguínea. Sobre la montaña pesaba un silencio sepulcral interrumpido de vez en cuando por los chillidos de los cuervos que volaban en amplios círculos a la espera del festín; allá en lo alto, en las murallas negras de Itome, la puerta de la ciudad, abierta de par en par, parecía la órbita vacía de una calavera. Jadeante y oprimido por la fatiga, Caras se detuvo en mitad del recorrido, lanzó una mirada hacia el valle sepultado en las sombras y lo vio desierto. Con las manos hizo bocina y comenzó a llamar con todas sus fuerzas, pero solo le contestó un eco lejano. Se dejó caer en el suelo, desolado, con el corazón lleno de desesperación, ya sin energías, y, mientras pensaba tristemente en volver por donde había llegado, le pareció ver a su derecha, a una decena de pasos, un débil resplandor. Se puso en pie y miró mejor: eran unos ojos, los ojos amarillos de un gran lobo gris. El animal avanzó hacia él, levantó la cara como para olerlo y lanzó un largo aullido;

después se alejó por la ladera del monte deteniéndose de vez en cuando para mirar atrás. Más animado, Caras empezó a seguirlo hasta que el animal llegó al gran olivo seco que en la penumbra parecía una criatura desesperada con las ramas retorcidas levantadas hacia el cielo. Allí el lobo desapareció detrás de una roca. Caras corrió en dirección al olivo desprendiendo de las rocas del suelo una gran masa de pedruscos que rodaron monte abajo. Cuando llegó al árbol se detuvo atónito; apoyada en una de las raíces, reluciente y ensangrentada, estaba la magnífica armadura: la coraza historiada, el arco de asta, el enorme escudo, la espada con el arriaz de ámbar y el yelmo coronado de dientes de lobo.

El gigante cayó de rodillas y derramó lágrimas ardientes, clavó los puños en el polvo y así permaneció largo rato, inmóvil, hasta que volvió a escuchar el aullido del lobo cuyo eco reverberó por todo el valle. Salió entonces de su ensimismamiento, recogió la armadura pieza por pieza y comenzó a descender la pendiente. Al llegar al valle fue hasta la orilla del arroyo del que la gente de Itome había sacado agua la primera vez al llegar desde Laconia. En el claro torrente lavó la coraza, la espada y el escudo, y después de llamar al caballo, cargó la armadura a lomos del animal, la cubrió con la capa y enfiló hacia oriente, rumbo al Taigeto, para llevarla al lugar del que la había sacado.

Algún día, si su pueblo llegaba a necesitar de él, Talos, el lobo, volvería a utilizarla.

* * *

OceanofPDF.com

Título original: Lo scudo di Talos
Diseño de la portada: Departamento de diseño de Random House Mondadori
Fotografía de la portada: © Iacopo Bruno
Primera edición: septiembre, 2005
© 1988, Arnoldo Mondadori Editore, S.p.A., Milán
© 2005 de la presente edición para todo el mundo:
Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gracia, 47-49. 08021 Barcelona
© Celia Filipetto, por la traducción, cedida por Grupo Anaya, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España
ISBN: 84-9793-733-3 (vol. 496/12) Depósito legal: B. 31.589 - 2005
Fotocomposición: Comptex & Ass., S. L.
Impreso en Novoprint, S. A.
Energia, 53. Sant Andreu de la Barca (Barcelona)
P 837333
Talos de Esparta – Valerio Massimo Manfredi

OceanofPDF.com



mipapyreebookreader.foro.es.net

Creado: 20100722 — conforme estandar BBPP LARdT 1.0

Versión: 20100722

Más libros, más libres

OceanofPDF.com